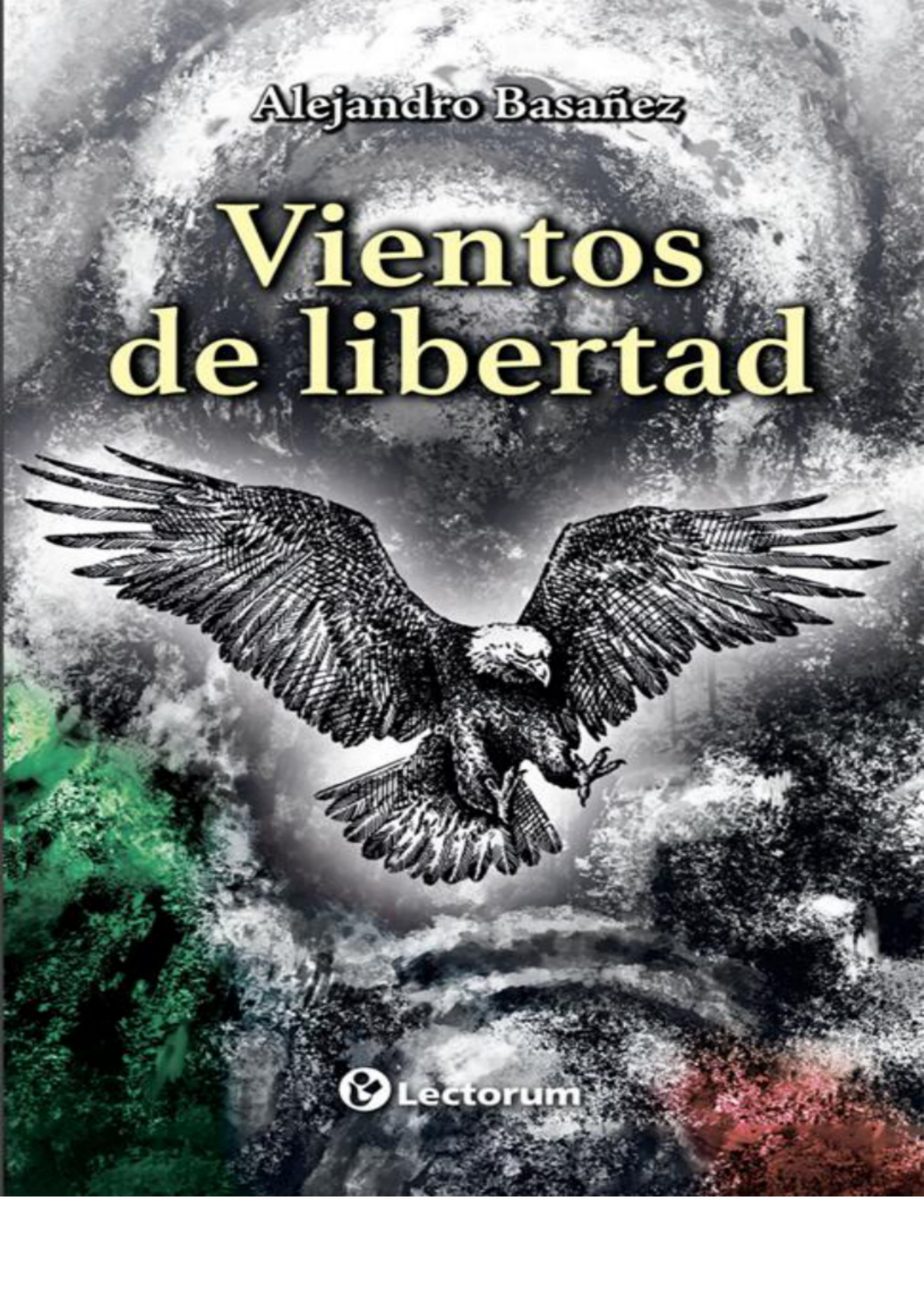

Alejandro Basañez
Vientos de libertad
Lectorum

Vientos de libertad



Vientos de libertad

D. R. © Editorial Lectorum, S. A. de C. V., 2021
Batalla de Casa Blanca, Manzana 147–A, Lote 1621
Col. Leyes de Reforma, 3a. Sección?
C. P. 09310, Ciudad de México
Tel. 5581 3202
www.lectorum.com.mx
ventas@lectorum.com.mx

Primera impresión: agosto 2021

ISBN: En trámite

D. R. © Portada: Angélica Irene Carmona Bistráin
D. R. © Imagen de portada: Shutterstock®

Índice

Prefacio

Después de la exitosa conquista de Tenochtitlán en 1521 por Hernán Cortés y su gavilla de aventureros, nacería la Nueva España. La madre España dominaría este inmenso territorio por trescientos largos años. Tres siglos gobernados por 64 virreyes; algunos de ellos notables y, la mayoría, corruptos del montón, que solo velaban por sus intereses personales, haciendo que el tiempo y el progreso se estancaran por décadas en la Colonia, como si nada nuevo e interesante pudiera ocurrir en el inmenso dominio español en América.

Hechos relevantes, ocasionados por las beligerantes Francia e Inglaterra en Europa, agitarían las tranquilas aguas de la Nueva España, generando *vientos de libertad*, que la sacudirían en sus cimientos, despertando el descontento y la inconformidad en la Colonia, sucesos que desembocarían en la guerra de independencia, encabezada por el visionario cura criollo don Miguel Hidalgo y Costilla en 1810.

En esta apasionante novela sentiremos de cerca esas ventiscas de libertad, tornados libertarios venidos de Filadelfia, con la guerra de independencia de los Estados Unidos en 1775, y de Paris en 1789, con la con la toma de la Bastilla y la decapitación de Luis XVI y María Antonieta.

Los encantadores personajes de la novela, vivirán de cerca la hambruna que azotó a la Nueva España en 1785; la decadencia del imperio español en América; la intolerancia entre criollos y gachupines, considerándose superiores los nacidos en la península, acaparando los mejores puestos de gobierno y sociales en la Colonia; la explotación de los mineros y campesinos; la guerra europea entre España y Francia, contra la poderosa Inglaterra; la decadencia de la

monarquía y fortalecimiento de la república, como mejor alternativa de gobierno; el fin del milenio con la culminación de la construcción de la Catedral Metropolitana, el descubrimiento del calendario azteca; el encarcelamiento y expulsión de fray Servando Teresa de Mier, por blasfemar que el Calendario Azteca demostraba que la imagen de la Virgen María fue milagrosamente impresa en la capa del apóstol Santo Tomás, quien ya predicaba el evangelio en el Nuevo Mundo, desde siglos atrás, en la persona del apóstol Santo Tomás, conocido como Quetzalcóatl entre los aztecas y Toltecas; la inauguración de la estatua de Carlos IV, obra de Manuel Tolsá, conocida como el *Caballito*, y las primeras y fallidas conspiraciones para derrocar al alicaído gobierno de la Nueva España.

Viviremos de cerca la juventud de Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos y la Corregidora, como futuros próceres de la independencia de México.

Asistiremos a tertulias y eventos sociales en la capital, donde conoceremos a la impugnada *Güera* Rodríguez y sus atormentados amores. Controvertida mujer que se haría presente en el movimiento de independencia, al apoyar financieramente al cura Hidalgo y a la organización de los Guadalupes, en la capital de la Nueva España.

España, la madre patria, después de largo tiempo de ser una potencia temida y dueña de gran parte del mundo, sufriría su atraso y decadencia, al ser superada militar y tecnológicamente por Inglaterra y Francia. Los dos eternos enemigos de la península Ibérica se lanzarían en un ataque en distintos tiempos, donde Francia tomaría el control absoluto del imperio más grande del mundo, al encarcelar a Fernando VII, hijo del derrocado Carlos IV. Esto ocasionaría un síndrome de orfandad que despertaría las conciencias de los pensadores americanos para intentar liberar a la Nueva España del inminente dominio francés, al desconocer el gobierno espurio de Napoleón.

La guerra de independencia de México fue una larga conflagración que duró un poco más de una década, cuando pudo haber sido un evento de mero papeleo entre virreyes, curas y militares, resuelto en unos cuantos días y con muy pocas bajas en ambos bandos.

En *Vientos de Libertad* conoceremos los orígenes y razones de este sanguinario levantamiento social, culminado en su primera fase con el fusilamiento de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y dejando el terreno abierto para continuar la revuelta con Ignacio López Rayón, el cura José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero, Mariano

Matamoros; los hermanos Hermenegildo, Juan Pablo y Juan José Galeana; Guadalupe Victoria, Pedro Moreno, fray Servando Teresa de Mier, Francisco Javier Mina, Agustín de Iturbide, y muchos otros próceres más, que conseguirían la victoria soñada por Hidalgo y Allende, diez años después de que sus descarnados cráneos estuvieron expuestos dentro de unas macabras jaulas en cada esquina de la Alhóndiga de Granaditas.

Qué mejor manera de conocer toda esta fase de gestación libertaria, que vivirla paso a paso, en compañía de los protagonistas principales de esta historia, al interactuar codo a codo con los hombres que dejaron sus vidas por engendrar el México libre de hoy.

1 · El año del hambre

Antes de dar al pueblo sacerdotes, soldados y maestros, sería oportuno saber si no se está muriendo de hambre.
León Tolstoi

Corría el fatídico año de 1785, y la Colonia resentía en su castigada población los estragos del hambre. La escasez de lluvias y los soles abrasadores habían acabado con los cultivos de maíz en el centro de la Nueva España.

El impacto de la sequía era distinto de una localidad a otra, dependiendo de los tipos de suelo y de la efectividad de la ayuda prestada por el gobierno. Casi toda la Nueva España fue presa del hambre, cobrando la vida de 85000 personas. En el campo las catástrofes se intensificaron, afectando más a los campesinos con epidemias y enfermedades desconocidas, que arrancaban la vida de los desposeídos, sin distinción alguna. Todo esto obligó a los campesinos a concentrarse en las ciudades más importantes en busca de ayuda para evitar morir de hambre en sus parcelas.

Para enfrentar esta desesperada crisis de víveres, el virrey Bernardo de Gálvez (1785-86), sucesor de su padre, Matías de Gálvez (1783-84), recurrió a distintas medidas, que desde el punto de vista de la Colonia, significaron una declaración de guerra contra los agricultores y especuladores, que veían más por sus intereses que por la mortandad de los indígenas del centro de México.

La cruzada contra el hambre impulsada por el virrey, consistió en cuatro medidas importantes: el impulso de la siembra de riego y semirriego para aumentar la disponibilidad de maíz y otros granos y

de esa manera regular el mercado; la segunda en dar empleo a los indígenas pobres y vagos en las obras públicas y religiosas para generarles un ingreso para su manutención; tercera, prohibir las limosnas, que sólo generan vagancia y ociosidad; y la cuarta, dar techo, comida y educación a los pobres más desesperados, para evitar así mortandad y epidemias entre ellos.

En atención a la disposición del virrey de otorgar ayuda alimentaria a los pobres que deambulaban por las calles de las ciudades, la Iglesia y algunos particulares instalaron cocinas en los monasterios y en sus casas para alimentar gratuitamente a estos desdichados y detener la sombra de la muerte, que poco a poco iba diezmando a la población con su huesuda y relente mano.

Debido a las heladas en Guanajuato, Valladolid, Chihuahua, San Luis Potosí, Guadalajara y Pachuca, los dolores de costado, pleuríticos, sarampión y “fiebres malignas” azotaron a la población en 1785, cobrando la vida de miles de víctimas.

Don Espiridión López, hecho un guiñapo con el rostro congestionado por las lágrimas, terminó de enterrar a su esposa, quien había muerto de un fulminante dolor de costado.(1) Una llana cruz de madera sobresalía de un promontorio de tierra y rocas frente a su casa de adobe. Una improvisada y grotesca tumba, que arrancó las últimas fuerzas de un hombre que había perdido casi todo. Lo último que le quedaba se encontraba junto a él, con los ojos irritados de tanto llorar.

—¡No te mueras, tata! —gritó el niño Martiniano desesperado.

El chiquillo, de escasos siete años, quedaría solo ante el mundo. Con la muerte de sus padres, no había ya nadie que pudiera ver por él. En tiempos de crisis todo mundo ve para sí mismo.

—¡Huye a la ciudad, hijo! No te quedes... aquí... ah...

El padre del chiquillo intentó articular unas palabras más, pero estas quedaron ahogadas para siempre en su garganta. Una mirada de impotencia y desesperación, al dejar en la orfandad al chiquillo, fue lo último que reflejó el rostro cadavérico de don Espiridión al morir.

Martiniano enterró a su padre junto a la tumba que el mismo don Espiridión había cavado para sí mismo un par de horas antes. El desdichado niño, entre sollozos tomó su quimil y huyó de ahí, buscando el camino que lo llevaría a Valladolid. Sabía que algo

desconocido mataba a la gente en el campo y debía huir para no morir igual que sus padres.

Por horas y horas, camino por una polvorienta vereda hasta que la noche lo alcanzó, y se vio obligado a dormir bajo la negra bóveda celeste, donde no había una sola nube que eclipsara a los millones de astros que iluminaban la noche.

El terror se apoderó de él al escuchar unos feroces gruñidos. Ocho luces, que no eran otra cosa más que los ojos de cuatro coyotes obligaron a Martiniano a treparse a un mezquite y evitar así terminar engullido por los gregarios depredadores de la noche. Los depredadores intentaron por unos minutos hacer algo para atacar a su presa, pero al ver que esta se encontraba muy alto, en un lugar inaccesible para ellos, mejor se retiraron en busca de algo más fácil que atacar.

El hambre torturaba su estómago y las dulces vainas de ese mezquite sirvieron para mitigar un poco su feroz apetito.

Martiniano fue despertado por los primeros rayos del sol del amanecer. Con el cuerpo entumido por la incomodidad de haber estado trepado por horas en el mezquite, el chiquillo prosiguió su incierto camino. A lo lejos, tras una loma se distinguían las torres de la catedral, en medio de cientos de construcciones. Valladolid, su salvación, estaba a unos cuantos kilómetros de él.

Cuando enfilaba por una recta vereda, un hombre apareció en el camino. El individuo era un hombre regordete de unos cuarenta años. Sus rasgos indígenas lo delataban como otro de los sobrevivientes que buscaba asilo y salvación ante la pandemia que azotaba el campo.

Por un momento Martiniano pensó en correr y huir de aquel peligroso encuentro. Su indecisión lo dejó anclado en el suelo, ante el acercamiento del indio chichimeca que con sonrisa burlona dimensionaba la soledad y debilidad de su presa.

—¿Qui haces tan solo por estos rumbos, *konetl* (niño)? —preguntó el indio contemplando al chiquillo de pies a cabeza.

—Busco a mis padres en la ciudad.

El indio chichimeca comprendió toda la mentira del niño. Si estaba solo por esa vereda era porque era un huérfano más por el azote del hambre.

—¡Eres un mentiroso, *konetl*! Estás solo como ese *kuauitl* (árbol) del camino. De seguro tu familia se murió de hambre en tu ranchito y vienes a la ciudad a salvar tu prieto pellejo.

—No, señor. Ellos viven en la ciudad. Se lo...

—¡Calla, *itscuintli* (perro) asqueroso!

El chichimeca propino una fuerte bofetada al chiquillo, sumiéndolo en la tristeza y la desolación. Sus lágrimas limpiaron un poco el polvo del camino, dejando dos líneas grises sobre sus mejillas.

—Te quedarás conmigo y seremos buenos amigos. Te pondré a pedir una *caridá*. *Tás* en muy buena edad pa´dar lástima y así sacar unos buenos *riales*. A Chimalhua no le gusta trabajar, y tú, ajolote haragán, me servirás pa´consiguir comida.

—¡Déjeme ir por favor!

—¡Calla, axolotl (ajolote) asqueroso! Otra *qui* me digas eso ti arrancaré un ixpolotl (ojo). *Toy siguro* que así darás mucho más lástima y ganaré más *riales*.

Los viajeros entraron a la ciudad aparentando ser padre e hijo. Nadie cuestionaba una pareja así de natural. El hambre los atormentaba y pronto consiguieron un nutritivo desayuno en un comedor de la catedral de Valladolid. Los indígenas devoraban sus alimentos de pie si ni siquiera intentar sentarse. Una pieza de pan con un atole era un bálsamo salvador para aquellos desdichados.

Chimalhua devoró su refrigerio contemplando detalladamente a su alrededor. El desayuno aplacaba momentáneamente su hambre, pero la de pulque era demonio incontenible. Debía hacerse pronto del preciado elixir o en verdad moriría sobre la plazuela de la catedral. Sus dedos negruzcos por la mugre acariciaron los dos diminutos bigotes en cada extremo de los labios. Su enorme nariz abotagada por el alcohol de años, se expandía jalando aire como si fuera un tapir asomando la cabeza en una laguna. Sus ojillos se pasearon sobre las caderas de una indígena que servía de sirvienta de alguna familia de Valladolid. La nativa encendía otras pasiones que también atormentaban su cuerpo. Desde aquella india que violó en un río cercano a Cuitzeo no había tenido otra con quien saciar esta otra flama que le quemaba por dentro.

“Si no consigo hembra *pa´hoy*, este *konetl* me servirá para aplacarme un poco” —meditó la bestia chichimeca, mientras su mirada se perdía

en la morenas piernas de la india que acompañaba a su elegante patrona.

De pronto un hombre joven de escasos treinta años irrumpió en el comedor. Era un hombre delgado, de avanzada calvicie, de estatura mediana, piel blanca y ojos verdes. Por su acento se notaba que era un criollo bien educado y de finos modales.

—¿Ya no quedaron más víveres en la carreta, Luisa?

—No, don Miguel. Panchita y yo hemos entregado todo.

Don Miguel sonrió satisfecho y aprovechó para saludar a los comensales.

—¿Les gustó su refrigerio?

—*Muchis gracias, padrecito. Que Diosito si lo pague* —contestó un indígena huichol que venía con su esposa y dos hijas.

—No tienen por qué darlas. Esto se los manda el Señor por nuestro medio.

Don Miguel sonrió complacido a la familia. De pronto sus ojillos verdes se clavaron en un padre que venía con su hijo. Algo extraño había en ellos que llamó poderosamente su atención.

—¿Y a ustedes que les pareció el desayuno?

Martiniano intentó contestar pero Chimalhua se le adelantó con voz aguardentosa.

—Muy sabroso, padrecito.

—¿De dónde vienen? No los había visto antes por aquí.

—De Yuriria, padrecito. Allá murió la *nantli* (mamá) del niño y nos vinimos *pa´ca*.

—¿La mamá del niño? ¿Entonces no eres tú el papá del chamaco?

—No, padrecito —logró clamar Martiniano, mirando directamente a los ojos al sacerdote.

Por debajo de la mesa Chimalhua lo silenció con un pellizco.

Por nada del mundo aquel sacerdote entrometido debería saber que

Martiniano no era su familiar y que además era su esclavo, pensó el perverso chichimeca fingiendo tranquilidad con una aparente sonrisa.

—La madre del niño era mi hermana, padrecito. Todos murieron *di* hambre y tuve que *juir* con el *konetl* pa salvarlo.

—¿Entonces el niño es tu *machtli* (sobrino)?

—Sí, padrecito. *Mesmante así.*

La mirada del cura se clavó suspicaz en los dos. El niño miró temeroso al suelo, y el chichimeca esbozó una sonrisa estúpida que sólo ocasiono más sospechas en el prelado.

Chimalhua, sintiéndose presionado, tomó al niño de la mano, abandonando intempestivamente el lugar para evitarse más preguntas. El cura intentó detenerlos, pero no encontró un argumento sólido para hacerlo, ante los demás comensales que contemplaban la escena sin perder detalle.

—¿No lo va a detener, don Miguel? —cuestionó la muchacha al cura.

—Quisiera Luisa. Ese hombre me da muy mala espina con el chamaco.

—¡Pues hágalo!

El cura salió a la calle pero entre tanta gente les perdió el rastro. Atormentado por su indecisión regresó de nuevo al comedor.

—Se me perdieron, Luisa.

La muchacha miró al cura con resignación.

—Ojalá regresen mañana, don Miguel.

—Lo dudo, Luisa. En verdad lo dudo, pero ya Dios dirá.

La elegante diligencia era custodiada por diez jinetes fuertemente armados. El paso por Río Frío era un albur por tantos ladrones oportunistas del camino, y una familia española, como los Larrañeta, jamás se expondría a cruzar la zona sin la debida protección.

Don Anselmo Larrañeta era un acaudalado millonario que había cruzado el Atlántico para invertir su fortuna en las minas de plata de Guanajuato.

Un formal y jugoso contrato firmado con el conde de La

Valenciana(2), era su pasaporte y garantía hacia la riqueza. La extracción de plata en Guanajuato había cobrado un mayor auge con el impulso del rey Carlos III(3) y su enviado especial en América, José de Gálvez, ministro de las Indias de 1775 a 1787.

Para finales del siglo XVIII, La Nueva España producía diez veces más plata que todas las minas de argento de Europa, en otras palabras, dos terceras partes de toda la plata del mundo.

Dentro de la diligencia viajaba una familia completa: don Anselmo Larrañeta y su bella esposa Viridiana Godoy, junto con sus pequeños hijos Gonzalo, Elena y Ubaldo; de cinco, cuatro y un año de edad respectivamente.

Don Anselmo era considerado un hombre muy emprendedor y valiente por invertir en la Colonia y no en su natal Toledo, donde aparentemente vivía muy bien y sin ninguna preocupación. Rumores venidos de España decían que era más un huir que un invertir en América. Una bella dama de la realeza parecía haberse envuelto con él, y eso no le gustó nada al rey Carlos III. "Empezar de ceros en otro lugar, es a veces mejor que deteriorarte y perecer en el mismo, por empecinarte en seguir ahí", lo pensó don Anselmo y fue así que se embarcó con su familia y todo su dinero hacia la aventura en la Nueva España.

—¿Faltad mucho para llegar a México, padre? —preguntó Gonzalo, sin dejar de asomar la cabeza por la ventana de la diligencia para no perder un solo detalle del camino.

—No, hijo, esta misma tarde estaréis ahí. Os lo prometo.

Don Anselmo ordenó que las diligencias hicieran un alto en Río Frío para comer un refrigerio. El sitio para almorzar era una cabaña de roca de cantera color rosa, rodeada de montes y bosques. El lugar era atendido por un criollo que preparaba alimentos del gusto de los españoles. Don Ceferino Reyna vivía de su posada y no tenía ninguna intención en volver a la capital del reino. Río Frío era su mundo y ahí moriría sin ningún problema. Lo acompañaba su esposa Ernestina. Una mujer tan gorda que parecía ya no salir de su cuarto por no caber en la puerta.

—¡Qué lugar tan hermoso, Anselmo! Parece que estamos en Suiza —comentó doña Viridiana.

La esposa de don Anselmo era una bella señora de veinticinco años, de cuerpo delgado, cabello negro y piel blanca como la nieve. Sus bellos

y grandes ojos negros estaban rodeados por unas largas pestañas. La señora Larrañeta era tan bella que todo mundo volteaba a verla por donde pasara.

—Donde se encuentra la mina Viri, es un lugar rodeado de montañas. Estoy seguro que te encantará el lugar y el clima.

—¡Sentaos, por favor! —ordenó don Ceferino, acomodando las sillas, hechas con sólidos respaldos y asientos de troncos de árbol.

Atrás de su mesa había una enorme chimenea alimentada con leños, haciendo agradable el lugar.

—¿Es su primer viaje a la capital? —preguntó don Ceferino, mientras acomodaba los platos en la mesa.

—Sí, caballero. Vamos para Guanajuato.

—Llámeme Ceferino. Ceferino Reyna a sus órdenes. —Gracias, Ceferino. Yo soy don Anselmo Larrañeta y ella mi esposa Viridiana Godoy. Mis tres hijos.

Don Ceferino hizo una caravana a la señora y sonrió amable a los niños. Inmediatamente ordenó a dos mocitas que trajeran los alimentos del día. Alta cocina española para el agrado de los comensales.

Minutos más tarde la familia devoraba la deliciosa fabada y pierna de jamón serrano, con pan horneado ahí mismo. El vino tinto gustó mucho a don Anselmo quien con una sonrisa radiante le sirvió otra copa a su mujer.

—¿Y cómo ve las cosas en la ciudad, don Ceferino?

—Complicadas don Anselmo. El hambre que azota al centro del país es una amenaza para el virreinato. Un pueblo con el estómago vació no entiende razones. La Iglesia tiene comedores para los desesperados. También los hay de hacendados que tratan de congraciarse con el pueblo.

—¿En qué radica el problema, don Ceferino?

—En las sequías y heladas fuera de estación que ha habido desde el año pasado. No hay maíz y eso lo es todo para la gente. El mes pasado la imagen de la virgen Los Remedios fue llevada a la capital de México, para que sus creyentes rogasen por lluvias prolongadas que

permitan una abundante, aunque tardía cosecha. Sin embargo, ni en mayo ni en este mes se han generado lluvias.

Don Ceferino señaló al radiante sol, que en lo alto del cielo parecía aumentar su tamaño para generar más calor y acreditar más al criollo.

—¿Y qué con el ganado? —preguntó doña Viridiana, muy interesada en el tema.

—Los puercos, caballos, mulas y otros animales, habitualmente alimentados con maíz y cebada han sido forzados a pastar en los campos secos, muriendo masivamente de insolación, sed y hambre. El precio de la carne se ha ido a las nubes, poniéndola fuera del alcance de los habitantes de las regiones afectadas.

—Eso puede generar violencia y rebeliones —agregó don Anselmo.

—En la capital las puertas del palacio virreinal, la alhóndiga, las iglesias y conventos son asaltados diariamente por hambrientos que ruegan por alimentos y dinero. Los cementerios y criptas de las iglesias se han rápidamente saturado. Urge encontrar nuevos sitios para el exceso de entierros. La desfallecida población ha comenzado a cazar y comer gatos, pájaros, ratas y perros. Las autoridades municipales han ordenado que todos esos animales sean asesinados y enterrados, para proteger así a la población de un brote mayor de enfermedades. En la ciudad se respira un ambiente de caos y desesperación humana. Los vagos caminan sin rumbo por el campo y montañas alrededor de la ciudad, comiendo raíces, malas hierbas y corteza de árboles. Las familias se están separando. Se escuchan casos en que los padres tratan de vender a sus pequeños hijos por tan solo 2 o 3 reales, eso es menos que el jornal semanal de un peón. En una hacienda cercana a México, más de 200 niños abandonados fueron reportados al gobierno.

—¿Supongo que esta concentración fuera de lo común en las ciudades grandes ha generado delincuencia, vagancia, prostitución y violencia?

Don Ceferino vertió más vino en su copa. Platicar con alguien venido de España lo animaba mucho.

—Exacto don Anselmo. Por eso precisamente el gobierno está tratando de frenar el flujo de migrantes a las ya sobrepobladas ciudades. Las autoridades civiles intentan, en lo que pueden, prohibir la salida de campesinos de sus pueblos e impedir que los léperos entren a los centros administrativos.

De pronto una de las muchachas que ayudaban en la mesa a don Ceferino le dijo algo al oído de su patrón. El rostro de don Ceferino cambió, tornándose preocupado.

—¿Algún problema don Ceferino?

—Acaba de llegar gente de los alrededores pidiendo comida. Diario les doy, pero mi almacén tiene un límite y eso me preocupa mucho. Más cuando tengo clientes como ahora.

Don Ceferino y don Anselmo salieron al encuentro de los visitantes, dejando a la familia adentro de la cabaña. Los guardias que los acompañaban en la otra diligencia, observaban atentos ante cualquier anomalía que se presentara con los inesperados visitantes. Recargado junto a una cerca había cuatro muchachos mestizos que arreaban dieciocho mulas. Uno de ellos, el más grande, se acercó amable a saludar y explicar su razón por irrumpir ahí sin invitación alguna. Era un muchacho de escasos veinte años, moreno, de cabello rizado y anchas espaldas. Un paliacate rojo cubría su cabeza.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, muchacho. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —Conduzco estas mulas hacia la Ciudad de México, señor.

Un poco de comida y agua que nos dé es un alivio para mi gente. El hambre azota con todo en la región y gracias a gente como usted podríamos llevar algo a nuestros estómagos para no morir de hambre. Le puedo pagar con estas monedas o trayéndole leña, limpiando el ranchito o haciendo lo que usted necesite, al fin que somos varias manos para ganarnos honradamente el pan.

—En un momento las muchachas les traerán algo para calmarles el hambre, y un poquito más, para que lleguen bien a la capital.

—Muchas gracias, señor. ¡Que Dios se lo pague!

—Yo les ayudo con esto hijo —dijo don Anselmo entregándole un pañuelo con monedas de plata en su interior—. Les puede servir para comprar más comida en su viaje.

El arriero miró asombrado las monedas y con amabilidad se las regresó a don Anselmo, explicando su razón por no aceptarlas.

—No puedo aceptar dinero, señor. Se lo agradezco de todo corazón. Con la comida de don Ceferino nos basta y sobra. Es usted muy gentil.

Nunca olvidaré este gesto tan noble de su parte.

—Recuérdame como tu amigo Anselmo Larrañeta, futuro minero de Guanajuato.

—A mí recuérdeme como su amigo José María Morelos y Pavón, futuro sacerdote, espero que de alguna parroquia de Valladolid.

—Ya me *cansastis*, *konetl* cabrón. Llevo dos días y las caridades han sido malas. Tienes *qui* dar más lastima *pa* que den más *riale*s.

—Hago lo que me dice, señor.

El regordete indio tomó al chiquillo de una muñeca, jaloneándolo con coraje.

—Ahorita *mesmo* te voy a dejar pa dar más lástima.

Chimalhua saco su machete de un costal manchado con grasa y mugre del camino. Tomó al niño fuertemente de brazo con la intención de cercenarle la mano derecha con el filoso machete.

—Un *konetl* manco hará llorar a la gente y tendré más *riales pa* mi pulque y mujeres.

—¡No, señor! ¡No me corte la mano! ¡Por favor, déjeme!

—¡Calla *konetl* piojoso! Sólo ti dolerá un ratito y luego ni te acordaras. Ya *virás*.

—¡No, por favor!

Cuando el indio levantaba el brazo para cortar la mano de Martiniano, un fuerte puñetazo lo puso fuera de combate. Con el piso y techo dándole vueltas, Chimalhua contempló borrosamente a su singular agresor.

—¡Eres tú! ¡El padrecito!

—Dios me iluminó para encontrarte a tiempo, indio perverso. Un minuto más y hubieras arruinado la vida de este pobre chiquillo.

—¡*Pirdón* padrecito! ¡Yo no *mi* pegue más!

—¡Huye de Valladolid, cerdo asqueroso! Si te vuelvo a encontrar te mataré con mis propias manos. ¡Largo de aquí!

—¡Si, padrecito!

Chimalhua, cojeando y con el rostro bañado en sangre por la golpiza recibida, se alejó lentamente del jacal amparado por las sombras de la noche. Don Miguel Hidalgo, por un momento pensó en acabar de una vez por todas con esa alimaña peligrosa, disparándole por la espalda, pero la cordura y su vocación religiosa lo hicieron recapacitar. Lo importante en ese momento era cuidar y educar a ese niño, que a partir de ese momento vería al cura como su padre y protector.

Chimalhua volvería pronto a las andadas. Al mes siguiente sería pillado intentando raptar a una niña de seis años metiéndola dentro de un costal. El degenerado sería capturado y linchado por los enardecidos habitantes del pueblo. Un macabro cuerpo, colgaría de una rama a la entrada de la villa, advirtiendo a los fuereños de los alcances de los padres de San Julián por defender a sus hijos.

Los Iturbe eran una familia criolla de abolengo dedicada a la cría de borregos en San Miguel el Grande(4). Jacinto, su hijo, heredó la fortuna de su padre, al perecer éste de una extraña enfermedad. Don Gabriel Iturbe, desde que puso un pie en América, se dedicó a la minería y con un gran patrimonio de años de ahorro y sacrificio, asentó las bases para el nuevo negocio del hijo, quien odiando a la minería, prefirió probar suerte en lo que siempre deja dinero en cualquier parte del mundo: la crianza de animales. Criar borregos en su rancho le permitió llevar una vida diferente a la de su padre. Don Gabriel fungió por años como separador de plata con el azogue o mercurio con el famoso método de Beneficio de patio(5). La constante exposición con el azogue le provocó una muerte prematura, razón por la que su hijo juró dedicarse a otra cosa y no correr el mismo destino de su padre.

Aquella soleada mañana de febrero de 1786, don Jacinto tuvo que arrear un rebaño para entregarlo personalmente en Dolores, a unos treinta kilómetros de San Miguel el Grande. En ese año del hambre de 1786, los animales aumentaron más su precio por su apreciada y escasa carne. Doña Marina, hermosa madre de veintiún años y esposa de don Jacinto, quince años mayor que ella, aprovechó esa oportunidad para visitar la famosa Poza de San Miguel(6). Marina iba acompañada de sus dos pequeños, Jacinto y Cruz, de cuatro y dos años respectivamente. Al llegar ahí se encontró con un muchacho que parecía ya la esperaba.

—¡Marina! —le gritó—. ¡Qué gusto verte de nuevo!

El muchacho era un mozo criollo, de cabello negro rizado, de escasos dieciocho años de edad. Era alto, de patillas frondosas, de espalda ancha y complexión atlética. No aparentaba la edad que tenía. Marina le creyó cuando le dijo que tenía veintiuno. Las faenas del campo lo mantenían en buena forma, ya que le gustaba montar caballos y lazar reses, como el mejor de los charros de San Miguel.

—Hola Ignacio. Eres puntual a la cita. Ya sabes que no me gusta venir sola al río con los niños.

—Aquí estamos de nuevo, Marina. ¡Por algo será!

Los dos se miraron fijamente y se tomaron de las manos. Marina notó que el pequeño Jacinto los miraba suspicaz. Aun a su corta edad, el chiquillo veía raro que aquel hombre, que no era su papá, tomara a su madre de las manos.

—¿Se quedará don Jacinto en Dolores?

—Sí, Nacho. Son treinta kilómetros y al entregar los borregos cae como muerto en la posada de don Chuy. Estará aquí hasta mañana por la tarde.

—¡Magnífico!

El muchacho la miró con ojos de deseo. Marina era una jovencita muy bella y la maternidad le había asentado muy bien. Nacho y Marina se conocían desde unos meses atrás, cuando Nacho compró unos borregos a su marido. Su destino la unió a los dieciséis con don Jacinto, por órdenes de su padre al querer asegurarle su futuro con un hombre de economía estable, pero quince años más grande.

—Debo aclararte que estos encuentros serán más esporádicos, Nacho. San Miguel es del tamaño de la palma de mi mano y le gente ve y dice cosas. ¡Entiéndelo! Es mejor así para los dos.

—Yo no le veo ningún problema, Marina. Con una vez al mes que te tenga entre mis brazos, es como si me cargara de oxígeno para muchas semanas más.

Marina sonrió halagada y ordenó al niño Jacinto que se sentara con Cruz en una roca junto a un árbol cerca de la orilla del estanque. Ignacio y ella los cuidarían de cerca y así tendrían un poco de libertad para platicar.

—¡Estense sentaditos ahí, hijos!

—Chinto se pone muy serio. ¿Crees que sospeche algo? —le preguntó Nacho, mientras le acariciaba los senos por debajo del vestido. Con el pulso de un relojero pellizcaba deliciosamente sus pezones, agrandándolos entre sus atrevidos dedos.

—No lo creo, Nacho. De todas maneras debemos ser cuidadosos y no hacer nada frente a ellos.

—Lo sé. Ya se dormirán y entonces vendrá lo nuestro.

—¡Calla pícaro! Si mi marido lo supiera me mataría con sus propias manos.

—¡Descuida! Nunca lo sabrá.

La poza de San Miguel se encontraba enclavada en el fondo de una cañada. Su profundidad era desconocida. Ninguno de los mejores nadadores de El Grande había alguna vez tocado su fondo para contarlo. Había rumores que en el fondo de sus aguas vivía El Chan, un monstruo maligno que los lugareños durante varias décadas juraban haber visto. Su corriente era constante y durante su recorrido había molinos para granos y canales artificiales para llevar agua a los cultivos de las haciendas cercanas.

—¿Quieren que las haga un columpio niños? —les preguntó Nacho, sacando una larga cuerda que guardaba a un costado de su caballo.

—Si —respondió Jacinto sonriente.

El columpio quedó listo y los niños se divirtieron de lo lindo, mientras los enamorados se acariciaban discretamente y se decían cosas que sólo entre ellos entendían.

Un par de horas después los niños dormían plácidamente bajo la fresca sombra de un sabino. Nacho y Marina aprovecharon para consumar ese encuentro candente que habían postergado desde muchos días atrás. Sin quitarse el vestido, Marina se sentó en la hombría de Nacho, quien permanecía acostado bocarriba, contemplando sus bellos ojos. Marina permaneció sobre él un largo rato, arrancando gemidos de placer al charro de San Miguel, mientras ella contenía los suyos para no despertar a los niños. Solo cuando cayó rendida sobre el pecho de Nacho, él supo que había llegado al máximo placer posible.

Permanecieron descansando bajo la fresca sombra por un largo rato. La joven pareja sin saberlo todavía, engendraría una hermosa niña que

vería la primera luz del mundo a finales de ese mismo año de 1786. El atosigado marido se sorprendería del acontecimiento, sabiendo que aun sin haber casi tocado a su esposa en meses, su fertilidad a distancia había consumado el asombroso milagro.

(1) "Se suelen sentir dolores vagos en el cuerpo, principalmente en las espaldas, en los costados, y en el pecho, é impensadamente, y por una causa ligera, asalta un recio escalofrio que dura seis, ocho y doce horas, con dolor en la mitad del pecho, ò en algunos de sus lados ó en un costado, y media espalda: ó suele comenzar por una fluxión que ocupa el pecho y los pulmones, ó por un dolor al hombro que va descendiendo hasta fijarse en el costado. A esto sigue calentura aguda con encendimiento de cara y ojos; el pulso en el tiempo de frío se contrae, pero después hace una impresión en las yemas de los dedos fuerte, frecuente, redoble y con llenura: la respiración es acelerada, semejante a la que hace un ejercicio violento; hay tos, que si lleva esputos consigo se llama húmeda, y si es sin desgarrar se llama seca... la cabeza suele abromarse, amodorrarse, ó sentirse incomodada de dolores, ó de vahidos que no permiten levantarla de la almohada. Algunos sienten en el colodrillo un dolor, como si una mano les comprimiera fuertemente el pequeño cerebro." (Alzate, 1831, p. 137).

(2) Aunque la mina fue descubierta en 1548, la Valenciana alcanzó sus niveles máximos de producción de 1768 a 1804. En 1760 el joven Antonio de Obregón y Alcocer obtuvo un préstamo del mercader de la mina de Rayas, Pedro Luciano Otero. Durante varios años ambos siguieron invirtiendo en la mina hasta que en 1768 su producción se incrementó de manera considerable. Durante varias décadas la mina de La Valenciana produjo más plata que todas las minas del virreinato del Perú, siendo socios de Obregón, los señores Diego Rul y Otero.

(3) El 20 de marzo de 1780 el rey Carlos III de España, por sugerencia y recomendación del virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa, le otorgó a Obregón, dueño de la mina de la Valenciana, los títulos de vizconde de la Mina y conde de La Valenciana.

(4) La ciudad fue fundada en 1542 por el monje franciscano Fray Juan de San Miguel, quien bautizó el asentamiento como San Miguel el Grande. Era un punto de paso importante del Antiguo Camino Real, parte de la ruta de plata que conectaba Zacatecas con la capital de la Nueva España.

(5) Bartolomé de Medina (1497-1585), fue un metalurgista español,

radicado años más tarde en Pachuca, México, donde descubrió el Beneficio de Patio, procedimiento minero para separar la plata o el oro y de otros metales, mediante el uso de mercurio y sales. Su método fue tan exitoso, que en menos de una década, en 1562, sólo en Zacatecas existían 35 haciendas de beneficio por dicho método que permitió explotar minas que por su escasa ley no eran aptas para la fundición.

(6) El Charco del Ingenio es un jardín botánico y reserva natural localizado a unos minutos del centro histórico de San Miguel de Allende. Está provisto de una gran biodiversidad, sus abundantes especies nativas de flora y fauna se aprecian en el matorral, el humedal y la cañada. Conserva una extensa colección botánica de cactáceas y otras plantas suculentas mexicanas, muchas de ellas raras, amenazadas o en peligro de extinción. Sitio consagrado como Zona De Paz por el Dalai Lama que consta de: Conservatorio de plantas mexicanas, miradores, senderos y vestigios históricos, jardín de los sentidos para niños, zona de acampar, tienda y cafetería; así como de diversas actividades como visitas guiadas, temazcales, talleres, conciertos, ceremonias de luna llena y más.

2 · Cuando los insurrectos se encuentran

Que se eduque a los hijos del labrador y del barrendero como a los del más rico hacendado.
José María Morelos y Pavón

Transcurría el año de 1790, y el motivo del festejo no era para menos, el cura don Miguel Hidalgo y Costilla, a sus treinta y siete años de edad, y tras una exitosa carrera de sacrificio dentro de la institución, fue nombrado rector del prestigioso Colegio de San Nicolás Obispo en Valladolid.

Don Miguel, lleno de orgullo y felicidad, organizó una pequeña reunión para festejar con sus amigos y seres queridos el importante ascenso.

—Muchas felicidades, padre. Es un honor estar en esta reunión para celebrar su importante ascenso dentro del colegio —comento uno de los invitados, estrechando amistosamente la mano del cura.

—Muchas gracias por acompañarnos, José María. Tu presencia hace más grato este momento.

El rector vestía un elegante traje de color negro con chaleco rojo y pantalones holgados. Unas lustrosas botas de color negro soportaban las fuertes piernas del sacerdote. Un sombrero de palma protegía su calvo cráneo ante los embates flamígeros del sol de aquella calurosa tarde en el hermoso jardín, que el cura cuidaba como si fuera el Edén mismo. José María, muy al contrario, vestía un sencillo pantalón de

arriero de color café claro, con una camisa blanca de manta. Un paliacate de color rojo coronaba su cabeza. Su rostro afilado de piel morena, con grandes ojos negros bajo dos frondosas cejas, contemplaba con admiración y agradecimiento al cura.

—Todo un reto dirigir este grandioso colegio, padre.

Hidalgo saludó con un gesto amistoso a tres invitados que se fueron directo al fondo del jardín.

—En cierta manera ya lo vengo haciendo desde hace tres años que fui nombrado vicerrector, José María. El anterior casi no se metía y me dejaba manga ancha para trabajar a gusto.

—Todos sabemos de su gran capacidad, padre.

—Llámame Miguel, José María. Aunque hasta ahora te había tratado como mi alumno, nuestra amistad es algo diferente. De entre todos mis alumnos, te invité a ti porque eres el de más edad y con el que me puedo abrir de manera diferente. Eres especial José María. Estudiar para sacerdote a tus treinta años es algo singular dentro del colegio. Solo te llevo siete años. Bien podríamos ser compañeros de banca en cualquier otra escuela.

—Muchas gracias, Miguel. En verdad me honras con esta distinción.

—Está muy cerca tu ordenación, José María.

—Sí, Miguel. Este año me traslado al Seminario Tridentino de Valladolid para ampliar mis estudios de teología, filosofía y retórica.
—No sabes el gusto que me da que ya pronto te ordenes como

cura y empieces a ejercer en alguna iglesia de Michoacán.

—Sin duda que con su valiosa ayuda esto pronto se dará, padre. —¡Miguel! —reiteró el cura su nombre, chocando su copa de

vino con la de José María.

Un grupo de mujeres de mediana edad soltó una sonora carcajada en una de las mesas bajo un frondoso sabino. El cura Hidalgo gustaba del teatro y con ellas ponía en escena algunas de sus obras favoritas.

—Sí... Miguel... perdón —Morelos sonrió, tomando al cura Hidalgo del hombro.

En una esquina del jardín había tres guitarristas tocando música

flamenca para deleitar a los invitados. Los músicos, todos ellos con sus cabezas blancas, pasaban de sesenta años y eran grandes amigos del cura.

Una bella mujer de rasgos indígenas, con tres niños, de doce, seis años y cuatro respectivamente, se acercó a don Miguel para entregarle un jarrito con fresco pulque. Morelos miró discretamente la cintura y busto de la atractiva india, y por respeto desvió la mirada hacia unos rosales que estaban al lado.

—¡José María! —Dijo Hidalgo a Morelos en voz baja— Ella es mi mujer, Manuela Ramos, y mis hijos, Martiniano, Agustina y Lino Mariano.

Morelos entendió perfectamente el juego de discreción que manejaba su amigo y maestro. Muchas cosas se empezaban a decir del polémico cura penjamense.

La bella Manuela estrechó sonriente la mano de Morelos. Martiniano y Lino sólo saludaron con una sonrisa. Les urgía escapar de ahí para ir a comer pastel. Agustina, el vivo retrato de su madre, sólo miró a Morelos conteniendo una risita juguetona.

Los ojos verdes del cura hicieron un rápido atisbo a todas las mesas e invitados para ver que todo estuviera bien.

—Que no falte nada en las mesas, Manuela. Diles a las muchachas que te ayuden.

—Sí, padre.

Manuela y los niños caminaron hacia otras mesas donde había más invitados. Antes de irse dijeron con permiso, con una sonrisa en sus rostros, lo que hablaba de su buena educación. Hidalgo y Morelos volvieron a su charla.

—Manuela cuida de mis hijos. Martiniano es adoptado. Vive conmigo desde hace cinco años que quedó huérfano por la hambruna de Michoacán. Lo rescaté de las manos de un cerdo degenerado que explotaba niños para vivir. Agustina y Lino Mariano son los hijos que tengo con Manuela.

—Sin lugar a dudas una mujer muy bella, Miguel. Además de ser toda una responsabilidad. Como curas debemos ser discretos y no hacer alarde de esto.

—Así es, José María. Discreción ante todo. Antes de ser curas somos hombres y contra eso simplemente no se puede luchar. Es como querer amarrar a un toro con listones para que se esté quieto en el corral.

Morelos soltó una sonora carcajada y dio otro trago al curado de tuna que le había entregado Manuela. En sus viajes como arriero hacia la capital, había aprendido a saborear estas delicias del maguey.

—¿Cómo ves la apertura de Carlos IV, de que ya se puede comerciar entre las colonias españolas sin restricción alguna? —preguntó Morelos mientras se llevaba una mordida de taco de barbacoa a la boca.

—Por fin se le ocurrió algo bueno a ese mequetrefe. Desde hace tres siglos todo es saquear a la Colonia sin que ellos retribuyan algo de su parte. España está condenada a perder sus colonias si no incentiva su comercio con Inglaterra y Francia en América también. Hace doce años Francia reconoció el gobierno independiente que fundaron los rebeldes en Estados Unidos. El rey Carlos III se vio obligado a hacer lo mismo que el rey francés y obstruyó el envío de tropas inglesas a América, además de proporcionar ayuda a los colonos de Mississippi, sin percatarse de que con eso sólo estaba incentivando el ejemplo a los colonos inconformes de la Nueva España.

—Los criollos están inconformes por hacerlos de menos los peninsulares.

—Así es, José María. Esos zánganos gachupines se creen mejores que nosotros. Somos para ellos como unos españoles de segunda o de tercera clase.

Hidalgo se sirvió dos tacos de barbacoa con mucha salsa y aguacate. El bendito aguacate se encontraba en todas partes en Valladolid.

—Yo como mestizo no tengo ese problema, Miguel.

—¡Claro que lo tienes! Los gachupines te ven como algo muy cercano a los indios, José María.

—Y a mucha honra lo soy, Miguel. Yo no me siento menos que nadie y mucho menos que un gachupín asqueroso.

—Estoy seguro que toda esta discriminación y odio algún día conducirá a la separación total entre la Nueva España y España.

—Te juro que si algún día hay una rebelión para echar a patadas a los gachupines de México, ahí estaré yo propinándoles los primeros puntapiés en las nalgas.

—Y ahí estaré yo ayudándote a colgarlos de un ahuehuete, José María.

Los dos rieron como mozalbetes y tomaron más de su sabroso pulque de Valladolid. En ese momento parecían ser todo, menos dos respetados sacerdotes de Valladolid.

Una bella invitada se encontraba sola y con un gesto de Hidalgo, José María entendió que debía ir para allá para acompañarla. Ese momento lo aprovechó Hidalgo para cantar con los músicos una canción de agradecimiento a Dios por todo lo que le daba. Después se siguieron con otras de la región. El cura tenía una voz grave y agradable. Los invitados acompañaron la canción con palmadas.

Un singular invitado se acercó a Hidalgo, con una botella en la mano, pidiéndole al cura que brindara con él.

—¡Brinde conmigo, padre! Lo estoy buscando desde hace rato. —Es un gusto compartir una copa con mi gran amigo, Crisanto Giresse.

Crisanto era de estatura mediana, delgado, de facciones finas y ojos grandes y alegres. Un bigotito con las puntas dobladas hacia arriba y el cabello largo recogido en una cola de caballo, le daba un toque como de mosquetero francés. El amigo del cura era tan atractivo que no pasaba desapercibido para ninguno de los invitados al guateque.

—El gusto es mío, padre. Usted es un cura diferente.

Hidalgo tomó del hombro a Crisanto y acercándose a su rostro le dijo en voz baja:

—¿Por qué te acepto como amigo, sabiendo que eres un cabrón calavera que no tiene remedio?

—Y porque usted entiende la naturaleza humana y me acepta como soy.

—Dios te hizo mujer y hombre, con la mente y fuerza de ambos, Crisanto. Hasta en esos detalles Dios es un misterio y debemos aceptar sus designios.

—Un secreto de mi vida que sólo usted conoce, padre.

—Eso es para mí como un secreto de confesión, hijo. Por mí jamás nadie lo sabrá.

Crisanto tomó al cura de los antebrazos en un gesto de cariño y amistad.

—Gracias de nuevo por su valiosa amistad, padre. No sabe cuánto lo aprecio.

Crisanto era un excéntrico joven de veinticinco años, hijo de un platero francés casado con una criolla. Al morir el padre, lo dejó en la opulencia y al cuidado de su querida madre, a la que tenía con la compañía de dos mujeres que veían que nada le faltara a la dulce señora. Doña Elvia era una mujer de cincuenta años, veinticinco más joven que su difunto esposo, quien alcanzó a San Pedro a los setenta años.

—Ya te tengo un nuevo libro, traído de Europa en contrabando. Está en inglés, Crisanto.

—¿Cuál es?

—*Critica de la razón pura* de Immanuel Kant.

El gesto de Crisanto se alegró como si fuera un niño al que se le mostrara un caramelo.

—¡Démelo ya padre! Muero de ganas por empezar a leerlo.

—Pasa mañana por él al colegio. Ya tendremos tiempo de comentarlo. Sólo te puedo adelantar que todo conocimiento se inicia con la experiencia, pero no todo el conocimiento proviene de la experiencia, es decir que la experiencia te permite conocer, pero ella sólo te otorga conocimientos a posteriori, particulares y contingentes; los conocimientos a priori, universales y necesarios, únicamente pueden provenir de la misma mente y son ajenos a cualquier experiencia.

—Muy interesante, padre. A veces me pregunto por qué escapé del seminario y, al verme honestamente en el espejo, entiendo el porqué: una monja jamás será sacerdote en la Nueva España.

—¿Y por eso te refugiaste en esta vida de gozo desenfrenado, Crisanto? Pero en fin, te conocí como eras antes, y te acepto como eres hoy. La amistad es un tesoro inigualable. Pasa por el libro mañana y por favor, no les coqueteés a las invitadas.

—No me las esconda, padre. Si ellas quieren probar lo que es amar a un hombre raro como yo, que lo hagan. Al fin que tengo para todas.

Hidalgo sonrió alegremente y brindó de nuevo con él. Crisanto era un personaje singular, que acaparaba toda la atención del rector del Colegio de San Nicolás.

—Te veo mañana, hijo.

Crisanto se retiró de la fiesta saludando con una seña a todos los invitados. Morelos prestó particular atención a las caderas del muchacho al alejarse. Algo raro y atractivo había en aquel hombre. Algo diferente que lo confundía. Ya vendría el tiempo de averiguarlo.

Apenas cayó la noche y el cura encendió el castillo de cohetes que tenía preparado para sus agasajados. La corona voló más alto de lo prometido por el experto cohetero. Martiniano y Lino corrieron por la corona para tenerla como trofeo. La fiesta cerró con tamales, buñuelos y atoles de distintos sabores. Al final Hidalgo terminó platicando con los empleados del colegio, a los que apreciaba mucho por su gran apoyo en su gestión. José María Morelos se despidió temprano en compañía de la invitada que le presentó Hidalgo. Al fin, los dos oriundos de Valladolid, se entenderían a las mil maravillas.

A cinco años de establecidos en Guanajuato, los Larrañeta se habían adaptado perfectamente a la sociedad y modo de vida de la región. La extracción de plata y oro de la mina de la Valenciana era una locura que mantenía en la opulencia a todos los accionistas que orbitaban alrededor del primer Conde de la Valenciana, don Antonio de Obregón y Alcocer, quizá el hombre más rico del mundo en ese fin de siglo XVIII.

Los Larrañeta participaban en la fundición del importante metal. Todo Guanajuato dependía de la extracción de los preciados metales de las veintitrés minas con las que contaba la ciudad. La mina de la Valenciana, propiedad de don Antonio de Obregón, producía las dos terceras partes de toda la plata extraída en la Colonia.

La urbanización de Guanajuato se adaptaba a los dos procesos mineros básicos implicados en la extracción del mineral, desarrollándose tanto en la zona montañosa, como en la del lavado del mineral, en las haciendas de beneficio en el centro y parte baja de la ciudad. Esto creó un Guanajuato bipolar, que hacía crecer la ciudad tanto en el centro como en las montañas aledañas. El río Guanajuato, sin el que sería imposible este proceso extractivo, atravesaba la ciudad en su

recorrido de dieciocho kilómetros de largo, con una tributación de riachuelos de las cañadas, a lo largo de treinta kilómetros más allá de la entrada del río a la urbe aurífera.

El conde de la Valencia, ferviente devoto de San Cayetano, a quien trajo a Guanajuato en escultura, echó la plata y oro por delante para construirle en agradecimiento, la más fastuosa iglesia del momento: un templo con piedra de cantera rosa, tallado en estilo barroco mexicano con los ventanales laterales en amplios arcos. Un hermoso templo edificado(1) con altar y retablos laterales laminados en oro de 24 quilates con incrustaciones de marfil y piedras preciosas.

Aquel soleado domingo se congregó a los habitantes de Guanajuato para agradecer a San Cayetano por todo lo proveído en la semana. Se obligaba a asistir a misa a los mineros que trabajaban en la mina. Para cubrir el espacio del recinto se celebraban varias misas al día, comenzando desde las ocho de la mañana.

Aquella misa del domingo a las nueve, era la más importante del día porque era en la que asistía el conde de la Valenciana, don Antonio de Obregón y Alcocer. Don Anselmo Larrañeta y doña Viridiana se encontraban hasta adelante, justo a un lado del retablo derecho del fastuoso templo. Detrás de ellos se ubicaban sus pequeños Gonzalo, Elena y Ubaldo.

Gonzalo, aun a su corta edad, no salía del asombro al ver las condiciones de la mayoría de los mineros: hombres enjutos de estatura mediana, rostros ojerosos por el desgate al trabajar bajo tierra en condiciones deplorables, en un socavón del infierno, que como un monstruo devorador de hombres los liquidaba en un lapso no mayor a diez años. Bajar y subir los setecientos metros de profundidad de la mina implicaba caminar 1520 metros en un viaje, que por lo regular les tomaba una hora realizarlo. La temperatura de la mina era un horno que aumentaba su intensidad con la profundidad. El minero sólo usaba un calzoncillo de cuero para soportar los inclementes calores del socavón. Su jornada era de doce a catorce horas diarias, lo que los obligaba a hacer doce viajes al día cargando un costal sobre la espalda con casi cien kilos de mineral. Detrás de ellos siempre había capataces que a la menor demora los ponían en marcha de nuevo con un latigazo de advertencia. Los mineros subían las empinadas escaleras en zigzag para evitar una mortal caída por la espalda. Una caída así partía la espalda del minero, lo que obligaba al capataz a rematarlo en el suelo para evitarle más sufrimientos al desdichado.

Gonzalo observó como uno de los mineros intentó contener un tosido

en pleno sermón del padre. El hombre lo ahogó con la palma de su mano, la cual quedó embarrada en sangre. Los pulmones de aquel desdichado estaban por sucumbir en un par de semanas. Con un rostro ojeroso, que más parecía una máscara mortuoria, el minero contempló la mirada de asombro del niño. Era una comunicación visual extraña entre dos personas de mundos y tiempos distintos. Uno, un pequeño inocente, hijo de los mineros explotadores; el otro, un indígena chichimeca, un alma condenada a la muerte por esclavitud para incrementar la fortuna del hombre más rico del mundo. Un millonario que al morir nada se llevaría de la tierra a la que le arrancaba sus riquezas. Esa misma tierra que pudriría por igual su carne, como las de los mismos mineros a los que arruinó su vida. Al final, bajo tierra, todos los hombres son iguales.

Otros carraspeados se le vinieron al condenado, al grado que tuvo que ser sacado por uno de los capataces, que ni bajo tierra o en la superficie los dejaban en paz.

Gonzalo logró escabullirse entre la gente sin que se dieran cuenta sus padres. Tenía que ver que hacían con ese pobre minero que involuntariamente había interrumpido el sermón del padre. El capataz condujo al minero a un costado del atrio, donde no había gente en ese momento. Ahí había otros dos capataces con otros mineros que esperaban bajo el sol a la siguiente misa. Aquella imagen, de decenas de indígenas amontonados en espera de una misa que parecía no mejorarles en nada su situación, quedaría grabada en su mente de por vida. El minero que había tosido fue agarrado a patadas por el capataz que lo había sacado. Una patada en los testículos lo dejó inconsciente. El otro capataz lo contuvo al ver que el hijo de don Anselmo andaba de curioso. El niño regresó impactado a la misa. Aquella vivencia influiría enormemente en su carácter Ahora sabía que su padre participaba en un negocio en el que se mataba en vida a la gente.

La familia Allende y Unzaga(2) era una familia distinguida y bien reconocida dentro de la cerrada sociedad de San Miguel el Grande. Los Allende se codeaban con las familias más distinguidas de la región, familias de renombre y gran riqueza como los De la Canal, Landeta, Malo, Lanzagorta y Sautto. Era un hecho que los Allende y Unzaga, a pesar de no contar con un nivel económico ni siquiera cercano al de las familias antes mencionadas, sí tenían una relación cercana con ellas y contaban con mucho prestigio y reconocimiento, heredado por la buena estirpe de doña María Ana Unzaga, madre de Ignacio. Desde antes de la unión matrimonial entre don Domingo Allende y doña María Ana Unzaga, los Unzaga ya eran una familia prestigiada y sus miembros ocuparon numerosos puestos públicos de importancia

dentro de San Miguel.

No obstante, a pesar de la buena amistad y relación con las acaudaladas familias de San Miguel, no era secreto para nadie que la situación económica de los Allende en ese año de 1790, iba en precipitada picada. Don Domingo Allende murió el 24 de febrero de 1787, a los cincuenta años de edad y doña María Ana se le adelantó en 1772, por complicaciones con el parto de su hija Mariana, dejando a la familia en la zozobra de la orfandad. Don Domingo, además de dejar a sus hijos en la tristeza e incertidumbre, también les dejó muchas deudas, por esa extraña obsesión de aparentar ante la sociedad, algo que no se es, y que la misma plenamente percibe.

Por no haber alguien de los hijos, con la edad legal para administrar la herencia de la familia (el mayor de los hermanos Allende y Unzaga tenía apenas 24 años), sus bienes pasaron a ser conducidos por el europeo don Domingo Berrio.

La gestión del otro Domingo, con el menudo patrimonio(3) de los Allende, daría mucho de qué hablar en los siguientes años. Los hermanos mayores de Ignacio estudiarían buenas carreras para sostenerse en puestos públicos, a diferencia de Ignacio, quien se contentaba con pasarla bien con sus ardientes amoríos y sus negocios en venta de ganado.

Ignacio Allende y Juan Aldama, camaradas incondicionales, cabalgaban juntos en una polvorienta vereda que descendía de la Cañada de la Virgen, camino a Guanajuato. Ignacio y Juan se conocían desde niños y ambos estudiaban en el Colegio de San Francisco de Sales en San Miguel.

Juan Aldama era cinco años más joven que Ignacio Allende y tenía un hermano también llamado Ignacio, de la misma edad de Allende. Juan era delgado, con un cabello muy negro como las alas de un zanate y lacio como cerdas de brocha gorda. Su nariz era larga y ganchuda como el pico de un ave. Juan admiraba a Ignacio por sus sonadas vivencias de pendenciero y mujeriego. Ambos participaron en el salvamiento de un anciano conocido como el Tío Arriola, en el centro de San Miguel. El hombre quedó atrapado dentro de su tienda, sofocado por la humareda. Ignacio, exponiendo la vida, tiró la puerta con una pesada piedra y entró a salvar la vida de aquel desdichado. Esta hazaña se contaba una y otra vez entre las familias de San Miguel en tertulias y comidas. Allende era famoso por esta hazaña y por su fama de seductor. Uno de los agraviados por las galanterías del jovenzuelo mujeriego era don Jacinto Iturbe, a quien como broma

divina, su niña de cuatro años le había salido con la misma carita que su rival de amores. Marina López, madre de Amalia, juraba que la niña era de don Jacinto, pero en su interior sabía que el padre era el hombre que todas las noches le arrancaba horas de sueño. Marina vivía perdidamente enamorada de Ignacio. Si tan sólo éste le jurara unirse a ella en matrimonio, sin dudarlo dejaría a don Jacinto, aunque la sociedad de San Miguel la aplastara como a una mosca por tamaño escándalo.

Los dos jinetes vieron aparecer frente a ellos a otros cuatro, que se acercaban lentamente levantando una nube de polvo que los nublaba un poco, haciendo difícil distinguir sus rostros.

—¿Los conoces? —preguntó Aldama con gesto de preocupación.

—No los distingo bien por tanto polvo. De todas maneras prepárate para lo peor.

—¡No sabes cómo me gusta ser tu amigo, Nacho!

Allende sonrió y se cercioró de que su mosquete estuviera cargado. Con la mano derecha palpó el puño de su filosa espada. Juan hizo lo mismo. Los jinetes estaban ya muy cerca.

—¡Buenas tardes! —dijo uno de los jinetes, levantándose el sombrero en amistoso saludo.

—¡Buenas! —contestó Ignacio.

—Somos fuereños y vamos para San Miguel. ¿Algún lugar que nos recomienden para quedarnos?

El rostro de aquel hombre se veía apacible. No parecía ser un asaltante o una amenaza para los muchachos. De todas maneras Juan no perdía detalle de los otros tres vaqueros. No podía darse el lujo de distraerse.

—El mesón de los Sautto es un lugar limpio y con buena comida —contestó Juan atrayendo la atención de los forajidos—. Está a dos calles de la iglesia.

—Muchas gracias, muchachos.

Los cuatreros continuaron su viaje sin voltear. Lo que perecía una emboscada había sido un encuentro casual, como ocurre seguido en las veredas que conducen a las ciudades importantes del Bajío.

Esa noche en San Miguel, Ignacio los volvió a ver en uno de los merenderos. Los cuatro vaqueros lo saludaron con un ademán amistoso que Ignacio correspondió amablemente. En su mesa había un platón repleto de gorditas y tlacoyos con una enorme jarra de agua de frutas. Esa noche Ignacio tenía un encuentro amoroso con una mujer llamada Antonia Herrera, hermosa mujer de rostro angelical que le había hecho olvidarse por un tiempo de la problemática Marina López, a quien evitaba cuando don Jacinto andaba en el pueblo.

Después de su encuentro con Antonia, Ignacio se dirigía hacia su casa, cuando de entre las sombras surgió alguien que sin darle tiempo a nada lo golpeó con un palo en la cabeza. Ignacio cayó al suelo levemente atarantado ya que ágilmente eludió el impacto, cayendo éste principalmente en el hombro, sólo rozándole la cabeza.

—Malditos montoneros. Uno por uno y verán cómo les va. —Hasta aquí llegaste, galancito hijo de puta.

Ignacio los reconoció plenamente: eran los cuatreros de la mañana.

Los cuatro se abalanzaron sobre él, esgrimiendo los gruesos palos en las manos. Ignacio logró esquivar al primer forajido y de un fuerte puñetazo lo dejó inconsciente en el piso, pero el siguiente palazo lo dejó igual que al que había vencido.

—Acabémoslo a golpes. ¡No dejen nada de él!

El jefe de los cuatreros levanto su tronco para destrozar la cabeza de Ignacio cuando una detonación le voló la tapa de los sesos.

—¡Déjenlo, hijos de la chingada! —les gritó un muchacho, apuntándoles con su mosquete. El ángel salvador venía elegantemente vestido de negro con una camisa escarlata. Un jovenzuelo de piel blanca, rasgos finos, con cola de caballo y bigote con puntas hacia arriba, al estilo francés.

—¿Quién los mandó a hacer esto? Si no me dicen los mató a todos.

El muchacho apuntó bien a uno de ellos dispuesto a reventarle la cabeza de un tiro.

—¡No... no dispare! No somos de aquí. Nos contrató un tal Jacinto Iturbe para que le diéramos un escarmiento al joven Allende.

—¡Largo de aquí! ¡Antes de que me arrepienta!

Los tres forajidos huyeron de ahí sin pensarlo dos veces. Una detonación se escuchó a sus espaldas, haciéndolos brincar de terror. Los tres siguieron su paso agradecidos de no haber recibido ese tiro de advertencia.

Minutos más tarde Ignacio volvió en sí. La cabeza le daba vueltas. Los dos se encontraban sentados en una banca de piedra. Su salvador, al notar que Ignacio estaba bien y su golpe no había sido de consecuencias graves, le explicó en detalle todo lo que había ocurrido.

—Muchas gracias por tu ayuda. Te debo la vida.

—No me debes nada, joven Ignacio Allende, y considérame desde hoy, también tu amigo. Mi nombre es Crisanto Giresse.

—Mucho gusto, Crisanto. ¡El cielo te envió!

Aquel soleado sábado del 14 de mayo de 1791, se llevó a cabo un interesante hecho en la catedral metropolitana de la ciudad de México, suceso que dejaría mucho qué pensar a todos los ahí congregados. Como culminación de la construcción de las torres de la catedral, en la cúpula de la torre oriente de la catedral se ocultaría una pequeña cápsula del tiempo(4) de 16 por 8 centímetros, con su preciado tesoro en su interior: un relicario, cinco monedas de plata, cinco cruces de palma, once medallas de metal dorado, veintitrés medallas de oro conmemorativas y de los santos protectores de la Nueva España(5), un *agnus dei*(6) de cera, un grabado de San Miguel Arcángel y de Santa Bárbara, protectora de los rayos y centellas que podían dañar la torres del edificio, y un pergamino donde se hablaba de la situación actual en la Nueva España.

La inscripción de la caja de plomo estaba realzada con carbonato de calcio y en ella se leían claramente los nombres: José Damián Ortiz de Castro y Tiburcio Cano, arquitecto y maestro cantero de la catedral.

Después de colocar el tesoro en el interior de la caja y sellarla, Tiburcio Cano trepó ágilmente el andamio y colocó la caja dentro de un nicho que fue sellado y resanado para permanecer oculto en la cúpula por décadas y ser abierto por los mexicanos del futuro.

—Sólo Dios sabe en qué año se descubrirá esa cápsula y lo que pensarán los habitantes de la Nueva España en ese lejano futuro cuando la vean —comentó el arzobispo de México, Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Dr. Don Alonso Núñez de Haro y Peralta(7), encargado de la ceremonia, dándole su bendición al evento.

—¡Será un país diferente, padre! Un territorio independiente de España llamado con otro nombre —comentó un invitado ahí reunido, un militar criollo llamado Rodolfo Montoya.

El arzobispo volteó consternado al que había dicho semejante blasfemia. Junto a él se encontraba un muchacho de escasos veinte años.

—¿Con quién vienes, hijo?

—Pertenezco al regimiento de infantería fijo de Puebla del capitán Félix María Calleja, quien llegó de España en octubre de hace dos años, junto con el virrey Juan Vicente de Güemes, segundo conde de Revillagigedo(8).

El arzobispo, al enterarse del origen de aquel atrevido individuo, retuvo como un veneno en las venas el regaño que tenía en la punta de la lengua. El prelado sentía escozor por los criollos.

—Dios está con España, hijo, y todo lo de España estará con ella por siglos porque España es grande. No vuelvas a decir algo tan blasfemo como lo que acabas de decir, y mucho menos en la casa de Dios.

—Los ingleses y franceses son una amenaza, padre. Ellos, si derrotaran a España en una guerra definitiva, las colonias de América pasarían irremediablemente a manos del vencedor. Hace treinta años, el rey Carlos III entró en guerra contra Inglaterra apoyando a Francia. En represalia Inglaterra se apoderó de la Habana por casi un año. Por todo ello pienso, que algún día que se abra esa caja del tiempo, este territorio será independiente o pertenecerá a Inglaterra, que ya hizo independiente a los vecinos del Norte en el 82.

—¡Los Estados Unidos! Un país lleno de infieles, hijo: una sucursal del mismo infierno.

—No discutas con su Ilustrísima en la Casa de Dios, Rodolfo —dijo el capitán Félix Calleja, asumiendo la responsabilidad de su pupilo en la catedral.

El capitán Calleja era un hombre de 48 años de edad, alto, de complexión delgada y nariz aguileña. Su cabello cano lo hacía lucir más viejo que lo que en verdad era. Don Félix provenía de Medina del Campo, Valladolid.

—¡Disculpadme Capitán, Calleja! ¡Disculpadme, su Ilustrísima!

El arzobispo sonrió satisfecho. En la catedral no podía haber alguien que pudiera discutir su palabra, porque era palabra directa de Dios. Mucho menos un mocoso criollo de veinte años que creía saber mucho por haber leído uno o dos libros en su vida.

Al terminar la ceremonia en la catedral, Félix Calleja y Rodolfo Montoya, se reunieron en el Palacio de los Virreyes con el segundo Conde de Revillagigedo y el arzobispo Alonso Núñez. Comer con el virrey era todo un privilegio para militares como ellos. Para el arzobispo era cosa habitual comer con los virreyes y asesorarlos en sus gestiones. Después de todo, él ya había fungido como tal por unos meses.

El comedor del palacio se encontraba arreglado para recibir a seis personas: al virrey Juan Antonio Güemes, al capitán Félix María Calleja, al teniente Rodolfo Montoya, al arzobispo Alonso Núñez y al antropólogo Antonio de León y Gama. El virrey no era muy dado a recibir gente en la comida. Prefería hacer sus gestiones por la mañana y dedicar la comida para él mismo.

—Es un honor para mí recibirlos en esta sencilla comida para charlar sobre asuntos referentes a la ciudad —dijo el virrey, señalándoles sus asientos con un ademán.

El virrey, era un hombre delgado con una contrastante barriga, como un Quijote embarazado. Vestía una elegante levita color café con unos pantalones ajustados a media pierna, medias blancas con zapatillas color café con hebillas de oro en los empeines. La camisa blanca del virrey contaba con varios holanes en los puños y pecho. Una peluca blanca con bucles engalanaba su cabeza.

—El honor es nuestro, señor virrey —contestó Calleja en su nombre y por el de su compañero Montoya. Los dos vestían sus elegantes uniformes militares con orgullo. El arzobispo sólo sonrió, como dándoles a entender que él era diferente y entraba y salía del Palacio de los Virreyes, como lo hacía en la catedral. El antropólogo, limpiando su lentes con un paño, también lo agradeció con un susurro indetectable.

Después de unos minutos de intercambio de saludos y cortesías, los comensales comenzaron a comer y a escuchar al conde la razón de su importante invitación al Palacio Virreinal.

—Mi gestión dio inicio hace casi dos años, señores, en octubre se cumplen, para ser más precisos. Me he dedicado en este tiempo a

emparejar las calles del centro, ponerles desagües y atarjeas. No saben cómo sufrí al principio al percibir la peste a materia fecal y orines del Palacio Virreinal y la Catedral. No dejaré ninguna calle sin drenaje. Todas quedarán empedradas para la segura circulación de caballos y carretas. Acabo de poner en funcionamiento carros de alquiler para facilitar el desplazamiento dentro de la ciudad. El centro de esta metrópoli será un lugar limpio y seguro para sus paseantes. Pondré iluminación nocturna. Las calles de la ciudad deben ser seguras para sus habitantes. He implantado el servicio de recolección de basura todas las mañanas y las casas ahora sí tienen una numeración lógica y coherente para encontrar un domicilio. He reforzado el cuerpo policiaco con agentes bien entrenados en su profesión. No puedo aceptar en la policía a gente peor que los que supuestamente persiguen. Ahora contamos con serenos que patrullan las calles por las noches y avisan que todo esté en orden.(9)

—Su labor como virrey hasta ahora ha sido ejemplar e incuestionable, don Juan —comentó el arzobispo, llevándose la blanca servilleta a los labios.

—Muchas gracias, Su Ilustrísima.

Una mesera de marcados rasgos indígenas, como para plasmarla en un mural representativo de los aztecas, se acercó a llenar la copa del prelado. Montoya discretamente contempló el cuerpo de tentación de la trabajadora. La mirada escrutadora del virrey le hizo desviar la vista hacia otro lado.

—También reconozco la importante labor de mi amigo Félix y su compañero Rodolfo en la vigilancia del camino de Puebla a México. Ningún ciudadano deber ser importunado por delincuentes en ese importante sendero hacia la capital. La seguridad es ante todo mi prioridad.

—Inmerecido halago, señor virrey —repuso con respeto el capitán Calleja. Montoya hizo otro tanto con una mirada de respeto hacia tan importante personaje.

—No nos distraigamos más en halagos y alabanzas y disfrutemos la comida, que al final deseo mostrarles algo muy importante y es la razón por la que este día también nos acompaña el distinguido señor de León y Gama.

La charla prosiguió de manera alegre y relajada. Tres botellas de finos vinos españoles fueron abiertas y disfrutadas por los alborozados

comensales. Al final el virrey les pidió que lo acompañaran a un espacio abierto en un jardín, donde había un enorme objeto de cinco metros de alto por cuatro de ancho, cubierto por una manta de color blanco, manchada de lodo seco y grasa.

El virrey se acercó a la manta y la jaló para dejar al descubierto a una enorme roca de basalto, labrada en su totalidad, asemejando a una enorme moneda de piedra de tamaño colosal.

—Señor León… esto usted lo puede explicar mejor que yo. Por favor hágalo.

Antonio de León y Gama se paró junto al virrey y comenzó su explicación sobre el enorme monolito azteca:

—La roca fue hallada por José Damián Ortiz de Castro, maestro mayor de las obras urbanas ejecutadas por el virrey, quien informó de este hallazgo el 17 de diciembre pasado. El monolito fue hallado a medio metro del suelo y a 60 metros al poniente de la segunda puerta del palacio virreinal. Lo extrajimos del agua y lodo con un aparejo de doble polea tirado por varios animales. Por mis estudios arqueológicos y de culturas prehispánicas me he tomado el atrevimiento en bautizarlo como el Calendario Azteca. Estoy seguro que esto es un calendario y que los aztecas lo consultaban a diario al estar exhibido cerca del templo mayor.

—Para mí no es más que el producto de una cultura pagana y debería ser regresado al lodo de donde se extrajo —comentó el arzobispo, despreciando todo lo que fuera de origen prehispánico.

—Precisamente eso es lo que hizo uno de sus antecesores hace dos siglos, Su Ilustrísima. El monolito fue encontrado a flor de tierra en una acequia y el segundo arzobispo de México, don Alonso de Montufar, ordenó que ese sepultara de nuevo por ser de origen diabólico y pagano.

—¡Sugiero que se haga lo mismo! ¿Para qué diablos queremos esa roca con grabados ininteligibles?

La mirada del arzobispo era de enojo. Sus fosas nasales se dilataban para jalar más aire y poder hacer frente al coraje que lo abrumaba.

—¡Esta vez no será así, don Alonso! —intervino el virrey, anteponiendo un don, y no mencionando ningún grado eclesiástico para restarle poder al arzobispo. El carácter del virrey quedaba demostrado de nuevo—. Se colocará como exhibición permanente a

un costado de la torre poniente de la catedral. Todos los habitantes de esta metrópoli conocerán la grandeza de la cultura azteca y del nuevo entendimiento que sobre esto tiene el virreinato. Este es un descubrimiento magno y será compartido con todos.(10)

(1) *La planta de la primitiva construcción era tan grandiosa, que ocasionó celos (sic) al Cura de Guanaxuato D. Manuel Fernández: reclamó éste porque se levantaba una basílica cuando la licencia se había otorgado a una capilla: se le dio a esta especie toda la importancia que se concedía entonces a las de su clase, y después de reñidos debates, se transó el negocio, conviniendo en que la obra no siguiera adelante: se concluyó por lo mismo donde iba y por tal motivo la iglesia quedó con un cuerpo de menos.* El canónigo José Guadalupe Romero en su inspección al Obispado de Michoacán.

(2) Tuvieron siete hijos: José María (1763-1811); María Josefa (1765-1834); Domingo José (1766-1809); Joaquín, 1768 (murió a los pocos días de nacer); Ignacio, nacido el 21 de enero de 1769; Manuela (1770-?), y finalmente, Mariana (1772-1830).

(3) Era dueño de una tienda de comercio en San Miguel; una casa particular de dos plantas, construida, a juzgar por las características barrocas, a mediados del siglo XVIII, y de la hacienda San José de la Tresquila y de su anexo, Manantiales.

(4) Se descubriría 216 años después, el 22 de octubre del 2007, al realizar reparaciones a los campanarios.

(5) De procedencias distintas, entre ellas, las ciudades de Guadalajara, Guanajuato, Zacatecas, Villahermosa, Campeche, Orizaba y Oaxaca, entre otras, lo que demuestra la relevancia de carácter nacional que tuvo la construcción de la Catedral Metropolitana.

(6) Ésta representa al Cordero de Dios acostado sobre el libro cerrado con siete sellos, nimbado con la cruz, y ostentando la bandera de la Resurrección. Son hechos con la cera sobrante del Cirio pascual del año anterior, bendecidos y ungidos con el santo Crisma por el Papa. Su tamaño oscila entre 3 y 23 centímetros, y asimismo el tamaño de la imagen.

(7) Virrey de la Nueva España desde el 8 de mayo de 1787 hasta el 16 de agosto de 1787. Arzobispo de México de 1771 a 1800, año de su muerte. En 1792 el Rey, Carlos IV lo condecoró con él la gran cruz de

la Orden de Carlos III. Hasta su muerte en 1800, siguió recibiendo el tratamiento y honores de virrey de Nueva España.

(8) Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas (La Habana, 1738 - Madrid, 1799), II conde de Revillagigedo, fue el 52o virrey y presidente de la Junta Superior de Real Hacienda de Nueva España del 16 de octubre de 1789 al 11 de julio de 1794.

(9) Después del notable gobierno del Conde de Revillagigedo, la capital de la Nueva España fue llamada la Ciudad de los Palacios. El ejemplo de la transformación positiva de la Ciudad de México se extendió a otras ciudades del virreinato como Veracruz, Toluca, Guadalajara, San Blas y Querétaro.

(10) El calendario azteca fue colocado a un costado de la torre poniente de la catedral Metropolitana el 2 de julio de 1791. Ahí fue admirado por todo los mexicanos que visitaban el zócalo, entre algunos, Alexander von Humboldt, quien realizó diversos estudios sobre su iconografía. Durante la invasión estadounidense en México en 1847, los soldados del ejército norteamericano que ocuparon la plaza, usaron la Piedra del Sol para tiro al blanco. En 1887, después de 96 años en exhibición en la catedral, fue trasladada a la Galería de Monolitos del Museo Arqueológico de la calle Moneda. Por documentos de la época se sabe de la animadversión popular que causó el injusto encierro del monolito de la ciudad. En 1964 fue trasladado al Museo Nacional de Antropología e Historia, donde preside la Sala Mexica de dicho museo y está inscrita en diversas monedas mexicanas.

3 · Cuando se mata a los reyes

Si a Luis XVI se le consideraba inocente, entonces nosotros solo éramos unos rebeldes. Si era culpable, el peso de la justicia debía caer sobre él.
El diputado jacobino Jean-Bon Saint-André

A los dos años de haber sido nombrado rector, catedrático de Teología y tesorero del Colegio de San Nicolás, don Miguel Hidalgo y Costilla es nombrado por el obispo de Michoacán cura interino de Colima, donde deberá tomar posesión en marzo de 1792. La razón de su disfrazado despido obedece a los constantes escándalos en los que se había visto inmiscuido: amoríos prohibidos, desvío de fondos, sus polémicas disertaciones con sus alumnos sobre política y religión; más su marcado aburrimiento al vivir enclaustrado entre cuatro paredes, sin haber todavía ejercido como cura con una capilla propia. Todo esto, más un doble de ingresos, lo obligan a aceptar la vicaría de Colima, donde ganará más dinero y tendrá manga ancha para seguir con su polémico modo de vida, lejos de los inquisidores ojos de los eclesiásticos de Valladolid.

—¿Por qué no puedo ir con usted a Colima, padre? —preguntó Manuela, recostada completamente desnuda a un lado de Hidalgo, después de haber tenido un intenso encuentro sexual donde ambos había quedado empapados en sudor. Su frente se encontraba aún perlada en sudor, al igual que la del fogoso cura.

—Tu vida está hecha aquí, Manolita. Tenemos tres hijos a los que debes atender. No te faltará nada. Te enviaré dinero sin falta.

Hidalgo dio una profunda fumada a su cigarro. Soltó el humo con caprichosas figuras que revoloteaban sobre sus cabezas, luego lo pasó

a su joven amante, quien también gustaba del tabaco.

—Pero yo lo necesito a mi lado, padre —insistió Manuela, jugueteando con los vellos del ancho tórax del cura, a la vez que sobaba con sus pies descalzos las velludas piernas del cura prohibido.

—Lo sé, Manolita. Entiende que Colima es una ciudad muy pequeña. Lo primero que notaría la gente calumniadora es que el nuevo cura de Valladolid, llegó con su familia, y eso me afectaría notablemente. De por sí, ya voy para allá con un costal de calumnias a cuestas. Todo Valladolid chismea con lo nuestro. Llegar contigo allá sería como dar fe ante una notaría pública de que soy un cura sinvergüenza.

—Y lo es padre, por eso lo amo.

—Yo también te amo, Manolita. Entiende que esto tiene que ser así. Ya que pase un tiempo veré como están las cosas y te avisaré. La calva brillosa del cura se puso entre los grandes pechos de la nativa. Como un lactante bebió amor de los pezones color tamarindo de su esclava sexual. Manuela, encendida como una posesa de Afrodita, hizo crecer oralmente de nuevo la dureza del cura para poseerlo. Pronto se iría su hombre y sabía que extrañaría estos momentos de pasión con gran nostalgia.

El viaje de Crisanto Giresse a Paris, para cobrar la herencia del hermano de su padre, coincidió con un terrible hecho histórico que daría mucho que hablar a las generaciones futuras de Francia y el mundo. En la mañana del 21 de enero de 1793, en la Plaza de la Concordia, los curiosos se congregaron para contemplar le ejecución de su amado y también odiado rey, el monarca Luis XVI, quien sería decapitado como un vulgar asesino. Finalizaba así el largo vía crucis de Luis XVI, el último monarca absoluto de Francia, convertido en el ordinario Luis Capeto, un simple ciudadano francés más.

La polémica decisión de ejecutarlo fue el resultado de una larga querella entre los diputados girondinos, de tendencia moderada, y los más radicales jacobinos, acaudillados por su máximo líder Maximilien Robespierre. En medio de una Europa literalmente confabulada contra ella, la recién estrenada República Francesa experimentó una escalada hacia la radicalización política. Desde la proclamación del nuevo régimen republicano, el 21 de septiembre de 1792, la República había iniciado un camino de sonados triunfos. Meses antes se había desatado la guerra con Austria y Prusia, escamados países inclinados a invadir Francia. La nueva República, lanzando una exitosa ofensiva, pasó de ser un régimen liberador, que prometía igualdad, libertad y

fraternidad a los países que la imitaran, a convertirse en una potencia conquistadora. Sin embargo había algo que nublaba el éxito de este vanguardista frente revolucionario: ¿No era una contradicción mantener al antiguo y desacreditado rey en un régimen republicano? La familia real y el papel que esta podría desempeñar en un nuevo país en que se había abolido la monarquía, no encajaba por ningún lado. Su sola presencia dentro de Francia fomentaba las esperanzas contrarrevolucionarias, y ponía en duda la legitimidad del triunfo de la Revolución.

Justo a las diez de la mañana, el rey llegó a la plaza en un carro escoltado por soldados. Su estampa serena descendió del vehículo. El piquete de soldados que rodeaban la plaza, hacía más solemne el evento. Al mirar el tétrico patíbulo en el centro de la plaza, las piernas le comenzaron a temblar como a un anciano. Una visible mancha de orina ennegreció su ajustado pantalón. Cuando parecía que caería fue sostenido por los soldados que lo acompañaban. Así, con mirada nostálgica perdida entre cientos de cabezas que anhelaban su muerte, el rey comenzó a hablarles. Luis XVI se jugaba su última carta al lanzar un conmovedor mensaje que apenas iniciaba con un “Ruego a Dios que mi sangre no caiga nunca sobre Francia...”, cuando fue ahogado por los tambores marciales del ejército. Sin darle tiempo a más, su cabello fue cortado en la zona donde la cuchilla atravesaría su cuello. Sus manos fuero atadas por la espalda y fue puesto bocabajo en la plancha de madera que se deslizó suavemente hacia el punto donde su cabeza quedó expuesta por un lado y el resto de su cuerpo separado por una tabla de madera que se adaptaba perfectamente al tamaño del cuello. El verdugo volteó a ver al encargado, quien con una mano ordenó que se dejara caer la pesada cuchilla hacia el tierno cuello, aun con las venas y arterias repletas de vida. El viaje del metal fue cosa de un segundo y la cabeza del último rey absoluto de Francia cayó dentro de una canastilla ante el grito de la gente. El verdugo tomó la cabeza con las manos y la mostró triunfante a la gente que lanzaba alaridos de triunfo y algunos de tristeza. Crisanto Giresse, colocado en un sitio cercano, vio claramente como los ojos del rey aun parpadearon por unos segundos. Unos ojos que contemplaban su fin, al verse sin el vital cuerpo que mantenía la testa con vida. Minutos más tarde la cabeza del rey de Francia fue colocada en una pica para que la viera todo mundo con detalle. El contundente y total triunfo de la República quedaba constatado en esa macabra exhibición. Muerto el rey se acabó la monarquía.(1)

Tras la decapitación del rey, las monarquías de Inglaterra, España, Portugal, los estados italianos y los distintos miembros del Imperio alemán se unieron a Austria en una lucha sin cuartel contra la nueva

República del Terror. Mientras tanto, surgía un periodo de sospecha y desconfianza, que terminaría con la horrenda represión de todo sospechoso de contrarrevolucionario, iniciándose así la senda imparable hacia el imperio Napoleónico.

Crisanto Giresse en su viaje de regreso a la Nueva España hizo un alto de negocios en la Habana, Cuba. El viaje a Francia del afortunado heredero de los Giresse, había sido un éxito. Dentro de un insignificante maletín de cuero viejo, Crisanto viajaba con cientos de monedas de oro. Una fortuna que garantizaba una desahogada vida en la Nueva España. En la cabeza del elegante viajero había un mundo de planes para invertir su dinero. Crisanto sembraría tabaco en la Nueva España y fabricaría puros y cigarros para el ávido mercado del virreinato. La dulce viuda cubana Otilia García, encumbrada tabacalera, le daría el mejor precio para las semillas, y dos encargados, que echarían a andar la siembra en la fértil región veracruzana de Huatusco.

Otilia gemía de placer, mientras su nuevo socio, Crisanto Giresse, la embestía con la furia de un semental. Ella se encontraba totalmente desnuda, a diferencia de Crisanto que mantenía un calzoncillo con una abertura por la que se asomaba su tumefacto falo. En una de esas, Otilia excitada a lo máximo, se volteó para tomar su hombría con la boca y sin dar tiempo de reaccionar al fogoso amante, la cubana sintió en su mano derecha la presencia de una pequeña y húmeda vulva entre el escroto y el ano del atractivo amante francés.

Crisanto entrecerró los ojos de placer, al sentir que la cubana hábilmente introducía su dedo índice en su húmeda vagina, mientras seguía succionando su pene como una desquiciada. Otilia era la primera en conocer su secreto: Crisanto contaba con los dos sexos y era capaz de recibir y dar placer por igual a hombres y mujeres. Otilia sería discreta y se convertiría en su incondicional amante en la Habana y en sus viajes a la Nueva España.

El 10 de marzo de 1792, el padre Hidalgo tomó posesión como cura interino de la vicaría de Colima, la última y más alejada en el poniente del obispado de Michoacán. Su estancia en esa sacristía sería de tan solo ocho meses. Hidalgo(2) se daría a la tarea, encomendada por el obispo de Michoacán, de convencer a los curas y religiosos de las cuatro parroquias de Colima: Santiago de Tecomán, San Francisco de Almoloyan e Ixtlahuacán y la de Hidalgo, de que se opusieran a pasar a formar parte del obispado de Guadalajara, para lo cual se decía, ya había una orden firmada por el Papa. Los padres que había en las cuatro parroquias de Colima tenían algún nexo con el cura

Hidalgo, ya que, o habían sido sus compañeros(3) o sus alumnos en el Colegio de San Nicolás. Entre ellos había dos muy estimados por él: el cura de Almoloyan, Francisco Ramírez de Oliva; y el padre José Antonio Díaz, quien fungía como capellán de Colima, y que había sido catedrático en el referido colegio, y su vicerrector también.

Don Miguel Hidalgo, preso dentro de un entorno desconocido de soledad, pronto volvió a caer en el vicio prohibido que lo perseguiría toda su vida: las mujeres. Apenas llevaba unas semanas en su vicaría, cuando una hermosa mujer casada, con apenas veinte años encima, hizo acto de presencia en su confesionario. La jovencita se quejaba de no amar a su marido y de haber sido obligada a casarse. Hidalgo, preocupado por este singular caso, decidió atenderlo personalmente tras los gruesos muros de su parroquia. La bella Antonia Pérez era la esposa del subdelegado de Colima, don Luis de Gamboa, un cuarentón gordo como manatí, enfundado en elegantes ropas de marqués.

Un soleado viernes, aprovechando que no había nadie en la parroquia, el audaz cura le hizo el amor a la insaciable mujer de distintos modos posibles, hasta quedar ambos exhaustos, empapados en sudor, sobre un mullido colchón, mirando abrazados hacia la cúpula del salón. El fogoso cura, con el rostro como el de un hombre que había calmado su feroz hambre con un pan, se puso de nuevo su sotana para la misa siguiente. La jovencita vistió otra vez sus discretas ropas para regresar a casa con la comunión en la boca. Su marido adoraba que Toñita fuera tan piadosa: “Nada mejor que una mujer alejada de los pecados de la carne, y la casa de Dios es el mejor sitio para mantener segura a tu mujer”, pensaba el ingenuo don Luis, al beber su espumosos chocolate caliente, al ver a su abnegada mujer prepararle la cena.

Tres meses después, dos hechos importantes coincidieron en la peliaguda vida del cura penjamense: la vacante de párroco del curato de San Felipe Torres Mochas, en Guanajuato y el frío cañón del rifle de don Luis en la calva frente del cura. Antonia tenía tres meses de embarazo y no se sabía quién de los dos podría ser el padre.

—Tiene sólo esta noche para largarse de aquí cura cabrón, hijo de puta, o me iré al infierno matando a un ministro de Dios. ¡Escoja usted su destino! —dijo don Luis, haciendo clic a la carga del mosquete.

Al día siguiente, 26 de noviembre de 1792, Hidalgo se alejó para siempre de Colima, salvándose de ser asesinado por el cornudo marido y salvó así el honor de don Luis y doña Antonia(4).

Seis meses después nacería una hermosa niña con ojos verdes, la

misma imagen del Zorro de San Nicolás.

La puerta de la casa de don Jacinto Iturbe sonó justo a las ocho de la noche, como si estuviera en sintonía con las campanas de la iglesia, quienes daban puntualmente la hora a los Sanmiguelenses.

Don Jacinto Iturbe sintió que las piernas se le hacían de goma al ver a dos hombres en la puerta a los que reconoció inmediatamente: eran los jóvenes Ignacio Allende y Juan Aldama. Detrás de don Chinto aparecieron los cuatro niños Iturbe, con sus rostros llenos de curiosidad infantil sobre los extraños visitantes. Marina, presa de la sorpresa les ordenó que se metieran a la casa. Allende alcanzó a ver perfectamente la carita de Amalia, niña de seis años que era su vivo retrato y quien Marina le juraba era su hija.

—¿Podemos hablar en privado, don Chinto? —preguntó Ignacio con rostro sereno.

—Sí, claro. ¿No veo por qué no?

Aldama se quedó tranquilamente recargado en la barda de la casa fumando un cigarrillo, mientras Allende y don Jacinto se sentaban en una banca a entablar un incómodo dialogo que ambos sabían podría traer consecuencias funestas.

—Le pido disculpas por irrumpir en su casa de este modo, don Jacinto, pero no me dejó otra opción. Sé que no me esperaba, así como yo no esperaba que usted fuera tan cobarde de mandar unos cuatreros a matarme.

La frente calva de don Jacinto empezó e bañarse de roció por el sudor de los nervios que lo invadían.

—Yo no mandé… a nadie Nacho —dijo con un delatador tartamudeo —. ¿Pero aunque así fuera?… ¿creo que… mis justas razones tendría, no? Usted… tú… te has estado metiendo con mi mujer desde hace tiempo.

—Esto es un asunto de hombres, don Jacinto. ¡Así ha sido y no lo niego! No estoy aquí para que nos expliquemos las razones de por qué ocurrió así. Estoy dispuesto a que usted defienda su honor y nos batamos a duelo como usted quiera. Solo con sangre se pueden arreglar estas cosas. ¡Escoja usted las armas y los padrinos!

Don Jacinto tragó saliva como si tuviera el cogote lleno de pinole. Su parpadeo aumento a niveles notorios. Con una voz que más parecía un

ruego que una altanera y bravucona refutación dijo:

—No es para tanto, Nacho. Solo te pido que ya no la busques más y asunto olvidado. —Los ojos negros de Allende se clavaron como dos dardos sobre el tímido cornudo.

—Me alejaré por completo de Marina, don Chinto. Pero si usted vuelve atentar contra mi persona, lastima a Marina o a la niña Amalia, vendré personalmente a matarlo con mis propias manos, o lo hará Aldama, que sabe todo lo nuestro, si usted me asesina primero.

—Nada de esto pasará, Nacho. Te lo aseguro.

Allende se incorporó de la banca y se alejó del lugar junto con su amigo. Don Jacinto se quedó unos segundos más sentado. Sabía que sería cuestionado por Marina y debía prepararse para el incómodo interrogatorio.

El 24 de enero de 1793, don Miguel Hidalgo arribó a San Felipe Torres Mochas, recibiendo la parroquia de manos del padre franciscano Diego Bear, el último cura de órdenes regulares habido en dicha población. Don Miguel Hidalgo, cargando con buenos fondos desde Colima, inmediatamente compró una casa en la calle principal de la Alcantarilla (hoy Hidalgo), a poca distancia del templo. La casa contaba con un ancho zaguán que conducía hacia un amplio portal que se abría hacia a un patio cuadrangular rodeado de extensas habitaciones. Atrás de la casa, para no importunar las actividades del cura, se encontraban las áreas de servicio y una fértil huerta.

Una mañana, en los primeros días en los que apenas se estaba instalando el cura, alguien llamó a la puerta. El cura, hombre de joven de treinta y nueve años, resoplaba de tanto sudar al mover objetos dentro de las amplias habitaciones de la casa.

—¡Martiniano! —dijo sonriente al abrir el grueso portón de madera—. ¿Qué haces aquí?

—Ahora si soy un hombre de quince años y no se va a deshacer tan fácil de mi padre. He venido a quedarme con usted. Aquí hay mucho que hacer y empiezo ahoritita mismo.

—¿Y tu madre?

—Ella está bien en Valladolid, padre. Está con mis hermanos y una señora que le ayuda con los niños.

—Pero es tu madre y debes estar con ella.

—No padre. Ella no es mi madre. La quiero mucho pero me siento mejor con usted. Entiéndame por favor.

—Está bien, muchacho. Escoge tu cuarto y ayúdame a cortar leña. Bienvenido a mi nueva casa, sólo Dios sabe por cuánto tiempo.

—Gracias, padre... digo, papá.

Un piquete de soldados que vigilaba el tramo de Puebla a México le cerró el pasó a la elegante diligencia que se acercaba. Los caballos resoplaron frenando su polvoriento avance, nivelando poco a poco su agitada respiración al ser detenidos abruptamente. El teniente que dirigía al pelotón se acercó al carro para saludar al cochero.

—¡Buenas tardes, amigo! Soy el teniente Rodolfo Montoya, y estoy a cargo de la seguridad de este tramo del camino hacia la capital. Necesito saludar a tus importantes pasajeros.

—¡Adelante teniente! Estamos a sus órdenes.

El cochero descendió del carro y explicó por la ventanilla a sus pasajeros lo que ocurría. La puerta del carromato fue abierta y el que parecía el dueño de la diligencia, descendió decidido para encarar al teniente. Los otros tres hombres que acompañaban al distinguido líder se quedaron en el interior del carromato.

—¡Buenas tardes teniente! Mi nombre es Crisanto Giresse y estoy a sus órdenes. Los hombres que me acompañan trabajan para mí y yo respondo por ellos.

El teniente Montoya saludó a aquel elegante hombre, de gran personalidad, cercano a los treinta años de edad y con un atractivo varonil muy singular. La brillante cabellera negra, contenida en una larga cola de caballo, le daba un toque de revolucionario francés.

—Un gusto saludarlo, señor Giresse. Esta es sólo una inspección de rutina para combatir el bandidaje por esta zona.

—¿Le parezco un bandido, teniente?

—Para nada señor, Giresse. Es sólo una revisión para conocer a los importantes viajeros de este camino y así protegerlos mejor.

—Entiendo teniente. Le repito que yo soy Crisanto Giresse y vengo de

regreso de un largo viaje a Francia. También le puedo decir que recorro constantemente este camino porque vendo tabaco de Veracruz en la capital y el Bajío.

Crisanto sacó una caja de habanos y la obsequió al sorprendido teniente. Montoya la olió, reconociendo la calidad del tabaco que comerciaba este hombre.

—Huele muy bien, don Crisanto. Se nota que son habanos de calidad.

—¿Quiere ver mi permiso para comerciar tabaco en la Nueva España?

—De ninguna manera, don Crisanto. Usted es un honorable comerciante y ahora ya lo conozco. Puede usted continuar su viaje y le reitero mis disculpas por haberlo importunado con mi innecesaria inspección.

—Ninguna molestia, teniente. Estamos a diez minutos del mesón de don Ceferino Reyna y me encantaría invitarlo a comer.

—Siendo así, es un honor al que no me puedo negar. ¡Vayamos y continuemos nuestra plática!

—Encantado teniente.

En el elegante mesón de don Ceferino Reyna se encontraron con el capitán Félix María Calleja, quien también se dirigía a la capital y gustaba comer en aquel oasis español en el camino a la capital.

—Capitán Calleja. No esperaba encontrarlo por aquí —comentó Rodolfo, haciendo un saludo militar a su superior.

—Me voy para el norte Rodolfo. Hoy fue mi último día en Puebla.

El capitán Félix miró amable al hombre que acompañaba a Rodolfo, y éste de inmediato lo presentó para evitar una descortesía entre ambos.

—Capitán, le presento a Crisanto Giresse, comerciante franco hispano de habanos.

Crisanto estrechó su mano amistoso. El capitán Calleja, con su rostro felino, sonrió amable hacia el singular invitado del teniente.

—Su rostro se me hace conocido, señor Giresse. Siento como que lo he visto en algún lado antes.

—Podría ser en algún evento en Valladolid o en la capital, capitán

Calleja. También viajo seguido a España y Francia, quizá en algún barco no habremos cruzado.

—Podría ser, Crisanto. Le verdad es que no tiene la menor importancia. ¿Les importa si los acompaño a comer?

—De ninguna manera, capitán. La verdad es que se nos adelantó. Ya se lo iba a proponer. Por favor pasemos a una mesa.

En ese momento fueron abordados por don Ceferino Reyna, quien saludó de abrazo a todos y los condujo a su mesa. El enorme bigote canoso de don Ceferino y su obesidad, lo hacía parecer como una extraña morsa, fuera del agua.

Después de quedar cómodamente instalados, los tres comensales comenzaron su amena plática. Don Ceferino intervenía intermitentemente por tener que estar en varias mesas al mismo tiempo.

—¿Y cómo va el negocio del tabaco, Crisanto? —preguntó don Félix, tomando un caracol con salsa de la charola de botana.

—En auge, capitán. Fumar es un negocio en todo el mundo y la hoja del tabaco es muy versátil y se da casi en cualquier entorno con buena humedad. El gobierno nos regula mucho y desea estar al tanto de cualquier nuevo sembradío, lo cual es imposible, debido a la enormidad de este país.

Los ojos de gato de Calleja se clavaron en los de Crisanto. La belleza varonil de este hombre causaba admiración en el capitán español, quien interiormente lo aceptaba, sin tener una apreciación homosexual en su juicio. Crisanto le parecía un galán de obra de teatro francesa, y punto. No era común ver hombres tan diferentes en la Nueva España.

—Quizá algún día me interese en ese negocio y te busque, amigo. —Estoy abierto a nuevos socios, capitán.

—Llámame Félix. Ni a Rodolfo le permito que me diga capitán

fuera del trabajo. Aquí somos amigos y todos iguales. —Gracias, Félix.

—El capitán… perdón, Félix fue promovido por el segundo Conde de Revillagigedo a un puesto más alto y diferente —intentó explicar Rodolfo.

Calleja sonrió halagado por la oportuna intervención del hombre que tomaría su lugar en el regimiento de Puebla.

—Digamos que me convertiré en un investigador del norte de la Nueva España. Necesito encontrar oportunidades de negocio y expansión para la corona. El norte está extrañamente estancado, amigos. No hay crecimiento y yo veo un mundo de oportunidades.

—El peligro del norte son las tribus de indios salvajes, Félix.

—Los indios y la maldita nueva república del norte que amenaza nuestra integridad con sus ideas atropelladas de libertad y expansión.

—Los Estados Unidos, Félix. Apoyados por Francia, mi otro país que llevo adentro.

—Esos malditos franceses han puesto a Europa al borde de la guerra. España e Inglaterra son monarquías y jamás comulgarán con las libertades republicanas del nuevo gobierno francés.

Don Félix notó que se había extralimitado con su insulto hacia los franceses, quizá ofendiendo a su nuevo amigo.

—Discúlpame por lo de los malditos franceses, Crisanto. Se me fue la lengua.

Crisanto sonrió sin dar importancia al comentario ofensivo. Con tranquilidad tomó un poco de queso fundido con chistorra, lo untó sobre una tortilla de harina y continuó escuchando la interesante charla.

—Pierde cuidado, Félix. Hace un año estuve presente en París, en la ejecución del rey Luis XVI y créeme que estoy curado de espanto — Don Félix abrió los ojos con admiración, deteniendo el viaje de otro caracol a su boca—. Este nuevo régimen ha conducido a una lluvia de sangre que no sabemos dónde terminara. Las ideas francesas de libertad son lesivas para los intereses españoles en la Nueva España. ¿Qué tal si nosotros seguimos su ejemplo francés y nos independizamos de España, nombrando a alguien como usted rey de México?

—Félix primero de México. ¡Suena bien! —dijo Rodolfo ocurrente.

El rostro gatuno de Calleja les obsequió una sonrisa. Su mano derecha bebió de su copa continuando la interesante charla.

—Precisamente por eso voy al norte. Como cartógrafo que soy, Juan Vicente de Güemes me ha pedido que forme cuerpos milicianos novohispanos, además de llevar a cabo un reconocimiento geográfico, poblacional y económico de las provincias internas del norte de la Nueva España. Mi misión será cortar todo avance o intento de expansión de los malditos rebeldes norteamericanos, así como poner un escarmiento a todos esos indios rebeldes que pululan en las rancherías del norte, sembrando el terror y el miedo, asesinando colonos inocentes. Esas bestias no son humanos. Son como animales que es necesario exterminar para dar tranquilidad a las haciendas del norte.

—Tarea un tanto difícil, don Félix. La mayoría de los habitantes de este país son indios —intervino don Ceferino, mientras les servía porciones abundantes de la sabrosa paella que a diario preparaba.

—Pues los mantendré a raya, don Ceferino. El norte de la Nueva España debe ser un lugar confiable para invertir. Habrá muchas oportunidades de vender terrenos a buenos precios, señores. Los mantendré al tanto.

El dialogo continuó ameno y alegre sobre cuestiones sociales y políticas del virreinato. Los comensales se sentían a gusto en el elegante mesón. El momento de partir llegó primero para don Félix. Su diligencia estaba lista y su apretada agenda lo esperaba en la capital.

—Me tengo que ir, señores. Será un gusto saludarlos de nuevo en la boda de un mozalbete del regimiento del virreinato, que con el aval del segundo conde de Revillagigedo, desposará a una bella jovencita de sociedad. Los espero en esta dirección este fin de semana. Ojalá puedan acompañarme. El nuevo virrey Miguel de la Grúa Talamanca estará con nosotros. Dos virreyes, el anterior y el nuevo en una sola fiesta, una gran oportunidad de saludar gente notable.

Crisanto tomó el papel en sus manos con interés. Una boda así siempre era una buena oportunidad para conocer nuevos clientes, socios y víctimas. Por nada del mundo se la perdería.

—¡Allá estaré, Félix! Muchas gracias por la invitación. Será un honor compartir otra copa de vino con usted.

En aquella soleada tarde de septiembre de 1794, Crisanto Giresse y Rodolfo Montoya se presentaron puntualmente a la boda a la que fueron invitados por don Félix María Calleja. Lo que pensaron sería

una boda sencilla, resultó ser una de las mejores fiestas a la que habían asistido en años. En la recepción conocieron gente importante como el ex virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, y al nuevo, desde ese julio de 1794, don Miguel de la Grúa Talamanca, primer Marqués de Branciforte.

El novio, José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil, un miliciano criollo de familia acaudalada, de escasos veinte años, contraía nupcias con María Ignacia Rodríguez de Velasco, jovencita de dieciséis años, hija de don Antonio Rodríguez de Velasco, Regidor Perpetuo de la Ciudad de México. La jovencita era conocida como la *Güera* Rodríguez, por sus caireles color trigo y sus bellos ojos verdes que cautivaban a los núbiles del regimiento del virreinato, a unas cuadras de su casa en la calle de San Francisco.

—Hola, yo soy Crisanto Giresse, amigo de Félix Calleja y Rodolfo Montoya. Les deseo la más grande felicidad en su matrimonio —les dijo Crisanto a la pareja, abrazándolos afectuosamente.

—Muchas gracias, Crisanto —repuso el novio con una sonrisa afectuosa.

—Muchas gracias por venir, señor Crisanto —dijo la *Güera*, regalándole una sonrisa que resaltaba la belleza de su angelical rostro.
—¡Crisanto a secas, María! Con el señor me haces sentir como un viejo y ni a treinta años llego todavía.

Crisanto y María se miraron por varios segundos, aprovechando la distracción del marido, que era felicitado afectuosamente por Montoya y Calleja. María y Crisanto reconocieron mutuamente la beldad de ambos. Los dos eran unos agraciados de Dios o la naturaleza. Crisanto aprovechó para regalarle un sincero piropo, cuidando que no fuera escuchado por el marido:

—¡Eres la muchacha más bella que he visto en vida!

El rostro de la *Güera* se sonrojó para simplemente musitar: —Gracias, Crisanto. ¡Qué hermoso cumplido!

José Jerónimo se presentó de nuevo en ese momento rompiendo el encanto.

—¡Con su permiso Crisanto! Todavía tenemos a mucha gente que saludar. En un rato nos vemos de nuevo.

—Adelante muchachos.

Crisanto la vio partir resignado. Algo tenía esa jovencita que lo había dejado afectado.—¿Todo bien Crisanto? —preguntó Rodolfo inquieto.

—Me he enamorado de la novia, Rodolfo. ¡Qué Dios me perdone!

Rodolfo sonrió divertido, entendiendo perfectamente lo que le pasaba a su amigo. De una u otra manera a él también lo había perturbado la güera cabellos de sol.

Los músicos colocados en una esquina del jardín, deleitaban a los invitados con un concierto de violines de Antonio Vivaldi. Un toro asado pendía de un grueso fierro, mientras los meseros cortaban jugoso cortes para llevarlos a sus invitados. Dos barriles de vino llenaban las copas de los comensales sin dejar que ninguno de ellos se perturbara por sentir la copa medio vacía.

Calleja se les unió en el dialogo. Los tres se encontraban solos en una de las tantas mesas del festejo.

—En un momento les presento al nuevo virrey Miguel de la Grúa. Nada más termina de platicar con esa mujer. Como antecedente, sólo les puedo decir que el nuevo virrey se casó con María Godoy y Álvarez de Faria, la hermana del ministro Manuel Godoy(5). El cuñado lo tiene como protegido y a ambos les encanta el dinero.

—Si Godoy es un corrupto, ¿qué podemos esperar de él? —dijo Crisanto, dando una fumada a su habano y mirando desde lejos a la *Güera* que bailaba sensualmente un vals con su marido.

—Al italiano no le gustan los franceses, Crisanto. Ahora que estamos en guerra con Francia podría ensañarse con ellos.

—Que ni lo intente, Félix. Soy hijo de española, nacida aquí, y de francés de alcurnia. Tengo de las dos sangres. Me puedo hacer para el lado que me convenga.

—Ya dejó de hablar con la señora. Ahora es el momento —indicó Rodolfo.

Félix Calleja se acercó a saludarlo y luego lo encaminó hacia ellos.

—Señores Rodolfo Montoya y Crisanto Giresse, tengo el honor de presentarles a nuestro nuevo virrey, el notable Miguel de la Grúa Talamanca de Carini, primer Marqués de Branciforte.

El virrey sonrió amistoso extendiendo su huesuda mano. Ataviado con

una levita de color azul oscuro con camisa de holanes blancos, el máximo jerarca de la Nueva España parecía más una gigantesca águila humana. Su enorme nariz destacaba amenazante en su polveado rostro. El virrey era un hombre de origen italiano, de treinta y nueve años, famoso por su ambición desmedida: un atributo fascinante que lo hacía el comparsa perfecto de Manuel Godoy, ministro del rey Carlos IV.

—Mucho gusto señores. La puerta de mi despacho está abierta para lo que se les ofrezca.

—El honor es mío —respondió Montoya—. Soy capitán de la honorable guarnición de Puebla. Hasta hace unos días todavía reportaba a mi amigo Félix María Calleja.

—Una ciudad estratégica en el camino a Veracruz, señor Montoya. Usted debe hacer que el viaje a la capital ocurra sin incidentes para los viajeros.

—Así debe ser, señor.

—A sus órdenes, señor Virrey. Soy Crisanto Giresse, amigo de Calleja y suyo, desde el día de hoy. Me dedico a comercializar habanos.

Los ojos de Miguel de la Grúa se clavaron inquisitivos en los de Crisanto. La belleza varonil del franco hispano lo confundía.

—¿Es usted francés?

—Mi padre lo fue. Mi madre es criolla.

El rostro del virrey esbozó un gesto de pedantería que fue detectado al instante por Crisanto y sus compañeros.

—En un momento más prudente hablaremos de negocios señores. Me interesan mucho sus actividades. Les recuerdo que estamos en guerra contra la Francia liberal que está contaminando las mentes de Europa con su veneno. No lo permitiré aquí en la Colonia. Si es necesario que los franceses residentes en la Nueva España lo paguen, así será.

Crisanto regresó al virrey un gesto parecido al que segundos antes él le había manifestado. Era evidente que la presentación entre los dos no había resultado agradable.

—Me atropella por lo de los franceses, señor virrey.

—Usted es mitad español, Giresse. No tienen por qué mortificarse. —El virrey con gesto desafiante se encaminó hacia otros invitados—. Con su permiso. Todavía hay mucha gente que saludar.

—Un honor, señor virrey respondió Crisanto.

Don Jacinto Iturbe, preso de la furia y la humillación de haber sido amenazado por Ignacio Allende, decidió tomar otro camino diferente para vengarse de su mujer. Marina debía pagar su infidelidad de algún modo, y él creía haber encontrado la solución. Marina dormía plácidamente bocarriba en su mullido lecho. Su rostro angelical dibujaba plácidos sueños. Don Chinto debía actuar rápido. Para los ojos de los sanmiguelenses su esposa habría muerto del corazón al dormir, como ocurrió con Catalina Suárez, la desafortunada esposa de Hernán Cortés. Con sus calludas manos tomó la suave almohada entre sus manos y se acercó a ella para cubrirle el rostro y en cuestión de segundos mandarla con Satanás por infiel. Para los ojos del mundo Marina habría muerto de un funesto infarto, dejando al triste viudo Iturbe solo y consternado con cuatro hijos a cuestas. Una nueva mujer tomaría su lugar en breve y así quedaría resarcido su honor ante ese mentecato estanciero que lo había humillado. Allende no podría cargar contra él por la sencilla razón de que la muerte de Marina sería cosa de Dios y no de él. Muy al contrario, quizá hasta un buen pésame le daría y a la niña Amalia le reclamaría. Podría entregarle a Amalia y así sólo quedarse con tres hijos. Aquella chiquilla no era su hija, y lo sabía tanto, como desde el día en que su infiel mujer puso ojos en ese maldito ranchero.

Al acercarse, decidido a matarla, sintió como una mortal punzada le acalambraba el corazón. Con vértigo en su cerebro cayó sobre ella despertándola exaltada. Marina entendió en segundos que su infartado esposo había caminado hacia ella buscando ayuda.

Don Chinto, sumido en su inconsciencia, y en lo que pensó era el trance hacia la otra vida, escuchó claramente los gritos y el esfuerzo que hacía su mujer por traer en cosa de cinco minutos al doctor de la familia. A nada estuvo el viejo de haber muerto, dejando a los hijos en una espantosa orfandad. Don Próculo hizo el milagro de evitar que don Chinto muriera. El suertudo marido, hundido en arrepentimiento, tomó su resurrección como otra oportunidad dada por el Señor y jamás cruzaría por su mente de nuevo el atentar contra su esposa.

(1) Nueve meses después de la ejecución de su marido, María

Antonieta de Austria fue juzgada, condenada por traición y guillotinada el 16 de octubre de 1793. Luis Carlos, su hijo y único heredero al trono, conocido como Luis XVII, murió en 1795, a los diez años de edad, en una pútrida cárcel.

(2) Durante su estancia en Colima quedó registrado que sólo bautizó a dos criaturitas y casó a 489 parejas de amancebados, apareciendo su firma en los tres libros de "informaciones matrimoniales". Lo que nos indica su desbordada preocupación por hacer cumplir dicho sacramento.

(3) Cuando se suscitó el movimiento insurgente en 1810, encabezado por Hidalgo, varios de sus más entrañables amigos colegas colimenses simpatizaron con él y hasta se sumaron a la lucha.

(4) Hidalgo, no dispuesto a morir por una bala del herido esposo, le donó a doña Antonia unas pequeñas minas que había comprado por los rumbos de Tecalitlán, de las que ella tomó posesión a principios de 1793, cuando estaba por nacer la niñita que se llevaría el nombre de Mariana Francisca Teodosia Paula Gamba y Sudayre, y a la que los seguidores de Hidalgo apodarían como "La Fernandita".

(5) El nuevo soberano Carlos IV, al coronarse rey en 1788, comenzó a llenarlo de honores y títulos como cadete, ayudante general de la Guardia de Corps, brigadier, mariscal de campo, sargento mayor de la Guardia, ministro y otros más con el correr de los años. Malas lenguas decían que era por ser el amante de la horrible esposa del rey Carlos IV. En 1801 fue nombrado generalísimo, título jamás dado a alguien en España. Finalmente, en 1807, cerca ya de su caída, Carlos IV le concedió el título de gran almirante, con tratamiento de Alteza Serenísima, y de presidente del Consejo de Estado.

4 · Miguel de la Grúa, el virrey corrupto

La Humanidad debe gratitud eterna a la Monarquía española, pues la multitud de expediciones científicas que ha financiado ha hecho posible la extensión de los conocimientos geográficos.
Alexander von Humboldt

La guerra entre Francia y España, después de la polémica ejecución de Luis XVI, estalló irremediablemente en 1793, viendo su fin tres años después. Aunque la conflagración tuvo lugar principalmente en Europa, las colonias españolas de América se vieron influenciadas por la tensión e influjo que ejercía la comunidad francesa en el norte de América, así como el abierto apoyo dado por Francia a los rebeldes triunfadores, en la nueva república independiente llamada Estados Unidos de América.

El nuevo virrey, Miguel de la Grúa, prestamente encabezó la ofensiva española contra todo lo que fuera francés y sus principales afectados fueron 124 franceses radicados en la Nueva España. El 15 de enero de 1795, el virrey ordenó su inmediata aprehensión y despojo de propiedades.

Dentro de los afectados se encontraba Crisanto Giresse, quien no daba crédito a lo que decía el documento que tenía en sus manos. El virreinato de la Nueva España ordenaba el inmediato embargo de sus bienes, por lo que el tabacalero hispano francés perdía todo lo invertido en su empresa tabacalera, más su casa de Valladolid. Para su fortuna, su herencia en monedas de oro se mantenía oculta en un lugar secreto, al que jamás llegarían las garras del ambicioso virrey.

El cerrojo de la puerta del húmedo calabozo sonó con un rechinido siniestro. Crisanto se levantó inquieto de la destartalada cama de metal que se encontraba en la improvisada celda en el Palacio Virreinal. Todos los aprehendidos en la capital, y en las distintas ciudades del virreinato, habían sido despojados de sus bienes. Algunos ya habían sido liberados por la férrea disposición del ambicioso virrey. Dos guardias lo condujeron al imponente despacho donde lo esperaba el ministro del virrey, un hombre enjuto y calvo, que más parecía un insepulto vuelto a la vida por una extraña hechicería, que el hombre de confianza del virrey.

—Don Crisanto Giresse. Espero que este encierro le haya hecho cavilar sobre su delicada situación ante el gobierno del marqués de Branciforte —dijo el circunspecto ministro, llenando dos copas de vino y ofreciendo una a su prisionero.

—¡Excelente vino, señor ministro!

—Incautado de las cavas de los malditos franceses, que se pasan confabulando contra el gobierno virreinal con sus ponzoñosas ideas revolucionarias. El virrey debería pasarlos a todos por las armas, para de una vez por todas acabar con el peligro que implica el tenerlos aquí.

—Tendría que empezar conmigo, ahorita mismo, señor. Soy mitad francés y mitad español, y tengo muy frescas las ideas revolucionarias que segaron la vida de los reyes de Francia.

—Lo sé, Crisanto. Créame que con gusto lo haría, pero el virrey ha ordenado su inmediata liberación.

—¿Adónde quiere llegar este incompetente, incautando el patrimonio de la comunidad francesa?

El ministro explotó en furia, arrojando su copa contra la pared, haciéndola añicos.

—¡Más respeto miserable!

—Haga lo que quiera conmigo, mentecato del virrey. Le prometo que si me deja vivo se las cobraré al doble.

El ministro contuvo su enojo. Apretó los dientes y su cadavérico rostro se tornó rojizo por el enfado.

—¡Lárguese de aquí Crisanto! Antes de que me arrepienta y

desobedezca al virrey y ordene su encierro de nuevo —gritó el ministro, extendiendo su espada amenazante hacia el pecho de Crisanto.

Crisanto se alejó de ahí. De una forma u otra estaba libre y podía empezar de ceros de nuevo. Con su oro escondido le repondría la casa a su madre y maquinaría nuevas maneras de hacerse de recursos otra vez.

Antonia Herrera irrumpió en la vida de Ignacio Allende como una densa nube que cae plena sobre un campo seco, árido por varios días de intensos soles abrasadores. El vacío dejado por Marina fue oportunamente cubierto por la bella flor de San Miguel.

—Estoy embarazada, Nacho. Mis padres me van a matar. —¿Estás segura?

—Tan segura como de que es tuyo y tendrás que responder a mi familia por el agravio.

Ignacio la abrazó conmovido. Su mirada serena asimilaba poco a poco el amargo trago que implicaba semejante responsabilidad. En su mente claramente se imaginaba lo que le diría su tío don José María Unzaga, quien había visto por él y sus hermanos desde que cayeron en la orfandad.

Nada de esto lo detendría. Hablaría con la familia Herrera y asumiría el papel de padre que semejante compromiso implicaba.

—Hoy mismo hablo con tus padres, Toña. Pediré tu mano y haremos vida juntos.

Antonia sonrió escéptica. Sabía que su padre jamás aceptaría que se casara con Nacho por no ser alguien importante o de abolengo.

Esa misma tarde Ignacio tomó el toro por los cuernos y habló gallardamente con los padres de la agraviada.

—No aceptaré que te cases con mi hija hasta que seas alguien digno de ella —dijo el padre de Antonia—. Mientras tanto, mi hija se irá a Valladolid, donde tendrá a su hijo. No quiero que la gente se la coma si se queda aquí. Una vez pasada la tormenta quizá regrese. Ya con el niño crecido que digan misa y punto.

—¿Puedo verla en Valladolid?

—Que eso lo decida ella. Pero nada de vivir juntos. Ella irá con su madre, quien la asistirá hasta que nazca la criatura.

El día del alumbramiento finalmente llegó y Nacho y Antonia tuvieron un varoncito a quien bautizaron como Indalecio Allende Herrera. Su destino como pareja se reflejaría en los siguientes años. Por lo pronto Ignacio se desviviría porque a ese niño no le faltara nada.

El 20 de agosto de 1795, el marqués de Branciforte, temeroso de alguna intervención extranjera por el norte de la Nueva España, ordenó la formación de un valeroso regimiento de caballería en la villa de San Miguel el Grande. Se conocería como el *Regimiento de Dragones Provinciales de la Reina*, en honor a la reina de España, María Luisa de Borbón. Se conformaría por un cuadro de militares profesionales comisionados y pagados por la corona, así como por doce compañías de militares que radicarían en distintos puntos estratégicos en la región del Bajío y el norte de la Nueva España. Cada compañía se integraría por treinta soldados, encabezados por un capitán, un teniente y un alférez.

Ignacio Allende, luchando por sus sueños y el amor de Antonia, ingresaría al regimiento el 19 de febrero de 1796. Serviría en la tercera compañía, ubicada en San Miguel el Grande, con el nombramiento de teniente, bajo las órdenes del capitán José María de la Canal y Landeta y teniendo como alférez a Antonio de Apezteguía, ambos vecinos prominentes de los Allende Unzaga.

Cansado de comerciar vacas y borregos, Allende se compenetraría con el ejército del virrey para ascender socialmente a peldaños más altos. El pertenecer a los *Dragones de la Reina* lo ponía más cerca de casarse con Antonia y dar así una familia y apellido a Indalecio. Su juventud y el tiempo serían sus aliados para escalar puestos más altos en los turbulentos tiempos que se avecinaban.

La belleza de Amparo Salvatierra había cautivado a don Crisóforo Guerra a niveles de locura. Tres veces se habían visto al salir de misa. En las dos primeras sólo se saludaron. La primera ocasión sólo con un gesto, la segunda con una presentación formal de unos cuantos segundos. En la tercera ocasión caminaron y platicaron un poco alrededor de la plaza. En esta cuarta, la bella dama sorpresivamente accedió a visitar la mansión del enamorado, una hermosa hacienda a su cargo, en la salida al camino a Santa María de los Lagos (Lagos de Moreno). Don Crisóforo estaba a cargo de la hacienda del famoso conde del Teúl. Su patrón andaba de viaje con su familia en España. Crisóforo mantenía una vigilancia cerrada en la mansión del platero


de Lagos con dos hombres fuertemente armados, uno en cada esquina del castillo.

—¡Impresionante hacienda, don Cris! ¿Es suya?

—No, pequeña. Sólo estoy a cargo de su vigilancia. Mi patrón es muy rico y anda de viaje. Cómo verás, es toda nuestra para disfrutarla al máximo. ¿Gustas una copa?

—¿Tiene coñac?

Don Crisóforo frunció el ceño con sorpresa. Una mujer que bebiera coñac era un caso raro. Con tranquilidad dejó su afilado sable a un lado de la mesa de fina caoba y se dirigió a la cantina. Tomó dos copas y una botella de Coñac Hennessy enfundada en una coraza plata que tenía grabado el apellido *TEUL* sobre ella, y regresó sonriente a su lado.

—Déjeme servir las copas, don Cris. Esa botella es una hermosura.

—¡Adelante primor! —mientras Amparo servía las copas, don Crisóforo la tomó por detrás de la cintura y le dio un beso cariñoso en su cuello. Amparo se estremeció con la bella sensación.

Amparo dejó las copas sobre la mesa y correspondió a Don Crisóforo con un suave beso. Al terminar le entregó su copa a su embelesado admirador y ambos brindaron.

—¡Salud mi amor!

—¡Salud, don Cris!

—Pídeme lo que quieras, princesa. Eres una reina.

—¿Lo que yo quiera, don Cris?

—Lo que tú quieras, pequeña. Si quieres la corona de Carlos IV, soy capaz de ir por ella al fin del mundo, todo con tal de complacerte.

Amparo sonrió divertida por lo chusco del halago. Sus hermosos ojos negros parecían lanzar fulgores hipnóticos sobre el viejo vigilante, un hombre cuarentón de ancha espalda y cabeza canosa como salpicada por la nieve. Su ancha nariz parecía arrancada de la imagen de un nativo de las selvas del Congo.

—Usted me halaga, don Cris. Se nota su experiencia en el trato con las damas.

—¿Dices que tus padres también andan en España y te dejaron sola por un tiempo?

—Así es, don Cris. Solita, pero con dinero para pasármela bien y no estar sufriendo carencias.

—¡Salud de nuevo Amparo! ¡Por nuestro amor!

Don Crisóforo puso su calluda mano izquierda sobre la pierna derecha de Amparo, mientras que con la derecha acariciaba su larga cabellera bruna. El agradable aroma de su cabello lo enervaba. La bella muchacha no hizo nada por quitarla. Algo había en aquel hombre maduro que le atraía mucho.

—Eres una mujer muy bella, Amparo. Soy un hombre muy afortunado en estar aquí con una princesa como tú.

—Lo mismo digo yo, don Crisóforo. Todo un administrador de esta imponente hacienda española. A su entera disposición como si usted fuera el dueño. ¡Qué orgullo!

Don Crisóforo acercó su rostro al de ella y ambos se unieron en un candente beso. El administrador se sentía dichoso de haber llegado a ese momento con una mujer tan joven y hermosa. La paciencia del cazador era debidamente recompensada.

La mano de don Crisóforo se deslizó lentamente bajo el vestido de Amparo. Una mano escrutadora que avanzaba lentamente entre sus piernas hacia su ansiada intimidad, lentamente, como lo hace una serpiente de cascabel al divisar un inocente lebrato entre la hierba.

Al llegar a la máxima intimidad de la jovencita, don Crisóforo soltó lo que palpó como si fuera un mortal áspid *cuatro narices*(1).

—¡Eres hombre! Me engañaste *jijo* de la chingada —gritó don Crisóforo exaltado.

Herido en su orgullo, corrió hacia la mesa para tomar el sable para salvar su escarnecido honor. Con una irreconocible cara de Belcebú, lo levantó amenazante con las dos manos, dispuesto a partir a Amparo en dos, cuando una punzada mortal en el estómago lo paralizó, segando poco a poco su vida.

—Me has engañado cabrón... ¡Ah me muero!... ¡Ah mi panza!... ah...

Don Crisóforo cayó muerto de bruces a los pies de la peligrosa mujer.

El veneno vertido en la copa de su víctima había tenido un efecto fulminante, tal y como se lo había prometido la bruja negra Matilde. De su boca emanaba un ectoplasma espumoso como si fuera un perro rabioso.

—Qué bueno que el veneno actuó a tiempo, vejete asqueroso, si no hubiera tenido que cortarte el cogote y el pito con mi daga de plata, antes de que intentaras algo más conmigo. Dos violentas patadas en los testículos de la víctima, causaron un morboso placer en la asesina. El rostro de Amparo era totalmente otro, comparado con el de la dulce jovencita de unos minutos antes. En su perturbada mente se presentaban nítidas imágenes de un hombre mayor, acariciando su intimidad y abusando de ella de niña. El fantasma de aquel abusador, su padre, era un espectro que atormentaba su mente desde la infancia.

Sin perder tiempo se medió desnudó y llamó con un grito a uno de los compañeros de don Crisóforo pidiendo ayuda:

—¡No sé qué tiene! Se puso mal de repente —dijo Amparo al confundido guardia, cubriéndose sus diminutos pechos con una sábana.

El sorprendido guardia después de atisbar las tetillas de la dama, se arrodilló para sobarle el pecho a su tieso jefe, intentando resucitarlo. Al estar de espaldas sobre el suelo, Amparo lo atravesó por la espalda con el filoso sable del patrón. El guardia cayó muerto sobre el pecho de su patrón. Después de limpiar la filosa daga sobre las ropas del difunto, volvió a llamar al único guardia que quedaba y al entrar éste al salón, Amparo lo recibió por la espalda con un mortal sablazo que le cortó medio cuello, dejando la cabeza colgando del sangrante tronco, a punto de desprenderse por su propio peso. Una lluvia de borbotones sanguinolentos salpicó a la asesina y todo lo que se encontraba cerca. Amparo sonrió satisfecha, saboreando una gota de sangre que oportunamente cayó sobre sus labios carnosos. Su plan había culminado con éxito. La plata del conde del Teúl ya era suya. Con la ayuda su compinche vaciaría la bodega de las preciadas monedas de plata de los odiados dueños.

Amparo contaba con la ayuda de Cipriano Villalobos, su cómplice de confianza. Cipriano era un hombre de treinta años de edad, un ex minero que consiguió su libertad huyendo de las minas de la Bufa en Zacatecas, dejando tres guardias muertos en el camino a su apreciada libertad. Cipriano era buscado por las autoridades virreinales y con Amparo encontró un remanso para rehacer su vida de nuevo.

Cipriano era alto, de musculatura marcada, de cráneo rasurado protegido con una pañoleta roja. Usaba barba de candado que le daba un toque temerario. Un elegante traje de color café claro con chaleco y pantalones acampanados le daba una estampa de sanguinario pirata.

Amparo le abrió la puerta principal. Cipriano entro con un carromato y lo dirigió a la entrada de la casona. Al contemplar los tres cadáveres en el cuarto principal, Cipriano dimensionó la peligrosidad de su patrona, y más temor, admiración y respeto crecieron en él.

—Tenemos poco tiempo para sacar lo más que podamos de la bodega, Cipriano. No perdamos tiempo contemplando a estos infelices. Su último día era hoy y ya se los cargó el diablo.

—Sí, patrona. Comencemos de inmediato.

Fray Servando Teresa de Mier, presbítero dominico de tan solo veintinueve años de edad, había preparado su sermón con dedicación y ahínco, para presentarlo aquella fría mañana del 12 de diciembre de 1794, por motivo del festejo de la aparición de la virgen de Guadalupe en el Tepeyac, 263 años atrás. Sus investigaciones de años le daban la oportunidad de oro de deslumbrar al arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta y al virrey Miguel de la Grúa con su revolucionaria teoría:

"¿No es éste el pueblo escogido, la nación privilegiada y la tierna prole de María, señalada en todo el mundo con la insignia gloriosa de su especial protección?" —Comenzó Fray Servando con la parte normal o esperada del sermón. Así continúo por varios minutos, hasta que de pronto arrojó su incendiaria teoría:

"Guadalupe no está pintada en la tilma de Juan Diego sino en la capa de Santo Tomé y apóstol de este reino. Mil setecientos cincuenta años antes del presente, la imagen de Nuestra señora de Guadalupe ya era muy célebre y adorada por los indios aztecas que eran cristianos, en la cima plana de esta sierra del Tenayuca, donde le erigió templo y la colocó Santo Tomé."

Los rostros de los fieles ahí presentes reflejaban sorpresa y preocupación. La cara del arzobispo Haro se tornó roja como un tomate. Fray Servando juraba que en cualquier momento le gritaría "Basta de tanta blasfemia."

—El descubrimiento del Calendario Azteca en la Plaza Mayor demuestra que la imagen de la Virgen María fue milagrosamente impresa en la capa del apóstol Santo Tomás, quien predicó el

evangelio en el Nuevo Mundo desde hace siglos(2). El apóstol Santo Tomás, conocido como Quetzalcóatl entre los aztecas (Toltecas), estuvo en América aun antes que Cristóbal Colón y evangelizó a los indios desde antes de la conquista. —Fray Servando notó que el virrey y el arzobispo se dijeron algo entre cuchicheos. Sus caras denotaban molestia—. La Virgen de Guadalupe, no es otra más que la diosa Tonantzin del Tepeyac. La virgen de la tilma no es otra más que la virgen morena grabada por ella en la capa de Santo Tomás. Ahí plasmó la reina de cielos su efigie, la cual fue entregada a Juan Diego en 1531, diez años después de la conquista de México.

El Arzobispo no espero a que Fray Servando terminara su infame sermón. Escuchar que la virgen del Tepeyac no era de Nueva España sino indígena, era un vomitivo para él. El cura se levantó de su silla haciendo un desplante de molestia, y junto con Miguel de la Grúa, abandonaron furiosos el recinto Guadalupano. Fray Servando temió lo peor por su imprudencia.

El arzobispo, quién sentía escozor por todo lo criollo, le acusó de herejía y blasfemia ante el Santo Oficio, por lo cual fue excomulgado, encarcelado y despojado de sus libros malditos. Como si fuera una maldita coincidencia, el 28 de diciembre, Día de los Inocentes, Fray Servando fue condenado a diez años de exilio en España. Intentó3 apelar su condena, puesto que tanto los cargos como el procedimiento fueron ilegales. Por ser miembro del clero regular no podía ser sentenciado por el obispo de México (clero secular), además de que fue sentenciado sin previo juicio. Tras pasar dos meses en la fortaleza de San Juan de Ulúa, en la que casi muere, el 7 de junio de 1795 embarcó en Veracruz, rumbo a Cádiz.

El cura se alegró de recibir esta inesperada visita en su nueva casa de San Felipe Torres Mochas. Crisanto Giresse era siempre bienvenido para don Miguel Hidalgo y Costilla. Don Miguel se econtraba sin camisa, empapado en sudor por estar partiendo leña.

—Ya tenía tiempo que no nos veíamos, padre —gritó Crisanto, extendiendo los brazos para darle un cálido abrazo a su querido amigo.

—¡Crisanto! Luces como un marquesillo de esos que andan por la capital todo el día lambisconeando al virrey para ver qué le sacan.

—Yo no tengo nada que sacarle a ese cabrón, padre. Al contrario, él me dejó seco al robarse todo mi patrimonio por ser francés.

—Sí, lo sé. Esa incautación de bienes a los franceses ha causado un escándalo en la Nueva España.

—¡Me dan ganas de asesinarlo!

Hidalgo se puso un sacó para evitar sufrir un enfriamiento. Extendió una copa de vino a su amigo. Los dos se sentaron en el enorme jardín de su propiedad. El olor a árboles frutales enervaba los sentidos. Un candente sol caía pleno sobre el jardín. El cura y Crisanto disfrutaban una fresca sombra bajo un frondoso árbol de aguacates.

—Quítate esa idea de la cabeza, mozalbete cabrón. Ya de por sí es una victoria que estés vivo y libre. Bien podrías seguir en una mazmorra encerrado hasta pudrirte en vida. El capital ya lo harás de nuevo. Ése va y viene, y tú tienes talento para eso.

Crisanto se quedó estático al tener enfrente de su rostro a un veloz y amenazante abejorro, semejante a una uva voladora. Después de hacer una tregua pacífica con aquel humano, el insecto continuó su vertiginosa exploración entre los aromáticos guayabos.

—Ya estoy trabajando en eso, padre. A mí ese carbón no me va a dejar sin nada con los brazos cruzados. Ya me recuperaré poco a poco.

Hidalgo sabía de las inicuas actividades de Crisanto por la mutua confianza que se tenían. El cura no lo trataba como feligrés, sino como a un amigo. Nunca lo había confesado. Lo mucho que sabía de su amigo era porque él se lo compartía.

—¿Ya empezaste a desplumar gachupines de nuevo?

Crisanto soltó una risotada cínica. Su atractivo varonil se acentuaba cuando se encontraba alegre. De su casaca sacó una cajita de finos puros y compartió uno con su amigo.

—Ahora lo hago pero en grande, padre. Ya no asalto viejecitas saliendo de misa.

Hidalgo rio por la ocurrencia de su amigo. Con sus dedos tomó un puro para encenderlo.

—¿Qué golpe grande diste ahora que te ves tan contento?

—Yo fui el que asaltó la hacienda del conde del Teúl.

Hidalgo detuvo el viaje del puro a su boca. Sus ojos se agrandaron

ante el asombro y temor. El asalto a la hacienda había sido un escándalo en el Bajío. El virrey consternado había jurado atrapar a los culpables de los asesinatos del cortijo.

—¡Hubo muertos hijo!

—Tres, padre. ¡Mi cómplice los mató! Ellos tuvieron la culpa. —¿Por qué los mató?

—A veces no es posible dar un golpe sin ser visto, padre. Cuando uno es reconocido, no se puede dejar vivo al testigo. Al día siguiente te atraparían y te pondrían una soga al cuello. Por eso lo hizo.

—Qué Dios perdone a tu cómplice y dé descanso eterno a los caídos.

Crisanto dio una profunda fumada a su puro. Entrecerrando los ojos soltó la humareda, creando caprichosas figuras en el aire. Mirando serenamente al cura, le respondió:

—Mi cómplice es una mujer, padre.

—¿Una mujer?

Hidalgo puso una mano en el hombro de su amigo para comentar:

—Más aún, Crisanto. Una mujer está para engendrar vida y cuidarla, no para quitarla.

Crisanto, con gesto abstraído, clavó la mirada al suelo. Sabía que el cura tenía razón y encontraba difícil e incómoda la defensa de su compinche.

—Procuraré que eso no vuelva a ocurrir, padre. Hablaré con Amparo, y si es preciso la traeré ante usted para que se confiese.

—Eso no es necesario, amigo. Sólo te pido que evites a toda costa que tu gente mate. Eso es todo. Todas las vidas son sagradas y necesarias en el reino del señor, hijo. Por eso nuestro Señor las trajo a este mundo.

Crisanto, buscando salir de ese tema tan incómodo, hurgó en un maletín de cuero que llevaba a su lado para entregar algo al padre.

—Ahora es a mí a quien le toca entregarle una obra magna, padre.

Hidalgo abrió sus ojos como si fuera un chiquillo al que se le acercara un frasco con coloridos caramelos.

—¡El desengaño del hombre!

—Así es, padre. El mismo libro al que el virrey ha prohibido su entrada en la Nueva España.

—El mismito que Santiago Felipe Puglia escribió en Filadelfia en español.

—Una obra escrita en español que pone en duda la legalidad de la monarquía española, al argumentar que es un sistema antinatural, pues contraviene las leyes divinas y humanas, además de atentar contra la libertad del hombre.

Hidalgo palpaba extasiado el cuero del forro y examinaba algunos renglones del contenido.

—Este libro plantea con muy buenas bases la independencia de las colonias americanas.

—Tan buenas bases que por eso no es posible encontrarlo en ningún lado, padre.

—¿Cómo fue que lo conseguiste?

—De manos de un amigo que vigila el camino a Veracruz. —Muchas gracias, Crisanto. Me fascinó tu presente.

—En una hora vendrán unos amigos con los que ensayaremos una obra de teatro. Espero te quedes a verla y me des tu valiosa opinión.

—Con gusto, padre. Ya sabe que me encanta el teatro francés. ¿Qué obra es?

—Tartufo de Moliere.

—Tartufo, el cura farsante que quiere quedarse con los bienes y la hija de su amigo Orgón, además de seducir a su joven esposa.

—Ese mismo, amigo. ¡Me sorprendes!

—Nada más con que usted no la haga de Tartufo, padre. Eso no sería actuar.

Los dos rieron por la broma de Crisanto. En el fondo sabían que algo o mucho del personaje embonaba muy bien con la polémica personalidad del cura de San Felipe.

—Trataré de representarlo mucho mejor que en los teatros de París.

El virrey Miguel de la Grúa ordenó a su asistente que permitiera la entrada al importante invitado que aguardaba en la antesala de su elegante despacho. Era un hombre joven, de cabello rizado con largas patillas y ojos negros como el carbón. Su vestimenta reflejaba una modesta posición económica. El convidado se paró en el umbral del despacho para saludar con un gesto amable:

—Un honor ser invitado a platicar con el máximo jerarca de la Nueva España.

—No te desgastes en elogios zalameros, Manuel(4). Lo tuyo es crear con tus manos obras maestras para la posteridad, no lambisconear nobles haraganes. Es por eso que estas aquí.

—Usted dirá para qué soy bueno, señor virrey.

De la Grúa sirvió dos copas de coñac y entregó una a su importante invitado.

—Su majestad Carlos IV me tiene entre ceja y ceja por los escándalos de los últimos meses. Debo ganármelo, y para eso te llamé

Manuel. Necesito que diseñes una estatua del rey montando un brioso caballo en movimiento, como la del romano Marco Aurelio. Yo cargaré con los gastos, los cuales incluyen muy buenos honorarios para ti, amigo.

Manuel Tolsá echó una mirada a su copa, jugueteó con el cristal, haciendo que casi se derramase en su mano.

—¿Don Miguel, tiene usted una idea del tamaño de semejante proyecto? Entre 1685 y 1699 François Girardon creó la estatua de Luis XIV, una escultura realizada en bronce y colocada en la Plaza Vendôme de París hasta que fue destruida durante la Revolución Francesa. La representación del Rey y del caballo está inspirada en el modelo de la Estatua ecuestre de Marco Aurelio, realizada en el año 176.

—Lo sé, Manuel. Tendrás que superar en tamaño a la de Luis XIV.

Tolsá camino al escritorio del virrey y con toda la confianza del mundo tomó la pluma del tintero y sobre un papel se puso a hacer unos cálculos del proyecto. Al terminar comentó sarcástico al virrey:

—Necesitaré por lo menos seiscientos quintales(5) de bronce para Ia fundición del jinete metálico.

—¿Eso cómo cuánto es?

—Digamos que como veintiocho toneladas de bronce.

De la Grúa no se inmuto, quizá por desconocer la verdadera dificultad que implicaba reunir semejante montículo de aleación. —Sé que este proyecto implica varios años de trabajo, Manuel. Por lo pronto, para que el rey y el pueblo vean que el proyecto ha iniciado, la primera piedra del pedestal del monumento ecuestre será colocada por mí el 18 de julio (de 1796) y quiero que para este 9 de diciembre, fecha deI santo de Ia reina María Luisa, con una lujosa ceremonia se devele una estatua provisional, hecha de madera y estuco y recubierta con hojas de oro. Para la inauguración del original coloso de bronce, sé que faltan un par de años. Tú me dirás cuándo(6).

—¿Y mis honorarios a cuánto ascienden, don Miguel?

—Este mismo domingo organizaré una espléndida corrida de toros. La mitad de la taquilla será un adelanto a tus honorarios, amigo. Créeme que te ira bien. Así que a trabajar que el tiempo apremia. ¡Brindemos por la futura estatua de Carlos IV!

—¡Salud don Miguel! —¡Salud Manuel!

El soleado zócalo de San Miguel lucía pletórico ese domingo 2 de octubre de 1796. La fiesta de San Miguel Arcángel era la fiesta máxima de los Sanmiguelenses y el día se prestaba para un gran jolgorio.

Ignacio Allende festejaba en compañía de Antonia e Indalecio. Los tres degustaban una sabrosas quesadillas con mucha carne deshebrada, cilantro y cebolla. Tres vasos de agua de horchata refrescaban su agasajo. Aunque Indalecio apenas tenía cuatro años de edad, luchaba ya por él solo devorar una quesadilla entera. En caso de no poder, su madre, como en otras ocasiones, terminaría comiéndose lo que sobraba. Desde su mesita contemplaban el paso de la gente que rodeaba la plaza. Mirar gente era toda una distracción en eventos como éste.

—Mis hermanos están muy contentos por tu incorporación al ejército del virrey, Nacho.

—¿Lo ven como mi boleto de aceptación para algún día casarnos?

—No los juzgues, Nacho. Los hermanos siempre son celosos y sólo quieren lo mejor para las hermanas.

—Llegado el día que me canse te montó a un caballo con el niño y punto.

—Sólo avísame con anticipación para estar lista.

Los dos rieron estrechando sus manos. Indalecio con la boca llena de crema también los acompañó con una espontánea sonrisa. De pronto, de entre la gente, apareció una hermosa señora como de treinta años de edad, acompañada de cuatro niños de catorce, doce, diez y ocho años. La niña de diez, una belleza de chamaca, era ni más ni menos que Amalia, la hija de Marina y Nacho. Como una broma del destino la niña era idéntica a Ignacio y eso

dejó perpleja a Antonia.

Marina, después de saludar con un gesto, clavó su mirada en

Indalecio, quien con sus deditos hurgaba entre la crema para rescatar un buen trozo de carne. La familia Iturbe continuó su paseo. Por ningún lado se veía a don Chinto. Ignacio buscó por todos lados a su rival de amores pero este aparentemente no había ido al festejo.

—¡Pero si se te fueron los ojos de ver a esa puta!

Ignacio miró hacia otro lado tratando de evitar el tema. Sabía que con los celos de Antonia no se podía.

—¿Quieres otra horchata?

—Qué horchata ni que mis narices y todavía tuvo el cinismo de saludarnos.

—¿Qué querías qué hiciera? Se topó con nosotros. Al menos mostró educación.

—¡Educación mis huevos! Esa puta no pierde la esperanza contigo. —¡Toña por favor compórtate! El niño nos escucha.

—¡Vete a la chingada cabrón pito flojo!

Antonia se alejó furiosa del mesón con Indalecio de la mano.

El niño todavía volteó confundido dejando su media quesadilla sobre la mesa.

(1) Nauyaca Real (*Bothrops asper*) una serpiente crotalina venenosa que habita en sur de América del Norte, América Central y el norte de Sudamérica. Tiene una cabeza triangular (que identifica su peligrosidad), su cuerpo es de color café con una serie de manchas oscuras laterales en forma de triángulo bordeadas por una o dos líneas de escamas de color blanco. Cuando se sienten acorraladas son extremadamente peligrosas. Es probablemente una de las serpientes más peligrosas del mundo.

(2) *Mientras, solo diré que el sermón del Dr Mier se dirigió á probar: que el evangelio había sido predicado en las Americas por el apóstol Santo Tomas: que este era el mismo barón célebre en las historias Mexicanas con el nombre de Quetzalcbhuatl (sincopado Quetzalcoatl).* Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813, de don José Guerra.

(3) En 1861 se descubrieron en la iglesia de Santo Domingo las momias de trece frailes. La iglesia fue saqueada por los liberales y las momias compradas por un cirquero argentino. Una de esas momias era precisamente la de fray Servando Teresa de Mier.

(4) Manuel Tolsá, (1756-1816). Fue un notable arquitecto entre el barroco y el neoclásico. Algunas de sus obras póstumas son la conclusión de la Catedral de México, el busto de bronce de Hernán Cortés, la estatua ecuestre de Carlos IV (considerada por algunos su obra cumbre, realizada de 1796 a 1803), el palacio de la Escuela de Minería, el altar mayor de la Catedral de Puebla, residencias como las del marqués del Apartado y la de Buenavista, los planos para el Hospicio Cabañas y de la Iglesia de Loreto, así como un proyecto de panteón civil.

(5) Un quintal es igual a 46 kilogramos, por lo que hablamos de 27.6 toneladas

(6) El Virrey de la Grúa no pudo ver la estatua final de bronce colocada al centro de la Plaza Mayor, pues fue retirado de su cargo en 1798, tras de la escandalosa cadena de actos de corrupción que le caracterizaron.

5 · Amores espinosos

Los españoles tuvieron una clara superioridad sobre los demás pueblos: su lengua se hablaba en París, en Viena, en Milán, en Turín; sus modas, sus formas de pensar y de escribir subyugaron a las inteligencias italianas y desde Carlos V hasta el comienzo del reinado de Felipe III España tuvo una consideración de la que carecían los demás pueblos. Voltaire

La húmeda celda de Fray Servando Teresa de Mier en San Juan de Ulúa fue visitada por el teniente Rodolfo Montoya. Unos meses atrás, el Domingo de Ramos a las tres de la mañana para ser precisos, Fray Servando fue conducido por soldados fuera de la Ciudad de México rumbo a Veracruz. El polémico cura fue escoltado desde la capital a la prisión del puerto por el eficiente militar español, conocido del virrey y del arzobispo.

Montoya estaba maravillado con las ideas flamígeras del cura. Ganas no le faltaban de liberarlo, la cuestión era que el destierro del cura era orden directa del virrey y el arzobispo, algo imposible de eludir, bajo el riesgo de morir en el paredón por traición al marqués de Branciforte.

El cura sufría de altas fiebres que fueron curadas por la atención directa que Montoya prestó al prelado caído en desgracia. Aunque el fraile debía estar en total reclusión, sin visita de nadie, Rodolfo se jugó el puesto atendiendo y evitando que un personaje tan importante en la historia del virreinato, pereciera consumido por aquel infierno del puerto, como otros tantos presos antes que él.

—Te expones demasiado, hijo. El arzobispo, si es posible, me quisiera muerto antes de embarcarme para España.

—Pues no lo permitiré, padre. Mi misión termina una vez que usted haya puesto pies en el barco. Jamás me lo perdonaría el verlo morir en esta celda inmunda, sin que yo haga algo.

—Espero no perjudicarte con esta noble acción de tu parte, hijo.

Montoya acercó la cuchara sopera con el delicioso caldo de res. Los guardias del alcázar, era un hecho que habían corrido el chisme de que en Ulúa, Rodolfo Montoya se desvivía por atender al infeliz que había dicho que la Santa Virgen era una indita insignificante de un cerro árido en Tenayuca.

—Tengo una duda, padre.

—¿Cuál hijo?

—Israel está muy lejos de América, padre. Nadie sabía que todo esto existía hasta que Colón lo descubrió hace tres siglos. ¿Cómo diablos le hizo Santo Tomás para cruzar el océano y llegar hasta acá? Fray Servando esperó a que el delicioso trozo de carne del

caldo viajara a su reducido estómago para contestar.

—Quizá el mismo Cristo lo transportó, como en la Biblia dice ocurrió con Jonás y Ezequiel. Los misterios de Dios son inalcanzables e incomprensibles, hijo.

Montoya dejó que el prelado tomará el plato y la cuchara él mismo. La mejoría del cura hereje era sorprendente.

—¿Entonces la Tonantzin es una diosa azteca que ha estado en ese mismo cerro por siglos antes de la llegada de los españoles? —Así es, hijo. No tiene nada de española, ni la trajo ningún gachupín de la conquista como la generala de Los Remedios, que

trajo Juan González de Villafuerte.

—¿Y todo este castigo que usted sufre es sólo por su sermón del día de la virgen?

Fray Servando rascó con su mano derecha su abundante barba. No se rasuraba desde diciembre, mes en que fue aprehendido.

Acomodándose sus lentes de aro prestó atención a la pregunta contestando:

—El arzobispo odia a los criollos, Rodolfo —Montoya sonrió al

escuchar su nombre y no el hijo con el que lo llamaba al inicio—. Además de ser un ignorante empecinado en engrandecer todo lo español sobre lo indígena. No me soltará el cuello hasta asfixiarme. Entre más lejos esté de él mejor.

—¿Qué es lo mejor para la Nueva España, padre?

—Romper con España y buscar la independencia, Rodolfo. Debemos seguir el ejemplo de los Estados Unidos. Si unimos todas las federaciones en un solo gobierno destacaremos sobre España como una nación soberana e independiente. Tenemos todo para ser autónomos. No es justo que toda la plata y el oro viajen a España.

—Decirlo suena fácil, pero el hacerlo es lo difícil.

—Si en verdad quieres participar en esto y lograrlo, busca unirte con gente de influencia y poder, Rodolfo. Qué mejores aliados para esto que los sacerdotes criollos. Busca su alianza y verás que habrá una luz de esperanza.

—¿Por qué ellos y no militares como yo?

—Porque nadie, mejor que los curas, conocen la injusticia que se cierne desde hace tres siglos sobre los indígenas. Ellos saben que en cierto modo se han coludido con la corona española para permitir esta explotación. Hombres como Fray Bartolomé de las Casas pusieron un grito de basta al imperio, pero la explotación no desapareció por completo. Los indios son los verdaderos dueños de este territorio. Si los indígenas son dirigidos por una fuerza religiosa superior se pueden convertir en ejércitos peligrosos para los virreyes. Eso cerdos son la fuerza opresora que ha tenido su bota sobre el cuello de los hijos de Moctezuma desde que Cortés conquistó México.

—¿Y los militares criollos?

—Ellos son los generales que deben dirigir a las huestes que exalten los religiosos. Si se lograse unir la fuerza de los indígenas con un nuevo ejército mexicano, totalmente ajeno al virreinal, se conseguiría la independencia.

Rodolfo caminó hacia la ventana del húmedo recinto, donde llevaba casi dos meses encerrado el cura. A través de la ventana divisó el mar y a la carabela que llevaría al cura a

España para continuar su indefinida prisión en el convento dominico de Las Caldas, en Santander.

—Buscaré la manera de hacer realidad su sueño, Fray Servando.

El sacerdote miró la sombra que proyectaba la figura de Montoya al estar en la ventana. Una satisfacción gratificante creció en su interior al contar con un aliado para cumplir su sueño.

—No sabes el gusto que me da haber sembrado en ti la inquietud de generar un cambio en la Nueva España. Te recomiendo que busques a un cura que conocí en Valladolid. Su nombre es Miguel Hidalgo y Costilla. Él es diez años más grande que yo. Sé que la flama libertaria crece en su corazón. Acércate a él y exponle lo que platicamos. A ver qué le parece. Lo peor que te puede ocurrir es que te diga que no o que aún no es tiempo. Puedes estar tranquilo de que jamás te delatará con la policía virreinal.

La reja de la entrada de la celda se abrió de nuevo. Los guardias del barco español venían por Fray Servando. La plática quedó ahí y los dos se despidieron con un emotivo abrazo. Sólo Dios sabía si volverían a encontrar de nuevo algún día. Tras pasar dos meses en la fortaleza de San Juan de Ulúa, el 7 de junio de 1795, Fray Servando embarcó en Veracruz rumbo a Cádiz, España.(1)

Don Anselmo Larrañeta no escatimó un peso en hacer de los XV años de su única hija, uno de los eventos más grandes y recordados en la historia de Guanajuato. El platero echó la casa por la ventana para presentar a su hija Elena como una distinguida señorita española que cumplía los quince años de edad y estaba lista para desposarse con el mejor chambelán de la ciudad. Todo Guanajuato hablaba de los XV años de *La Gachupina*, como la apodaban en el pueblo.

Las fiestas de XV años en la Colonia eran eventos para asegurar quién sería el futuro marido de la festejada. Por ello se invitaba a las familias de más abolengo y dinero en la región. Los chambelanes bailaban y competían para que ese mismo día el padre decidiera quien sería el futuro marido de la festejada. Más que una fiesta inolvidable para la adolescente, el jolgorio se tornaba en una desdicha, al ser arreglado su matrimonio con un muchacho al que seguramente ella aborrecía. Los intereses de la familia eran prioridad y lo que más importaba. El padre de familia decidía el destino de todos sus hijos, y este día don Anselmo lo haría con el de la bella Elena.

El sitio de donde se llevaría a cabo la fiesta era un enorme salón en el centro de Guanajuato. El salón era propiedad del conde de la Valenciana y no había otro que le hiciera cercana sombra en elegancia y confort.

La misa de cumpleaños de Elena se realizó en el imponente templo de San Cayetano. En el edificio no cabía una persona más para ver a la quinceañera recibir la sagrada comunión. Después todos los invitados se trasladaron al salón del conde para brindar y festejar con la homenajeada.

Uno a uno los elegantes chambelanes bailaron con Elena. Con el último de ellos, su rostro ya no podía ocultar su fastidio. Sabía bien que su padre ya había escogido y esto era pura exhibición para ganar tiempo y halagar a los invitados.

Don Anselmo, ataviado en su ajustada levita, con cuya tela se podrían haber hecho unas buenas cortinas, contempló satisfecho al último chambelán bailar con su hermosa hija. Se disponía a regresar a su mesa cuando fue abordado por un singular invitado.

—¡Don Anselmo! Muchas felicidades por tener a una hija tan bella y virtuosa.

—Muchas gracias Crisanto. Es un honor tenerte aquí con nosotros, después de tu reciente tropiezo con el virrey.

Los dos se abrazaron afectuosamente. Crisanto se sorprendió de la impactante obesidad de su amigo, que parecía ganar kilos conforme más se enriquecía con la mina de la Valenciana.

—Me quitó mucho, pero me hará conseguir más. No hay peor condición para un hombre que el pensar que ya hizo mucho y echarse a dormir. Es ahí cuando los rivales lo alcanzan y lo matan a uno dormido. Me estoy recuperando poco a poco y pronto seré rico de nuevo.

—Lo sé, Crisanto. Se habla de ti con admiración y respeto en mi reducido círculo social.

—¿Y quién es el afortunado que desposara a la bella Elena? —¡Tú Crisanto! ¿Quién más?

El rostro de Crisanto se puso pálido de la impresión. Todo esperaba, menos ser él, el escogido. Ni siquiera había ido a la misa ni bailado el vals.

—¿Ahora si te espantaste, verdad, grandísimo cabrón?

Don Anselmo soltó la carcajada por su buena broma. El color poco a poco retornó al lívido rostro de Crisanto.

—Tu problema es estar tan bonito, Crisanto. Quieres ser para todas y serás para nadie.

—Algún día me casaré y usted será el padrino, don Anselmo. Ya lo verá.

A ver si no me muero primero o España nos declara libres y soberanos para ver esto.

Un mesero esquelético, enfundado en una casaca tan floja que parecía un perchero con un saco encima, se acercó para que don Anselmo tomara dos copas y entregara una a don Crisanto.

—¿Y quién es el pretendiente oficial de Elena?

—¡Evaristo Obregón! Hijo de un medio hermano del Conde de la Valenciana.

—¿Usted no pisa en flojito, verdad don Anselmo? El cabrón ése está tan feo como apedrear la efigie de Cristo en Semana Santa, pero con el hecho de ser el sobrino del Conde de la Valenciana, que el mundo se vaya al diablo.

—¿Qué, quieres que la case con un muerto de hambre, sólo porque está guapo o ella lo ama?

—No tan extremoso el ejemplo, pero si dejarle más opciones, ¿no? ¡Por Dios! Apenas tiene quince años.

—No sabes cómo me he partido el lomo desde que llegué a América. Mi fortuna la he hecho gracias a la sombrita que me da el árbol del conde. No pienso exponerla a darle su herencia a un mal nacido oportunista.

—Entiendo don Anselmo. Es lógica su manera de pensar.

Crisanto se distrajo al ver venir a doña Viridiana en compañía de Elena.

Crisanto besó a las dos en las mejillas para saludarlas.

—¡Qué gusto que te hayas dado la oportunidad en venir Crisanto!

—Esto no me lo podía perder, doña Viridiana.

Crisanto sacó de la bolsa interior de su elegante levita negra un estuche de terciopelo negro de quince centímetros por cinco de largo.

Lo entregó personalmente a Elena, dándole un fraternal abrazo de felicitaciones. Elena abrió el estuche y se quedó maravillada al ver una hermosa pulsera de oro con incrustaciones de diamantes.

—¡Mucha gracias don Crisanto! ¡Está preciosa!

Don Anselmo y doña Viridiana sonrieron satisfechos. Crisanto Giresse era generoso y por eso embonaba tan bien con los ricos del Bajío.

Doña Viridiana en su interior sentía admiración y deseo por el atractivo invitado. La señora de Larrañeta tenía treinta y cinco años de edad, cinco más que el franco hispano tabacalero. La monstruosa obesidad de don Anselmo, que casi había desaparecido su pene entre carnes amorfas, la hacía tener sueños húmedos con el mosquetero de Valladolid. Los dos se miraban discretamente, lanzándose esas miradas que solo entienden los embelesados. Doña Viridiana, a pesar de haber tenido tres hijos, lucía una figura de artista de teatro, como de esas obras prohibidas que le encantaba representar al Zorro penjamense de Hidalgo en San Felipe.

Dentro de los invitados había un cochero de dieciocho años que llevaba un año trabajando con los Larrañeta. El muchacho conocía a Crisanto y en la primera oportunidad que tuvo lo saludó.

—¡Don Crisanto! ¡Qué gusto encontrármelo aquí! —¡Martiniano! ¿Vienes con don Miguel?

—No, don Crisanto. Llevo un año trabajando para don Anselmo. Soy su cochero. Mi padre sigue muy feliz en San Felipe. Él me apoyó para que me viniera a trabajar aquí.

—¡Qué sorpresa, Martín! Estas muy alto y bien parecido, muchacho cabrón.

Martiniano era alto, de gruesa espalda y cintura angosta, lo que le daba un toque de gladiador romano. Su cabello era negro y encrespado, con un rizo que luchaba por a momentos eclipsar su penetrante mirada. Era un hecho que los difuntos padres del muchacho debieron ser bien parecidos porque el cochero atraía las miradas de todas las mujeres de la fiesta, robándole unas pocas de seguidoras al *Don Juan* de Crisanto.

Martiniano al hablar, volteó hacia donde estaba la festejada. El cruce de miradas fue perfectamente leído y entendido por Crisanto, quien le comentó jocoso:

—¿No me digas que ustedes dos... se entienden?

La mirada de complicidad de Martiniano lo dijo todo. —¡Cuídate mucho muchacho! Si don Anselmo los descubre, te matará.—Lo haré, don Crisanto, y le juro aquí frente a usted, que es mi amigo de mi padre, que Elena no se casará con ese infeliz riquillo.

Crisanto bebió todo el resto de su copa de un jalón. Su mente experimentada se imaginó en unos segundos, como una negra nube en el horizonte, todo lo que se le podría venir al galano hijo adoptivo de Hidalgo.

—¡Qué Dios te cuide, hijo!

El 9 de diciembre de 1796, el virrey Miguel de la Grúa inauguró la base donde en casi una década se colocaría el majestuoso caballito con Carlos IV tomando las riendas. Por un tiempo habría un provisional caballito de madera para recordar a la gente que el magno proyecto estaba en camino en manos del afamado Manuel Tolsá.

La ceremonia fue un evento magno donde se reunió lo más selecto de la sociedad criolla y española del momento. El virrey escogió ese día por ser precisamente el cumpleaños de doña María Luisa, la reina de España. Si Manuel Godoy, el suertudo cuñado del virrey, la mantenía contenta en donde el Rey se quedaba corto, ¿por qué el marqués de Branciforte no haría su tanto en la Nueva España, engalanándole el día con este magno evento? El virrey acuñó monedas conmemorativas2 para que el día fuera recordado por años.

La verdad es que detrás de esta cortina de humo se escondía el gran temor que el virrey sentía a los ingleses, a los que España había declarado la guerra un par de meses atrás, el 5 de octubre de 1796 para ser más preciosos. Branciforte temía un ataque por Yucatán y Veracruz y debía armarse bien para repelerlo. España había permitido a los ingleses explotar la riqueza de maderas de los bosques de Belice, y como acostumbraban, no habían respetado lo dicho, expandiéndose más de lo acordado. Don Arturo O'Neill, gobernador de Yucatán desde 1793, sabía perfectamente que los ingleses no habían cumplido con las estipulaciones del tratado de Londres, y quiso aprovechar la oportunidad de la guerra para armar una expedición contra Walix y desalojar de allí a los ingleses.

La ceremonia de inauguración siguió su curso en el Palacio Virreinal. El día comenzó con el lanzamiento de salvas de artillería al emerger el sol entre las montañas. Poco a poco se empezó a poblar la plaza de

gente que venía de muy lejos y deseaba apartar su lugar lo más cerca posible del pedestal.

Al cuarto pasado de las ocho de la mañana, la plaza ya estaba rodeada de un buen número de tropas de infantería y caballería de regimientos de Puebla y Toluca, y con no poca infantería de la capital. Miguel de la Grúa, acompañado de lo más selecto de la nobleza y tribunales, desde el balcón principal del palacio virreinal hizo una señal con un pañuelo y el velo que cubría la estatua fue retirado. Mas salvas acompañaron este solemne momento. El caballito de madera con su jinete lucía imponente sobre el pedestal. El sólo pensar que uno de metal lo sustituiría pronto, emocionaba a los presentes.

Sobre el pedestal de la estatua se leía con letras de bronce dorado, la siguiente inscripción en castellano, compuesta por el mismo Virrey:

A CARLOS IV
EL BENEFICO EL RELIGIOSO
RET
DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS ERIGIÓ Y DEDICÓ
ESTA ESTATUA
PEREMXE MONUMENTO DE SU FIDELIDAD
Y DE LA QUE ANIMA
A TODOS ESTOS SUS AMANTES VASALLOS
MIGUEL LA GRUA
MARQUES DE BRANCIFORTE
VIREY DE ESTA N ESPAÑA
AÑO DE 1796(3)

El virrey y su esposa bajaron del balcón y entregaron monedas conmemorativas a la gente. Al frente de la moneda venían grabados los bustos de varios reyes y en el reverso la estatua como frente a sus ojos lucía en ese momento. Este noble acto causó mucho revuelo entre la gente de escasos recursos, que también hacía historia estando ahí en ese importante día.

Después de develar la placa y mostrar la provisional estatua, la gente pasó a la catedral, donde el Arzobispo Alonso Núñez de Haro cantó misa de pontifical y predicó un largo sermón conocido ese día como el *Sermón del Caballito*.

Después la misma comitiva zalamera marchó a la garita de San Lázaro, donde el Virrey develó una lápida que con letras de bronce decía que en aquel día se comenzaba allí el camino de México a Veracruz, de que estaba encargado el Consulado, nombrándolo El

Camino de Luisa; nombre que pronto quedaría en el olvido.

El marqués de Branciforte, lleno de entusiasmo, tomó en sus manos varios instrumentos de albañilería y los entregó al tribunal del Consulado, en señal de la importante comisión que se le confería al lugar donde habían de fijarse los cimientos para dar principio a la histórica obra.

También ese día el virrey autorizó el libre comercio de aguardiente de caña llamado Chinguirito, clandestino competidor de las bebidas españolas.

Terminadas estas actividades, la comitiva fue invitada al palacio virreinal a comer y disfrutar una tarde agradable, charlando, bailando y contemplando los fuegos artificiales. Branciforte, una vez más, demostraba como con una mano robaba al pueblo y con la otra lo apapachaba, como si tranquilizara a un feroz animal con un pedazo de carne.

Dentro de los invitados al festejo se encontraban Rodolfo Montoya y Crisanto Giresse, quienes un par de años atrás, habían estado en la memorable boda de la *Güera* Rodríguez, la distinguida rubia que por su alcurnia no podía faltar entre los invitados.

—Debo estar loco para estar aquí con este mequetrefe ratero del virrey, cuando bien sabes que hace un año me despojó de una tabacalera y una casa en Valladolid —comentó Crisanto, encendiendo uno de sus cigarrillos, sin quitarle los ojos de encima al virrey.

Rodolfo tomó un cigarrillo de la elegante cigarrera de plata de Crisanto.

—El marqués sabe de tu enorme talento y capacidad de recuperación, Crisanto. ¡En algo se parecen! —Montoya reforzó su comentario con una palmadita de camaradería en el hombro de su amigo—. Si no fuera así, nunca te hubiera invitado a este evento. Ni a mí, que no me perdona que haya cuidado tanto a Fray Servando en la prisión de Ulúa. La guerra entre Francia y España(4) ha terminado, amigo. Irónicamente ahora Francia y España son aliados contra Inglaterra.(5) Su cuñado Godoy ha hecho una alianza con los galos para enfrentar a los ingleses.

—No dudo que ese cabrón también despoje a los ingleses residentes en la Colonia de su patrimonio.

—Es un hecho que lo hará. El marqués le saca plata hasta un burro

pastando. Él y su cuñado Godoy son unas máquinas de sacar dinero.

Crisanto se distrajo al ver a la *Güera* Rodríguez sola. Por nada del mundo desaprovecharía esta oportunidad enviada por el Altísimo.

Los dos amigos se miraron con complicidad.

—Discúlpame amigo, pero ahí hay una dama sola y Crisanto siempre está al tanto.

—¡Adelante don cabrón! —repuso Montoya haciéndole un pase con la mano.

—Un honor volverla ver, señora.

Crisanto besó galantemente la mano de María Ignacia. La *Güera* se sonrojó al tener en frente al hombre que el día de su boda había perturbado sus sentidos.

—¡Dos años sin verlo, don Crisanto Giresse!

—Ando mucho por el Bajío, señora. Valladolid es mi terruño.

—Llámame *Güera*. Todo mundo lo hace

El rostro hermoso de María Ignacia causaba admiración en el hispano galo. Crisanto la imaginaba como una muñeca de porcelana fuera de una vitrina.

—Te ha sentado muy bien el matrimonio, *Güera*. ¡Luces radiante!

—¿Estará algunos días por acá?

—Eso depende de qué aventura se me presente, *Güera*. No veo a su marido por ningún lado.

María Ignacia refrescaba su rostro con un fino abanico con pedrería. Con el mismo cubrió sus labios para discretamente musitar: —Anda de viaje como siempre. Se la vive en Puebla con el ejército virreinal.

Crisanto aprovechó la llegada de un mesero con copas en su charola. El galo tomó dos, extendió una para María y continuaron su amena charla en una esquina del jardín.

—Me gustaría verte a solas, *Güera*.

María Ignacia sostuvo su copa en los labios. Sin quitarle la mirada de

encima le contestó con una exquisita coquetería:

Mañana a las once de la mañana en mi casa. Te espero.

—Ahí estaré puntual, preciosa.

María Ignacia chocó su copa con la del galo. Sabía que no podía quedarse mucho tiempo con un solo invitado para no despertar habladas innecesarias entre las demás invitadas.

El enorme portón de madera de la casa de la *Güera* sonó con el golpeteo, ocasionado con la maciza manija metálica con figura de león que colgaba del centro de la misma. Crisanto no esperó mucho ahí, al abrirse la misma por una de las singulares criadas.

—¿*Qui si li ofrece, al siñor*? —dijo la sirvienta, tan baja de estatura, delgada y morena que Crisanto la imagino como un mono uniformado.

—Busco a tu patrona. Soy el señor Giresse.

La sirvienta, sobre avisada sobre esta importante visita, lo dejó entrar sin preguntar más.

—Es usted muy puntual Crisanto.

Crisanto quedó deslumbrado de la belleza de Ignacia. Los rayos del sol, en el patio central de la casona, golpeaban plenos sobre sus rizos dorados, como si los mismos hubieran llegado del mismo astro rey, a anidarse sobre su cabeza como una extraña Medusa heliaca. El talle de su cintura era estrecho, como el de una señorita, a pesar de ya tener una hija pequeña de brazos. Su vestido resaltaba sus aprisionados pechos como si amenazaran botarse por la presión asfixiante del ajustado escote.

—Te confieso que me inquieta un poco el estar en la casa de una señora de sociedad. La gente puede imaginar cosas al no estar el marido presente.

María Ignacia lo tomó de la mano y lo encaminó a una banca de piedra que se encontraba en el patio central, flanqueado por altos arcos de ladrillo rojo, con cañones botaguas en la parte superior.

—A mí me tiene sin cuidado lo que diga la gente, Crisanto. Además de que no estamos solos: tres sirvientas y un mocito viven conmigo.

Un atrevido colibrí se acercó a una irresistible rosa del jardín, sin

percatarse de los intrusos en su vergel.

—Eres una mujer muy bella, María. Qué hombre tan afortunado debe ser tu marido.

—Te pido de favor no hablar de él. Estamos tú y yo, y no tiene sentido distraernos en un hombre que presta más atención a otros asuntos que a su familia.

Crisanto clavó su mirada cortesana en los ojos de la *Güera*. María Ignacia le sostuvo el encuentro visual como aceptando el desafío. Los dos se gustaban, y a la *Güera* parecía no importarle nada el estar en su casa con un hombre que no era su marido.

—Eres un hombre muy diferente, Crisanto. Eres guapo, pero diferente.

—¿Diferente? Explícate mejor, *Güera*.

—Es como si tuvieras fusionada la belleza femenina y masculina en tu persona. Eres como un ángel. Eres muy guapo y también podrías ser muy hermosa. Dios te agració con la belleza.

—Tú eres muy hermosa, María. Desde aquel día que te conocí, no te he podido sacar de mi cabeza. Lamento el hecho de haberte conocido el día de tu boda y no antes, para evitar que cayeras en manos de tu marido.

—Ya te dije que no hablemos de mi marido. Ven, hay algo que quiero mostrarte.

La *Güera* lo encaminó a un cuarto en una esquina del enorme patio. El mocito, que en ese momento fungía como jardinero, los miró como si no existieran. La discreción de los empleados de la *Güera* era como un juramento ante ella, de jamás decir lo que veían y oían. La *Güera* recompensaba muy bien esa preciada lealtad con dinero y privilegios.

Una vez adentro, la *Güera* cerró la puerta del rústico salón. Crisanto sonrió complacido de saber lo que aquello significaba.

—Qué mejor lugar para hacer de las tuyas que en tu propia casa y no exponerte a las habladurías de la gente en la calle.

—Aquí soy la reina y hago lo que quiero, amigo.

Los dos se unieron lentamente en un tierno abrazo. Crisanto la besó con ardiente pasión. Un beso de unos cuantos segundos, que

parecieron eternizarse, como si el tiempo les diera una concesión especial, y cada minuto se extendiera al triple. Crisanto bajó el escote del elegante vestido, poniendo en libertad los aprisionados pechos de su amada. Crisanto los tomó con sus manos como si fueran dos tiernas palomas. Sus dedos pellizcaron suavemente sus pezones rosados hasta levantarlos al unísono con su propia erección. Crisanto puso su cara en medio. En cada mejilla sentía la esplendorosa sensación de la tersura de sus cálidos pechos. Después los besó y succionó como si fuera un lactante hambriento. La *Güera* parecía enloquecer de placer al hundirse en esa placentera sensación. Sin ninguna prisa María se despojó de todas sus prendas, una a una, hasta quedar completamente desnuda. Crisanto sabía que era un bendecido de los dioses al presenciar este espectáculo terrenal, por lo que cualquier jeque árabe daría toda su fortuna por contemplar unos cuantos segundos.

Crisanto la recostó bocarriba sobre una mesa de madera, donde había un frutero repleto de lo mejor de la temporada. Con su mano derecha aplastó entre sus dedos un jugoso mango de Manila y embarró su pulpa y jugo sobre los pechos y pubis de su princesa. El sabor afrutado de las partes íntimas de la *Güera* era paladeado con frenesí por el franco hispano, quien bajó sus pantalones para proceder al empalamiento de la *Güera* de la calle de San Francisco. El rostro excitado de la *Güera*, con sus blancas piernas de porcelana sobre los hombros de su aventurero, se frunció al sentir en el fondo de sus entrañas el enorme falo del hombre que sabía lo que ella quería, y lo había adivinado desde que se vieron el día de su boda. Aquella placentera sensación se prolongó por varios minutos, mientras el atrevido galo le embarraba el jugo de otro mango y una mandarina. La *Güera* se apartó para retribuir a su amado algo del intenso placer que ella sentía. Sobre la mesa, con cada uno con la cabeza en la intimidad del otro, la *Güera* descubrió detrás del escroto del galo una vulva rosada, hinchada y húmeda de placer. Su amado tenía la bendición divina de poseer plenamente los dos sexos y sin suspender lo que hacía recompensó a su amado con doble satisfacción oral, en una extraña sensación que jamás la *Güera* olvidaría. Nunca había tenido una experiencia lésbica y sin embargo en aquel hombre encontraba ambos sexos, y el galo ni se inmutaba, compartiendo ese secreto que jamás escaparía de sus labios. Crisanto después de sentir un explosivo orgasmo femenino procedió a alcanzar uno masculino, tomando a la *Güera* en cuatro, hasta que ambos cayeron exhaustos sobre un colorido tapete de Temoaya en una esquina del cálido salón.

La puerta del salón sonó con varios golpes de alerta. La *Güera* se incorporó como impulsada por un resorte. Bonifacia, con respiración agitada, le informaba que afuera se encontraba el carromato de su

esposo. Crisanto se puso su saco y con las botas y pantalones en la mano trepó ágilmente la azotea de la casa ante la admiración y complicidad de la mocita, quien sostenía la escalera para evitar un fatal accidente. Bonifacia limpiaría el desorden del salón mientras la *Güera* se metía en una tina de agua caliente con flores, para remover néctares de frutas y de amor sobre su estilizado cuerpo.

Don José Jerónimo López de Peralta apareció en la puerta del rústico baño. El elegante militar se acercó curioso a la tina de latón, y se deleitó de contemplar la desnudez de su mujer dentro de las cálidas aguas.

—¡Qué sorpresa José! ¿Gustas bañarte?

El cornudo procedió a despojarse de la capa y uniforme. —¡Claro *Güera*! Esto es como un premio a Pompeyo al regresar de una de sus giras por Roma.

Don Evaristo Obregón, el afortunado novio, esperaba impaciente en el atrio de la Iglesia de San Cayetano la llegada de su prometida, Elena Larrañeta. Aunque a su primo, el opulento Conde de la Valenciana no le convenía mucho esta relación, por la diferencia abismal entre riqueza entre las dos familias, los Obregón accedieron más por el hecho del enamoramiento desbordado que Evaristo sentía por la bella muchacha, que por lo que económicamente pudiera redituar el enlace. El Conde de la Valenciana, Antonio Francisco Obregón, primo hermano de Evaristo, bien podría ser el hombre más rico del mundo, en ese mundo de finales del siglo XVIII.

—¡Ya se tardó primo! —comentó José Evaristo, doblando nervioso las alas de su fino sombrero, engalanado con la figura de una V de Valenciana, en finos hilados de plata.

—¡Calma Evaristo! Yo no tarda —respondió el conde, temiendo lo peor, ante la presión de las miradas curiosas de los invitados. El conde lucía elegante con su fino traje de seda color rojo con pantalones cortos en gris y finísimas botas de cuero color negro hasta las rodillas. Un elegante sombrero en V engalanaba su preocupado rostro.

A unos kilómetros de ahí, se desarrollaban los hechos que explicaban el sorpresivo plantón al desesperado novio.

El elegante cochero detuvo la selecta diligencia para revisar una de las ruedas del transporte. Los dos custodios que escoltaban a la novia se prestaron a ayudar al cochero. Cuando uno de ellos revisaba la rueda, un cachazo propinado por el cochero lo mandó por muchos minutos al

mundo de los sueños. El otro custodio, con los brazos en alto, entregó su arma impresionado. El cochero tomó una larga cadena con la que atrapó la cintura del custodio a la rueda del carromato.

—No saldrás vivo de esta, Martiniano. ¡El conde te matará! —Eso sí dejo que me alcance, Ponciano. Deséanos suerte, que la vamos a necesitar.

Martiniano subió a Elena al caballo del custodio desmayado y los dos se perdieron en uno de los caminos que llevaba a la sierra de Guanajuato. No pasaría mucho tiempo para que el humillado primo del conde y don Anselmo ordenaran su búsqueda y aprehensión.

(1) Regresó a la Nueva España hasta 1817, veintidós años después.

(2) Al frente decía:
CAROLO. IV. ET. ALOYSIAE.
HISPAN. ET. IND. RR. AA.
MARCH. DE. BRANCIFORTE.
NOV. HISPAN, PRO—REX.
C.F. ET. D. MEX. AN. 1796.

Reverso:
CAROLO IV
PIO. BENEF
HISPAN ET. IND. REGE.
MICH. LA. GRUA.
MARCH. DE. BRANCIFORTE. NOV. HISP. PRO-REX.
SUAE. MEXICANAEQUE. FIDELIT.
H. M. P.
Historia de los tres siglos de México durante el gobierno español, del Padre Andrés Cavo

(3) Historia de los tres siglos de México durante el gobierno español, del Padre Andrés Cavo.

(4) Se firmó la Paz de Basilea en 1795, que acabó con la llamada Guerra del Rosellón, librada entre 1793 y 1795 entre España y la nueva república francesa. La Francia republicana era ya un hecho consumado, y el objetivo común de España y Francia seguía siendo evitar la expansión del imperio británico.

(5) En agosto de 1796 Manuel Godoy, primer ministro de Carlos IV,

firmó con el representante francés el Tratado de San Ildefonso, en el Palacio Real de La Granja de San Ildefonso de Segovia. En el Tratado, ambas naciones acordaban iniciar una política conjunta contra Gran Bretaña y socorrerse militarmente en el caso de que una de las partes lo pidiera.

6 · Sueños de libertad

La ambición de los españoles, que les ha hecho acumular tantas tierras y mares,
les hace pensar que nada les es inaccesible.
Dumplessis-Mornay

La guerra con Inglaterra fue declarada por la Corte de Madrid en octubre de 1796. Por precaución y razones bien fundadas, Branciforte dispuso que se acantonase un ejército, que no bajara de ocho mil hombres en Orizaba, Córdoba, Xalapa y Perote. El virrey, dispuesto a comandar a su bravo ejército, él mismo, salió de México el 1 de marzo de 1797, para acuartelarse en Orizaba. Qué mejor manera de abandonar la capital que como un épico héroe que sale a enfrentar a un amenazador ejército invasor, a diferencia de quedarse ahí, donde era odiado, repudiado y motivo de caricaturas(1) y chistes sobre su persona.

Branciforte adaptó dentro de su cantón de Orizaba un cómodo palacio personal para relajarse y liberarse un poco del estrés que implicaba en cualquier momento salir al encuentro de la imaginaria marabunta inglesa.

Al Cantón de Orizaba, en compañía de Rodolfo Montoya, llegó una elegante diligencia con diez encantadoras damas de Orizaba y Perote. Venían a hacerles compañía al virrey y sus allegados. Don Miguel de la Grúa agradecía este noble gesto de Rodolfo, y atrás dejaba su escozor por haber alguna vez dado sopita al maniático que habló mal de la Virgen de Guadalupe, a quien don Miguel adoraba tanto.

Montoya entregó un sobre lacrado al marqués, quien procedió a

abrirlo sin demora. El contenido del mismo pareció encenderlo en ira. Su rostro, parecido al de un ave de rapiña husmeando entre la carroña, se descompuso en furia al gritar:

—¡Un nuevo virrey viene en camino! Un tal don Miguel José de Azanza, quien se hallaba en el ministerio de la guerra. Para que llegue a Orizaba aún faltan muchas semanas. Así que no pienso desaprovecharlas. Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, es mi cuñado, y a diario le pica el culo a la reina. No voy a dejar que me quiten el virreinato, así de fácil como arrebatar un juguete a un niño. Ya te diré que haremos al respecto, Rodolfo. Por lo pronto que siga la fiesta.

—¿Qué hacemos con las damas, señor?

—¡Estas dos majas son para mí, tío! ¡Tomad la tuya y rifáis las otras siete entre los demás jefes! —dijo Branciforte a Montoya, tomando cariñosamente a sus prostitutas en cada brazo. Los demás compañeros esperaban ansiosos la rifa de las damas, que no parecían molestarse en lo más mínimo por tan tremenda disputa por sus favores.

Branciforte disfrutaba un cálido baño de tina con sus damas, quienes lo sobaban con esponja y mimaban como se lo merecía. Una de ellas, como una sirena, se perdía dentro del agua para agasajarlo oralmente. Branciforte y Montoya juraban que la pelirroja era un anfibio porque aguantaba bajo el agua más de un minuto sin sacar la cabeza.

—Se va a morir, don Miguel. ¡Sáquela!

—¡Qué se va a morir! No ves que la maja tiene el culo fuera del agua. ¡Respira por el coño!

Montoya soltó una sonora carcajada por la puntada del virrey, mientras acariciaba bajo el agua a la apetecible morena que le había tocado. La pelirroja del virrey, como un cetáceo, sacó la cabeza por unos segundo para jalar aire, y como si fuera una pescadora de perlas se sumergió de nuevo a mamar el falo del marqués, que ya andaba muy cerca de explotar en éxtasis.

—Mira que si sigue así, voy a tener que ahorcar a esta maja. Ya estoy a punto de correrme y quiero darle a las dos, y si puedo, hasta a la tuya también Rodolfo, ¿por qué no?

—Cómo guste, don Miguel. Si tiene para las tres. ¡Ande!

Cada cual hizo de las suyas y las tres damas pasaron indistintamente por los dos hasta que los varones les pidieron un rato de descanso. Las

tres hermosas mujeres, obviamente insatisfechas y excesivamente excitadas, siguieron haciendo de las suyas entre ellas en el cuarto de al lado.

—¿Qué opinas del nombramiento del nuevo virrey, Rodolfo?

Montoya se sirvió más vino de la botella que estaba en el borde de la enorme tina de mármol. Miró pensativo al marqués y sin rodeos le espetó lo que pensaba:

—Sus días como virrey están contados. Tiene ocho mil soldados fieles a usted en este cantón, marqués. Una oportunidad como esta para independizarse de España y convertirlo a usted en Miguel I de México es algo que bien debería considerarlo. Usted bien sabe que ningún inglés atacará la Colonia. Su cuñado lo defendería de algún modo y juntos se harían de algo mejor en el nuevo imperio mexicano.

De la Grúa se quedó perplejo con la atrevida sugerencia de su amigo. Aunque sabía de la inteligencia de su teniente, jamás imaginó que sus ambiciones orbitaran tan alto. Una extraña sensación por felicitarlo y repudiarlo al mismo tiempo, sacudió su turbada mente. Bien podría ordenar en ese mismo instante su fusilamiento por traición al rey, o bien, podría nombrarlo como el general número uno de la nueva guerra de independencia de México. Sin saber qué hacer en ese álgido momento, sólo le dijo:

—Dejadme a solas Montoya. Vuestra idea se me hace interesante y necesito ponerla sobre la mesa de disección. ¡Pronto tendrá noticias mías!

—Con su permiso, señor Virrey.

Montoya emergió ágilmente fuera de la tina. Tomó su ropa y se alejó ante la mirada confusa del virrey hasta perderse en el fondo del salón.

El portón de la casa del cura Hidalgo sonó a las dos de la madrugada. San Felipe Torres Mochas era un cementerio a esas horas de la noche. Con un candil en la mano izquierda y una pistola al cinto, don Miguel abrió la puerta para quedar perplejo por la sorpresiva visita.

—¡Martiniano!... ¿y ella?

—¡Es Elena Larrañeta padre! Venimos huyendo de Guanajuato. Hidalgo cerró el portón con preocupación. Aquella situación

no pintaba nada bien. Martiniano había cabalgado sin parar los

sesenta kilómetros que separan a San Felipe de Guanajuato.

—¿Te la robaste, verdad?

—Sí, padre. Elena debe ser mi mujer. Nos amamos. La rapté el mero día de la boda para que no se casara con ese malnacido del hijo del conde de la Valenciana.

—¡Santa Madre de Dios! Eso significa que te buscarán por mar y tierra, hijo. Eso fue una humillación para el hijo del conde y otro tanto para don Anselmo.

—Debemos partir mañana a otro lado, padre. Nos vendrán a buscar aquí.

—Mañana seguirán su viaje hacia el sur. Ellos los buscarán en el norte. Te daré un poco de dinero y un contacto en la capital para que no te falte nada.

—Hay algo más que queremos de usted, padre —dijo Elena, tomando afectuosamente a don Miguel del brazo.

—¿Qué es eso, hija?

—¡Cásenos, padre! Nos amamos y queremos huir de aquí con la venia del Señor.

—Si esa es su voluntad, ahorita mismo lo caso, y qué el Señor ilumine su camino.

—¡Gracias, padre!

Elena abrazo fuertemente al cura. Esa misma noche Martiniano y Elena quedaron unidos en sagrado matrimonio ante los ojos de Dios.

El navío *Monarca* echó amarras en el Puerto de Veracruz a las tres de la tarde del 17 de mayo de 1798. El 31 del mismo mes, en el cantón de Orizaba, el nuevo virrey Miguel José Azanza recibió el bastón de virrey por parte de un adormilado y alcoholizado marqués de Branciforte. No soportándose el uno al otro un minuto más, Azanza partió para la Villa de Córdoba, donde iniciaba su nuevo virreinato.

Branciforte, más preocupado por sus dos millones de pesos que tenía que sacar de Perote; más los tres que debía al rey, y que serían su garantía de libertad en la península, dejó al olvido la inquietud de independencia que días atrás había inoculado el teniente Rodolfo

Montoya.

—Sigue con tu sueño, Rodolfo. El nuevo virrey me ha madrugado y ahora sería una traición a la patria el arrestarlo y fusilarlo. Me espera la gloria con mi cuñado en España y prefiero eso, a perderlo todo por nada. Espero comprendas mi sentir, amigo.

—Lo entiendo bien, don Miguel. Esta semilla está humedeciéndose más y más, y yo me encargaré de que brote en los años que vienen. Agradezco enormemente su confianza y este grado de capitán que inmerecidamente acaba de asignarme. ¡Que Dios lo bendiga y espero pronto tener noticias suyas!

El 6 de junio, el mismo barco que trajo a Azanza, esperaba a Branciforte para llevarlo de vuelta a España. Sentado plácidamente en el restaurante del mejor hotel del puerto, el marqués cavilaba sobre su desempeño como virrey, cuando una inesperada visita lo sacó de sus pensamientos.

—¡Crisanto! ¿Tú aquí?

—Así es don Miguel. Usted no se puede ir así de fácil.

El marqués se quedó perplejo ante las gélidas palabras del hombre al que había despojado alevosamente de su cafetalera. Todo podía haber esperado, menos esta visita, cuando pensaba que ya todo había terminado y como siempre, se había hábilmente salido con la suya.

—No te entiendo.

—Cómo ve, su esposa no ha regresado de la habitación. Branciforte la recordó decir que iba por sus cosas al cuarto para ya embarcarse en el *Monarca*.

—¿Dónde está? ¿Qué le hiciste?

—¡Cállese y no haga escándalo! Si sus guardias entran por mí, mis hombres le cortarán el cuello a la hermana de Godoy. Sé lo que usted tiene en ese maletín que no suelta ni para cagar. Deme medio millón y me olvidaré del agravio que tuve cuando me robó mi patrimonio.

—¿Estás loco? Si grito a los guardias, serás hombre muerto.

—¡Cierto! Y usted tendrá que embarcar el cadáver de la ex virreina a España, para entregarle la apestosa momia a su cuñado. No sea idiota don Miguel. Entrégueme el dinero y asunto concluido.

Branciforte sudaba como un condenado sobre el banco del patíbulo. Viendo que no había otra salida, tomó su maletín y entregó el dinero a su oportuno asaltante. Crisanto lo contó en segundos y abandonó el salón como un rayo. Cinco minutos más tarde, que le parecieron al ex virrey como una eternidad, la ex virreina entró radiante y sonriente al salón, abanicándose como si nada hubiera pasado.

—¿Estás bien cariño? ¿No te lastimaron?

—De qué hablas, gordo. Me entretuve porque alguien atrancó la puerta del cuarto y no podía salir.

Un puñetazo sobre la mesa hizo volar la copa por los aires. Crisanto se había burlado de él y por orgullo mantendría la boca cerrada para no ser objeto de burlas y humillaciones. Con una jugada magistral el franco castellano se había cobrado todas de un solo golpe.

—No se quiera pasar de listo conmigo, curita de pueblo. Sé que ese desgraciado estuvo aquí. Dicen que es su hijo adoptivo y que lo encaminó ayer hacia el norte. ¿Dónde fue? ¡Dígamelo! —le gritó Evaristo Obregón a Hidalgo con tono amenazante.

Afuera de la iglesia había cinco jinetes que lo acompañaban en la búsqueda de su amada.

—¡Largo de la casa de Dios infeliz blasfemo! ¿Quién te crees para venir a mi iglesia a pedirme información sobre mi hijo? No es mi culpa que a pesar de ser hijo del Conde de la Valenciana, te hayan dejado plantado en el altar. Eso prueba que eres un fracasado.

Obregón se abalanzó sobre el cura pero éste lo recibió de un brutal puñetazo en la punta de la barba, dejándolo inconsciente. Después Hidalgo salió al atrio y gritó a sus jinetes que se llevaran a su patrón de la Casa de Dios.

—Le dicen a su patrón cuando despierte, que yo mismo casé a Martiniano con Elena. Que ya no pierda su tiempo. ¡La ha perdido para siempre!

Los esbirros persignándose ante la imponente figura del cura de Torres Mochas, abandonaron el pueblo en busca de Martiniano. Ninguno se atrevió a faltar el respeto al ministro de Dios.

El sinuoso y enlodado camino hacia la hacienda de los Malo era poco frecuentado en época de lluvias. Guadalupe iba acompañada de dos compañeros que laboraban en la hacienda. Los tres se dirigían hacia

San Miguel el Grande, cuando fueron interceptados por tres maleantes que los amenazaron con sendos machetes. Los trabajadores se morían de miedo y lucían más asustados que la misma Guadalupe, quien los insultaba con punzantes picardías que ni siquiera un arriero podía igualar.

—No tienen ni en qué caerse muertos, Porfirio —dijo uno de los asaltantes de piel color carbón.

—Nos cobraremos con la chamaca. Esta si alcanza pa´ los tres. ¡Anden! Agárrenla y trépenla al caballo —respondió el que parecía ser el jefe, un tipo chaparro y gordo con cara cacariza y seis pelos que intentaban ser una barba.

Cuando los maleantes la habían trepado al caballo y se disponían a huir. Una bala salida de quién sabe dónde hizo caer al jefe con un agujero en una rodilla. Los otros dos esbirros miraron aterrorizados a su agresor, quien con tranquilidad ya preparaba el siguiente tiro sobre los dos restantes.

—¡No nos *matis*, patroncito!

Los dos maleantes se arrodillaron implorando perdón. —Déjenla y lárguense de aquí, si no les hago otro culo en la testa.

Los dos asaltantes huyeron despavoridos del lugar, llevando como podían a su herido compañero.

—Yo la llevó a San Miguel, señorita. Es como si usted viniera sola. Sus dos acompañantes no sirven ni para espantar moscas. ¡Par de cobardes!

—Mi nombre es Ignacio Allende.

Los dos se alejaron del lugar, dejando atrás a los trabajadores, quienes quedaron aterrados sólo de pensar en encontrarse de nuevo a los recién espantados asaltantes.

De este incidente nació un amor fugaz, que trajo al mundo, un año después, a otro hijo de Ignacio Allende. Un barón de nombre Guadalupe(2).

Este hecho escandaloso sirvió para exacerbar el coraje de Antonia Herrera, madre de Indalecio y de Marina López, quienes no perdían la esperanza de reconquistar al afamado teniente.

Miguel José de Azanza, apenas se perdió su antecesor De la Grúa en el horizonte del Golfo de México, desmanteló los cantones militares puestos por él. Su gran experiencia militar le permitía saber, que si había un peligro de ataque inglés, este vendría primero por mar. Por lo tanto era prioridad mantener vigilancia de los puertos y, si se suscitaba una invasión, se organizarían nuevas fuerzas terrestres para hacerle frente. En el fondo también sabía de la inquietud independentista que De la Grúa había inoculado en su gente.

En sustitución del estratégico cantón de Orizaba, Azanza colocó en la llanura de Buenavista, inmediata a Veracruz, a su amigo el coronel Pedro Alonso, con seiscientos infantes y doscientos caballos. El virrey gastó ciento diez mil pesos en la compra de decenas de galerones para dar refugio temporal a los soldados. Con las primeras lluvias torrenciales se vinieron al suelo entre ríos de lodo y piedras. El agua estancada desató una espantosa epidemia que mató a tres cuartas partes de la tropa. El resto convaleció en Veracruz. Las ropas infectas de la tropa fueron enviadas a otros cantones militares, donde propagaron la pandemia. Sólo desintegrándolas con fuego se pudo dar control a este hecho imprevisto, que manchaba el inicio de gobierno del duque de Santa Fe, Miguel José Azanza.

Martiniano burló a sus perseguidores viajando hacia la capital, en vez de al norte, que es por lo que apostó Evaristo Obregón, en su delirio por dar alcance al hombre que le había robado a su prometida.

El puñetazo propinado por el cura Hidalgo tampoco lo olvidaría. Respetuoso de la Iglesia, como todos sus familiares, Evaristo Obregón ya encontraría la manera de indirectamente vengarse del cura que lo dejó en ridículo frente a sus hombres en San Felipe. En su turbada mente, por el impacto recibido, escuchaba la voz del cura gritar una y otra vez, al ser trepado a su caballo: «Le dicen a su patrón cuando despierte, que yo mismo casé a Martiniano y Elena. Que ya no pierda su tiempo en buscarla. ¡La ha perdido para siempre!»

Martiniano y Elena iniciarían su vida como pareja en Los Remedios, un poblado en la cercanías de la Ciudad de México, a una hora a caballo desde Tacuba. El pueblito era famoso porque ahí se encontraba el famoso templo de la Virgen de los Remedios.(3) La pareja se mudó en una modesta casa, desde donde se contemplaba imponente el acueducto de cincuenta arcos con sus dos torrecillas de Babel al inicio y final de la imponente arquería. Martiniano con el dinero prestado por su padrastro, compró unos caballos y hacía viajes de Tacuba al santuario, llevando mercancías y peregrinos indistintamente.

El acueducto de Los Remedios, recién construido en 1765, treinta y tres años atrás, se extendía majestuoso, medio kilómetro, con sus cincuenta arcos de medio punto, hasta enlazar sus rosadas piedras de cantera con ambas laderas de los dos cerros que conectaba. Al principio y al final del acueducto, existían dos pequeñas torrecillas troncocónicas de piedra de cantera de estructura cilíndrica piramidal de 23 metros de altura por ocho de ancho en sus bases. Las torres conforme crecían, se iban adelgazando, hasta terminar en una columna central de unos dos metros de diámetro. Ambas torres tenían una escalera interior de caracol, que ascendía hasta la parte más alta y angosta de las estructuras, en unos pequeños miradores. Las pequeñas torres eran conocidas por los lugareños como los “caracoles”, o como las “torres de babel”, como la torre de la Biblia que intentó arrogantemente llegar hasta cielo para estar más cerca de Dios. Aunque las torres y el acueducto, fueron construidos con una diferencia de siglo y medio, mucha gente pensaba que habían sido construidas simultáneamente. Sólo los lugareños, sabían que las torrecillas fueron construidas al inicio de cada barranca para funcionar como sifones en el bombeo de agua contendida en una tubería subterránea de barro que abastecía al pueblo de Los Remedios. Con los años la tubería se fracturó; y por orden del Virrey Don Joaquín de Montserrat se ordenó la construcción del famoso acueducto, para continuar con el abastecimiento de agua al sagrado lugar.

El padre Joaquín, párroco del templo mariano, era amigo del cura Hidalgo y, como gran favor que su amistad desde tiempos del Colegio de San Nicolás cimentaba, protegía y ayudaba al hijastro del Zorro de Valladolid.

Aquella soleada mañana de domingo, aprovechando que el acueducto aun no llevaba agua, Martiniano y Elena caminaron a lo largo del canal central de la arquería, y justo en medio del enorme acueducto se sentaron para contemplar el imponente paisaje. A su izquierda se divisaban las verdes paredes del valle, con algunos acantilados cortados a tajo por la naturaleza, que embellecían el hermoso paisaje. A su derecha, a unos cien metros de la arquería, se encontraba una pronunciada barranca con un arroyo que culebreaba hacia al pueblo de San Juan Totoltepec. Un rebaño de ovejas seguía un sendero terroso, más allá de donde se encontraba el caracol poniente, donde a unos metros se encontraba la caja de agua del acueducto.

—Me siento muy feliz, Martín. ¡Este lugar es hermoso!

—Aquí estamos muy lejos de nuestras familias. El lugar ideal para

empezar una vida como pareja.

—Tengo miedo que algún día ese loco de Evaristo Obregón nos encuentre.

Martiniano la tomó cariñosamente de la mano. El fresco viento de la mañana movía su negra cabellera. Elena Larrañeta se encontraba en la plenitud de su belleza. Sus bellos ojos negros, enmarcados con largas pestañas risadas, contemplaban con amor a su esposo.

—Olvídate de Evaristo Obregón. Ese hombre es rico, y con el dinero que tiene, pronto, si no es que ya, conseguirá otra bella dama que se quiera casar con él.

Martiniano lucía de buen nivel económico con el elegante traje con chaqueta que llevaba puesto. La pañoleta negra contrastaba con el negro carbón de su bigote.

—Ese hombre está loco, Martín. Lo conozco y aunque se case con otra, por su orgullo pisoteado, intentará vengarse de nosotros. —Es muy difícil que nos llegue a encontrar, Elena. Aun así

eres mi esposa y ya no hay nada que pueda hacer.

—Que Dios te escuche, Martín. Bajemos al río que quiero mojarme los pies en el arroyo.

La pareja alcanzó la entrada oriente de la arquería y por ahí, a unos cien metros, descendió por una escalinata labrada en la barranca, al cristalino río que recorría su camino hacia el pueblo de San Juan.

—¡Nademos un poco, Martín!

—¿Estás loca mujer? ¿Qué tal si nos ven?

—No seas bobo. Nadaremos con ropa. En este pueblo nos es-

tán empezando a conocer y no me quiero quemar haciendo una estupidez como desnudarme para ser la comidilla de la gente.

—Bueno, siendo así, pues sí.

Martiniano cargó en sus fuertes brazos a su esposa y corrió con ella para aventarse al agua. Un jinete que paseaba por el río sonrió por la alegría radiante de la joven pareja. Desde el río se contemplaba una parte de la arquería que sobresalía a lo alto, entre las paredes y árboles de la barranca que flanqueaba el acueducto.

La misión del capitán Rodolfo Montoya, era recoger a un singular visitante sudamericano en Veracruz, el 2 de febrero de 1799, y llevarlo a la capital de la Nueva España. Por influencia de su mentor Rodríguez en España, el rey Carlos IV aprueba el nombramiento del joven Simón Bolívar como subteniente de las Milicias de Infantería de Blancos de los Valles de Aragua, el mismo cuerpo en el que su padre había sido coronel. El bloqueo a Cuba por barcos ingleses, impedía la continuación de su viaje, y era mejor atracar y esperar unas semanas a que se rompiera el bloqueo. El *Caraqueñito*, como lo llamarían de cariño, se hospedaría en la casa del oidor Guillermo de Aguirre. Su barco, el navío de guerra *San Ildefonso*, zarparía de nuevo hacia España, al mes siguiente.

El joven Simón Bolívar era un jovenzuelo aristócrata de quince años. Huérfano desde pequeño, era educado bajo la tutela de su tío Carlos Palacios. Estudiaba en la Academia de Matemáticas de Caracas, con el padre Andújar como maestro. Como complemento tomaba clases de Historia y Cosmografía con el famoso polímata don Andrés Bello, hasta que ingresó al Batallón de Milicias de Aragua en 1797. Como parte de su importante educación fue mandado por su tutor a España para empaparse de la cultura de la madre patria.

—Su país es simplemente bello y rico, capitán —le dijo Simón, al entrar a la capital montados en sus respectivos brutos por la famosa calle de Tacuba. La ancha calle causaba asombro en el joven militar. Las casas y palacios que la flanqueaban arrancaban el aliento.

—Nuestras colonias deben parecerse, ya que ambas son colonias españolas, Simón.

Los dos jinetes lucían imponentes atrayendo la mirada de curiosos y leperos. Una bella dama los saludó desde su balcón con el abanico en la mano. Simón se quitó el sombrero contestándole la cortesía. Un lépero que dominaba el magistral truco de zafarse los hombros para parecer deforme, se acercó contorsionándose como una grotesca araña, pidiendo unas monedas para espantar el hambre. Simón sonriente le arrojó una moneda de plata. El lépero casi se desmaya de la impresión por tan buena limosna. Un sonoro «gracias», endulzó el oído del Caraqueño.

—En algunas cosas si son iguales. Lo español permea en todo lo que toca. Supongo que aquí la iglesia tiene un papel preponderante en todo.

Simón era delgado, con una cara alargada, con cejas pobladas en

perfectos medios arcos, que levantaba graciosamente al hablar. Su frente era amplia y la arrugaba al sonreír.

—Sí, Simón. En la Nueva España lo religioso es sagrado. En cuanto a su gente, es bien claro que es un territorio que busca su identidad propia y liberarse de España. Francia puso el buen o mal ejemplo con su revolución, y ahora es normal que los criollos quieran seguirla.

—¿Usted está de acuerdo con esto, capitán?

—Sí, Simón. No veo nada mal cortar con España y convertirnos en una nueva nación independiente. Te recomiendo que no le digas a los nobles con los que te vas a entrevistar, lo que yo pienso. Me causarías problemas.

—Pierde cuidado, Rodolfo. No diré nada. Y volviendo al tema, eso mismo pienso de mi patria. Algún día lucharé por hacerla libre.

El chillido de un perrito callejero heló la sangre de Rodolfo, al ver como un mata perros lo arrinconaba contra un muro para destrozarlo con su larga lanza. El virrey Azanza, por supuesto higiene, había ordenado matar a todos los perros(4) de la ciudad y daba una recompensa por cada cadáver presentado ante las autoridades.

Montoya saltó del caballo y antes de que el mata perros atravesara al cachorro con su lanza, la tomó con su mano arrebatándosela, y con la misma lo golpeó en la cabeza, dejándolo atarantado en el suelo.

—¡Maldito cobarde! ¿Cómo es posible que no tengas corazón y puedas matar a esta indefensa criatura?

Montoya tomó al cachorro en sus brazos. El perrito negro como un capulín lamió amistoso sus fuertes manos.

—Me dan dinero por matarlo, señor. Uno se gana el pan como puede.

—Dedícate a otra cosa menos sanguinaria, cabrón.

Montoya le arrojó una moneda. El señor la recogió sobándose el golpe propinado segundos atrás.

Simón Bolívar no salía del asombro por el arrojo y personalidad del capitán Montoya, quién exponía su envestidura por defender a un perro callejero.

—¡Me asombra, capitán! Usted está hecho de otra madera. En verdad

lo admiro.

—Ya casi llegamos a la casa del oidor, Simón. Pero primero pasemos a la casa de la *Güera* Rodríguez. Estoy seguro que ella adoptará a mi amigo Capulín.

La puerta de la casa de la *Güera*, en la calle de San Francisco, se abrió de par en par para recibirlos.

—¡Capitán Montoya! Qué gusto tenerlo de nuevo por acá. ¿A qué se debe su agradable visita?

—Como siempre, para contemplar su sonrisa en el rostro más bello de la Nueva España.

Rodolfo besó su mano en admiración. La *Güera* se sintió halagada.

—Usted tan galante como siempre, Rodolfo, ¿y, quién es este muchachito que lo acompaña?

—Él es el Simón Bolívar. Un criollo noble de Caracas que nos vista como representante de Venezuela en camino a España.

La *Güera* lo miró con curiosidad, mordiéndose el labio coquetamente. Lejos estaba de saber que aquel muchachito con tremendos barros en la cara, sería el futuro libertador de Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela.

—Un gusto, Simón. Veo que te trajiste a tu perrito desde Caracas.

—No, señora. Lo acaba de rescatar de la muerte el capitán Montoya. Él es de un gran corazón.

Montoya la miró buscando que entendiera que Capulín necesitaba una casa.

—Capulín cuidará esta casa mejor que nadie, *Güera*. ¡Dale la bienvenida a Capulín!

La Güera miró con dulzura al cachorrito, Se acuclilló para acariciarlo. Capulín, como si supiera quien lo quiere, lamió amistoso sus níveas manos.

—El capitán Montoya me conoce bien y sabe mis debilidades. Bienvenido a casa, Capulín. Date una vuelta por el jardín y explóralo bien. Sé que serás un buen guardián.

—Muchas gracias, *Güera*.

—No tienes que darlas. El perrito será feliz aquí. ¿Cómo está Crisanto?

—Bien, *Güera*. Anda en el Bajío, pero promete venir pronto. —Pues aquí los esperamos.

—Pasemos al comedor que quiero que Simón se lleve una buena impresión de la hospitalidad y cocina de México. No sé, a lo mejor algún día le caigo por Caracas y espero que me agasaje mejor que yo.

—Sería un honor, señora Ignacia.

—Por el amor de Dios. No me digas señora Ignacia porque ahorita mismo te corro a escobazos por donde entraste. No me hagas sentir como una anciana de chongo yendo a misa. Soy la *Güera* para ti, Simón. Así de sencillo, la *Güera*.

—Muchas gracias, *Güera*. —De nada, Simón.

Al tercer día de su estancia en la capital, Bolívar fue invitado a una importante comida en casa de los marqueses de Uluapa, en las calles de las Damas y de Ortega.(5) La marquesa de Uluapa, doña María Josefa Rodríguez de Velasco, era ni más ni menos que la hermana de la famosa Güera Rodríguez. En la comida estaban presentes el virrey Miguel de Azanza, el oidor Guillermo de Aguirre y el capitán Rodolfo Montoya.

—Un honor tener aquí en nuestra casa a un recomendado del mismo rey Carlos IV —dijo la marquesa extendiendo su copa hacia Bolívar.

—El honor es mío, marquesa. Esta ciudad es la más bella que he conocido. Difícil de creer que era un lago con una isla como capital del imperio azteca.

—Aún se conservan algunos lagos originales, especialmente al suroeste, hacia Texcoco y Xochimilco —comentó José Jerónimo López de Peralta, el esposo de la *Güera*, que andaba de visita en la capital y pasaría unos días con su esposa e hijas.

El marido de la *Güera* miraba con recelo a Rodolfo Montoya, a quien consideraba un amigo incómodo y atractivo, para los gustos selectos de su esposa. Qué lejos estaba de saber que en ese momento, el verdadero peligro era Crisanto Giresse, a quien no prestaba atención por ser del Bajío y venir poco a la capital.

—Podríamos navegar en un bergantín lo que queda de los lagos, muchacho. Así como le hizo Cortés para sitiar la isla. Te aseguro que te encantará Chalco y Xochimilco —comentó don Manuel de Cosío Acevedo Estrada y Lugo,(6) el 4o Marqués de Uluapa y esposo de María Josefa, hermana de la *Güera* Rodríguez.

El marqués de Uluapa lucía como un payaso gordo de circo, con el traje tan entallado por su gordura y exceso de maquillaje.

—Sería muy interesante, Marqués.

El virrey sabía por buenas fuentes que el muchacho estaba muy influenciado por las ideas revolucionarias de Francia, y para ahondar en ello hizo una pregunta capciosa para abrirlo al tema.

—¿Se dice que hay muchos problemas económicos en Caracas, hijo? ¿Qué opinas de esto?

Bolívar arqueó sus cejas como dos medios círculos para contestar:

—Hay muchas restricciones económicas impuestas por España en el comercio. Los caraqueños no podemos comerciar con los ingleses por estar en guerra con ellos. Con los franceses, hasta hace poco era igual. España repudia su nuevo gobierno republicano. Hay muchos temores por las ideas libertarias que los galos tienen. Estas dos cosas hacen que exista un comercio ilegal con ambas naciones. Venezuela se beneficia del contrabando francés de barcos venidos de Puerto Príncipe, colonia que ya lucha por su libertad. Como ven, tenemos que contrabandear para hacernos de productos que tanta falta nos hacen. Definitivamente España es un problema para el crecimiento de Venezuela.

El virrey clavó su mirada aguanosa en el caraqueño rebelde. Con una servilleta limpió una lágrima que escapaba de su ojo izquierdo. No le gustaba nada lo que decía ese muchachito, pero tenía que disimularlo por mantener la armonía de la reunión y por saber que el mozalbete era un criollo influyente, recomendado por Carlos IV.

—La Nueva España y Venezuela no serían nada sin la presencia de la gloriosa España, hijo. Dominamos casi toda América. Como 54o virrey de la Nueva España, te puedo decir que no estamos dispuestos a perder ninguna colonia o territorio ante Francia o Inglaterra. Mucho menos alentar o decretar independencias ilusas. No cederemos ni un solo metro cuadrado —el virrey puso énfasis en lo dicho propinando un puñetazo a la mesa. La *Güera* cerró los ojos sorprendida—. Muy al contrario, deseo que crezcamos más hacia el norte, aunque tengamos en un futuro que entrar en guerra con los Estados Unidos. Las ideas de

esos rebeldes y España son como agua y aceite. No hay manera de aceptarlas, y sé que a la larga nos los toparemos en un campo de batalla.

—Pero tampoco podrá detenerlos, señor virrey. Su gobierno republicano está funcionando bien. Se ve prosperidad y progreso. La Nueva España en tres siglos ha avanzado muy poco en comparación con los Estados Unidos, como colonia inglesa y ahora como un país independiente. Esto evidentemente se debe a que los recursos y ganancias son enviados a España, sin reinvertirlos aquí, dejando por décadas estancada y pobre a la Colonia.

La molestia en el virrey era evidente. Nadie se atrevía a rebatirle nada, y este mozalbete con la cara llena de ciclópeos barros, lo increpaba como si fueran iguales.

—Espero que una vez que pongas pies en España, te reserves estos lacerantes comentarios, hijo, o tendrás problemas con el rey.

Bolívar se intimidó ante el silencio que ocasionaron las últimas palabras del colérico virrey. Sabía que como invitado se había excedido en sus comentarios. Con un gesto conciliador halagó de nuevo al monarca de la Nueva España diciendo:

—Tomaré en cuenta su valioso consejo, señor virrey.

El virrey sonrió satisfecho. El otro ojo soltó otra involuntaria lágrima, que tuvo que ser contenida por su pañuelo salvador.

—¡Pasemos a la mesa! La sopa está servida y no podemos permitir que se enfrié.

Los ahí reunidos supieron que esta oportuna interrupción era un insinuación por parte de la marquesa de que se cambiara de tema.

El virrey, hombre de mundo y vida social, dio una palmadita al hombro al futuro libertador de Sudamérica. Bolívar sonrió afable y no volvió a tocar el tema, hablando de todo, menos de sus ideas insurgentes que inflamaban a los criollos inconformes como Rodolfo Montoya.

Un dato interesante que no pasó inadvertido para el agudo ojo avizor de Montoya, era como el caraqueñito miraba a la *Güera*. El mismo marido lo percibió, pero hizo caso omiso por provenir de un escuincle menor de edad que ni a bigote llegaba. La *Güera*, una mujer plena de veintiún años de edad, miraba a Bolívar simplemente como a un niño

y nada intentaría con él. Rodolfo Montoya, todo un hombre con veintiocho años encima, le atraía mucho más, pero ante el ojo escrutador de su celoso marido, actuaría con discreción e indiferencia.

Simón Bolívar, el futuro héroe de la batalla de Ayacucho, embarcaría el 20 de marzo de 1799 con destino a España, a una cita impostergable con la historia: convertirse en el principal dirigente de la guerra de independencia de los países que conformarían la Gran Colombia (Venezuela, Panamá, Colombia, Bolivia y Ecuador), empresa en la que aportaría también la base ideológica, mediante sus ideales, pensamientos y escritos.

(1) Cuando le entregaron el *toisón de oro* (un pendiente con la figura de un cordero), lo dibujaron cómicamente con un pendiente con un gato colgando, causando risa y revuelo entre los capitalinos. El marqués herido en su amor propio, ofreció una recompensa a quien delatara al genial autor de semejante caricatura.

(2) Participaría notablemente el siglo siguiente en la guerra contra los Estados Unidos. Entre sus hazañas se habla la de haber acuchillado yanquis en las calles de la Santísima y Miradores, en Puebla, y herido a otros en los molinos de Atlixco y La Galarza.

(3) Aquella famosa estatuilla de 22 cm que el soldado Juan Rodríguez de Villafuerte, uno de los hombres de Hernán Cortés, trajo desde España y que en la desesperada huida de la Noche Triste, el 30 de junio de 1520, abandonó dentro de las pencas de un maguey en el cerro de Otomcalpulco. Veinte años estuvo ahí escondida la figurilla, hasta que en 1540 Juan del Águila la encontró y llevó a su casa, donde la tuvo por una trece años en secreta devoción. Juan del Águila contó a un padre sobre su hallazgo y la virgen fue llevada en 1553 del pueblo de San Juan Totoltepec, a un kilómetro del sitio donde actualmente se encuentra. Hacia 1575 ya estaba concluido su templo, en el actual municipio de Naucalpan, al cual se le otorgó la distinción de Basílica por el Papa Juan Pablo II.

(4) El siguiente virrey, Marquina, derogó esta sanguinaria y cruel orden.

(5) Hoy Bolívar y Uruguay. La calle se llama Bolívar en honor a su vista a México.

(6) Descendiente de Alonso de Estrada, gobernador pre-virreinal de la

Nueva España, en las muchas ausencias de Hernán Cortés.

7 · Réquiem para un imperio

España no está aquí, está en América.
En México está la esencia más pura de España.
Ramón María del Valle-Inclán
El español que no ha estado en América no sabe qué es España.
Federico García Lorca

La *Güera* miró con sorpresa a su marido. Su sugerencia estaba de sobra. Él, cómo su marido y dueño de la casa, podía invitar a quien se le diera la gana sin consultarlo. El hecho de que primero se lo consultara, era como un reconocimiento a su persona, como administradora y dueña de la casa de la calle de San Francisco.

—Él es mi entrañable amigo, Ignacia. Mi compadre, además de ser el canónigo de la catedral.

La *Güera* clavó sus hermosos ojos azules en su marido. Los dos se encontraban sentados en la sala de su casa, sobre un extenso sillón acolchonado de terciopelo verde, con cabecera y descansabrazos de figuras de flores, esculpidas en fina madera de cedro pintada en color dorado. El militar vestía una bata de seda gris y pantuflas de color negro. Eran sus días de descanso, ya que al día siguiente partiría para Puebla en misión militar.

—¿Por qué se desea hospedar aquí, José Jerónimo? ¿Acaso no hay algún cuartucho libre en la catedral donde se pueda quedar, en vez de aquí, donde siento que estará algo incómodo?

—Mi compadre necesita un espacio para descansar, relajarse y olvidarse un poco del pesado trabajo de ordenar sus archivos y

estudios bibliográficos en la biblioteca de la catedral. En el sagrado templo no hay espacio libre de cajas, papeles y libros. ¿Qué quieres que duerma sobre sus archivos? José Mariano es un sacerdote, un extraordinario cura que no tiene más cabeza que para Dios, sus libros, rezos y santos. Es la mejor persona que te puede hacer compañía. Es como tener al párroco con nosotros. Todo un privilegio inmerecido, Ignacia.

—Pues viéndolo así, no está tan mal, Jerónimo. El padre José Mariano Beristáin es un hombre santo, y de un modo u otro las niñas y yo no estaremos solas en las noches. Tú te la pasas en Puebla y te dará tranquilidad que tengamos compañía.

—Así es, mi amor. Me encanta que seas tan comprensiva.

—Dile que desde hoy es bienvenido en nuestra casa. Ahorita mismo le preparo una alcoba.

—Gracias, Ignacia. ¡Te amo!

En el año de 1798, Cusazo, feroz líder de la tribu de los Lipanes, un derivado de la familia de los indios apaches del norte de la Nueva España, se presentó, junto con cinco compañeros, todos ellos desarmados, para buscar un acuerdo de paz con la guarnición militar de Lampazos.

En una improvisada carpa, el comandante de la brigada de infantería de la Intendencia de San Luis Potosí, don Félix María Calleja, prestaba atención a las palabras del jefe Apache:

—Su gobierno haber hecho paz con Comanches en territorios de San Antonio de Béjar (Texas). Comanches y Apaches ser enemigos a muerte y no poder estar juntos ahí. Pido a usted que nos den el territorio de Santo Domingo para asentarnos y vivir en paz. Nunca más atacaremos a gente blanca, vecina nuestra.

Don Félix clavó su mirada de lince sobre el jefe apache. Solo una improvisada mesa cuadrada de madera los separaba. Calleja miraba con curiosidad las cicatrices en las mejillas del feroz jefe. Seis marcas de guerra auto infligidas, como recuerdos lejanos de triunfos contra otras tribus nómadas del norte. Atrás de Calleja había diez soldados armados con sendos rifles en las manos. Detrás de Cusazo, cinco humildes guerreros, con solo sus uñas para defenderse, si Calleja faltaba a su palabra y los aprehendía por sorpresa. La carpa donde dialogaban carecía de cortinas, de modo que cada jefe veía tras de su interlocutor, el verde valle y parte de la guarnición en su actividad

diaria.

—Sé que entre ustedes y los Comanches se matan como animales, y ni a mujeres, niños y ancianos respetan. ¿Qué puedo esperar de ustedes merodeando por acá en busca de una tierra prometida donde asentarse, cuando justo hace siete años, aquí en Lampazos y Vallecillos precisamente, cayeron sobre un asentamiento, asesinando veinte personas y llevándose otras más secuestradas? Se llevaron decenas de cabezas de ganado, caballos, reses y cabras. Cómo bien ves Cusazo, ahorita mismo te podía arrestar y colgar de ese árbol, en vez de escuchar tu descabellada propuesta.

El jefe apache se incomodaba por la negativa de Calleja de apoyarlos. Su mirada no encontraba un punto fijo donde quedarse. —Esa gavilla ya no anda por acá, comandante. Se fueron al

norte. Yo responder por la mía aquí, con mi vida primero. —Pueden asentarse a la orilla del río Salado. Lejos de Azanza.(1) Cualquier falta a tu palabra no dudaré en exterminarlos como cucarachas, Cusazo. Muestra que eres un jefe de palabra y guíalos a vivir en paz como vecinos nuestros.

Cusazo se incorporó y estrechó la mano de Calleja en franco agradecimiento. Había valido la pena arriesgarse a tanto, con tal de conseguir la anhelada paz con los hombres blancos. Ahora por fin su gente podría vivir en paz, sin temor a ser atacados por sorpresa como en las tierras del norte.

—Gracias, gran jefe Calleja. Le juro que no se arrepentirá por apoyarnos.

—¡Adelante Cusazo! Ve en paz con tu gente y duerman tranquilos.

El obispado de Michoacán contaba con un número vasto de sacerdotes, por lo que colocarse en alguna vicaría y curato, era una aguerrida disputa entre curas jóvenes y bien preparados. José María Morelos y Pavón, recién ordenado y sin contactos que le ayudaran, le fue ofrecido en enero de 1798, el puesto de cura interino de Churumuco y la Huacana. Dos pueblitos olvidados y perdidos en la inmensidad del Estado de Michoacán. Morelos, sin otra opción a la mano, lo aceptó y se mudó a Tamácuaro de la Huacana, junto con su madre y hermana. No había finalizado ese año, cuando su madre enfermó gravemente y tuvo que regresarla a Pátzcuaro. Abrumado por sus actividades, tuvo que asimilar el trago amargo de mandar dinero para el solemne funeral de su adorada madre.

La suerte le sonríe de nuevo, y como bálsamo ante su gran duelo, es nombrado cura encargado de San Antonio Urecho. Al mes siguiente, junio de 1799, es nombrado cura titular de Carácuaro, curato ubicado en el corazón de tierra caliente, a cincuenta kilómetros al este de Churumuco, cerca del turbulento río Balsas.

José María, toma este curato a los treinta y tres años de edad. Todo un reto para un hombre que hasta ese momento había sido arriero, comerciante y de todo lo que implicara progresar. Le debía mucho a Dios y se entregaría en cuerpo y alma a esta noble causa enviada del cielo.

José María necesitaba más vino de consagración para la siguiente misa. Hombre descuidado en banalidades como guardar las llaves o donde guardar sus cosas dentro del curato, encargaba estas tareas a la ama de llaves. Sabía que la señora que llevaba años fungiendo como tal, había renunciado la semana pasada y hoy se presentaba la nueva.

—¡Cómo un demonio! Necesito las llaves de la bodega —gritó Morelos desde su oficina a la nueva ama de llaves.

Una jovencita de escasos dieciocho años se presentó tímidamente a su despacho con un manojo de llaves en la mano y una hoja de papel donde se indicaba por un número adherido a cada llave, qué puerta abría cada una.

Morelos quedó perplejo al ver a la nueva ama de llaves. Muy lejos estaba la imagen de esta linda jovencita, a la anciana que hizo esta tarea por años.

—¿Tú eres la nueva ama de llaves?

—Sí, padre. Mi nombre es Brígida Almonte.

Morelos quedó flechado de a pecho atravesado, ante la belleza

impactante de esta adolescente, que se peleaba con el aro con docenas de llaves. El cura se olvidó por completo de su urgencia por abrir la puerta, de la que ya ni se acordaba.

—¿Qué edad tienes, niña?

—Dieciséis, padre.

Brígida era delgada, de piel morena, con una cabellera negra risada, que caía en cascada sobre su menuda espalda. Llevaba puesto un

vestido sencillo de color rojo, que por más holgado que fuera no ocultaba sus maravillosas curvas. Sus hermosos ojos negros cautivaban al nuevo cura de Carácuaro, que no encontraba como disimular su gusto por la bella muchacha.

—Muy bien, Brígida. Necesito vino de consagración. —Ahorita mismo se lo traigo, padre. Con su permiso.

Brígida se alejó de ahí hacia la bodega. Morelos se quedó meditando su situación. Sabía que había pecado al sentir afección y atracción, hacia aquella jovencita a la que le doblaba la edad. Sabía que no era correcto que pensara en ella con deseos carnales. Algo andaba mal en su mente y urgía hacer algo al respecto. Morelos corrió a sus habitaciones. Se encerró, y una vez despojado de su sotana, tomo un cilicio con el que rezó varios padres nuestros mientras flagelaba su espalda por pecador. En cuestión de minutos su espalda quedó empapada en sangre. Mientras lavaba sus heridas escuchó la voz de Brígida gritarle detrás de la puerta que el vino ya estaba junto al altar.

Las niñas dormían plácidamente en su habitación. Capulín, junto con el feroz pastor alemán Toto, vigilaban celosamente el patio de la casa. En el fondo del jardín, en habitaciones separadas de la casa, dormían plácidamente las dos criadas y el mocito. La casa de la *Güera* Rodríguez, en la calle de San Francisco, era un templo de tranquilidad y reposo.

El padre José Mariano Beristáin Souza leía en la biblioteca de la casa. Su compadre José Jerónimo, como era costumbre, andaba de gira por Puebla.

La *Güera* se asomó tímidamente por la puerta de la biblioteca. Sentía que interrumpía el trabajo de un genio en plena producción. Era casi la media noche y sabía que el padre no había cenado ni tomado nada.

—¿Gusta un té, padre?

El padre José Mariano levantó la vista de su lectura. Captó en toda su dimensión la belleza de su anfitriona, preocupada por su ayuno. Sus ojos de ave rapaz se clavaron en el camisón de dormir de la esposa de su compadre. La *Güera* caminaba descalza, sobre el piso de madera. El padre se sorprendió de ver sus pies al desnudo, cosa que no había ocurrido en las casi dos semanas que llevaba ahí metido. Las mujeres de clase y sociedad no mostraban nada de su cuerpo en absoluto. Mostrar los pies a un hombre era como desnudarse ante él, un momento solo gozado por el marido en la intimidad de su alcoba.

—Gracias, hija. Es justo lo que necesito. Se me fueron las horas aquí metido.

La *Güera* regresó con la jarra del té y un platón con cinco delicioso bizcochos.

—Aquí se lo dejo, padre. Lo dejo solo para que siga trabajando.

—No, *Güera*. Estate un rato aquí en lo que ceno.

La *Güera* se sentó un rato para hacerle compañía.

—Eres una mujer muy bella, Ignacia. Mi compadre no sabe apreciar el tesoro que tiene en sus manos. Demasiado tiempo fuera de casa, con una mujer, que como una fruta madura, solita cae a la hierba para ser degustada por algún ser vivo.

El padre Beristáin era un hombre alto y delgado. Un cuarentón de barba cerrada de color grisácea. Sus abultadas cejas, resguardaban unos ojos grandes, que de pronto se tornaban coquetos. El padre hablaba como si fuera otra persona, a la que la *Güera* no estaba acostumbrada a tratar. En su interior, para su sorpresa, sin esos lentes de lupas de joyero, se asomaba un hombre atractivo que le hablaba bonito, le sonreía afablemente y la hacía reír, como a ella le gustaba en el trato con los hombres.

—Me sorprende, padre. Yo pensé que usted no sabía más que hablar de santos y pecadores, y ahora me sale con que me encuentra bella. En verdad no sé qué decirle.

—Más sorprendido estoy yo, *Güera*. ¿En verdad crees que no tengo donde hospedarme en la catedral? Todo es un pretexto inventado por mí para estar aquí cerca de ti. Desde que te conocí, por ser la esposa de mi compadre, planeé llegar aquí. Estar cerca de ti y decirte esto que escuchas: me fascinas, y no sabes cuánto te deseo.

—Usted es un ministro de Dios, padre. No puede sentir nada por una mujer, mucho menos por una que está casada y con hijos. El padre se levantó de su silla y empujó otra para sentarse y quedar junto a ella cara a cara. La *Güera* intentó levantarse, pero la mano fuerte de Beristáin la contuvo.

El padre la besó apasionadamente en la boca. Un candente beso con amarras, de las que no se pudo zafar la señora.

—¡Esto no puede ni debe ser! ¡Qué descanse padre!

La *Güera* logró evadirse de su captor. Beristáin sonrió afable.

Sabía que si no era corrido al día siguiente, habría avanzado kilómetros en terreno asfaltado hacia la conquista de la mujer que le arrancaba el sueño.

—¡Qué pases buena noche, María Ignacia!

Carácuaro era muy pequeño para que Morelos mostrara abiertamente su amor hacia Brígida Almonte. Definitivamente él no cometería el error de Hidalgo en San Nicolás, donde sus escándalos condujeron a su inevitable expulsión. Como sacerdote debía mantener una vida muy discreta para evitar acusaciones penosas e innecesarias ante la iglesia y sus feligreses. Confiando en su exitoso negocio de mulas arrieras, viajó por unos días con sus hombres al sitio que consideraba el segundo paraíso terrenal del mundo. Sus hombres de confianza sabían de sus amores con Brígida. Como hombres rudos acostumbrados a otra vida, el hecho de que un cura amara a una mujer ordinaria, era algo normal que no les arrancaba un minuto de sueño. Como viajeros, que todos ellos eran, tenían otras mujeres en los puertos a los que viajaban. José María no era un cura para ellos, era su patrón y un amigo más. Alguien de confianza al que idolatraban por darles trabajo y un modo diferente de vida.

El decidirse a viajar a Acapulco con Brígida Almonte, era el resultado del renacer de un nuevo hombre. Como sacerdote que era, declararle su amor a una jovencita a la que le doblaba en años, era el resultado de varias noches en vela, en la que Morelos sintió morir por traicionar su voto de castidad. No fue nada fácil para él equipararse a otros curas sinvergüenzas como Beristáin e Hidalgo, al que conocía y pidió consejo sobre su proceder ante la niña que le cambiaría la vida. Hidalgo, en cartas que una vez leídas terminaron en el fuego, aconsejaba a Morelos que se dejara de tonterías y tomará como mujer a la niña Almonte. «La castidad entre sacerdotes —le explicaba— no es más que un candado para que los curas no tengan hijos a quien heredar tierras y propiedades, las cuales deben ser siempre de la madre iglesia. Cristo escogió a doce apóstoles casados y con varias amantes e hijos regados por doquier. ¿En qué somos diferentes tú y yo, José María, a los doce pilares sobre los que el hijo de Dios confió, para sustentar y propagar su mensaje de salvación?»

La llegada a la bahía más hermosa del mundo, fue un hecho que la niña Almonte jamás olvidaría. Después de subir una empinada vereda entre una vegetación cerrada de tierra caliente, con las veinte mulas cargadoras y los cinco compañeros de su amado hombre, Brígida

contempló en todo su esplendor la bahía de aguas azules y playas de abundante arena. En su vida había visto el mar, y sintió que éste se saldría de sus costas como el agua de una pileta para tragarla. ¿Cómo era posible que pudiera existir tanta agua junta y no venirse hacia ellos en la montaña? Los arrieros rieron al ver la cara de asombro de la jovencita, que se agarraba de su rechoncho hombre para no desmayarse de la impresión. Brígida sentía que el mar se los comería.

—No me imaginaba algo tan hermoso, José María. Esto es indudablemente obra de Dios. ¡Sí, que lo es!

—Acapulco es un sitio de encanto, Brígida. Desde que lo conocí, en uno de tantos viajes que he hecho, me enamoré de él. Cada vez que puedo vengo y espero algún día vivir aquí.

—¿Dónde dormiremos?

—Conozco unas cabañas hermosas en la playa. Los muchachos se quedaran también aquí unos días. Todos ellos tienen familia que atender aquí.

—Y en Valladolid también. No creas que no lo sé. Son como los marineros, con amores en cada puerto.

—Pues sí, Brígida. Eso ni negarlo.

—Y tú eres un hombre de Dios al que amo. Me siento bendecida por el señor.

José María frunció el ceño con molestia. No le gustaba que le hablara de Dios.

—No vuelvas a mencionar eso. Contigo no soy ningún sacerdote. Soy un hombre que te ama y punto. No me destroces mis ideales con eso de llamarme ministro del señor.

Brígida hizo un gesto de niña traviesa. Amaba a su Chemita, como ya lo llamaba en la intimidad, y procuraría no volver en meter a Dios en sus conversaciones de amor.

Al día siguiente Morelos y sus muchachos cruzaron a nado los trescientos metros que separaban a Acapulco de la tropical isla de la Roqueta. La intención de tan osado cruce era buscar los famosos tesoros que decían habían escondido los piratas que atacaban a las naves que atracaban en el puerto en su viaje de regreso de las Filipinas. Morelos demostró ser un buen nadador y no se quedó atrás

de sus valientes arrieros. Brígida cruzó hacia la isla en una lancha en compañía de dos de las esposas de los muchachos. En la tarde, exhaustos de no encontrar nada de las gemas ocultas por los filibusteros, mejor celebraron comiendo mojarras asadas a la leña con mucho limón y ajo. La tarde se fue y Brígida recordaría este emocionante paseo como su luna de miel, un increíble y memorable viaje para contar a sus amigos y familiares.

Esa noche, de 17 de julio de 1799, Morelos despertó ante el sorpresivo arrecio de la lluvia y el viento, que se colaban furiosos por las ventanas de la cabaña del puerto.

—Nos acaba de sorprender un temporal, chaparrita. Espero no aumente y se convierta en un huracán.

—¿Qué es un huracán, Chema?

—Es una tormenta con vientos fuertísimos que llevan mucha agua.

Brígida contemplaba a su hombre, que desnudo como llegó al mundo, intentaba cerrar las ventanas ante la necedad del viento de quererse colar como un incómodo invasor.

—No creo que aumente más. Sólo es una lluviecita con viento.

Morelos se abalanzó de nuevo sobre la cama donde Brígida lo esperaba pacientemente, para recibir más de ese placer prohibido que el cura le enseñaba y que encontraba sencillamente delicioso e irresistible. El rechoncho cura puso las piernas de la jovencita en sus hombros y lanzó todo su empuje viril sobre la fogosa lunamielera, que quería más, y más, hasta dejar exhausto al cura, que pareció sucumbir ante un castigador rayo celestial.

A las cinco de la mañana la cabaña empezó a temblar como si fuera a ser arrancada por el furioso viento. La tormentilla, que dos horas atrás pensaron sería pasajera, se convertía en un devastador huracán que en las siguientes cuarenta y ocho horas borraría del mapa al pueblito pesquero de Acapulco.

Morelos, advertido a tiempo por uno de los pescadores, se refugió dentro del Fuerte de San Diego.(2) Esta sólida fortaleza de forma pentagonal, con muros de piedra de cantera, lograría sobrevivir incólume al evento que arrebataría las vidas de decenas de pescadores, que necios en abandonar sus hogares ante la furia de la naturaleza, serían llevados mar adentro por una catastrófica inundación, que cargaría con todo a su paso. El cálido sitio, donde

antes había una placita con una modesta iglesia en un extremo, quedaría enterrado entre agua, arena, cadáveres, piedras y troncos, traídos la noche anterior por el traicionero mar.

La *Güera* Rodríguez disfrutaba de un delicioso baño de tina en la comodidad de su cuarto. Después de verter el agua caliente y las sales necesarias para un baño reconfortante, las criadas se retiraron a sus cuartos, dejándola sola, como le gustaba estar cuando necesitaba reencontrarse a sí misma.

Recostada, mirando plácidamente hacia el techo, con solo la cabeza afuera del agua, Ignacia meditaba sobre su constante soledad y la extraña sensación que le daba pensar en el padre Beristáin. Algo extraño había sucedido en ella que encontraba agradable y necesaria su presencia. Aquel hombre que podía ser su padre, le causaba sueños húmedos en la soledad de su alcoba.

Perdida dentro de sus sueños eróticos, se llevó la mano a su intimidad. Sus dedos, con la habilidad de un relojero, estimulaban exitosamente su centro de placer. Necesitaba de algún modo desfogar esa espantosa sed de hombre que le ocasionaba la ausencia de su pareja y ese inolvidable último encuentro con Crisanto Giresse, que fue como un huracán y con el correr de los meses, el terreno donde vertió sus aguas, volvía a ser un desierto seco y estéril.

Cuando María se encontraba entre la delgada línea del sueño y la realidad, sintió dos enormes manos acariciando tiernamente sus senos. Exaltada abrió los ojos para encontrarse con el padre Beristáin, que haciéndole la señal de silencio y complicidad con los dedos, procedió a llenarla de amor y pasión. A pesar de que por un momento pensó en resistirse y gritar pidiendo ayuda, mejor besó al hombre con el que venía soñando desde días atrás. El fogoso cura se despojó de sus ropas como si estuvieran empapadas en ácido, y cual batracio se sumergió en la enorme tina de latón. El padre tomó el lugar que antes ocupaba su víctima, sentándola hábilmente sobre su hombría. El enorme falo bovino del cura la llenaba de placer. A momentos temió que aquel hombre, con ese descomunal ariete le reventara la matriz y vísceras, pero aguantó estoica el castigo, sintiendo una serie de explosivos orgasmos, cuyos gemidos fueron claramente escuchados por la servidumbre, que nada intentó hacer, pues bien sabían la razón de sus lamentos. Capulín y Toto ladraron furiosos, volviendo a su casa tranquilos, como si supieran que su ama se encontraba bien. De la desbordada tina, continuaron la conflagración en la cama, y así se les fueron las horas, hasta que los sorprendió el amanecer. Beristáin, cumpliendo con sus deberes como todo un profesional, se levantó con

el sol y partió hacia la catedral a continuar con sus importantes labores.

Los valientes léperos recibieron instrucciones precisas sobre cómo debían proceder en la noche en la que eliminarían a los principales gachupines pudientes de la ciudad. No sabían quién era el principal líder que los había proveído de los sendos machetes y el dinero. Lo importante es que todos habían recibido una parte jugosa de su paga y tenían sus armas listas. Con ellas sorprenderían a los que por años habían oprimido y esclavizado a sus ancestros.

Crisanto Giresse, en visita a la capital, planeó con antelación con Rodolfo Montoya el sorpresivo asalto a las casas de los gachupines más acomodados de la capital. Una vez sometidos, sus hombres se apoderarían de su dinero y joyas. Aprovechando el momento de pánico, se lanzarían en un asalto suicida al Palacio de los Virreyes, donde aprehenderían y liquidarían al virrey Azanza. Con la Nueva España sin virrey, procederían a crear un nuevo gobierno republicano como el de los Estados Unidos.

—¿Cuándo atacan tus hombres, Rodolfo? —preguntó Crisanto, bebiendo del sabroso ron que su amigo le invitaba.

—En un par de días, Crisanto. El lunes por la noche para ser precisos.

—¿Nadie sabe de nosotros?

—No, Crisanto. Jamás cometería un error así. Todo lo he hecho a través de Martiniano, el hijo de Hidalgo, y ni él sería atrapado en caso de que algo saliera mal.

Crisanto clavó su penetrante mirada sobre su amigo de confianza. Volteó a su alrededor para cerciorarse de que nadie los escuchaba.

—Así tiene que ser Rodolfo. No podemos quedar descubiertos. Si algo sale mal que el diablo carguen con esos desarrapados de a centavo y asunto olvidado. No podemos exponernos a morir ahorcados por descuidarnos.

—Te insisto, Crisanto. El ataque será este lunes por la noche, y ni tú ni yo estaremos ahí para comprometernos. Todo lo sabremos por Martiniano, y el corredero de voces que dicho incidente provocará.

—Así me gusta, amigo. Si esto sale bien, y estos desarrapados toman el Palacio Virreinal, amaneceremos el martes con un nuevo gobierno totalmente independiente de España, y por casualidad, muy acorde

con el de los Estados Unidos.

—Ya Dios dirá, amigo. ¡Salud!

—¡Salud!

Al día siguiente, en un frío domingo de noviembre de 1799, todos los léperos involucrados en la sorpresiva insurrección fueron aprehendidos cerca del callejón de los Gachupines. El virrey en persona, junto con el alcalde Joaquín Mosquera y un nutrido cuerpo de solados, cayeron intempestivamente sobre los insurrectos, quienes dentro de una construcción se embrutecían con chinguirito, pulque y mezcal. Las armas con las que intentarían sorprender a los gachupines al día siguiente, fueron decomisadas dentro de unas cajas apiladas junto a ellos. Ante esta irrefutable evidencia, no hubo manera de zafarse del arresto y la segura condena. Martiniano, ágil como gato de azotea, logró evadirse por las casas de atrás. Aparentemente ninguno de los léperos lo delató. Ninguno dijo algo comprometedor a las autoridades. El virrey y sus asesores decidirían su suerte en unas semanas. Se hablaba de colgarlos o fusilarlos en un dantesco patíbulo en el zócalo. El juicio quedaría estancado por la llegada de un nuevo virrey en abril de 1800. El nuevo gobernante del Nueva España, se portaría clemente y precavido ante los sabios consejos del oidor Aguirre, quien le aconsejaba no prestarles mayor importancia y dejarlos en libertad. Matar a uno solo, engendraría rencor y odio, conduciendo irremediablemente a una revuelta generalizada del ofendido pueblo. El nuevo virrey, Félix Berenguer de Marquina, seguiría su sabio consejo. El intento de insurrección quedaría en el olvido, como otra anécdota más, de cómo México se iba poco a poco preparando para el inevitable levantamiento del cura Hidalgo, una década más tarde.

La *Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Azanza* era un envidiable poblado, asentado a orillas del río Salado, en el corazón de la imponente Huasteca Potosina. Unos pocos años atrás, ciento cuarenta osados colonos, entre familias, comerciantes y militares, llegaron en un majestuoso desfile de carretas tiradas por bueyes, caballos y mulas, cargando con todo lo necesario para iniciar una nueva población, ostentando el apellido del virrey en turno por delante. En unos pocos meses construyeron un templo, un almacén de granos, un molino y decenas de casas para habitar y dar vida a la ciudad que el virrey Miguel Azanza soñaba ver crecer como otra Guadalajara o Valladolid.

Los indios lipanes, cumpliendo lo prometido con el comandante Calleja, se habían mantenido en la misma margen del río salado, pero

lejos de la nueva población, sin en ningún momento atentar contra los nuevos colonos. Ninguno de los nuevos pobladores los había visto. Su ferocidad y peligrosidad era una plática de fogatas para espantar a las señoras y niños en las noches de luna llena.

El 21 de junio de 1802, cuando la villa crecía en su máximo esplendor, y muchos aldeanos de villas cercanas pensaban pronto en emigrar a este nuevo edén, la tragedia sobrevino. Desde once días atrás no paraba de llover a cantaros en la Huasteca, y especialmente en el último día llovió como en el diluvio de Noé. La creciente del río Salado se desbordó como si veinte ríos iguales se hubieran juntado en una sola corriente. El violento torrente de agua arrasó como un tsunami con todo lo construido por el hombre, desapareciendo en una sola noche la villa que se había convertido en el orgullo del virrey Azanza y la envidia de indios nómadas y habitantes de San Luis Potosí. El río creció varios kilómetros fuera de su cauce, arrastrando lodo, troncos, basura y piedras en su incontenible avance. Los pocos sobrevivientes que hubo se asieron de ramas de huizaches y sobre los arboles esperaron su fatal desenlace. Cuando pensaron que lo peor había pasado, llegaron los apaches a contemplar esta tragedia desde la seguridad de las lomas. Todos los sobrevivientes esperaban su ejecución sobre los arboles donde se sostenían para salvar la vida. Para sorpresa de todos, los apaches se zambulleron para rescatar a todos los sobrevivientes que esperaban su muerte sobre las ramas. Todos fueron salvados por estos nobles guerreros. Con esta heroica acción los lipanes se ganaron la aprobación y admiración del virrey y sus generales del norte.

En unos cuantos años, como siempre ocurre, esta hazaña y noble acción quedaría en el olvido y de nuevo los hacendados y soldados comenzarían a cazar a los apaches como fieras de monte. Esta noble tribu estaba condenada a jamás ser aceptada en ningún lugar para asentarse. Así se la pasarían huyendo hasta extinguirse como los bisontes americanos, unidos en un triste y fatal destino.

Transcurría tranquilamente el mediodía del 16 de julio de 1800 en la imponente Catedral de Valladolid. El padre Francisco Huesca se encontraba frente al comisario eclesiástico en la espaciosa oficina del prelado. El padre Huesca, encargado de una exhaustiva investigación sobre el extraño proceder del padre Hidalgo en San Felipe, reportaba puntual el resultado de sus investigaciones.

—El padre Hidalgo suelta mucho la lengua en sus tertulias, padre. Es muy dado a beber alcohol y presentar desenfrenadas obras de teatro de autores franceses, a los cuales admira y sigue en su proceder y

pensamiento. Hidalgo es un cura rebelde que envenena a sus feligreses y amigos con peligrosas ideas sobre libertad, política y religión.

El padre Heriberto, gordo como un manatí con sotana, bebió un poco del atole de vainilla que oportunamente le habían puesto en la mesa los monjes del templo. Una canasta repleta de bizcochos hacía salivar al padre Huesca.

—¡Vayamos al grano, Joaquín! No tengo mucho tiempo porque en unos minutos platico con el señor obispo. ¿Qué ha sido lo más grave que le has escuchado decir a ese cura insensato?

—Ese cura insensato, simplemente con la mano en la cintura, niega la divina virginidad de María Santísima, padre… ¡La mis-mísima madre de Jesús! —El padre Heriberto detuvo el viaje de la *chilindrina* a su boca, al escuchar esa sentencia que era como un flamazo en pleno rostro—. Asegura que María llevaba una vida marital normal y que de esas relaciones nació Nuestro Señor Jesucristo, como nace cualquier hijo de vecino. Lo escuché claramente decir que Santa Teresa era una vieja loca que por no tragar y dormir, alucinaba, viendo a Dios y quien sabe qué otros espectros y deslumbramientos. —La enorme *chilindrina*, como un pez intentando escapar del letal buche de un pelicano, parecía salírsele de la boca al asombrado padre Heriberto. Pedazos de blanca azúcar cayeron como nieve sobre su negra sotana. Un oportuno trago de atole evito la asfixia del prelado—. Ese falso cura combate el voto de castidad como contrario a la naturaleza humana. Asegura que los apóstoles fueron unos ignorantes y que todos ellos eran padres de familia con esposas y amantes, y aun así Cristo los escogió para llevar su mensaje al mundo. Se mofa del infierno diciendo que es un cuento para espantar a los ignorantes y frenar en algo sus impulsos salvajes. Interpreta con su propio criterio las Escrituras, sin hacer caso de las notas de la Iglesia y duda sobre la divinidad de nuestro señor.

El padre Heriberto se aflojó el apretado cuello de su sotana. Las palabras de Huesca eran como las rocas con las que los pecadores intentaron apedrear a la Magdalena por nefanda.

—¿Y qué dice sobre el gobierno virreinal?

Huesca se animó más, sabiendo que tenía toda la atención de su superior. La nariz ganchuda y piel morena del padre Huesca lo hacía ver como un cuervo gigantesco que había irrumpido en las habitaciones del padre Heriberto.

—Le han escuchado decir que la libertad francesa es lo mejor para América y que el gobierno republicano es mejor que la monarquía. Dice que los soberanos son unos déspotas tiranos que explotan al pueblo a costa de su economía y hasta sus vidas. Dice que el rey no es ningún escogido por Dios. —Huesca notó que tenía a su superior al borde de un ataque y lanzó el último embiste para triunfar en su presentación—: y para el colmo padre, ese desenfrenado libertino tiene dos hijos con una jovencita de San Felipe.

—¡Basta Francisco! —la palma de la mano del padre Heriberto golpeó la mesa sobresaltado. Dos bizcochos salieron volando fuera de la panera—. No quiero escuchar más esas blasfemias. Hoy mismo hablo con el comisario de la inquisición para que se tomen cartas en el asunto. No podemos tener un lobo así en nuestro rebaño. Ese cura blasfemo es un peligro para la Iglesia.

—Puede retirarse padre Huesca.

—Con su permiso, padre.

Huesca se retiró, no sin antes llevarse el *ojo de pancha* que había salido volando de la panera, ante la escrutadora vigilancia de su exaltado superior, que se reconfortaba al ver que quedaban seis panes más en la canasta.

Búho Gris, quien había participado en el salvamiento de los colonos de la Candelaria, fue recibido por el comandante Félix María Calleja. El comandante premió el esfuerzo salvador de este valiente apache, quien tras heroicos cruces a nado puso en terreno seguro a cuatro sobrevivientes del diluvio de Azanza. *Búho Gris* era un hombre de cuarenta años y venía con su esposa y dos hijos, de quince y diez años respectivamente.

—Puede llevarse esta carreta con los costales de maíz que tiene adentro, *Búho Gris*. Tómelo como un reconocimiento a su heroica ayuda a los colonos. Pueden usted y su familia venir cuantas veces quieran a cualquier poblado bajo mi jurisdicción. Estamos muy agradecidos con usted y su gente y son bienvenidos entre nosotros.

Búho Gris se acercó para estrechar la mano del comandante. Una lágrima escapó de su ojo izquierdo. Todo para él había sido siempre persecución y exterminio. Ahora este noble hombre le daba un preciado regalo y lo invitaba a venir cuantas veces quisiera a un poblado de gente blanca. Todo esto eran demasiadas emociones encontradas en un solo momento para el buen *Búho Gris*.

—Gracias señor —repuso *Búho Gris* agradecido. Su español no daba para más.

Los colonos ahí congregados los despidieron con un fuerte aplauso. *Lince Rojo*, el más grande de los hijos de *Búho Gris*, grabó para siempre los rostros de todos los ahí reunidos. Al final de una larga vereda se perdió de la vista de los colonos la carreta y la familia apache.

La mente de la *Güera* Rodríguez estaba sumida en la confusión desde su desenfrenado encuentro carnal con el padre José Mariano Beristáin. Ese sábado 8 de marzo de 1800, en compañía de su marido, se presentó en la Iglesia de San Juan de Dios, ubicada justo frente a la parroquia de Santa Veracruz, ambas, como iglesias hermanas, dentro de una pintoresca placita a un costado de la Alameda. Ese soleado día se festejaba la gran fiesta de San Juan de Dios, el santo patrono de los enfermos en hospitales.

La *Güera* rezaba arrodillada junto a su marido, que no quitaba la vista del Crucificado en el altar del santo lugar. La *Güera* pedía al Señor que le diera una señal de que era un error lo que estaba haciendo con el compadre de su marido, aunque fuera un hombre de Dios y lo amara.

Eran casi las nueve de la mañana. La santa misa había terminado. La distinguida pareja se disponía abandonar el templo para desayunar en la placita central del jardín de la Santa Veracruz. Era el día del San Juan y en homenaje al santo patrono se había organizado una fiesta donde abundaban los antojitos, pirotecnia y juegos para los niños.

José Jerónimo se adelantó al atrio mientras la *Güera* dedicaba un par de minutos más a su profundo rezo, donde le pedía al Crucificado una señal de que debía renunciar al amor de ese cura desfachatado.

«¡Ayúdame Señor! Por favor mándame una señal de que lo nuestro es un error, aunque el padre José Mariano sea un ministro tuyo. ¡Por favor, diosito, ayúdame!»

Las lágrimas, como rosarios de perlas que emanaron de sus bellos ojos azules, no fueron vistas por su marido, quien admiraba las doce estatuas de los apóstoles que adornaban la entrada del sagrado templo.

De pronto, lo que podía ser una coincidencia o la señal esperada por la *Güera*, se presentó de manera repentina: la tierra comenzó a temblar(3) como si fuera el mismísimo fin del mundo.

—¡Está temblando! —gritó la gente aterrada.

El piso de la Ciudad de México se movía como si las rocas fueran ondas en un suave lago de concreto. La mampostería caía en las banquetas y algunas casas e iglesias se vinieron abajo, levantando nubes de tierra y polvo. El acueducto de Chapultepec, resistiendo el contoneo de una serpiente de piedra, se rompió en su unión con la zona insular, provocando la fuga del preciado líquido. El agua de los lagos que rodeaban la ciudad se sacudía como azotada por cien tormentas. El agua invadía las playas de Xochimilco, Chalco y Texcoco como pequeños tsunamis.

La *Güera*, como una estatua divina, se quedó petrificada en su sitio. Estatuas y santos caían a su alrededor, como fulminados por rayos celestiales. Si era de Dios que la iglesia la sepultara entre rocas, así era su designio y lo aceptaría resignadamente. Su marido, dejando atrás su reciedumbre militar, se arrodilló aterrado en el atrio con los brazos en alto, pidiendo perdón al Altísimo por sus pecados.

Pasaron más de tres minutos y la sacudida no cedía y a momentos hasta se intensificaba. El candelabro que colgaba del centro de la edificación iba y venía como una piñata esperando un palazo destructor.

Las campanas de la catedral y de las iglesias vecinas tañían por sí mismas por la intensa sacudida telúrica. Los perros ladraban y aullaban asustados, mientras que algunos gatos escurridizos y ágiles eludían caídas de bardas y azoteas. Poco a poco el terremoto fue aminorando hasta quedar todo quieto como antes. Una niebla de polvo y tierra envolvía la ciudad. El padre de la iglesia de San Juan tuvo que ser despertado de su desmayo con algodones con alcohol. La *Güera*, bañada en lágrimas abandonó el templo para encontrarse con su aterrorizado marido. Esta señal había sido más que suficiente para no volver a meterse con el prelado Beristáin, pensó. Si había otras opciones para cornear a su marido, el sinvergüenza compadre quedaría en la cola de las posibilidades.

El terremoto ocasionó la pérdida de vidas y desparecidos. El gobierno tendría que invertir en la reconstrucción de edificios públicos, algunos por demoler completamente y otros por restaurar.

(1) Hoy en día el ejido *El Puente*, en San Luis Potosí. En las márgenes del rio Salado, el virrey Azanza mandó fundar *El Nuevo Reino de León*, una colonia, a la que se le dio el nombre de *Villa de la Candelaria de Azanza*. Se fijó un destacamento de tropa miliciana para cuidarla de

los ataques de los indios bárbaros.

(2) En 1615, los españoles alarmados por los constantes ataques de los piratas, ordenaron la construcción del Fuerte de San Diego. Adrián Boot, quien había participado en la construcción del Fuerte de San Juan de Ulúa en Veracruz, hizo el proyecto y llevó a cabo la edificación. En 1776, el Fuerte de San Diego fue remozado por el ingeniero Miguel Constanzó, dejando una explanada pentagonal con cinco baluartes. Para 1783, la obra quedó terminada. El baluarte tenía cabida para dos mil hombres con víveres y agua potable para todo el año. Décadas después terminaría como convento, hospital y cárcel. Durante la guerra de independencia se convertiría en la obsesión de Morelos por intentar arrebatársela a los españoles en un asalto suicida.

(3) El gran terremoto ocurrido en 8 de Marzo de 1800, llamado del día de S. Juan de Dios. Registrado en la relación que el virrey Azanza hizo al ministerio, y que se registra en la carta núm. 147, tomo 201: *A las nueve de la mañana del día 8 del presente mes, se experimentó en esta capital uno de los mayores temblores que se han padecido en ella. Su duración pasó de cuatro minutos: comenzó por un movimiento de oscilación de Oriente a Poniente: después cambió la dirección de Norte a Sur, y terminó con movimientos encontrados, a manera de círculo. Posteriormente se han sentido también algunos otros terremotos; pero muy ligeros y de corta duración.*

8 · Agoniza la dominación pacífica

Sin importar el tamaño de la ciudad o pueblo en donde nacen los hombres o las mujeres, ellos son finalmente del tamaño de su obra, del tamaño de su voluntad de engrandecer y enriquecer a sus hermanos.
Ignacio Allende

El nuevo virrey, don Félix Berenguer de Marquina tomó las riendas de su gobierno el 29 de marzo del año de 1800 y las entregaría a don José Iturrigaray en enero de 1803. El fugaz gobierno de Marquina fue tan corto y estéril para la historia del virreinato, que un resumen crudo de su desdichado gobierno se refleja en una cita que el populacho hizo de él sobre una barda junto a una fuente en la Calle del Espíritu Santo, que le tomó todo su periodo de gobierno construir y jamás inaugurar:

Para perpetua memoria
Nos dejó el Sr. Marquina,
Una pila en que se orina,
Y aquí se acaba su historia

Al no avanzar y concluir su polémica fuente, la gente la utilizó de retrete y depósito de inmundicias, y también de incómoda cama para los léperos ebrios para hacer la mona.

Juanita, la simpática criada anunció a Elena que afuera la buscaba un hombre que vestía de manera elegante. Había llegado en una lujosa diligencia en compañía de cuatro hombres más. Elena se apresuró a la puerta para casi desmayarse de la impresión al ver al hombre que la saludaba.

—¡Buenas tardes, Elena!

—¡Evaristo!

Evaristo Obregón abrió los ojos con sorpresa mayúscula, al ver los seis meses de embarazo que el espigado cuerpo de Elena mostraba.

—¡Así que esperas un hijo de ese malnacido!

—Ese malnacido que dices, es mi marido.

—Yo me encargaré de nulificar ese matrimonio. Si es preciso hasta con el Papa hablaré, pero esa ceremonia del cura Hidalgo será anulada.

—¡Déjame en paz y no vuelvas! No tarda en llegar Martiniano, además de que los vecinos andan espiando desde las ventanas.

Elena intentó cerrar la pesada puerta pero José la detuvo con la mano.

—Agarra tus cosas que nos vamos para Guanajuato.

—¿Estás loco? ¿No entiendes que soy una mujer casada ante Dios? Martiniano no tarda en llegar y no quiero problemas entre ustedes.

—No los habrá. Tu pelagatos ha sido apresado por la fallida *conspiración de los machetes* y se encuentra en la cárcel de la ciudad por tu secuestro y atentar contra el orden del gobierno virreinal.

—¿No es cierto eso?

—Lo es, Elena. El nuevo virrey me ha entregado su custodia. Martiniano terminará sus días pudriéndose en la mina de mi hermano Antonio en Guanajuato.

—No. ¡No es cierto eso!

Las lágrimas brotaban incontenibles de los ojos de Elena. Evaristo la tomo de los hombros para que no cayera desmayada. Los cuatro hombres entraron a la casa por las cosas de la señora que aterrada entregó Juanita en dos pesadas maletas.

—Tú también huye de aquí. Esta casa ya pertenece al señor Obregón. La señora será llevada a un convento en Aguascalientes para que tenga a su bebé y después don Evaristo decidirá su suerte.

¡Anda largo de aquí! —dijo uno de los hombres de Obregón

entregando unos billetes a la aterrada sirvienta y dándole un atrevida nalgada.

Don Ignacio Rivera, abogado de la Real Audiencia, presentó al doctor Mariano Ceret con la *Güera* Rodríguez. E*l Pelón Ceret*, llevaba semanas buscando esta anhelada ocasión. *La Güera y el Pelón* se gustaban desde que se miraban en las misas en la Profesa1 y, con Nacho Rivera como eficaz Celestina, acordaron una ardiente cita en una casa que rentaba el enamorado.

—Dios nos ha concedido este momento, *Güera*. Tu marido anda muy observador y celoso últimamente y no podemos darnos el lujo de desaprovecharla.

—¿Qué no vamos nada más a platicar para conocernos mejor? —dijo la Güera sonriente, chocando su copa con la del enamorado. —Eso sería, si fueras soltera y pensara en casarme contigo, *Güera*. Con el marido que tienes, eres como un jugoso pedazo de carne con un vegetariano como pareja.

—Él no tiene la culpa de que sea demasiada mujer para él. Yo necesito sentir muchos hombres para sentirme viva. Dios me hizo hermosa para enloquecer a los hombres y sentir constantemente el húmedo éxtasis entre mis piernas.

El Pelón tomó a la *Güera* de la cintura y los dos se unieron en un ardiente y apasionado beso. El ardiente doctor, acostumbrado con su lengua bífida a arrancar orgasmos a las suripantas de la ciudad, arrancó uno largo y delicioso a la *Güera,* escuchándose como el lamento de la Llorona, que tanto espantaba a los habitantes de la ciudad. Después de dedicarle largos minutos de placer oral, por fin la poseyó con su largo falo, tan largo y delgado como una flauta barroca. La *Güera* quedó consternada de la habilidad del *Pelón* para dar placer con su hábil lengua de reptil. Este encuentro se repetiría solo una vez más en ese mismo recinto. El marido sospechaba de ella y redoblaría la vigilancia. La *Güera,* hábil y astuta, lo entendió bien, y evitó por el momento ser pillada.

Las indagaciones hechas por el padre Francisco Huesca sobre el cura Miguel Hidalgo durante el año de 1800 habían estado completamente apegadas a la normatividad del Tribunal del Santo Oficio. La Inquisición recibió de su comisario en Valladolid una serie de delicadas denuncias contra el entonces cura de San Felipe Torres Mochas, donde se hablaba de sus escandalosas tertulias, a los excesos vividos y las blasfemias escuchadas en su casa. En consecuencia se

formó la formal acusación, que fue remitida a varios comisarios para que entrevistaran a los individuos mencionados por los declarantes. El resultado de las pesquisas fue evidente; las acusaciones contra Hidalgo pecaban de exageradas o calumniosas, por lo que el propio fiscal decidió archivar la causa sin necesidad de hacerlo comparecer.

—Excelente vino, Juan Antonio. ¡Una verdadera delicia!

—¡Salud Miguel! Un honor tenerte de visita aquí en las obras de nuestra futura alhóndiga(2) —repuso don Juan Antonio Riaño, el intendente de Guanajuato.

Don Juan Antonio Riaño y de la Bárcena era un hombre de carácter recio. Su ensortijado cabello, parecido a un casco de rizos, estaba totalmente blanco a sus cuarenta y tres años de edad. Riaño usaba unas abundantes patillas cuyo color era de un tono grisáceo en comparación con su cabello cano. Su mirada era penetrante. Era un experimentado marino con grandes triunfos en Nueva Orleans, Pensacola y el Misisipi. Riaño era hombre de carácter, acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido.

Los dos amigos se encontraban en una improvisada mesa sobre uno de los puntos de mayor elevación en la construcción del fuerte.

—El honor es mío, Juan.

—Esta obra es muy importante para Guanajuato. Pienso convertir este fuerte en el “palacio del maíz” para que nunca se nos vuelva a presentar otra hambruna como la de 1783.

—¿Cómo cuánto te falta para terminarla?

—Vamos lentos pero sólidos, Miguel. La empecé hace cinco años. Estimo acabarla antes del año diez.

—¿Por qué tanto tiempo, Juan?

—Más que un palacio del maíz o bodega, Miguel, planeo construirla como un fuerte como el de Ulúa en Veracruz. En caso de una invasión o ataque, ése sería el lugar más seguro para resguardarse.

Hidalgo sonrió cómicamente mientras arrancaba una pierna al pollito frito que un mozo bizco les acababa de poner sobre la mesa.

—¿Quién temes que podría atacar Guanajuato? ¿Los indios?

—Hay mucha inconformidad e ideas de independencia, Miguel. Hace unas semanas, en pleno centro de la capital, fue descubierta muy a tiempo la Rebelión de los Cuchillos. Aunque no pasó a mayores, la inconformidad y llama de separación de España sigue ahí, ardiendo pacientemente para en cualquier momento tocar el pastizal seco de la Colonia y prenderlo en llamas. Los Estados Unidos y Francia son un pésimo ejemplo para la Nueva España.

Riaño tomó un pedazo de pechuga y paladeó primero la sabrosa piel. Su mano izquierda espantaba a las oportunistas moscas que empezaban a revolotear sobre el manjar.

—¿Y no crees que es lo mejor, Juan? ¿No crees que podíamos ser independientes de España?

—Nosotros somos amigos, Miguel. No tenemos por qué esconder nuestras ideologías. Si me gustaría que hubiera un cambio. No veo en nada descabellado que seamos un país independiente como los Estados Unidos. Mi miedo radica en que un cambio así no es solo un simple papeleo, y ya. Implica una guerra donde muera mucha gente. No es posible sublevarnos de España sin que se rieguen ríos de sangre.

—¿Temes perder tu patrimonio?

—Mi patrimonio y la vida, Miguel. Esta indiada que nos rodea podría destrozarnos si se nos lanzara encima. Son nueve indios por un criollo o gachupín. ¡Tú dirás!

—Debemos buscar la manera de hacerlo como el papeleo ése que tanto bromeas. Pero hay que hacerlo, amigo Riaño.

—Sé que ya andas en eso, Miguel. Se habla mucho de lo que pregonas en tus tertulias. Afortunadamente lo que has dicho es más ligero que lo que pregona mi incendiario amigo Antonio Rojas.

—¿El profesor de matemáticas del Colegio de Minería?

El pollito poco a poco iba despareciendo del platón. Hidalgo, mientras Riaño se explayaba, sirvió más vino en las copas. La carcomida lona que les eclipsaba el sol del Bajío, era como un oasis de frescura, ante el inclemente calor de esa temporada. No había viento capaz de mover una hoja.

—El mismo que calza y viste, amigo. Toño Rojas en sus clases pregona a los cuatro vientos que la religión es una hipocresía. Sólo los ignorantes, pobres y humildes, cumplen sus obligaciones de buena fe

al pie de la letra. Argumenta que creer en Dios es hacerle como Don Quijote, que cree en Dulcinea sin haberla visto jamás. Asegura que Moisés, Jesucristo y Mahoma son los más grandes embusteros del mundo. Dice que el Corán es lo mismo que las escrituras cristianas, sólo que el primero es más acertado en sus bienaventuranzas. La gloria eterna de los cristianos, eso de estar cantando por una eternidad a la derecha del Padre, es una reverenda estupidez; la vida acaba con la muerte; no hay primera causa en el mundo, que el mundo mismo. Solamente las ciencias matemáticas descubren la verdad.

—Palabras de mucho peso, amigo. Ahora entiendo porque está en problemas con la Inquisición.

—Igual que tú, Miguel. Solo que tú has sido más cuidadoso con quién hablas. Por eso el Santo Oficio por el momento se ha rendido y tu acusación no pasó a mayores. Con Rojas es diferente y no me sorprendería que cualquier día de estos se lo lleven con grillos en tobillos y muñecas.

—Debemos darle seguimiento a esta posible insurrección, Juan. Te invito a que platiquemos más sobre algún plan inteligente para darle forma y no caer en algo tan torpe como un grupo de léperos con machetes sembrando el pánico entre los gachupines de una calle del centro de la capital.

—Bien sabes amigo que conmigo puedes abordar este y cualquier otro tema. Somos amigos y entre nosotros hay lealtad y confianza, Miguel.

—Gracias Juan. Me siento orgulloso de nuestra amistad. —¿Quieres más pollo?

—Claro que sí. El que nos comimos era una codorniz.

A la siguiente semana de su visita a Guanajuato, Hidalgo recibió una sorpresiva visita en su iglesia de San Felipe. Mientras archivaba unos papeles en su oficina de la sacristía, Hidalgo miró con sorpresa a la singular visitante. Frente a él se encontraba Juanita, la fiel sirvienta de Martiniano y Elena.

—¿Dices ser la muchacha que trabaja para mi hijo?

—Sí, *padricito*. Con la ayuda del otro *padricito* de Los Remedios pude hacer este viaje para informarle lo que pasó.

—¿Qué ocurrió mujer, habla?

—El *siñor* Evaristo se llevó preso a su hijo, y a mi niña Elena, aun esperando bebé, la metió a un convento en Aguascalientes.

—¿Qué? ¡No es cierto eso! ¡Dime que no, niña!

—Pus, si lo es, *padricito*.

Hidalgo se dejó caer pesadamente en el sillón de piel de su oficina. Por largos segundos, con la mirada perdida en uno de los santos de piedra, no articuló palabra alguna. Al final sólo dijo:

—Pasa a la cocina a comer algo, hija. Te puedes quedar a vivir en mi casa lo que gustes. Aquí hay trabajo de sobra para ti.

—Gracias, *padricito*.

Faltaban algunos años para la rebelión de Hidalgo, pero lo que era un hecho era como Calleja se mantenía al día en su operación militar en el norte de la Nueva España. Es quizá por ello que cuando los insurgentes comenzaron a asolar el Bajío, Calleja tendría una reacción implacable y efectiva contra ellos. De un modo u otro, el teniente llevaba una década matando indios y filibusteros americanos. Hidalgo y sus huestes eran un poco, de más de lo mismo, para el sanguinario *Cara de gato*.

En 1801 el virrey Marquina comisionó a Félix María Calleja a que enfrentará en Nuevo Santander (Tamaulipas y Nuevo León) a un contrabandista de caballos llamado Felipe Nolland. La efectiva reacción no se hizo esperar. El 21 de marzo de 1801, Miguel Múzquiz, teniente bajo las órdenes de Calleja, cayó por sorpresa en los terrenos en que habitaba la nación Tacaliuana. En la letal refriega murió Nolland de un certero balazo. Múzquiz tomó los fortines que habían construido los rebeldes e hizo prisioneros a quince ingleses, siete españoles, y dos negros. Marquina, animado por el éxito de la ofensiva y temiendo un nuevo ordenamiento de los rebeldes del norte, situó en San Luis Potosí un efectivo cantón de tropas al mando del *Gato Montés*, Félix María Calleja.

El singular carruaje detuvo su lenta marcha justo en la puerta de la Mina de la Valenciana. Las dos puertas de la pesada diligencia estaban enrejadas. Uno de los tres guardias que arreaba a las bestias y que viajaba arriba del carro, con mosquete en mano saltó al suelo. Lo esperaba otro mal encarado que pertenecía a la mina. Entre los dos quitaron el candado del carromato para que descendiera el singular prisionero. Martiniano, hecho una piltrafa descendió trabajosamente del carro, cuidándose de no tropezar el mismo con los grilletes que

aprisionaban sus tobillos.

—Es todo tuyo, Lobo. El hijo del conde dice que lo trates como a cualquiera de tus esclavos, y que no le ve inconveniente si le agarras más calor, por obvias razones.

—¿Qué razones? —dijo el capataz con mirada gélida, al recibir las oxidadas llaves de los grilletes.

—Le quitó la novia a don Evaristo Obregón, el mero día de su boda.

El feroz guardia sonrió maliciosamente. No le faltaba imaginación para hacerle la vida un infierno al nuevo trabajador. Dos guardias más de la mina se acercaron a Martiniano para conducirlo a su nuevo infierno, del que las probabilidades de salir eran mínimas.

—Pues adelante cabrón. ¡Camina!

En el hermoso convento de San Diego en Aguascalientes, la vida transcurría lentamente dentro de sus amplios claustros y jardines. Sor Clotilde, la madre superiora, fue interrumpida por sor Severa, cuando escribía una carta para el obispo.

—La niña Elena está a un par de meses de dar a luz, madre. Además de que es complicado tener a una mujer embarazada dentro del convento, mi mayor preocupación es saber qué haremos con el bebé en cuanto nazca la criatura —dijo la madre Severa.

—Apenas nazca esa criatura se la daremos a sus abuelos, los señores Larrañeta. Es nuestra obligación cuidar de la madre y mantenerla aquí por largo tiempo. Debe olvidarse del infame que la hizo pecar así.

—¿Y quién es ese infame, madre?

—Un pobre diablo que fue encerrado por esta falta en una mina de Guanajuato.

—¿Sabe su nombre?

—No lo sé, madre Severa. Nosotras sólo recibimos dinero para el convento, y punto. No tengo porque averiguar más.

—Entiendo, madre Clotilde.

—¡Anda Severa! Ve a ver la niña Elena y mantenme al tanto. —Sí, madre superiora.

El 10 de octubre de 1800, el cura de San Felipe Torres Mochas fue invitado a cantar la primera misa en la bendición del templo de Guadalupe en San Luis Potosí. Después de una larga y soporífera ceremonia, que amenazaba con dejar en coma a los espectadores, se dio paso a la feria popular del pueblo. Una espectacular corrida de toros arrancaría alaridos en una arena repleta de espectadores, dentro de ellos, notoriedades del virreinato como el intendente potosino, Vicente Bernabéu, los miembros del Ayuntamiento, los comisionados, el comandante Félix María Calleja y el cura de San Felipe, don Miguel Hidalgo y Costilla.

La abarrotada arena quedó sorprendida con un imponente desfile militar de las fuerzas de Félix María Calleja. Este despliegue de fuerza fue el primero en la historia de San Luis Potosí y dio una clara idea del poder militar con el que contaba el virrey Marquina para hacer frente a los rebeldes e indios del norte de la Nueva España.

Al frente de la espectacular maniobra de la primera compañía del Regimiento de la Reina venía el teniente Ignacio Allende, a quien le asistía como oficial de órdenes el subteniente Miguel González Núñez.

El auditorio, que no salía de la sorpresa ante este aperitivo preliminar a la corrida. Se estremeció como un monstruo que amenazaba con derrumbar el pequeño coliseo potosino. El rugir de un potente cañón fue la cereza del pastel del tan bien planeado desfile, que levantaba el telón a la esperada corrida.

—¿Quién es el hombre que dirige su compañía, comandante? —preguntó curioso Hidalgo a Calleja, mientras observan con detalle el desfile.

—Es Ignacio Allende, padre.

Hidalgo no articuló palabra más. Es como si el destino le susurrara al oído que el hombre a su diestra y aquel apuesto teniente, lo esperaban en un futuro encuentro, en el tablero de ajedrez de los dioses.

—Quisiera saludarlo.

—En la primera oportunidad se lo presento, padre. —Gracias, don Félix.

Martiniano recibió el pesado costal de minerales sobre su espalda. Cien kilos de peso, que amenazan con doblarle las piernas, acostumbradas a montar caballo y caminar por el campo. Llevaba catorce horas trabajando sin parar.

Su jornada era de doce a catorce horas diarias, lo que los obligaba a hacer doce viajes al día cargando un costal sobre la espalda con casi cien kilos de mineral. Detrás de ellos siempre había capataces que a la menor demora los ponían en marcha de nuevo con un punzante latigazo de advertencia. Los mineros subían las empinadas escaleras en zigzag para evitar una mortal caída por la espalda. Una caída así partía la espalda del minero, lo que obligaba al capataz a rematarlo en el suelo para evitarle más sufrimientos al desdichado.

Este era su último viaje del día. Sólo le faltaba subir setecientos metros en zigzag y por fin podría descansar. Su cuerpo desnudo, cubriendo su intimidad con un calzón de cuero negro, brillaba como si estuviera en un baño turco. Un latigazo en las piernas le recordó que no podía demorarse más y comenzó el difícil ascenso de ese infierno argento, que arrancaba las vidas de los esclavos día tras día.

Escenas placenteras de Elena caminando de la mano con él en Los Remedios, eran como pescados para una foca amaestrada, para en ningún momento flaquear y caer a una muerte segura en su momentánea prisión. Martiniano sabía que una caída significaba el resquebrajamiento de su columna vertebral. Tenía que huir de ahí, y no flaquearía ni un solo momento. Aguantaría de todo, jurándose a sí mismo que volvería a ver a su esposa, e hijo o hija, aun no lo sabía.

Al terminar el ascenso, depositó el costal en el suelo. Sentía morir del esfuerzo. Por fin podría ir a descansar.

—¡Te falta otro viaje, cabrón! —le dijo el capataz, tronando el látigo en su adolorida espalda.

Martiniano, como si hubiera sido golpeado por un marro en la cabeza, cayó desmayado al escuchar estas palabras.

Al año siguiente del evento, donde Hidalgo y Allende se vieron por primera vez, el gallardo teniente de San Miguel el Grande, sufre un aparatoso accidente que casi le quita la vida. Allende es sorprendido por una rama de un árbol al avanzar el caballo a todo galope. El teniente cae del caballo golpeándose la cara contra el suelo. El golpe es tan fuerte que casi le desbarata la nariz. El teniente de dragones es llevado a su casa de San Miguel, donde es vigilado día y noche para ganarle la batalla a la huesuda.

Con el rostro tumefacto e irreconocible, Allende siente morir. Con lágrimas se despide de su adorado hijo Indalecio. Aldama sufre en silencio la posible pérdida de su entrañable amigo de la infancia. Se

confiesa ante un cura de su entera confianza y dicta su testamento al escribano José Cayetano de Luna. Allende apenas puede articular palabra y deja todo a su entrañable hermano José María, quien jura ver por su sobrino Indalecio y Amalia, confesión que desorbita los ojos del escribano.

El desahuciado pasa una noche terrible, que parece ser su última, pero el prodigioso cuerpo del valeroso jinete empieza a recobrase poco a poco. Ahuyentando de una patada a la muerte, quien resignada promete volver diez años más tarde por él y por Aldama.

La situación en la Nueva España era de inconformidad y por todos lados se fraguaban conspiraciones como la de *Los cuchillos* y otras más que vendrían. En 1801 Marquina tuvo que detener a doscientos indígenas que se unían al levantamiento del indio Mariano. *El Máscara de oro* levantó a los pueblos de Tepic con una carta enviada a los principales líderes indígenas regionales, para cierto día, el 5 de enero, tomar el gobierno de Jalisco y de ahí partir hacia la capital para coronarlo como Mariano I. El levantamiento desde el principio fue confuso y desordenado, y por ningún lado apareció el mentado Mariano. Otros indígenas pagaron con su vida el seguir estas flamígeras misivas, que tenían por objeto tirar al gobierno de Marquina.

La Real Audiencia de Guadalajara declaró culpable del levantamiento a un tal Juan Hilario Rubio. El responsable de mandar las cartas incitando a la rebelión. El gobierno mandó confiscar sus bienes, asolar su casa y sembrarla de sal, mutilar su cuerpo y exponer sus miembros en los lugares donde pudo ser más grave la rebelión. A su esposa María Paula se le confinó a la Casa de las Recogidas de Guadalajara, y a varios indios que los apoyaron de cerca enviando las cartas incendiarias se les impusieron penas de seis a ocho años de prisión. Juan Hilario murió antes de cumplirse la sentencia y el 19 de septiembre de 1805 el rey concedió a todos los detenidos la libertad, restituyéndoles todos los derechos que tenían antes de la formación de la causa.

Crisanto Giresse extrajo el corcho de la entelarañada botella que había llevado a la casa del cura Hidalgo. Aquella era una reunión especial, en una soleada tarde de primavera en el jardín de la casa de San Felipe Torres Mochas. Giresse dejó por unos minutos que el vino se oxigenara sobre una despintada mesa de madera, para luego verter el contenido en dos finas copas de cristal cortado que sacó de un estuche de madera, de donde también había extraído la polvosa botella.

—Ahora más que nunca necesito de tu ayuda Crisanto.

El rostro de finas facciones de Crisanto se descompuso en un gesto de preocupación. Su barba de candado parecía pintada por un pintor renacentista.

—¿De qué se trata, don Miguel?

Los dos chocaron las copas en un amistoso brindis. El cura fijó la mirada en la enramada de un árbol. Era como si buscara poner orden a lo que estaba por decir.

—Evaristo, el medio hermano del actual conde de la Valenciana, encerró por venganza a Martiniano en su mina. Lo tiene trabajando ahí como esclavo. A ese ritmo no llegará ni a seis meses con vida.

—¿Es ésa su venganza por el plantón en la iglesia?

—Eso, y que Elena Larrañeta fue enclaustrada en un convento en Aguascalientes.

Crisanto puso la copa sobre la mesita de fierro que se encontraba entre los dos. Del interior de su elegante cigarrera de oro extrajo un cigarrillo. Camino hacia el asador para colocar la punta de un tabaco en un ardiente carbón y regresó a su silla con el cigarrillo en la boca. Los canturreos de los pájaros alegraban el ameno momento en el jardín del caserón.

—¡Tenemos que sacarlos de ahí, padre! Ese infeliz quiere matar a Martiniano.

—Así es, hijo.

—¿Por qué metió a Elena al convento y no se la llevó directo a su casa como su mujer?

—Porque Elena está esperando un hijo. Apenas lo tenga regresará por ella.

—No perdamos más tiempo, padre. Mañana mismo parto para Guanajuato. Usted como cura hará lo suyo en ese convento. Yo no puedo entrar a la casa de Dios a balazos.

—Lo sé, amigo. Yo me encargo del convento.

De nuevo chocaron sus copas. El conejo asado estaba a unos minutos de estar listo. Ambos comerían, beberían y partirían al día siguiente.

Don Ramón Cardeña era el recién nombrado canónigo de Guadalajara. Después de pasar un tiempo codeándose con la corte del rey Carlos IV en España, fue corrido por Manuel Godoy, por intentar seducir a la reina. El *Cura Bonito*, como le apodaron en la península, regresó a México en calidad de desterrado.

Su encuentro con la *Güera* Rodríguez se dio en el coro de la catedral. Después de una breve charla los dos quedaron flechados. El cura era un hombre guapo y joven, su apodo hacía honra a su personalidad, y la *Güera*, una belleza irresistible, con una extraña tendencia a seducir hombres de Dios.

Al día siguiente el *Cura Bonito* visitó la casa de la *Güera*. Como era costumbre, su marido andaba en Querétaro y su fogosa Güera le preparó una recepción de César al galante presbítero seductor.

La *Güera* preparó una exquisita cena para el *Cura Bonito*. Los hombres de Dios podían entrar y salir libremente de su casa a cualquier hora. Si así lo hacía Beristaín, ¿qué había de diferente con este galante cura que parecía un gladiador romano con sotana?

—Este pato laqueado es una delicia, María Ignacia.

—Qué bueno que le gusta padre. Es una receta especial de la familia.

El cura mascaba lentamente la seca pechuga de pato. El bolo amenazaba con atorársele en el gaznate. Sintiendo el peligro de la asfixia, Cardeña bebió el contenido completo de la copa de vino de un solo trago. El bolo de pechuga finalmente cedió a la presión de la bebida, reconfortando al cura, que no quitaba la mirada del atrevido escote de la anfitriona.

—¡Eres una mujer muy bella, María Ignacia!

—Muchas gracias, padre. Sus palabras valen más por venir de un hombre de Dios. ¿Gusta más vino?

—Sí, gracias.

Cuquita la sirvienta sirvió otra porción de pato con puré. Aunque la muchacha parecía ausente, ponía mucha atención en la plática de su patrona. A los veinte años todas las adolescentes sueñan con el amor y el sexo. No era esta la primera vez que espiaba a su patrona. Ya en otras ocasiones la había espiado teniendo relaciones con Beristáin.

La *Güera*, notando esa actitud extraña de su mocita la mandó a sus

habitaciones.

—Ya puedes retírate a tu cuarto, Cuquita. Yo me encargo del resto.

—No patroncita. Todavía es temprano y no tengo sueño. —¡Retírate ya Cuquita!

—Sí, patroncita.

Cuquita haciendo cara de niña regañada dejó todo como estaba y se retiró a su cabaña del jardín.

El ardiente cura, no dispuesto a perder un segundo más, se abalanzó sobre la *Güera* abrazándola y besándola. La *Güera* hacía otro tanto, sintiendo con su mano la dureza pecadora del ministro de Dios, que levantaba grotescamente la sotana del cura, como una extraña tumoración.

Cardeña levanto el vestido de la *Güera* y destrozó la ropa interior de su víctima, sin respetar la seda, los listones y fina botonadura que hacían de ella una obra de arte. Poniéndola boca abajo sobre la alfombra del comedor, el feroz cura procedió a poseerla por las dos entradas naturales de la mujer, que llevaba días arrancándole el sueño. La mantequilla de la mesa fue usada para hacer más placentero el placer de doña Ignacia, que al final quedó como inconsciente junto al exhausto ministro de Dios. Desde una de las ventanas del jardín Cuquita los espiaba, mientras se estimulaba bajo su ropa, ante aquella escena tan perturbadora de un cura prohibido y una intachable dama de sociedad.

Los siniestros jinetes detuvieron su paso sobre una loma donde se contemplaba por completo el serpenteante camino que llevaba de San Miguel a Guanajuato. A lo lejos se veía la polvareda que levantaba una diligencia que lentamente se aproximaba, seguida por cuatros jinetes armados. Los asaltantes se escondieron tras la loma. Desde ahí esperarían a que llegaran los enemigos. Su líder, una mujer de extraña belleza, recargó sus manos en la montura para decirle a su segundo, un hombre joven, mal encarado de pañoleta roja con un físico intimidante:

—Ahí viene ese hijo de la chingada, Cipriano. Sigue mis instrucciones al pie de la letra. El cabrón ése pagará por todas.

—Estamos listos, patroncita.

—Muy bien, Cipriano. Me adelanto y prepárense.

La refinada diligencia que subía la cuesta, se encontró con una bella mujer que montaba hábilmente el caballo sentada de lado, como lo hacían elegantemente algunas mujeres en sus haciendas. Sus grandes ojos negros y larga cabellera azabache la hacían lucir hermosa en un elegante vestido color azul turquesa. Era algo en verdad de llamar la atención encontrarse con una belleza así en un solitario camino del Bajío.

—¡Buenas tardes, señorita! ¿Qué hace una mujer tan bella, sola por estos peligrosos caminos? —preguntó el cochero al detener su carruaje frente a la singular dama. La estampa de la hermosa dama sobre el brioso caballo gris era algo imponente. Por seguridad ante tan sospechoso encuentro, los cuatro custodios observaron que no hubiera nadie cerca para sorprenderlos. La dama bien podría ser un cebo para un asalto.

—¡Buenas tardes! —respondió la dama amablemente, mirando detalladamente hacia el cochero, a los cuatro jinetes que venían detrás y luego a la ventanilla de la diligencia, donde asomó la cabeza el hombre a quien buscaba.

—¿Es usted de por aquí, señorita? No había tenido el gusto de verla antes por este rumbo —preguntó el caballero de la ventanilla. Un hombre elegante de grueso bigote y rasgos españolados.

—Soy de San Miguel y voy camino a Guanajuato.

—Si gusta puede subir a mi diligencia. Su caballo nos seguirá junto con los nuestros.

—Qué amable de su parte, caballero. ¿Con quién tengo el gusto? —Con el conde Evaristo Obregón.

—Yo soy Paloma Fentanes, y aceptó con gusto su invitación de subir a su elegante carro, señor conde.

El cochero abrió la puerta de la diligencia para dar paso a la singular pasajera. Las riendas de su caballo fueron entregadas a uno de los custodios que resguardaba el transporte.

—Insisto que es una gran sorpresa verla sola por este camino, señorita Paloma. Una mujer sola montando un caballo, es una rareza por aquí. Hay muchos ladrones por el camino.

—Tiene usted razón. Algunos de ellos andan por el camino asaltando a pie, con un machete en la mano. Otros lo hacen en elegantes

carruajes, con papeles firmados y la ley de su lado. Los dos son la misma porquería, pero en distintas dimensiones.

—Sus palabras son profundas, señorita. Es como si me estuviera hablando en doble sentido.

—Esa es la verdad. Pero no se mortifique, señor Obregón. Yo solo soy una mujer de recursos que anda buscando una hacienda para invertir. Créame que ando sola y no lo asaltaré. Además de que me sé defender muy bien.

Don Evaristo la miró incrédulo. Paloma lucía frágil y demasiado bonita como para saber cómo repeler un ataque.

—¿Quiere comprar una hacienda o invertir en una mina?

—Comprar una hacienda. No soporto la explotación minera utilizando esclavos. La esclavitud es una vergüenza nacional. Algo aberrante que debe ser abolido.

—Hay muchas cosas de negocios que usted no entiende, linda damita.

Don Evaristo observaba atento a la invitada. No sentía ninguna amenaza al llevarla sola dentro de su carruaje. Era una mujer hermosa, de la que podría sacar algo a su favor. Por lo pronto, la interrogaría en lo que restaba del viaje, para saber lo más que se pudiera de ella. Su repentina aparición en el polvoriento camino, aún lo tenía confundido. Había algo en ello que lo intranquilizaba. Por si acaso, sus cuatro guerreros fuertemente armados lo serenaban.

De pronto se escucharon disparos. La diligencia era atacada por diez hombres armados que con certeros disparos pusieron fuera de combate a los jinetes custodios. El cochero alzó las manos en son de paz.

—Largo de aquí, si quieres seguir con vida, anciano. Tienes diez segundos para correr. Después que Dios te ayude —le advirtió Cipriano, el jefe de los asaltantes, con el rifle apuntándole al pobre hombre. El cochero se perdió en la cuenta, con un disparo de advertencia que pegó en un árbol.

En el interior del carro don Evaristo se dio cuenta demasiado tarde que estaban siendo asaltados, en complicidad con aquella mujer que decía llamarse Paloma.

—Esos son tus cómplices, cabrona.

Amparo, rápida como el rayo, sacó una pistola de entre sus piernas y encañonó al minero.

—No intentes nada, condesito de mierda, o te meto una bala en medio de los ojos.

—¿Quién eres maldita?

Las puertas del carruaje se abrieron, irrumpiendo Cipriano con rifle en mano.

—El oro está oculto bajo el carro. ¡Sáquenlo todo! —les gritó Cipriano, sacando al conde, jalándolo como un guiñapo de la corbata.

—Ya te llegó tu hora, condesito —le advirtió Amparo—. Cometiste un error al abusar de tu poder con los débiles.

—¿Quién eres en verdad, maldita puta?

—Soy la puta que venga a lo débiles y oprimidos, cabrón abusador. Te mandaré al más allá, y así pagarás lo hecho a tantos infelices inocentes, catrincito.

Don Evaristo vio con ojos de angustia como los hombres de Cipriano subían los cuatro pesados costales con monedas de oro a los caballos. Asombrado contempló el torso desnudo de Amparo, al desvergonzadamente quitarse el vestido y ponerse un sucio uniforme de caporal. Con mirada demoniaca la líder ordenó a Cipriano que amarrara con un lazo al conde a la rueda trasera del carruaje. Los caballos fueron tomados por los asaltantes. Mientras Cipriano, por órdenes de su jefa, arrojaba algo al interior del carro y prendía fuego a las cortinas. Amparo y su banda se alejaron del camino como fantasmas, mientras don Evaristo luchaba por liberarse para evitar morir quemado. De entre los arboles surgió de nuevo el cochero, quien de inmediato ayudó a su patrón. Los dos luchaban por romper las ligaduras con un fierro del carruaje. Cuando el cochero logró por fin liberar a su patrón, una espantosa explosión hizo volar el carro en mil pedazos. Ambos, cochero y patrón, fueron lanzados varios metros por la onda expansiva del estallido.

Días después, se conocería en el Bajío la escandalosa noticia del horrendo asalto, donde el único sobreviviente fue el opulento Evaristo Obregón, con quemaduras extremas en el cuerpo y rostro, pero bien vivo para buscar venganza.

La recuperación de Ignacio Allende había sido milagrosa. Su rostro

había vuelto a recuperar sus finas facciones y, desafiando de nuevo a la bestia que casi lo mata, la montó de nuevo en un tranquilo paseo por el campo. El cálido sol acariciaba su varonil rostro. El viento jugaba con su encrespado cabello y el sol acariciaba su rostro, mimándolo como si fuera su hijo predilecto.

La vida le había dado una nueva oportunidad y se sentía como todo un renacido, deseando comerse el día con un puño. La vereda que culebreaba entre los montes lo llevaría hacia la Poza de San Miguel. Entre las rocas del cañón lo esperaba un viejo conocido. Un hombre de arraigadas costumbres españolas y orgullo herido por la infidelidad de su esposa. Don Chinto no perdonaba la traición de su mujer. Años atrás intentó vengarse, pero un desafortunado infarto lo había hecho cambiar de parecer. Después de años de meditarlo decidió cobrar su venganza sobre el convaleciente jinete, que esperaba todo en ese momento, menos ser emboscado con plomo, en el pequeño y plácido cañón que en ese momento cruzaba.

Don Chinto, acostado pecho tierra entre una saliente de rocas al borde del acantilado, apuntó cuidadosamente hacia la cabeza de su odiada víctima.

«Una bala en la frente es todo lo que necesita este malnacido. Después bajaré a robarle algo para que todo quede como un traicionero asalto del camino y nadie sospeche de mí», pensó el astado vengador, mientras con su dedo índice acariciaba el gatillo del rifle que liquidaría al hombre que recién escapó de la muerte.

Justo cuando don Chinto estaba a punto de apretar el gatillo, un dolor punzante aguijoneó su cuello. Soltando adolorido el rifle con un agudo grito de dolor volteó a ver a su victimaria: una enorme víbora de cascabel del grueso de sus muñecas, que satisfecha de poner en su lugar al invasor, huía escurridiza entre las mismas rocas donde anidaba. Don Chinto sintió vértigo y asfixia. El veneno, como una garra de ave de rapiña, poco a poco paralizaba su agitado su corazón. En cosa de minutos el infeliz astado dejaría la vida ahí.

Allende escuchó un grito y pensando en una emergencia subió veloz con su caballo para auxiliar al necesitado. Al llegar se encontró con su viejo rival de amores. Al ver su rostro agonizante y los dos sangrantes puntos rojos en su cuello, entendió lo que había pasado.

—Me muero... Ig... nacio! Por favor cuida a Ma.,.. rina y ve por... por mis hi... jos...

—Así lo haré don Chinto. Pierda cuidado.

Al ver la posición en la que su rival moría, al borde de un acantilado que miraba hacia el camino y el rifle cargado, Allende entendió que el cielo le había mandado a ese áspid que mordió a su desdichado enemigo. El destino era si, y Allende asimilaba que en ese mismo mes había renacido dos veces. Algo tendría planeado el Señor para él, al permitirle seguir vivo. Muy pronto lo descubriría, al entablar amistad con el incendiario cura de Torres Mochas.

Aquel 4 de julio de 1802, José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil se reunió con lo mocita Cuquita en una de las bancas de plaza de la iglesia de Santa Veracruz. José Jerónimo llevaba tiempo recibiendo información sobre la reprochable conducta de su esposa. La mocita le contó santo y detalle de cómo Beristáin y el Pelón Ceret se encerraban con su mujer, mientras él andaba fuera de casa. El acabose vino cuando le contó con lujo de detalle la escena de la Güera con el Cura Bonito, cuando la puso bocabajo sobre la alfombra y la lubrico con la barra de mantequilla que había sobre la mesa. Don Jerónimo se incorporó de la banca como si esta tuviera púas. Con la mirada de un poseso advirtió a su mocita:

—¡A nadie cuentes esto, Cuca! ¿Entendido?

—Entendido, *siñor* —respondió al recibir unos billetes por su excelente trabajo y a la vez traicionar a la *Güera*, que tanto la había ayudado.

El herido marido, con pistola en mano se precipitó hacia la casa en busca de su esposa, a la que juró entre dientes, que ese sería su último día con vida.

El capitán de milicias provinciales José Villamil llegó a su casa buscando a su esposa. Al no hallarla corrió a la calle. Al salir se cercioró de que el arma estuviera bien cargada. Con cara de demonio enfiló por la calle de Tacuba para por coincidencia verla venir alegremente de misa en compañía del sobrino de Beristán. Los dos notaron el rostro descompuesto del marido al verlos. El furioso cornudo aceleró el paso para encararla y gritarle con todas sus fuerzas:

—Estoy harto de tus deslices. Has rebasado mi límite, puta desvergonzada.

Villamil apuntó al pecho de la Güera y jaló el gatillo del arma. La gente volteó al escuchar la detonación. Villamil después de disparar corrió asustado a su casa. Lo que había hecho tendría consecuencias funestas en su matrimonio y su futuro.

(1) Se dice que la imagen de la Dolorosa, ubicada a la derecha del altar mayor de la iglesia de La Profesa, fue esculpida por el famoso escultor Manuel Tolsá, y el artista se inspiró en la imagen de la Güera Rodríguez. También la Inmaculada, dentro de la misma iglesia, en uno de los altares del costado derecho, podría ser la hija de la Güera.

(2) La Alhóndiga de Granaditas se construyó por el intendente Riaño de 1796 a 1809. Mide 75 metros de largo por 68 de ancho, con una altura de 23 metros y ocupa un área de 5100 metros cuadrados.

9 · Un alemán redescubre América

No hay razas inferiores; todas ellas están destinadas a alcanzar la libertad.
Alexander Von Humboldt

El lunes 21 de febrero de 1803 hubo una singular corrida de toros en la Ciudad de México, impulsada por el nuevo virrey Iturrigaray,(1) que no comulgaba con las ideas retrógradas del anterior virrey Marquina, quien intentó prohibir la fiesta brava. Iturrigaray autorizó a los ayuntamientos a que organizaran sus propias corridas de toros, cosa que antes sólo estaba autorizada a empresarios privados.

La arena del Volador(2) se encontraba repleta hasta en los postes. La corrida de las tres de la tarde fue interrumpida, por claramente ver que el sol estaba siendo devorado por la luna. Lo que comenzó como un leve sombreado en la parte occidental del disco solar, fue creciendo gradualmente, ante el asombro de la gente en las gradas. Poco a poco la tarde iba pardeando, y era un hecho que pronto aquella mancha cubriría al sol en su totalidad. Hubo algunos gritos indicando que el sol moriría por matar a los bovinos en esa sangrienta fiesta. Otros más leídos sabían que era un simple eclipse, que el observatorio de México había olvidado reportar con el debido tiempo. Otros, más escépticos, lo tomaban una mala señal de que todo estaba cerca de irse por la borda.

El matador, contemplando al agonizante sol, tuvo que apresurar la muerte del astado con un impecable encajamiento de estoque. El toro, herido de muerte, cayó hacia el frente al doblársele las patas delanteras. Parecía que él y el sol, morirían al mismo tiempo aquella tarde(3).

Rodolfo Montoya, en compañía de una hermosa dama con caireles que

hacían juego con el sol, contemplaba desde las gradas este increíble momento. Las aves regresaban a sus nidos. Los encargados de la arena encendieron las lámparas de aceite que rodeaban la plaza. Las estrellas aparecieron en el fuliginoso cielo. Arriba, sobre la inmensa bóveda celeste, se contemplaba imponente la constelación de Orión con la gigante Sirio a su izquierda, brillando en todo su esplendor. La tarde se había convertido en noche en cuestión de unos cuantos minutos. La gente contemplaba pasmada el espectacular evento que coincidía con el inicio de gobierno del 56o virrey de la Nueva España.

—Tengo mucho miedo Rodolfo —dijo Lina, tomando del brazo a su hombre. Ya hasta hace frío.

—Ya empezó a brillar un rayo de luz en el sol, chiquita. Caminemos a tu casa y verás que todo está bien.

—Gracias, mi amor.

Los dos abandonaron la abarrotada plaza de toros y enfilaron hacia la casa de Lina. Al caminar se encontraron con gente arrodilla pidiendo a Dios que el sol volviera. Uno que otro lépero que aprovechaban la ocasión para pedir dinero y, si la situación se prestaba, desvalijar a cualquier incauto que se descuidara.

Rodolfo, como lo había prometido a la madre de Lina Ortega, regresó con su hija antes de las seis de la tarde. Lina era una jovencita bien cuidada y la viuda vigilaba de ella con autoridad. Rodolfo se había ganado la confianza de la señora, y no se arriesgaría a regresarla después de la hora prometida, ni con un eclipse o terremoto.

La viuda Elsa Zanabria de Ortega o Elsa Ortega, como gustaba que la llamaran, era una española que solo había tenido dos hijos: Lina, y Eric, dos años más joven que la muchacha. Al morir el esposo, don Policarpo Ortega, le dejó una muy buena herencia como para salir adelante desahogadamente.

Doña Elsa, de ideas modernas, era severamente criticada por las vecinas por permitir a su hija salir sola con un militar treintón, que era un hecho abusaría de ella a la primera oportunidad. A doña Elsa le importaba un comino su opinión y confiaba en su buen juicio. Tenía a Rodolfo Montoya en buena estima y apostaba todo a que de esa relación saldría algo bueno.

—Me tenían con el Jesús en la boca. Pensé que se acababa el mundo —dijo doña Elsa en la puerta de su casona del centro.

—Mejor nos vinimos antes, doña Elsa. La gente está muy alborotada en la calle. Eso de que repentinamente se haga de noche, en pleno día, no es algo sencillo como para que lo asimilen así de fácil.

—Pasen que tengo comida lista. Mejor estense aquí y ya no salgan. Eric tampoco tarda en llegar.

—Sí, madre.

En mayo de 1803 el mundo dio un giro para José María Morelos y Pavón. Brígida Almonte trajo al mundo a un varoncito que fue bautizado como Juan Nepomuceno Almonte. Morelos sentía ganas de invitar a todo el pueblo al bautizo y gritar a los cuatro vientos que esa hermosa criatura era Juan Morelos, su hijo. No queriendo cometer las indiscreciones de Hidalgo se mantuvo tras bambalinas, pero sin descuidar en nada a su mujer e hijo. Qué lejos estaba Morelos de pensar que él en unos años sería el relevo de Hidalgo, en la búsqueda de la independencia de México. Y ese vástago que sostenía orgulloso en sus brazos, pediría personalmente a los franceses que mandasen a un príncipe extranjero a reconquistar México y pisotear la obra de su padre con esa deplorable acción(4).

Jerónimo Villamil, más que querer matar a su esposa con una bala, lo intento con un susto. La pistola que disparó sobre su níveo pecho no tenía balas. Solo estaba cargada con pólvora. Fue como una advertencia por su hartazgo por tantas infidelidades.

En esa misma semana Villamil fue detenido y procesado. Los jueces pelearían por meses entre dos demandas antagónicas: una de divorcio por adulterio de parte de Villamil y otra de intento de asesinato por parte de la *Güera*. Villamil, por su fuero militar la libraría con un encarcelamiento domiciliario, justo frente a la casa de Moneda, donde la *Güera* vivía con un tío desde el día del cobarde atentado. Existía el riesgo de otro ataque por parte del celoso marido y había que andarse con cuidado.

Crisanto Giresse andaba de visita en la Ciudad de México. Llevaba semanas fraguando un arriesgado plan para liberar a Martiniano, sin concretar uno viable todavía. Entrar a los dominios del conde de la Valenciana, para arrebatarle a un esclavo, no era algo sencillo. Hidalgo lo sabía de sobra. Es por ello que confiaba en el buen juicio de Crisanto. Ni siquiera él, siendo un sacerdote influyente, había podido todavía liberar a Elena Larrañeta del convento de Aguascalientes. El cura de Torres Mochas debía esperar a que naciera su nieto, y así intentar sacar a ambos de ese presidio monástico.

La *Güera* Rodríguez invitó a Giresse una comida privada para homenajear a un distinguido visitante en la Nueva España: el famoso naturalista alemán Alexander Von Humboldt.

En compañía del francés Aimé Bonpland(5) y el ecuatoriano Carlos de Montúfar,(6) el científico alemán venía de un largo viaje por Sudamérica, donde navegó por el espectacular río Orinoco. Exploró la Cueva del Guácharo en Venezuela. Recorrió miles de kilómetros entre exuberantes selvas y montañas gigantescas, subió las cimas de los volcanes Cotopaxi, Chimborazo y Cayambe, en la escarpada Sierra del Ecuador. Visito las sorprendentes ruinas de Cusco y Cajamarca en Perú.

La continuación de su viaje tocaba en tierras de la Nueva España. El 22 de marzo de 1803 arribó en una fragata española al puerto de Acapulco, en una larga travesía desde Guayaquil, Ecuador. Apenas puso pie en las arenas de Acapulco, subió al fuerte de San Diego y a la cima de la isla de la Roqueta para desde ahí levantar un mapa de la imponente bahía, a la que consideró como la cosa más bella que había visto en su vida. El 29 de marzo visitó Chilpancingo y Taxco, llegando a la Ciudad de México el 12 de abril del año en curso.

En el lujoso salón principal de la casa de la *Güera* Rodríguez, se encontraban reunidos Rodolfo Montoya con su bella novia Lina Ortega, Crisanto Giresse, el barón de Humboldt; su inseparable amigo, Aimé Bonpland y la polémica María Ignacia Rodríguez, quien gozaba de la preciosa libertad de un marido bajo juicio por intento de asesinato.

—Señores, me siento honrada en tenerlos aquí en mi casa para esta agradable reunión. El motivo de la tertulia es presentar al notable científico don Alejandro Von Humboldt, naturalista de origen prusiano, gran astrónomo, polímata, geógrafo, humanista e incansable explorador de la naturaleza. Don Alejandro viene de recorrer Sudamérica y conoce muchos lugares fascinantes.

Los ahí reunidos hicieron una caravana desde sus asientos. El barón se sintió cómodo al ver las sinceras sonrisas de sus nuevos compañeros.

—Sé que viene de analizar el monolito azteca de la torre de la catedral, don Alejandro. Yo estuve ahí hace trece años, en 1791 para ser exactos, en compañía del entonces virrey Juan Antonio Güemes, el capitán Félix María Calleja, el arzobispo Alonso Núñez y al antropólogo Antonio de León y Gama. El arzobispo, aterrado ante la efigie desconocida, sugería que lo hundiéramos de nuevo en el lodo

por ser cosa del diablo. No sabe cómo me reí cuando escuche semejante insensatez —explicó Rodolfo Montoya, informando al prusiano que sabía bien sobre su visita.

Lina tomaba a Rodolfo cariñosamente del brazo. La *Güera* y Lina y eran las dos únicas mujeres en la tertulia y se entendían bastante bien. La madre de Lina era amiga de don Antonio Rodríguez de Velasco, Regidor Perpetuo de la Ciudad de México y, apoyaba incondicionalmente a la *Güera* en su polémico juicio de divorcio.

El barón, ataviado con un fino traje color caqui, tipo explorador inglés, llevó la copa de vino a su boca para contestar:

—Esa roca es una prueba fehaciente de la maravillosa cultura precolombina que dominó estos rumbos siglos atrás. Ni siquiera en Cusco o Cajamarca los incas dejaron un testimonio como éste, que tienen al rayo del sol como si fuera una vulgar fuente o banca de parque.

—¿Sugiere que lo pongamos en un museo especial de la cultura azteca? —preguntó Crisanto, clavando su mirada en el barón, quien se mostraba inquieto por la belleza varonil del franco hispano.

—Eso sería lo mejor —intervino Aimé, el celoso compañero del barón, quien notaba cómo Giresse distraía las fluidas ideas y pensamientos del famoso explorador alemán.

—¿Y qué piensa qué es aquel monolito? —preguntó la *Güera*, hermosa como siempre, enfundada en un encantador vestido color piñón. Con un abanico del mismo color que refrescaba su hermoso y juvenil rostro.

Los ojos del barón se dirigió respetuosamente a la *Güera* para responder:

—Indudablemente es un calendario, María Ignacia. Tomará años descifrarlo en su totalidad, pero a primera vista, eso es lo que parece.

—No muy distinto a lo que dijo Antonio de León y Gama en su momento —repuso Montoya, no queriendo dar tantos halagos al barón.

—Me impresionó más la visita de las alcantarillas de Huehuetoca, amigos —añadió Humboldt, no prestando mucha importancia al comentario lacerante de Montoya.

—¿Qué ocurrió ahí, don Alejandro? —preguntó la *Güera*, pinchando un quesito con un tenedor de plata y llevándoselo a sus carmines labios.

La *Güera* encontraba raro anteponer un don a un hombre tan joven. El barón contaba con treinta y cuatro años en ese entonces. —El virrey tiene a cientos de indios trabajando como animales

en la construcción de un faraónico canal para evitar más inundaciones en la Ciudad de México. Es una obra increíble, en la que aquellos hombres trabajan como bestias de carga hasta casi morir.

No hay ninguna seguridad para ellos. Si en mi propia cara, uno de ellos cayó al fangoso suelo para ser devorado por el lodo. No hubo manera, ni mucho interés de sacarlo de ese pantano infernal. ¿Qué se puede esperar hasta que se culmine la obra? Aparte, les aseguro que ni con ese canal se podrán evitar las inundaciones. El lago de Texcoco está al nivel de la ciudad. Si sigue esa tendencia de hundimiento por parte de la antes isla, llegará el día en que la ciudad esté a menos metros que el lago de Texcoco y el agua del lago por gravedad inundará todo esto, como la sabia naturaleza lo hizo hace siglos. Haber construido esta ciudad sobre un lago fue una reverenda estupidez.

—¡Échele la culpa a Hernán Cortés, señor barón! —dijo Crisanto, atrayendo toda la atención del barón y de su celoso compañero. Una nube de caprichosas figuras de humo flotaba sobre su cabeza.

Sentado frente a ellos con la pierna cruzada y un fino habano en sus labios, el barón lo imaginó como a un rudo hacendado, que pronto lo sometería con su pesado látigo, destrozando su espalda con el fuete, para luego inevitablemente violarlo hasta casi matarlo. Una involuntaria erección causó reacción en el ilustrado alemán.

—En efecto Crisanto. De ahí proviene el error. Si estamos rodeados de montañas, ¿por qué no construyó la ciudad en Coyoacán o en la zona continental?

—Errores lamentables, barón. En cuanto a lo que vio en las obras del canal del desagüe, es nada, comparado con lo que ocurre en las minas de plata de Pachuca, Taxco, Zacatecas y Guanajuato. Le aseguro que se horrorizaría.

El barón sonrió, como si lo dicho por Crisanto fuera una coincidencia divina.

—Precisamente tengo una invitación por parte del conde de la Valenciana para conocer su mina. En verdad esa visita es la parte más importante de mi viaje. Conocer la riqueza minera de la Nueva España es mi prioridad.

Los ojos de Crisanto se iluminaron por vislumbrar un posible plan de ayuda a Martiniano. Visitar la Valenciana, con un hombre tan influyente como el barón de Humboldt, la abría la puerta a la posible liberación del hijastro de Hidalgo.

—Cuente con mi ayuda para llevarlo ahí, barón. Conozco Guanajuato como la palma de mi mano. Allá tengo una casa. Será un honor mostrarle lo mejor del Bajío.

El barón sonrió complacido, a diferencia de Bonpland, quien aparentaba esconder una evidente molestia.

—Usted dígame cuando partimos. —Mañana mismo, barón.

La madre superiora, sentada a la defensiva en su peculiar silla de máxima jerarca del convento de San Diego, recargó su oronda espalda en el mullido respaldo, para en su segura distancia increpar a la extraña mujer que la visitaba.

—¿Dice que es familiar de Elena Larrañeta?

Frente a ella se encontraba una mujer joven, bella y gallarda. Vestía un traje especial para montar a caballo y reflejaba un carácter fuerte, como si fuera una mujer acostumbrada a dar órdenes y ser obedecida. Su largo cabello azabache brillaba como la negra noche y estaba atrapado en una larga cola de caballo. Un fino chal de color gris atravesaba su pecho de manera elegante.

—Así es, madre. Ella no tiene por qué estar aquí como una prisionera. Este no es lugar para que una mujer críe a su hijo.

La madre superiora, como pinchada por una púa en su autoridad, se puso inmediatamente a la defensiva:

—Le informo que ella está aquí por órdenes de Evaristo Obregón. Un gran hombre que dice ser su prometido y que da mucho para nuestra causa, señorita.

—¿Su prometido? Ella vino aquí a tener el hijo de otro hombre, madre. ¿Qué clase de prometido es ése?

La madre superiora se quitó sus lentes de aro para limpiarlos con un paño. Su rostro mofletudo, por una excesiva alimentación, mostraba gruesas gotas de sudor, al ser cuestionada por aquella extraña mujer. Bien había sido prevenida por don Evaristo de no recibir a ningún hombre que preguntara por Elena, pero nunca cruzó por su mente que una bella mujer afrontara este delicado asunto. Inclusive al mismo cura Hidalgo había rechazado, al darle falsas esperanza de que Elena saldría una vez que el niño naciera. La madre superiora había sido sorprendida por esta bella mujer y se sentía confundida.

—Yo no sé a detalle su situación sentimental, señorita. Don Evaristo aquí la recluyó, y yo tengo que responderle. Él es el hermano del Conde de la Valenciana. El paga muy bien por tenerla aquí. Eso es todo lo que le puedo decir.

El gesto de Amparo se endureció. Se acercó un poco más al grueso escritorio de madera. Sacó su pistola y apuntó al grueso cuerpo de la monja.

—¡Escúchame bien, sor puerca! Ordena que traigan aquí a Elena y al niño. Después nos acompañaras a la puerta y nos dirás adiós con una linda sonrisa en tu porcino rostro. Todo el tiempo te estaré apuntando con mi pistola bajo este chal. Si intentas algo contra mí, te meto un tiro entre los ojos, además de que los veinte hombres que están en la puerta del templo, entrarían aquí a violar a todas las monjas, por todas las oquedades que tengan, para luego colgarlas encueradas de los árboles y prenderle fuego a este inmundo lugar.

—¡Usted es el diablo!

—El diablo no existe, vieja fanática. ¡Existe el hombre, que es algo peor!

El barón de Humboldt no salía del asombro al descender los primeros cincuenta metros de la lóbrega escalera que conducía hacia las profundidades de la gran mina de la Valenciana. Acompañado del Conde de la Valenciana y Crisanto Giresse, el barón sospechaba que los primeros metros habían sido maquillados y arreglados para mostrar un rostro falso de lo que en verdad era la mina. Sin darle oportunidad a que don Antonio Obregón lo detuviera, el barón se siguió de largo descendiendo más allá de los retocados metros para encontrarse con la verdadera mina y su horrendo sistema de extracción.

—¿Es esto todo el mineral subido en la espalda de cada hombre?

Don Antonio basculó su respuesta. Si bien sabía que el barón no era un agente del gobierno, también era cierto que lo que viera aquí, lo reportaría tal cual a Europa. El barón era un experto minero. Un aventajado en las técnicas de extracción de minerales en el primer mundo. Un escritor y científico que venía a redescubrir América y a calcular todo lo que esta puede dar a España, o a una potencia conquistadora como Inglaterra, Francia y Prusia. Su versión de las minas de Guanajuato sería conocida por todo el mundo.

—Estoy invirtiendo en un método de extracción que suba el mineral de modo mecánico, señor barón. Evitar que los mineros carguen lo mínimo sobre su espalda es mi prioridad. Sin ellos no somos nada.

Justo en ese instante uno de los mineros pasó junto a ellos en su largo ascenso de 750 metros hacia la superficie. El costal de tela sobre su espalda llevaba una carga de veinte kilos. Sabiendo que el barón venía de visita, le habían reducido la carga 80 kilos. Lo que hacía que el minero se moviera más ágil y seguro.

—¿Cómo te llamas, hijo? —Preguntó el barón al espigado y fuerte minero. Don Antonio había programado a los más fuertes y jóvenes mineros para vender la mejor imagen al naturalista alemán.

—Soy Martiniano López, señor.

Crisanto y Martiniano se reconocieron inmediatamente. La mirada de sorpresa de Giresse le hizo entender que él lo sacaría de ahí. La providencia lo había puesto en su camino.

—¿Cuántos kilos llevas a cuestas?

—Veinte, señor.

El barón tomó con sus albas manos el bulto y confirmó que aquello era la verdad.

—¡Prosigue hijo! No es bueno que te detengas por tanto tiempo. Tus músculos se pueden acalambrar.

El barón miró las contorneadas piernas y musculosa espalda del fuerte minero. Su atracción sexual por los hombres lo traicionaba en todo momento.

—Gracias, señor.

Martiniano continuó el pesado ascenso perdiéndose entre las

escalinatas. Las antorchas empotradas en los muros iluminaban ligeramente el camino. El barón notó que conforme descendían más, el número de ellas se reducía, ganando terreno el negro manto de la oscuridad.

—La carga es muy pesada, conde. Recomiendo que no exceda los veinte kilos. Debe evitarse a toda costa un tropiezo. En estas condiciones sería muy peligroso para el tenatero. Hay menos lámparas de aceite conforme se desciende. Urge corregir eso. El tenatero debe ver bien en todo momento. Un tropezón aquí es mortal.

—Una brillante observación que tomaré en cuenta en seguida, señor barón.

Giresse apretó los dientes con furia ante la hipocresía de aquel hombre. Ganas no le faltaban de gritarle lo que todos sabían. La prudencia por sacar de ahí a Martiniano imperó sobre su furia.

—¿Cuántos viajes hace un hombre así al día?

—Subir y bajar les toma una hora, barón. No les permito más de ocho viajes al día. Evitar accidentes es mi prioridad.

—Le recomiendo que sus mineros se hidraten muy bien y coman buenas porciones de carne para evitar una desnutrición prematura. El constante ir y venir desgasta mucho y hay que recuperar la proteína perdida en el trabajo.

—Quisiera saber más sobre el moderno método mecánico de extracción que utilizan en Europa, barón.

—Su mina es muy rica, señor conde. La facilidad con que se entra y sale de ella por escaleras espaciosas y cómodas es admirable. Aun así, los túneles son demasiado básicos. Un tiro enorme con sólo una abertura por lo alto y sin ninguna comunicación por los lados. Una falta de comunicación entre los diferentes túneles, algo así como una casa mal construida, en donde para pasar de una pieza a otra, es menester dar la vuelta a todo el inmueble. Resulta imposible en estas condiciones introducir carriles para la conducción con carretones. En estos túneles se respira en temperaturas de entre 22° a 25o. Sus tenateros suben y bajan en dicho tiempo por cientos de escalones, por tiros que tienen 45 ° de inclinación o más de echado —El conde, mientras ascendían por el amplio tiro, miraba con asombro al erudito alemán, en su acertado sermón—. Sus tenateros llevan el mineral en costales de hilo de pita. Es un material muy frágil y para no herirse las espaldas, por trabajar desnudos hasta la cintura, ponen debajo del

saco una frazada de lana para evitar los cortes de las filosas rocas sobre sus carnes. Sugiero un saco de gruesa piel. Sus tenateros al subir y bajar deben hacerlo haciendo eses, porque se padece menos en la respiración cuando se corta oblicuamente la corriente de aire que entra de afuera por los tiros.

—¡Asombrosa observación barón! —interrumpió Giresse haciéndose presente. El barón sonrió complacido. Aquel hombre lo enloquecía.

—¿Cuánto paga a la semana a cada tenatero?

—Tres mil pesos semanales, porque se necesitan tres hombres destinados a conducir los minerales a los sitios de reunión, por cada barrenador que hace saltar la matriz por medio de la pólvora.

—Usted podría disminuirlo en dos tercios, si las obras de trabajo se comunicaran por medio de pozos interiores o por cañones adecuados para la conducción en carretones tirados por mulas. Algunas explosiones bien hechas facilitarían la extracción de los minerales y la circulación del aire. Dejaría de utilizar tantos tenateros, cuyas fuerzas pueden emplearse de un modo mucho más útil en otros oficios rentables para la sociedad y menos perjudiciales para su salud. En las lumbreras interiores por medio de enlaces de un cañón a otro para la extracción de los minerales, se podrían colocar unos molinetes para hacer la extracción a brazo por medio de unos malacates.

—¿En qué modo podemos ayudar a los tenateros en la carga?

—En Europa desde hace tiempo los mineros se sirven de robustos mulos en el interior de las minas; las bestias bajan todas las mañanas sin guías y en la obscuridad por escalones, hechos en un tiro que tiene de inclinación 42°. Los mulos se distribuyen por sí mismos en los diferentes sitios en que están colocadas las norias, y su andar es tan seguro, que aquellos hombres acostumbran, por seguridad, entrar y salir de la mina montados en ellos. Además, la bajada de esta mina, es tan rápida, que se podría construir un riel de hierro con carros cargados de mineral destinado para la amalgamación.

Mientras comenzaban el ascenso, Giresse se devanaba los sesos pensando qué maquinaria para liberar a Martiniano de ese infierno. Al salir de la mina se bajaría el telón y los mineros volverían a la esclavitud mortal de los doce a catorce viajes al día con cien kilos en el lomo. Los capataces escondidos en las tinieblas surgirían de nuevo para destrozar sus carnes a latigazos.

Los tres visitantes por fin alcanzaron la salida de la mina. Había

mucho todavía por platicar sobre la mina y la enseñanza prosiguió en la sala de juntas de la oficina. Después viajaron en un elegante carromato a Guanajuato para degustar una comida de reyes. La visita del barón había sido muy útil y el conde la aprovecharía al máximo.

Esa noche, el barón descansaba plácidamente en una de las habitaciones proporcionadas por el gentil Conde de la Valenciana. El día había sido agotador. Crisanto y el barón tenían habitaciones separadas. Una puerta central las comunicaba, en caso de que hubiera interés en ocupar ambas. El inseparable Aimé Bonpland fue comisionado por el barón en otra misión de investigación. Bonpland la aceptó furioso, sintiéndose apartado. Sabía que Alexander perdía la cabeza con el locuaz franco hispano y que llevaba días buscando una oportunidad para estar a solas con él.

El barón escuchó que el picaporte de la puerta intentaba ser abierto por el otro lado del cuarto. Como lanzado por una catapulta el prusiano se incorporó a abrir la puerta. Ahí estaba Crisanto, imponente, enfundado en un traje de capataz como de los usados en la mina.

—¡Crisanto!

—¡*Halt die klappe*! (cállate) —repuso Crisanto con mirada severa. Sus manos se fueron sobre el alemán, que resignado a la fuerza brutal de aquel hombre aceptó resignado su suerte. Crisanto lo empujó por la espalda sobre un sofá, mientras con su navaja reventó las costuras del pantalón del alemán por la cintura, dejándolo caer sobre sus tobillos. Alexander quedó con las blancas nalgas al aire. Dos leves latigazos amorataron sus nalgas, aceptando ser empalado por aquella bestia de las minas. Le encantaba aquel juego inventado por el ocurrente tabacalero, que lo hacía enloquecer. Poco a poco sintió como Crisanto invadía sus entrañas con su enorme falo. «Que dichoso soy de haberme encontrado con este Apolo americano», pensaba con la mirada en éxtasis. Su frente sudaba copiosamente al sentir como aquel falo lentamente penetraba en su cuerpo como si fuera un enorme áspid entrando a su nido. «Que me mate si quiere. Lo adoro y puede hacer conmigo lo que le plazca», se dijo entre dientes en un alemán ininteligible. Su frente perlada por el sudor lo hacía ver como una víctima de la inquisición. El barón con los ojos en blanco aguantaba estoicamente el dolor.

—*Töte mich, wenn du willst* (mátame si quieres)… ah… ah… *Ich liebe dich*, Crisanto (te amo).

Crisanto Giresse y Alexander Von Humboldt enfilaron sus caballos con destino a Michoacán. El incansable barón deseaba visitar el volcán Jorullo,(7) cuyo nacimiento era reciente, tan solo 29 años. Por nada del mundo el audaz naturalista se perdería un evento así.

De pronto un veloz jinete les dio alcance. Los precavidos viajeros llevaron instintivamente sus manos a sus armas para evitar alguna sorpresa. El sorpresivo visitante, vistiendo como uno de los guardias de la mina, no era otro que Martiniano, quien había sido liberado por el Conde de la Valenciana. La sugerencia de liberación se la comentó días atrás el barón al conde, por presión del mismo Crisanto Giresse, que veía aquella como la última oportunidad de salvar al muchacho de una muerte segura. Don Antonio Obregón no le puso ningún pero al enviciado prusiano. Ya manejaría este especial asunto con su hermano Evaristo de algún modo. Don Antonio tenía miedo a lo que el barón pudiera decir a Carlos IV sobre su persona y su mina. Negarle la complacencia al erudito alemán, por un simple esclavo, era muy riesgoso. El extraño gusto del barón por jóvenes guapos eran bien entendido por el conde, que no perdía el tiempo en tratar de analizar sí la conducta del alemán era la correcta o no. «Yo estoy para hacer negocios, no para enderezar árboles torcidos», se decía cómicamente así mismo, el conde más rico del mundo, sentado en su amplio despacho, con una copa de coñac en la mano y un puro *Giresse* en la otra.

En septiembre de 1803 muere José Joaquín Hidalgo, hermano de Miguel Hidalgo. El cura de San Felipe Torres Mochas, sumido en la tristeza por no haber procurado a su hermano en los últimos años, gestiona exitosamente su cambió al curato acéfalo de Dolores. Miguel Hidalgo se convierte así en el nuevo cura de Dolores, lugar de donde en unos años brotaría la chispa incendiaria de la independencia de México. De sus once años vividos en San Felipe, Hidalgo procreó dos hijos más con Josefa Quintana, la bella estrella de sus tertulias francesas. Con dos hijos con Manuela Ramos y dos con Josefa Quintana, Hidalgo supera a Morelos en número de hijos y aventuras con mujeres hermosas. Sus vivencias son compartidas con largas cartas escritas por ambos.

El 9 de diciembre de 1803, se dio cita lo más selecto de la sociedad española en la Plaza Mayor de la capital de la Nueva España. La razón fue la inauguración de la estatua ecuestre del rey Carlos IV, obra maestra del "Fidias valenciano", el famoso escultor Manuel Tolsá.

Cubierta por un grueso velo rojo, la estatua se encontraba sobre un ancho recinto limitado por un barandal de piedra con cuatro puertas

de hierro de primorosa factura.

La Plaza estaba abarrotada al máximo. Era difícil desplazarse entre tanta gente. Desde balcones, árboles, estatuas y postes, los curiosos no perdían detalle del evento. El virrey Iturrigaray y su bella esposa doña María Inés de Jáuregui, saludaban a todo mundo desde la seguridad de su balcón. Por nada del mundo se expondrían al ataque de un lépero resentido, ya sea con un soez insulto o un certero jitomatazo en el rostro.

La *Güera* Rodríguez, Rodolfo Montoya, Lina Ortega y el barón de Humboldt se encontraban en primera fila. La *Güera* refrescaba su hermoso rostro con su fino abanico de pedrería.

—Aquí estuvimos la *Güera* y yo hace nueve años. Justo en este día nueve, que es el cumpleaños de la reina de España —dijo Rodolfo, mientras abrazaba amorosamente a su bella novia.

—Haciendo lo mismo, Rodolfo, pero inaugurando el pedestal donde su ubicaría la estatua verdadera. Con nosotros también estaba Crisanto Giresse —repuso la *Güera*, recordando en su intimidad aquella noche ardiente que pasó con el singular franco hispano. El barón también reaccionó notoriamente al escuchar el nombre del hombre que le arrancaba noches de sueño.

—¿Estuvo Giresse también aquí ese día?

—Claro que sí. ¡Jamás olvidaré ese día!

La mirada de la *Güera* y el tono en que lo dijo, causó celos fulminantes en el barón. Le enfurecía al prusiano el carácter desenfrenado y sinvergüenza de aquel hombre que lo tenía en la cabeza como una aguja atravesada. El solo pensar que también se metía con mujeres lo ponía irascible.

—¿Fue un buen día?

—¡Qué si lo fue, Alexander! Ha sido uno de los mejores días de mi vida.

El alemán sintió ganas de desgreñar a ese mujer frívola que aun siendo casada, hacía de las suyas desenfrenadamente como si fuera un hombre.

—Pensé que estar casada era un freno para actitudes así.

Doña Ignacia se sintió como aguijoneada en su amor propio, y sin miramientos replicó al agresivo barón:

—Yo pensé que el ser un atractivo varón, un destacado noble, un notable científico y un hombre de letras, eran también un freno para actitudes así.

El barón se sintió incomodo con la lacerante respuesta de la astuta *Güera* y mejor cambió el tema señalando a la estatua.

El escarlata manto fue retirado como si fuera un telón de teatro. En el centro apareció majestuosa la estatua ecuestre, fulgurando como un astro por las caricias del radiante sol de la mañana.

Se escuchó un alarido general con vivas al rey, al virrey, y al mismo Tolsá, que casi rompió en llanto de la emoción. Al unísono se escucharon diez cañonazos que estremecieron a la emocionada multitud, que entre empujones buscaba acercarse para posar su mano sobre el caballo metálico o la mineral pierna del rey de España. Las campanas de la catedral e iglesias cercanas comenzaron a tañer en celebración. Los más cercanos al pedestal pasaron a admirarlo y comentarle algo al famoso escultor, que no cabía en su elegante traje por tanta emoción.

Cuando llegó el turno de la *Güera* Rodríguez, le dijo jocosamente:

—Usted sabrá mucho de escultura, señor Tolsá, pero no sabe nada de anatomía.

—¿A qué se refiere doña Ignacia?

Se hizo un curioso silenció, ocasionado por la inquietante aseveración de la polémica señora.

—¡Ningún animal tiene los *güevos* a la misma altura, señor Tolsá! Siempre hay uno más arriba que el otro. Y eso aplica por igual en los hombres. Si no me cree corra al baño y véase en un espejo.

Se escuchó una carcajada general por la puntada de la *Güera*, a la que Tolsá simplemente no supo qué contestar.

—¡Muy interesante dato, doña Ignacia! En verdad no lo había considerado.

Después de este memorable evento, un grupo selecto de invitados pasó al Palacio Virreinal a degustar en compañía del virrey Iturrigaray

sabrosos platillos y buenos vinos. La Güera y el barón estaban dentro de este distinguido grupo. Rodolfo Montoya al no ser requerido, se retiró a gozar un delicioso momento a solas con su bella novia. Debía regresarla a casa en menos de dos horas y había que aprovechar a lo máximo el momento.

La visita del barón de Humboldt continuó por unos meses más en la Ciudad de México. Aprovechando el tiempo al máximo, pasó un tiempo en el Colegio de Minería, donde dio algunas cátedras, atendió exámenes profesionales, planeó perfiles geológicos y dedicó largas charlas a los eruditos del momento. Asesoró al brillante estudiante del Colegio de Minería, Rafael Dávalos,(8) naciendo una sincera amistad entre ellos. Humboldt lo consideró como un talento en fisica en el prestigiado colegio.

En enero de 1804, Humboldt regresó de nuevo a la alcantarilla de Huehuetoca, donde abogó por los desdichados trabajadores del canal del desagüe. Culminó su reporte sobre la mina de Guanajuato y, al igual que las minas de Pachuca, intercedió y abogó por el bienestar de los mineros.

Visitó, en camino hacia el Golfo de México, la grandiosa Cholula. Pasó por Puebla, donde visitó los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl. En Xalapa realizó estudios topográficos del volcán Cofre de Perote, el cual escaló y midió su altura. Con el tiempo encima, solo pudo medir la distancia al gigantesco Pico de Orizaba. Aquel volcán era de prioridad para los navegantes que se acercaban al puerto de Veracruz.

Después de permanecer en Veracruz, del 18 de febrero al 7 de marzo, el barón continuó su viaje hacia la Habana, para de ahí navegar hacia Filadelfia. Alexander von Humboldt recibió una invitación de parte del presidente de los Estados Unidos para pasar unos días en la Casa Blanca. Thomas Jefferson estaba ávido de información sobre México. El hecho de haber recientemente comprado el territorio de la Luisiana a Francia, hacía que los Estados Unidos intentaran expandirse hasta el rio Misisipi. La ambición de Jefferson no pararía ahí, deseaba extenderse hasta las costas del Océano Pacífico y hacia la frontera sur con la Nueva España. Los mapas de Humboldt serían como un faro en la noche para lograr su plan expansionista, cuarenta y cuatro años después, con la improcedente invasión americana en 1847.

(1) 56o Virrey de la Nueva España de 1803 a 1808. Iturrigaray contaba con el apoyo de Manuel Godoy y su notable historial como

militar español, como cadete de infantería, alférez y capitán de los Carabineros Reales. Intervino en la invasión contra Gran Bretaña y Portugal (1762); en la Guerra del Rosellón entre España y Francia (1793). Fue gobernador de Cádiz (1793-1798) y comandante en jefe del ejército de Andalucía (1801).

(2) La plaza del Volador estaba ubicada al sureste de la Plaza de la Constitución. Situada entre la Acequia Real (Corregidora), al norte; por la calle de Porta Coeli (Venustiano Carranza) al sur; al este por la Real y Pontificia Universidad, y al oeste por la calle de Flamencos (Pino Suárez).

(3) El eclipse comenzó a las 2:53 pm, convirtiéndose en total de las 3:58 a las 4:02, y liberando totalmente al sol a las 5:04 pm. Cuatro minutos de oscuridad total, que asombraron al México colonial, aquel 21 de febrero de 1803.

(4) Benito Juárez en su momento llamó al hijo de Morelos "espurio de la patria".

(5) Fue un naturalista, médico y botánico francés, famoso por la expedición a América que realizó junto al barón de Humboldt. En honor a su labor y por haber adoptado Argentina como su hogar en las Américas, dos pueblos llevan su nombre uno en la provincia de Misiones y otro en la provincia de provincia de Corrientes, y un río en Patagonia argentina. El Pico Bonpland es en honor a su nombre, aunque éste nunca visitó la Sierra Nevada de Mérida en Los Andes venezolanos. También llevan su apellido el cráter lunar Bonpland.

(6) Carlos de Montufar y Larrea-Zurbano fue un noble y militar criollo considerado uno de los *libertadores* del actual Ecuador. Luchó junto a Simón Bolívar y fue apodado *El Caudillo*.

(7) El Jorullo es uno de los volcanes famosos que se han desarrollado en el mundo en la historia reciente. El segundo volcán nacido en Michoacán, unos 183 años más tarde, fue llamado el Paricutín, ubicado a unos 80 km al noroeste de su hermano, El Jorullo. El Jorullo nació el 29 de septiembre de 1759. Se produjeron terremotos antes de este primer día de erupción. Una vez que el volcán entró en erupción, continuó así durante quince años, finalmente acabando su actividad en 1774. El Jorullo, como un chipote en la tierra, al crecer destruyó lo que había sido una rica área agrícola. Creció aproximadamente 250 metros desde el suelo en las primeras seis semanas.

(8) Rafael Dávalos fue estudiante del *Real Seminario de Minería* en el año de 1800. Cuando el barón Alejandro de Humboldt visitó la ciudad de México en 1803, Dávalos colaboró con él en la elaboración de diversas cartas geológicas y en el trazo del perfil del camino que lleva de la ciudad de México a las minas de Guanajuato, las más ricas del mundo en ese entonces. Por esta importante colaboración Humboldt lo mencionó en su obra *Ensayo Político*, donde lo considera un joven muy empeñoso y muy adelantado en las ciencias físicas. Finalizados sus estudios, Rafael Dávalos presentó su examen final en 1805, mismo año en que se le contrató para que participara en la instalación de una bomba de columna de agua en la Mina del Morán. A los pocos días de encontrarse en Real del Monte, cayó enfermo, por lo que renunció a ese trabajo y regresó a Guanajuato, donde mejor dedicó su talento como profesor de matemáticas en el Colegio de Guanajuato. Ahí conocería a Hidalgo y lo acompañaría en su levantamiento de independencia en 1810. Hidalgo lo nombró capitán de artillería encomendándole la fundición de cañones. Bajo su dirección se construyeron algunos cañones, entre los cuales se recuerda uno enorme que fue llamado *Defensor de América*. Rafael Dávalos fue detenido por Calleja al encontrarle en sus ropas los planos de los cañones con que se ofendía a los realistas. El 26 de noviembre fue trasladado a la Alhóndiga de Granaditas, en donde fue fusilado por la espalda como traidor al rey, perdiéndose así la vida de un destacado practicante de ingeniería que no dudó un segundo en unirse al cura de la patria desde sus inicios.

10 · Nelson vence a Napoleón en Trafalgar

Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen a veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento.
Benito Pérez Galdós

Desde enero de 1803, el virrey don José de Iturrigaray gobernaba a la Nueva España. A los dos años de su virreinato, la alianza entre Napoleón y el rey de España, Carlos IV, orilló a España a unirse a Francia en su guerra contra los británicos. El poderío naval de Inglaterra quedó demostrado al destruir a la armada invencible de francos e hispanos, con la estruendosa victoria de Trafalgar, donde quedó hundido el poderío naval de los aliados continentales, al par en sus negras intenciones de invadir a la inquebrantable Gran Bretaña.

Para España esta derrota significó el perder contacto con sus posesiones de Ultramar. ¿Cómo defenderlas de Inglaterra, si primero tenían que defender a la península de los belicosos británicos? Los ingleses sabían bien esto, y se lanzaron sobre América a conquistar lo que se pudiera. Iturrigaray, precavido en todo, reforzó a sus ejércitos en la Nueva España y los alistó para una posible invasión por el Golfo de México y por el norte de la Nueva España, al sur de los Estados Unidos. Irónicamente, como David y Goliat, una pequeña isla en Europa amenazaba a un gigantesco continente al otro lado del Atlántico.

Ante el temor de que los anglosajones pudieran apoderarse de algunos puertos en las extensas costas de la Nueva España, particularmente

Veracruz, Iturrigaray llama a un acantonamiento. Las tropas viajan de todos lados hacia el extenso territorio veracruzano, y antes de salir a los campamentos de Jalapa, Orizaba, Córdoba, Perote, Chalchicomula, Acatzingo y Palmar, forman campamento en marzo de 1806, donde practican ataques y defensas en el ejido de La Acordada. Las condiciones para mantener en funcionamiento estas tropas se tornaron muy complicadas. El motivo por el que se encontraban acantonadas era defenderse de un ataque por parte de los ingleses. Sin embargo, el enemigo no parecía tener intención de perpetrarlo. En estas circunstancias, muchos oficiales que no eran militares de carrera, manifestaron un descontento creciente por no presentarse ningún ataque. Por estar ahí, al pie del cañón, no podían regresar a seguir con sus actividades económicas normales, y el virrey no les iba a dar ese dinero, que perdían día con día.

En el mismo año de 1806, los ingleses atacaron por sorpresa Buenos Aires, con el fin de fundar una colonia en las provincias del Río de la Plata. Inglaterra logró ocupar Buenos Aires en 1807, aunque fue obligada a capitular. Aun así, ya estaba en camino otra fuerza inglesa bajo el mando de sir Arturo Wellesley. El dilema era que no se sabía si dicha fuerza se dirigiría a Buenos Aires o a Veracruz.

Ignacio Allende, después de la lamentable muerte de don Jacinto Iturbe, cumplió la promesa hecha al difunto. Desde ese día veía discretamente por el bienestar de Marina López y sus hijos.

Hacer vida con Marina no era posible. Lo hubiera señalado como sospechoso directo en la muerte de don Jacinto, además de que hubiera quedado como un abusador y ventajoso ante su vecinos de San Miguel el Grande, donde él mantenía una imagen honorable. Como medida efectiva a lo anterior, Ignacio contrajo nupcias en abril de 1802 con otra mujer diferente: María de la Luz Agustina de las Fuentes, también viuda de un tal don Benito Manuel Aldama. El matrimonio transcurre felizmente ante la irritación y celos de doña Marina López y Antonia Herrera, madres de Amalia e Indalecio, respectivamente. La tragedia se cierne en

Allende 1804, con la repentina muerte de su amada esposa. Ignacio no tuvo hijos con ella. El oportunista hermano de María de la Luz, don Victorino, le disputa la herencia a su cuñado. Allende gana el juicio y se queda con todo y, como prueba de honorabilidad, por un tiempo no toca ese dinero.

Ignacio Allende reinicia su vida como viudo, en una Nueva España convulsionada por la guerra. Napoleón y Carlos IV se alían para

invadir Inglaterra, lo que pone a las colonias en pos de guerra contra los ingleses en América.

Allende es llamado, junto con sus hermanos a participar en ejercicios bélicos en el ejido de la Acordada. Pasa también un tiempo en la capital, socializando con los estratégicos miembros de la milicia novohispana. Ubica a nuevos amigos, con los cuales comenzará a verter las nuevas ideas libertarias que surgen ante una España amenazada por Inglaterra y el mismo Napoleón Bonaparte, quien no tardará en desconocer su alianza con Carlos IV.

Guacho, el valiente hijo de Cusazo, jefe de los lipanes de los territorios del norte, vivía tranquilamente con su mujer al norte de la desaparecida *Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Azanza*, asentada a orillas del río Salado, en el corazón de la imponente Huasteca Potosina. Guacho había sido uno de los héroes que salvaron a los sobrevivientes de Azanza ante el reconocimiento y admiración del gobierno de San Luis Potosí y principalmente del teniente Félix María Calleja.

Cuatro años habían pasado desde esta tragedia y con el correr del tiempo también la hazaña de Guacho y su gente empezó a olvidarse. Desde que los ingleses y españoles llegaron a Norteamérica, los apaches poco a poco fueron desplazados de sus tierras. Los lipanes de Azanza empezaron a ser odiados y perseguidos de nuevo. No había un lugar donde los apaches fueran bien aceptados.

Mientras la esposa de Guacho y otras mujeres lavaban en el río, cinco soldados del regimiento de Calleja se acercaron sigilosamente a sus víctimas. Sin darles tiempo de nada las nativas fueron sorprendidas. Los despiadados soldados golpearon y violaron a las cuatro mujeres. Dos de ellas murieron ahogadas y las otras dos tardaron semanas en curarse de la brutal golpiza y violación. Los niños, con sus ojos empapados en llanto, contemplaron horrorizados la escena. Al regresar los varones lipanes al río, contemplaron con odio infinito lo acaecido. En una de las lomas vieron claramente a los soldados cínicamente cabalgar de regreso a su campamento. Guacho intentó seguirlos y al acercarse fue prevenido por un disparo de advertencia del jefe del deplorable grupo de amigos. El capitán Cutberto Sotolín miraba con burla a Guacho, que no tenía más que su cuchillo para defenderse. Sotolín y sus compinches continuaron su viaje sin dar más importancia al evento. Guacho decepcionado de los hombres blancos juró vengarse de ellos. El haber salvado de morir ahogados, cuatro años atrás, a los desesperados damnificados de Azanza, le dejaba como pago una esposa asesinada y un niño huérfano de madre. Con un grito

potente como el rugido del puma de las montañas, Guacho advirtió a los forajidos que algún día se vengaría. Como los retratos que alguna vez vio en la iglesia de San Luis Potosí, sus rostros quedaron plasmados en su cerebro. No descansaría un solo día hasta vengarse de todos ellos.

Por influencia del barón Alexander von Humboldt y Crisanto Giresse, Martiniano López, Elena Larrañeta, su hijo Miguel y el hermano mayor de Elena, alcanzaron sanos y salvos el moderno puerto de Nueva Orleans, la perla del Misisipi. Escaparon de la Nueva España navegando de Veracruz a la Habana, y de ahí en un vapor directo al nuevo territorio de la Luisiana, recién comprado por los Estados Unidos a Francia en 1803.(1) Después de unos meses de establecidos ahí, Martiniano fue invitado a unirse a la increíble expedición del capitán Zebulon Pike, para explorar el territorio recientemente comprado a Napoleón. Un extenso territorio de aproximadamente dos millones de kilómetros cuadrados,(2) que lindaba al norte con las posesiones británicas (Canadá), al este con el río Misisipi y al sur y oeste con los extensos territorios de la Nueva España. La Luisiana estaba poblada por alrededor de 35,000 habitantes, la tercera parte de ellas radicando en Nueva Orleans.

La compra fue un logro notable para el presidente Thomas Jefferson, a pesar de enfrentar cierta resistencia interna por parte del Congreso. Aunque había ciertas dudas acerca de la legalidad de la adquisición del territorio, Jefferson decidió arriesgarse a comprarlo porque no le gustaba la idea de que Francia y España controlaran el acceso de comerciantes estadounidenses al puerto de Nueva Orleans. Esta negociación abrió a las puertas a los Estados Unidos a la ambición de extenderse hasta el océano Pacífico, e incrementar de forma espectacular el tamaño de su territorio, por lo que constituye uno de los acontecimientos históricos de mayores consecuencias en la historia de los Estados Unidos y del mundo en general, de los últimos doscientos años.

—Me gustaría ir contigo, Martín —le dijo Elena a su esposo, mientras los tres contemplaban la orilla del imponente río Misisipi en el puerto de San Luis. Con ellos se encontraba Miguelito, un niño hermoso producto de su amor y nacido en el convento de San Diego en Aguascalientes. Miguelito caminaba un poco hacia el río y al notar la inmensidad del agua regresaba corriendo a los brazos de sus padres, arrancándoles una carcajada.

—No puedes ir, mi amor. Es una exploración muy peligrosa. Atravesaremos territorios desconocidos y llenos de indios salvajes.

—¿Y qué ganarás tú con todo esto?

—Aparte de una modesta remuneración, la posibilidad de conocer los territorios dominados por España, Elena. Es importante saber que tan grande es el imperio español y también que posibilidades tenemos de independizarnos de ellos. La verdad no se conoce bien estos territorios. La pasión de la aventura me ciega. Solo será por unos meses. Aquí en San Luis Misuri estarás a salvo de los Obregón, Larrañeta y de cualquiera. Tu hermano estará contigo y el niño.

—La verdad no me gusta que vayas hacia allá. Pero también sé que el barón de Humboldt intercedió por ti y es una manera de agradecerle su apoyo. Si no fuera por su ayuda y la de Crisanto seguiríamos prisioneros de los españoles.

—Me tranquiliza mucho que contigo y el niño está Gonzalo.

—Se hartó de mi padre, Martín. Desde niño se enteró del modo en el que mi padre ganaba el dinero y lo repudió desde entonces. No soporta las injusticias, y se deslindó de todo eso, apoyándome en todo. Mi hermano será una gran compañía en lo que viajas con Zebulon Pike.

—Muchas gracias, Elena. Me estás haciendo ser parte de la historia.

A la tarde siguiente, martes 15 de julio de 1806, Elena, Miguelito y el tío Gonzalo despidieron a Martiniano en el muelle de Belle Fontaine en San Luis Misuri.

Frente a ellos, entre muchos botes rústicos para navegar el río, había dos botes listos para navegar río arriba. El capitán Zebulon Pike daba gritos para que todos abordaran.

—¿Esos indios viajan con ustedes? —pregunto Gonzalo Larrañeta, mientras cargaba a su sobrino, quien a fuerzas quería echar a correr hacia el embarcadero.

—Son cincuenta y un indios, entre Osages y Pawnees. Vienen de visitar al presidente Jefferson en Washington, donde pidieron que los ayude en conseguir la paz entre los Kansas y los Osages, reubicándolos en su aldea original con la tribu Osage. Todos ellos estaban cautivos de los Potowatomies, y el ejército americano los liberó de la esclavitud. Ahora toca a nosotros llevarlos de vuelta y buscar reubicarlos en su aldea original con los Osage, donde deben vivir en paz con las demás tribus.

Hacia ellos se dirigió sonriente el capitán del ejército de los Estados Unidos, Zebulon Montgomery Pike, un hombre de veintiocho años, de estatura mediana, delgado con cabello rubio encrespado.

—*¡Horra de abordarr, Marrtiniano!* —le dijo en un español con pronunciación exagerada en las erres.

Martiniano aprovechó el momento para presentar al famoso capitán que haría historia en la exploración del oeste americano.

—Capitán Pike, ella es mi esposa Elena Larrañeta y mi cuñado Gonzalo Larrañeta.

Pike saludó besando respetuosamente la mano de la bella Elena y estrechando amistosamente la mano de Gonzalo.

—*Un honor conocerrla, señorra. Marrtiniano me ha hablado tanto de usted.*

Elena miró fijamente a los ojos del capitán. Sus ojos eran de color azul marino y se encontraban más centrados de lo normal. Al hablar inclinaba involuntariamente la cabeza hacia un lado.

—El gusto es mío, capitán. Por favor regréseme a mi hombre completo. Se lo ruego. Es padre de este pequeñito y lo necesita mucho.

—*Cuente con ello, señorra. Juntos harremos historria, y en unos meses ustedes platicarrán sobre este histórico viaje bajo el calor de la chimenea.*

Zebulon se agachó para saludar al pequeño Miguel, quien no salía del asombro de ver a los barcos tan de cerca. Después se dirigió amablemente a Gonzalo:

—*Amigo. Con gusto también te invitarría en este viaje, pero San Luis es un sitio peligrroso y no es rrecomendable que una mujer tan bella como tu herrmana ande sola. Prrometo regresarlo sano y salvo*.

—Gracias, capitán Pike —repuso Gonzalo, esbozando una sonrisa en su rostro.

Zebulon Pike y Martiniano subieron al rústico bote y desde la cubierta Martiniano les hizo adiós con la mano. Comenzaba el día uno de la aventura de exploración del nuevo oeste americano y, Martiniano era parte de ello.

Después de la partida del barón de Humboldt a los Estados Unidos, la

Güera Rodríguez se reconcilió con su marido. El proceso del divorcio fue agotador y no se encontró una solución legal viable. Los abogados de ambas partes se estancaron en un proceso legal que sacó dinero a ambos, sin llegar a nada concreto. José Jerónimo Villamil, después de ruegos y promesas a doña María Ignacia, regresó al hogar y volvió a compartir brevemente el lecho con su amada Güera. Producto de esta reconciliación fue el bendito nacimiento de la niña María de la Paz, última hija de este primer matrimonio de doña María Ignacia.

Al año siguiente, José Jerónimo Villamil cayó enfermo, y de la noche a la mañana, murió en Querétaro, producto de una enfermedad fulminante. Don José no pudo conocer a su nueva hija. Así, sin más, pasó a mejor vida aquel hombre atormentado en los últimos años de su vida por los celos, la incertidumbre, la sorna, la candonga y el deshonor. Una buena herencia dejó el difunto a la viuda, que no tardaría en contraer nupcias de nuevo.

Rodolfo Montoya no escatimó un solo centavo en su boda con la bella señorita Lina Ortega. A pesar de las críticas de las damas de sociedad, ante las libertades otorgadas por doña Elsa Ortega a esta relación, su hija se casaba bien, en una boda alegre e inolvidable, de la que se hablaría por mucho tiempo. El marido era un buen partido. Un reconocido capitán del ejército realista. La vida les guiñaba un ojo, y la joven pareja les guiñaba otro, aprovechando el momento al máximo.

En una de las mesas del enorme jardín donde se llevó a cabo el jolgorio, se encontraba Crisanto Giresse, quien venía de Guanajuato en compañía de un amigo octogenario que se moría por conocer a la *Güera* Rodríguez. Crisanto, consciente de la viudez de María Ignacia y de la desbordada admiración que aquel vejestorio sentía por ella, dilucidó un posible final provechoso para ambas partes con este encuentro.

La *Güera* acaba de enviudar y por herencia recibía seis mil pesos al mes, producto del mayorazgo que les dejó el difunto Villamil. Una cantidad muy buena para sobrevivir sin problemas, pero poca para sus desmedidas ambiciones. El octogenario Juan Ignacio Briones sería su siguiente víctima para aumentar sus caudales. Giresse calculaba que no le sobreviviría un año de matrimonio a la *Güera*, y esta quedaría riquísima, ya que este hombre era un fuerte accionista de las minas de Guanajuato.

Giresse cumpliría el capricho y sueño de este centenario. Desde que lo conoció había sacado provecho de él, y continuaría esta tendencia con

su socia María Ignacia.

—Me siento en verdad halagado, doña Ignacia. Es usted la mujer más hermosa con la que me he topado en mi larga vida. Ya se imaginará usted, que sí he tenido tiempo de ver a muchas desfilar en mi larga pasarela.

Tres violinistas engalanaban la mesa con música de Vivaldi. El sol de la tarde a momentos lograba atravesar las gruesas ramas de los árboles para golpear le calva pecosa del ochentón enamorado. A su lado Giresse, con una copa en la mano, reía para sí mismo satisfactoriamente. El enamoramiento navegaba con viento en popa.

—Su vida debe ser muy interesante, don Juan. Una vida tranquila con una economía resuelta y llena de lujos y placeres.

Don Juan era un hombre alto, delgado y encorvado por la edad. Sus ochenta y un años pesaban sobre él como los kilos que cargaban los tenateros de la Valenciana. Hombre viudo y amante de la vida, estaba más que dispuesto a proponer matrimonio a la *Güera*. Sabía que le quedaba poco de vida y su dinero no se lo llevaría como los faraones egipcios. Hasta el último día de su vida se daría la gran vida y el cumplir su capricho de desposar a la *Güera* lo cumpliría.

—La vida ha sido generosa conmigo, doña Ignacia. Soy un bendecido de Dios.

—Lo ha tenido todo, don Juan. ¿Qué más puede pedir al Señor?

—Es cierto lo que dices, *Güera*. Soy un hombre afortunado, pero aun así quiero algo más.

A su lado Crisanto sonrió llevando la copa de vino tinto a sus labios. Sabía lo que su amigo diría sin importarle en nada una posible negativa. Para eso lo había traído a la boda de su mejor amigo.

—¿Algo más?

—Sí, doña Ignacia, o *Güera* te diré. Siento que te subo la edad diciéndote doña.

La *Güera* sonrió coqueta a su pretendiente. Sus años de experiencia anticipaban al detalle lo que el octogenario le diría.

—Llámeme como guste, don Juan. ¿Qué es eso que aún le falta?

—Quiero casarme con usted, *Güera*. Soy un hombre muy, muy rico, y le heredaré todo para que siga siendo feliz cuando yo ya no esté aquí.

—Don Juan, su propuesta es un poco... ¿cómo explicarle?

—No, *Güera*. No me contestes ahora. Piénselo todo el día y llévese mi propuesta a la almohada. Ahora lo importante es disfrutar esta hermosa boda de Rodolfo y Lina. Dejemos lo nuestro para mañana, aunque yo ya no puedo ser tan arrogante como para dejar cosas para mañana, pero en fin. Esta vez será sí.

La *Güera* sonrió satisfecha. Se abanicó el calor del jardín con su infaltable abanico de pedrería. Lo pensaría bien antes de contestarle. La sonrisa maliciosa de su amigo Giresse le dijo tanto, que sabía muy bien porque adoraba tanto a ese cínico hombre, que cambió su vida desde el día que lo conoció. Crisanto Giresse jamás sería para ella, porque Crisanto no era para nadie, más que para él mismo.

Aquella noche la *Güera* no tuvo tiempo para pensar sobre la propuesta de don Juan. En el hotel de Crisanto Giresse volvió a revivir su experiencia de años atrás al hacerle el amor a un hombre que se daba el lujo de ser lo que ella le pidiera ser esa noche. La *Güera* decidió ser poseída y engullida por Amparo Salvatierra. La experta mujer arrancó alaridos de placer a la reciente viuda.

—¡Me vuelves loca, Amparo! ¡Siento delicioso, Amparo! ¡Te amo Amparo!

Fueron las palabras que la *Güera* musitó al oído de Amparo, que por ningún momento aceptó ser Crisanto. La noche se la llevó Amparo y la *Güera* la recordaría toda su vida.

Zebulon Pike continuó su travesía al frente del destacamento de 20 soldados y 50 indios liberados. Martiniano, por su buen español y el sencillo inglés que aprendió con el padre Hidalgo, se desenvolvió rápidamente entre indios y soldados americanos. La expedición siguió su lento avanzar por el río Misuri y el río Osage hasta alcanzar en unas semanas la aldea de los Osage (en la actual frontera de Kansas y Misuri). En esa aldea fueron bien recibidos y devolvieron a los rehenes, parlamentando la paz con los nativos.

Días después continuaron su recorrido hacia el noroeste. El grupo atravesó el peligroso territorio Pawnee a orillas del río Republican (en el sureste de la actual Nebraska).

En la principal aldea pawnee, el 29 de septiembre, Zebulon Pike se

reunió con el consejo pawnee para anunciarles el nuevo protectorado que el gobierno de los Estados Unidos tendría sobre su territorio. Ofendido por las banderas españolas que ondeaban sobre los tipis de la aldea, Pike les ordenó que las retiraran y pusieran las de las barras y las estrellas *Stars and Stripes*, del gobierno protector de los Estados Unidos. El jefe pawnee objetó la petición de Pike con la lógica del momento recientemente vivido con los castellanos.

—Tú retiras bandera española por ser más fuerte la tuya. Ellos venir aquí con más de trescientos soldados armados, y tú solo venir con veinte, jefe Pike. Nos dejas en problemas, si poner tus banderas porque es un hecho que ellos regresaran y nos castigarán por haberlos traicionado —explicó el jefe pawnee, sentado con las piernas dobladas en forma de rombo, chocando las suelas de piel de búfalo de sus mocasines. Su larga pipa lanzaba humo como el de la fogata que asaba un pequeño venado. Su rostro marcado con miles de arrugas como una ciruela pasa, denotaba una gran preocupación.

—Ustedes no pueden tener dos padres. O están con nosotros o están con el padre español, al que ni siquiera conocen. Muchos de los indios rescatados por nosotros platicaron y estrecharon la mano del gran jefe Jefferson. ¿Quién de aquí conoce al padre español?

Se hizo un largo silencio que fue aprovechado por Zebulon para dar otro martillazo a la estaca de la confianza pawnee hacia ellos.

—Jefe Jefferson podría venir algún día con dos mil soldados a fumar pipa contigo. A diferencia del rey de España, quien jamás pondrá un pie en América.

Sin decir más Zebulon y Martiniano retiraron la bandera del tipi del jefe pawnee, reemplazándola por la americana. El jefe no hizo ningún intento en contradecirlos. Si los españoles regresaban, ya buscaría el modo de explicarles lo sucedido.

Esa noche Martiniano platicó largamente con una india pawnee que jalaba la mirada de todos los soldados americanos. El capitán Pike ponía estricto orden en no molestar a las damas. En el caso de Martiniano, el capitán era más condescendiente porque el mexicano era un voluntario y no respondía del mismo modo al código militar de sus hombres. De cualquier modo Pike observó atento que nadie en ningún momento le faltara el respeto a las mujeres pawnee.

El segundo matrimonio de la *Güera* Rodríguez se llevó a cabo de manera discreta. Don Juan Ignacio Briones se convirtió en el hombre

más feliz y dichoso del mundo. Su sueño de compartir el lecho con la mujer más hermosa de la Nueva España se le concedió. La *Güera* Rodríguez se propuso a hacerlo feliz el resto de sus días, que como efecto tobogán se precipitarían más rápido de lo que el anciano tenía previsto. La *Güera* le exigía sexo a diario, a lo que el octogenario respondía con lo que el día le ofreciera. A veces ocurría una erección milagrosa, que como flor de un día la *Güera* aprovechaba al máximo, casi arrancándole la vida al pobre hombre. Otras, el desdichado cumplía con lo que su boca y dedos podían ofrecer.

Así, una fresca noche en la que el anciano descansaba plácidamente después de la batalla ofrecida, la *Güera* se paró al baño. Observó la espalda desnuda del anciano. La columna vertebral sobresalía en el centro de su descarnada espalda como una serpiente de vertebras, como una cadena montañosa en el campo vista desde el aire. La *Güera* sonrió maliciosamente y abrió la ventana de par en par. El viento helado como una niebla de muerte se coló en la habitación, dando un abrazo mortal al octogenario que en cuestión de horas murió de una pulmonía fulminante.

La *Güera* sonreía de cómo el mundo le extendía un tapete rojo para sus planes. El anciano había pasado a mejor vida y en su vientre cargaba la semilla de Crisanto Giresse, quien siempre la previno de amarrar la herencia con un imposible embarazo por parte del vejete.

La expedición Pike continuó su lento avance hacia el oeste, a lo largo de toda la pradera del río Arkansas. Acamparon junto al río el 14 de octubre, donde el grupo se dividió en dos. Una partida, dirigida por el teniente James Wilkinson Biddle, viajó río abajo a lo largo del curso del río Arkansas hasta su desembocadura y regresó por el Misisipi hasta San Luis Misuri.

Zebulon Pike dirigió la otra partida río arriba, en dirección oeste, remontando hacia las fuentes del río. Cruzaron una zona donde claramente se veían las recientes huellas de la caballería española. Surgió el temor de ser sorprendidos por los castellanos quienes estaban armados y casi alcanzaban cuatrocientos miembros. En un sitio donde ellos pernoctaron se contaron cincuenta y nueve fogatas, si había siete personas por fuego, fácilmente rebasaban esa cifra de más de trescientos soldados.

Pike se decepcionó tanto de la planicie americana, una gigantesca mesa de billar sin una colina en cientos de kilómetros a la redonda, que llamó a esas praderas que cruzaba: «El Gran Desierto Americano». (3) Un término que sirvió para desalentar la colonización del oeste

americano por décadas.

El 28 de octubre la expedición emprendió de nuevo el avance hacia el oeste siguiendo el río Arkansas. Encontrar el origen del río era la siguiente meta del aferrado capitán Zebulon Pike.

Martiniano había quedado flechado por una flecha pawnee, pero no de madera sino de amor. La belleza de la nativa Tana deslumbraba al hijastro de Hidalgo. Por más que Pike había intentado en hacerlo recapacitar de su locura de amor, Martiniano no hacía el menor caso a los sabios consejos de su amigo. Esperanzado en que con el correr de las semanas el mexicano pudiera desintoxicarse, Pike dejo que el romance siguiera.

La muerte de Briones no sorprendió a nadie, ni al mismo candente novio, que ya tenía arreglado su testamento, teniendo como albaceas en Guanajuato a su hermano José Briones y su sobrina María Dolores Gil y Briones de Guedea, dejándoles como principales bienes las haciendas de Santa María y San Isidro. Como una gran traición al acuerdo que tenían, el difunto excluyó a la *Güera* del testamento.

María Ignacia sacó su as de la manga al anunciar su embarazo y presentar meses después a Victoria, supuesta hija del difunto don Juan Ignacio Briones. María Ignacia hizo entrar al cuarto de alumbramiento a los notarios, para que constatasen que no había ningún bebé oculto y que Victoria emergía de sus entrañas a jalar su primera bocanada de aire. Los notarios se impresionaron más por la belleza desnuda de la *Güera* que por la inocente bebita que llegaba al mundo.

María Ignacia, después de este hecho grandioso, peleó la herencia y se quedó con las dos haciendas en disputa, dejando sin nada a los primeros herederos.

Crisanto Giresse y la *Güera* disfrutaban de un sabroso desayuno en la casa de María Ignacia. A su lado en una cunita portátil dormía plácidamente la niña que ambos premeditadamente habían concebido. La fortuna del anciano Briones ya era de la *Güera* y los dos brindaban triunfantes.

—Esta niña es tu misma cara, Crisanto. ¿Crees que la gente no lo nota al verla? En nada se parece al vejete Briones.

Crisanto dio una profunda fumada a su habano. Lanzó figuras caprichosas sobre su cabeza para alegremente decir:

—Bienvenido este angelito al mundo. La verdad nunca pensé tener un

hijo. El matrimonio es algo que no entra en mis planes.

Mientras tenga un hálito de vida, nada le faltará a esa niña. ¡Nada *Güera*! ¿Me oíste? ¡Nada!

—Lo sé, Crisanto. Una dicha contar con tu apoyo. Sé bien que tú y yo jamás haremos vida juntos. Acepto tu situación sin ningún reclamo. Sería muy complicado para mí casarme con Crisanto y Amparo a la vez.

Crisanto sonrió afable. Aquella mujer entendía todo a la perfección. Se sentía dichoso de tenerla como amante y como madre de su hija. La *Güera* duraría sin esposo lo que un perro callejero sin pulgas, y eso los dos lo sabían bien.

El 4 de noviembre de 1806, Zebulon Pike y sus hombres se acercaban poco a poco, sin saberlo, al nacimiento de las ciclópeas Montañas Rocosas.(4) Después de días y días de viajar sobre la planicie, sin nada más que contemplar que la inmensidad del campo a su alrededor, cubierta por miles pastizales invadidos de perritos de las praderas, búfalos, venados y caballos salvajes. Su sorpresa fue mayúscula al de repente quedar atrapados en medio de una interminable manada de miles de bisontes.(5) Un océano de pieles marrón que cubría el horizonte en cualquier dirección, ante el asombro de los viajeros.

Por la seguridad de todos los viajeros el grupo permaneció por varias horas en un promontorio rocoso. Desde ahí contemplaban el lento avance de la marea marrón hasta que la noche los atrapó. Como bendecidos por la suerte, Martiniano y Tana quedaron a solas en un pequeño risco en donde nadie los veía. Mientras siguiera la pleamar marrón el momento era suyo.

Martiniano, olvidándose de su familia en San Luis Misuri, de su padrastro en San Felipe Torres Mochas; de Crisanto y Von Humboldt, que lo sacaron del infierno de las minas de Guanajuato, inconscientemente se entregó en alma a llenar de amor y placer a la atlética india pawnee, que lo montaba como los suyos hacían con los mustangos salvajes que atrapaban en la pradera americana.

—Te amo, Martín... Te amo. Soy tu *eskuo* (*squaw*)(6)... soy tuya... toda tuya... ah...

La india pawnee al alcanzar el éxtasis casi destrozó la espalda de Martiniano arañazos. Martiniano sólo sonrió satisfecho al vaciarse completamente en ella.

—Yo también te amo, Tana. Me quedaré contigo para siempre, mi bella *eskuo*. ¡Para siempre!

El 27 de octubre de 1807, Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, dueño de la voluntad del rey Carlos IV y del corazón de su mujer, la reina María Luisa, firma un tratado que permite libre paso a las tropas francesas hacia Portugal. Este tratado conocido como de Fontainebleau, se convierte en la puerta de la invasión y conquista de la misma España, con la subsecuente afectación a las colonias ultramarinas, que empezarían a considerar su posible independencia o declaración de guerra hacia Napoleón. A mediados de 1808, Carlos IV, por presiones de Napoleón abdica a favor de su hijo Fernando VII, apodado el Narizotas, quien hace otro tanto a favor del emperador de los franceses. La familia real queda presa en Bayona, ante la tristeza y desesperación de todos los españoles.

En la Ciudad de México surgió el debate sobre a qué autoridad en España había que obedecer. La Audiencia, como si nada hubiera ocurrido, pospuso cualquier resolución, esperando a que los monarcas en breve regresaran a sus puestos.

Los ayuntamientos de México y de otras ciudades importantes, desesperados por esta anarquía, desarrollaron una conducta autonomista. El influyente grupo de nobles encabezados por los marqueses de Uluapa, Guardiola y San Juan de Rayas, con el apoyo de los condes de Sierra Gorda, Medina, Casa Alta y Regla, presionaron al virrey para que formara un nuevo gobierno independiente y provisional. Mientras Iturrigaray basculaba este agresivo proyecto, los licenciados Juan Francisco de Azcárate y Primo de Verdad, así como el oidor criollo Jacobo de Villaurrutia, discutían sobre un posible gobierno elegido por el pueblo, viendo por el beneficio del mismo. Algo parecido a lo que se veía en los Estados Unidos. Presionaban a Iturrigaray a que formara una junta con representantes de las corporaciones del virreinato, así como con delegados de las demás ciudades. Ya se contaba con el apoyo de los ayuntamientos de Querétaro y Jalapa, los cuales ofrecieron mandar sus respectivas diputaciones.

El 23 de julio de 1808, Iturrigaray accede a estas alternativas, ganándose con esto el repudio de los peninsulares. Las juntas se prolongaron por todo un mes, del 9 de agosto al 9 de septiembre. Los peninsulares al ver que los criollos dominaban en estas reuniones, organizaron una conjura para destituir al virrey. Las noches del 15 y 16 de septiembre de 1808, el grupo liderado por Gabriel de Yermo, enemigo acérrimo de Iturrigaray, detuvieron al virrey y por orden de

la Real Audiencia nombraron a Pedro Garibay, sustituto moldeado al modo de los peninsulares.

En julio del año siguiente, Garibay fue removido como virrey por la Junta Central española, plenamente reconocida por los golpistas con el objetivo de reconstruir la monarquía. Garibay fue sustituido por el obispo Francisco de Lizana y Beaumont, el 9 de julio de 1809.

El arzobispo apenas tuvo el poder, mostró su verdadero sentir aliándose con los criollos y desconociendo a los peninsulares, quienes desde un inicio lo abanderaron para alcanzar el puesto de virrey.

El 9 de noviembre de 1806, Pike se encontró con las huellas de un campamento español. Los rescoldos de noventa y seis fogatas daban una idea de las dimensiones del batallón que había pernoctado ahí algunas noches atrás. Debían ser no menos de 900 soldados españoles, señoreando sus dominios en busca de invasores.

El paisaje comenzaba a cambiar. Ya no era la perenne mesa de billar de semanas atrás. El horizonte comenzaba a poblarse de pequeños cerros y colinas verdes.

El 15 de noviembre Pike y el grupo distinguieron en la distancia algo que parecía una nube azul. Al mirarlo detalladamente con el miralejos, se dio cuenta que era un gigantesca montaña. La llamó "Pico grande."(7) Una enorme montaña acompañada de cientos de otros picos de menor tamaño, levantando una muralla gigantesca que se extendía interminable de norte a sur. Una barrera infranqueable de montañas coronada con las nieves eternas de las grandes alturas.

El 22 de noviembre los expedicionarios fueron sorprendidos por un grupo de 60 guerreros pawnees que andaban en plan de guerra. El intimidante jefe de ellos, Petalesharo, reclamó airadamente a Pike que uno de sus hombres le había robado a la prometida de uno de sus guerreros. Zebulon trató de calmarlo, pero el jefe exigió que le entregara al infractor junto con la mujer. Escondidos entre unas rocas Martiniano y Tana contemplaban la escena. El feroz jefe Pawnee superaba por tres a los hombres de Pike y sabía que en un ataque era muy probable que exterminara a todos.

Mostrando sensatez, antes de lanzarse en una batalla donde muchos morirían, Petalesharo propuso un duelo a muerte entre Martiniano y el humillado novio. De ese modo no se regaría más sangre que la de los enamorados y no habría más tragedias que lamentar. Cuando Pike intentaba disuadirlo, Martiniano emergió entre las rocas gritando que

aceptaba el reto. Pelearía a muerte con *Blue Beaver* por el amor de Tana.

—¿Estás seguro de esto, Martiniano? —dijo Pike tratando de disuadirlo.

Martiniano se despojó de su camisa y miró retadoramente a *Castor Azul*. Las cicatrices de los latigazos en la espalda arrancaron un ah de admiración en los pawnees. *Blue Beaver* intimidado por las cicatrices, escupió al suelo con mirada de odio. Físicamente los dos eran muy parecidos. Ninguno llevaba ventaja al otro, ni en musculatura ni tamaño.

—No quiero que nadie más muera por mi culpa. Yo me robé a esta mujer y debo pelear por ella.

—Pero ese indio pawnee es un guerrero, Martín. ¿Qué sabes tú de pelear cuerpo a cuerpo?

—Quisiera ver si el indio ése aguantaría las jornadas que yo soporté en las minas de Guanajuato.

—Qué Dios te cuide, Martin.

—No meta a Dios en esto, capitán. Lo ofendemos con sólo pensar que él intercede en estupideces como estas. Estoy seguro que él tiene cosas más importantes que hacer en el mundo, que mirar el duelo de dos insignificantes criaturas, que él creó, y no tiene por qué prestar la menor importancia en ellos, cómo para ver si les va bien o mal.

—Hablas muy raro, pero profundo, Martín.

—Mi padre es cura y he discutido mucho con él sobre esto. A él le debo mucha de mi filosofía.

Pike lo miró condescendiente. Temiendo lo peor, en ese duelo que no encontraba como evitar.

Petalesharo y Pike acordaron que el duelo sería a mano limpia. Sin armas. No había dos cuchillos iguales como para hacer un duelo justo a cuchilladas. A mano limpia nadie llevaba ventaja.

Los pawnees y expedicionarios hicieron un círculo en el que encerraron a los duelistas. Tana, aterrada por lo que se venía, abrazó nerviosa al capitán Pike. En lo alto del azul cielo dos águilas señoreaban las alturas sin prestar atención al incongruente mundo de

los humanos.

Petalesharo dejó caer su brazo como señal de que el duelo iniciaba. *Blue Beaver* se abalanzó sobre Martiniano tratando de tomarlo por la cintura para llevarlo al suelo. Martiniano echó el cuerpo para atrás abriendo el compás de las piernas. Midiendo bien al rival recibió el empuje del pawnee con un rodillazo que el indio esquivó moviendo a tiempo la cabeza. El rozón de la rodilla le causó un leve raspón que no le tardaría en sangrar. De nuevo el indio se lanzó sobre la humanidad de Martiniano, quien aprovechando el impulso de su rival, lo levantó con las piernas en el aire al dejarse caer por la espalda hacia atrás. *Blue Beaver* cayó al suelo desconcertado. Se incorporó de nuevo para hacer frente a su hábil rival. Se lanzó de nuevo al ataque, lanzando un puñetazo que rozó levemente a Martiniano. El mexicano sintió la fuerte pegada del pawnee, quien en otro embate lograba impactar su rostro haciéndolo ver estrellitas.

El pawnee arrogantemente se sintió ganador, al ver al mexicano trastabillando por el certero impacto. Con un grito de animal rabioso se lanzó sobre él, pero esta vez Martiniano calculó bien la ofensiva tomando al pawnee del cuello. Cuando el indio intentó girarse, sintió el asfixiante apretón de cuello por los potentes brazos del enemigo. La fuerza de Martiniano se dejó sentir paralizando al indio, a quien poco a poco le arrancaba la vida con el asfixiante abrazo. Los pawnees miraban asombrados la facilidad con la que el mexicano liquidaba al humillado novio. Después de unos segundos el pawnee dejó de moverse. Martiniano aflojó sus potentes brazos a unos segundos antes de matarlo. Ese buen gesto lo aceptaron positivamente los pawnees. Martiniano ganaba y perdonaba la vida de su víctima, ganándose la admiración y respeto de Petalesharo, quien ordenó el reconocimiento del vencedor y la retirada pacífica del campamento.

—Mexicano ganar bien y ser hombre de honor al perdonar vida de mi sobrino. Petalesharo respeta mucho mexicano. Tana ser tu mujer de ahora en adelante, mexicano.

—Gracias, gran jefe Petalesharo —respondió Martiniano, recibiendo el abrazo del gran jefe pawnee.

Petalesharo se despidió de Zebulon Pike con otro abrazo cordial. Pike sabía que se habían salvado de milagro de ser exterminados por los orgullosos pawnees.

—Hasta luego, gran Jefe Pawnee —repuso Pike con sinceridad, regalándole uno de sus filosos cuchillos. Petalesharo aceptó gustoso el

regalo, entregándole un chaleco de piel de búfalo.

Los pawnees se alejaron de ahí lanzando ruidosos gritos como si fueran una manada de lobos tras una nueva víctima.

(1) Un inmenso territorio de 2,144,476 km2, al irrisorio precio de 15 millones de dólares u 80 millones de francos franceses.

(2) Más extenso que el México actual con 1,964,375 km2. La compra comprendía los territorios de los actuales estados de: Arkansas, Misuri, Iowa, Oklahoma, Kansas, Nebraska, Minnesota al sur del río Misisipi, gran parte de Dakota del Norte, casi la totalidad de Dakota del Sur, el noreste de Nuevo México, el norte de Texas, una sección de Montana, Wyoming, Colorado al este de la divisoria continental, y Luisiana a ambos lados del río Misisipi, incluyendo la ciudad de Nueva Orleans. Además, la compra comprendía partes de las provincias actuales de Alberta y Saskatchewan, en el actual Canadá. Este territorio representa el 23% de la superficie actual de los Estados Unidos.

(3) Las Grandes Llanuras es una alta y amplia meseta que se extiende al este de las Montañas Rocosas, en el continente americano, y cubre el estado mexicano de Coahuila, los estados estadounidenses de Nuevo México, Texas, Oklahoma, Colorado, Kansas, Nebraska, Wyoming, Montana, Dakota del Norte y del Sur. En territorio canadiense, se extienden por las provincias de Alberta, Saskatchewan y Manitoba. Un gigantesco territorio de 3200 km de largo, 800 de ancho, con 1,300,000 km2 de superficie y una altura máxima sobre el nivel del mar de 1680m.

(4) Las Montañas Rocosas, como una serpiente rocosa sobre las planicies, se extienden por cerca de casi 5,000 km, en Canadá, en la Columbia Británica y Alberta; pasando sobre los Estados Unidos por Idaho, Montana, Wyoming, Colorado hasta alcanzar Nuevo México. La cordillera cuenta con paisajes espectaculares, fauna diversa y azules lagos alpinos. Por el *Parque Nacional de las Montañas Rocosas de Colorado* cruzan numerosos senderos de excursión y la famosa ruta escénica *Trail Ridge Road*, una carretera de 76 km que alcanza un punto alto a 4,000 mts.

(5) En 1830 había 60 millones de bisontes. En 1895, ya no había más. En tres décadas los norteamericanos, con sus rifles Spencer y Winchester de repetición, acabaron con esta preciosa especie. Les disparaban indiscriminadamente desde trenes en marcha. Un solitario

cazador de búfalos que no mataba cien por día había tenido un mal día. Hoy en día, gracias a los esfuerzos del gobierno de Estados Unidos y México hay entre 350, 000 en América.

(6) Termino para nombrar a la esposa o compañera de un hombre blanco. También es vagina, entre los indios norteamericanos.

(7) El pico Pikes es una montaña en la cordillera Front, en el centro del estado de Colorado y en la parte oriental de las Montañas Rocosas. Perteneciente al condado de El Paso, constituye uno de los picos más altos, con una altitud de 4,302 metros. Su primera ascensión ocurrió en 1820 con Edwin James. Zebulon Pike lo descubrió en 1806. En su honor la montaña lleva su nombre. Intentó conquistar su cima pero el crudo invierno se lo impidió, quedando todo en un valiente intento.

11 · Vientos de libertad

Cuando el pueblo salta sus barreras, casi ningún esfuerzo es bastante poderoso para detenerlo.
Guadalupe Victoria

Dios le daba otro hijo, pero también le arrebataba a su joven pareja, ante los ojos de impotencia del doctor y enfermeras, que nada podían hacer para contener la fatal hemorragia. El cura Morelos, no podía fungir en ese momento álgido como el marido abatido, el viudo destrozado. Sólo hizo lo que podía hacer en su carácter de cura: dar la extremaunción, como lo haría cualquier cura de pueblo.

Brígida Almonte moría frente a él, desangrada por dar vida, en medio de angustiosos gritos de dolor en el parto de la niña Guadalupe Almonte. Brígida dejaba dos hijos al cura viudo de Carácuaro.

Con la pequeña Guadalupe en sus brazos y Juanito tomado de su mano, el adolorido cura abandonó el solitario cementerio, donde solo unos cuantos allegados se habían dado cita. El adolorido cura emprendió el camino de regreso a casa, ante la compasión de todos los curiosos que sabían que el cura era padre y viudo de dos criaturas. Por más que intentó por años el mantener este secreto, ahora se daba a conocer ante todo mundo de la manera más triste.

A partir de esa nublada tarde, José María comenzaría a guisar, alimentar y acostar a los niños. Haría todo lo que por algunos años le hizo la abnegada muchacha que lo convirtió en la oveja descarriada de Carácuaro. Sabía que ya era igual o peor que Hidalgo, y era por eso que se entendían tan bien en sus incendiarias cartas. Los dos curas de la libertad, sin saberlo todavía, estaban a unos cuantos meses de

convertirse en los Mártires de la Nación.

Extasiado con la visión de la Montaña Azul, que Zebulon Pike divisó en la distancia el 15 de noviembre de 1806, el valeroso capitán decidió lanzarse a la conquista del hipnotizante pico nevado. Acompañado de dos fuertes soldados, Martiniano y el doctor John Robinson, Pike alcanzó la cima de la Montaña Rosa,(1) paso obligado hacia la conquista de la cima de la Montaña Azul. La Montaña Azul quedaría sólo en un intento. Caminando con la nieve hasta las rodillas los expedicionarios sufrieron congelamiento de algunos dedos de los pies. La falta de alimentos y ropa adecuada, obligó al capitán ordenar el regreso a la base (Pueblo Colorado), donde el resto de los viajeros los esperaban. Años después se haría justicia a este esfuerzo nombrando a la Montaña Azul como el *Pico Pikes*.

Días después Pike y sus hombres emprendieron el camino hacia el norte, siguiendo la brecha de la caballería española que bordeaba el río Arkansas. Una gran decepción invadió al capitán Pike al darse cuenta que había viajado dos semanas en círculo. Ciento veinte kilómetros derrochados inútilmente para regresar al mismo punto de partida.

La exhausta expedición, sufriendo fríos extremos, pasó la navidad en un improvisado refugio en las montañas Rocosas (Salido Colorado). Ahí se relajaron y descansaron, comiendo carne de búfalo y calentándose con leña. Esperando a que con los días bajaran las intensas temperaturas.

Zebulon Pike no estaba dispuesto a pasar todo el invierno comiendo búfalo y calentándose las manos en el fuego. Días después Pike partió río abajo con sus hombres en busca del río Rojo, el cual sólo se podía alcanzar cruzando parte de las montañas Sangre de Cristo.

Zebulon Pike se encontraba perdido y sus hombres lo sospechaban. Sus seguidores estaban pagando muy caro el error. Confundiendo el río Rojo con el Grande (Río Bravo), dirigió toda su gente hacia territorio español. Bordeando el curso del río fue que llegó a un sitio agradable donde construyeron un improvisado fuerte. Ahí descansaron varios días, mientras el doctor Robinson viajó solo a Santa Fe a arreglar un asunto legal con una deuda.

El gobernador de Nuevo México, don Joaquín Alencaster, por labios del mismo doctor, se enteró de que había una fortificación con soldados norteamericanos en su territorio. Alencaster, sin dudarlo un segundo, mandó a sus soldados a detener a todos los invasores.

El 26 de febrero de 1807, Pike y sus hombres fueron sorprendidos y arrestados por un agrupamiento español. Pike no opuso resistencia y aceptó su suerte con bravura.

El gobernador Alencaster envió a los prisioneros a Chihuahua. Lo que le permitió a Pike conocer lugares de México de los que jamás hubiera soñado. El comandante Manuel Salcedo lo retuvo ahí hasta junio de 1807, cuando ordenó su regreso a los Estados Unidos.

Salcedo reunió a Pike con Juan Pedro Walker, un cartógrafo de su entera confianza, que revisó en detalle los documentos confiscados a Pike. Mientras Pike estuvo con Walker, tuvo acceso a varios mapas muy certeros del suroeste de la Nueva España. Así, de viva plática con los mexicanos, se enteró del descontento que reinaba desde décadas atrás con la dominación española.

A pesar de todo lo explorado por Pike, el presidente Thomas Jefferson no le haría justicia como explorador aventurero. Lo acusó de estar de acuerdo con Wilkinson en levantarse en armas en los territorios españoles para formar una nueva nación independiente de los Estados Unidos y España. El plan maestro era obra del polémico Aaron Burr, (2) contendiente a la presidencia de los Estados Unidos años atrás y victimario de un rival político en un polémico duelo a muerte del que se derramó mucha tinta en Washington.

Como broma del destino, Martiniano fue encarcelado en Chihuahua por el comandante Salcedo. El hecho de ser un mexicano ayudando a los estadounidenses a explorar territorio español lo puso a un paso del cadalso. Corrían rumores de que Pike era un explorador con intenciones anexionistas para los Estados Unidos y el mexicano cargó con la cruz más pesada. Salcedo lo interrogaría severamente a pesar de ya haber liberado semanas atrás a Pike y sus hombres.

Pike y el resto de sus hombres fueron puestos en libertad, con una escandalosa protesta en la frontera con los Estados Unidos en Luisiana, el 1 de julio de 1807.

Tana fue regresada con el grupo a los Estados Unidos, dejando destrozado al ilusionado mexicano enamorado, que perdía todo, como si el diablo le metiera de nuevo el pie. Como era lógico, Tana terminaría de esposa de uno de los jóvenes soldados americanos, antes de que Martiniano pudiera salir de su encierro meses más tarde.

María de la Natividad Josefa Ortiz Girón nació en Valladolid en 1771. (3) Quedó huérfana desde pequeña, bajo la protección de su hermana

mayor María Sotero, quien notando su talento, solicitó un lugar para Josefa en el prestigioso Colegio de las Vizcaínas, donde ingresó como una brillante estudiante en mayo de 1789.

El licenciado Miguel Domínguez, singular visitante del colegio, puso el ojo en Josefa en una de sus tantas rondas. Viudo a los 35 años, contra los apenas 20 de Josefa, orilló a que María Sotero la sacara del colegio dos años después, en un intento desesperado por alejarla del ventajoso hombre maduro, que no dejó de insistir hasta hacerla su esposa en 1793.

Por amistad con el virrey don Félix Berenguer de Marquina, Miguel Domínguez fue nombrado Corregidor de la ciudad de Querétaro en el año de 1801. Desde ese día Josefa se convirtió en la Corregidora. Mujer inteligente y sensible, inmediatamente hizo buenas migas con la sociedad Queretana. Analizó profundamente la situación social y de injusticia que vivían los criollos e indígenas de la región.

En 1809, el corregidor estuvo un tiempo en la Ciudad de México, donde el virrey le encomendó organizar el virreinato de acuerdo a las corrientes democráticas, representativas e igualitarias del momento. Las tertulias para conversar sobre lo que más le convenía a la Nueva España ante una España sometida por Napoleón, eran comunes en el Bajío y en la capital. Había quienes sugerían esperar a que Francia regresara la corona a los borbones; otros presionaban para formar un nuevo gobierno en la Nueva España, un nuevo gobierno que respondiera a España, Francia o totalmente libre de ambos. Una nueva nación libre e independiente como los Estados Unidos. Aquellos vientos de libertad perturbaban a los intelectuales y militares criollos, que odiaban a los peninsulares por un agobiante abuso de siglos sobre las colonias americanas. El momento de hacer algo relevante parecía haber llegado y algo bueno saldría de estas polémicas tertulias de libertad.

En la flamígera tertulia de aquella tarde, en la mismísima casa de los corregidores, se presentó un hombre que perturbaba lo sentidos de la joven Corregidora. Era el capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, don Ignacio Allende, quien con pretexto de cortejar a Pepita, la hija de doña Josefa, también había puesto sus ojos conquistadores en la mismísima Corregidora, quien llevaba tras de sí varias noches de insomnio, al no saber qué hacer ante los encantos de tan gallardo capitán.

—El momento de separarnos de España ha llegado, señores — los presentes miraban a Allende con profunda atención—. La Nueva

España necesita desconocer a su madre patria. Jamás creceremos como nación, mientras los peninsulares se lleven todas las riquezas nuestras a Europa. ¿Cómo vamos a obedecer a un rey encarcelado, que ya no gobierna a nadie? Un pobre títere que hasta para ir al baño tiene que pedirle permiso a Napoleón. Aceptar el yugo francés es equivalente al suicidio. Que nos gobernara el cornudo de Carlos IV y después su hijo el Narizotas, era de por si deplorable, pero que ahora nos gobierne Napoleón, es como ser una suripanta y solo cambiar de padrote.

Los congregados se miraron entre si apenados. Las sarcásticas palabras de Allende eran como navajas que les causaban laceraciones. La corregidora no prestaba tanta atención a sus palabras. Doña Josefa estaba más preocupada en cómo se escaparía esa tarde, para por primera vez estar a solas con aquel hombre que la enloquecía. El corregidor Domínguez era un hombre avejentado, casi veinte años más grande que Allende. Un hombre viejo, enjuto, con un enorme vientre como si tuviera siete meses de embarazo. Comparar lo atributos físicos de Allende con los del corregidor, era como comparar a un poni con un corcel de guerra.

El corregidor admiraba el hercúleo físico de Allende, el cual lo intranquilizaba. No olvidaba aquella tarde en la que Allende en un improvisado ruedo de pueblo, se quitó la camisa para lazar a un caballo bronco y luego montarlo hasta someterlo. El corregidor, como todo esposo que conoce a su pareja en la intimidad, leía perfectamente la mirada de admiración y deseo de su esposa, cuando observaba a Allende jalar vigorosamente de la cuerda para someter al brioso potro salvaje. Bañado en sudor se acercó sonriente a la familia para entregarle a la joven Pepita Domínguez, la rienda del ahora dócil caballo. Domar potros salvajes, torear gigantescos astados, nadar como un tritón en turbulentos ríos y enfrascarse en salvajes golpizas de barrio por el amor de una dama, eran cosas que Allende había hecho toda su vida; a diferencia del endeble corregidor que lo más brusco que llegaba a hacer era montar a su esposa, caminar a misa o subirse a una diligencia.

—Necesitamos correr la voz para conseguir más seguidores y todos juntos cualquier día de estos proclamar la independencia de México. El momento de gobernarnos nosotros mismos ha llegado. No necesitamos a ningún español o francés para que nos diga lo que es mejor para nosotros.

Al escuchar la palabra México los congregados abrieron los ojos sorprendidos. Escuchar la Nueva España era lo socialmente correcto.

Decir México era una arrogancia que causaba escozor en los peninsulares. Algo impropio y fuera de lugar. Geográficamente México no existía, existía la gloriosa Nueva España, con su capital sobre las ruinas de la gran Tenochtitlán.

—Lo que sugiere es socialmente posible, capitán. Lo que lo hace imposible, es lograrlo sin la fuerza de las armas. Por la buena o con un papelito firmado jamás se logrará nada —comentó la corregidora, atrayendo la atención de los congregados. La bella señora llevaba su cabello suelto, cayendo en cascada sobre su menuda espalda. Josefa era una bella mujer de piel morena clara con unos bellos ojos negros. A sus treinta y siete años se encontraba en la plenitud de su belleza y el atrevido capitán Allende lo sabía.

—Yo, como capitán y gran amigo de militares criollos de alto rango, me comprometo a juntar una milicia fuerte y decidida a luchar contra los españoles, apenas pongamos el grito de libertad.

—Eso es muy bueno, capitán Allende. Además de los militares a los que usted lideraría, necesitamos a alguien que pueda levantar a los indígenas del Bajío. Una especie de indio Mariano. Una figura de respeto. Una especie de Cuauhtémoc o Cuitláhuac que los indígenas sigan ciegamente hasta la muerte, si es preciso. Una especie de tlatoani intentando reconquistar Tenochtitlán o Tzintzuntzan.

Allende se acarició sus abultadas patillas. Las palabras de la señora hacían mella en todos los congregados. Su penetrante mirada se clavó en la corregidora para agregar:

—Ya tengo en mente quién puede ser esa persona, doña Josefa. Es el hombre ideal, aunque le aclaro que no es un tlatoani azteca. Es una figura religiosa que los indios idolatran como si fuera un dios. Un hombre que con un simple ademán los juntaría en millares cerca de él, para ir a pelear contra quien sea.

—¿Quién es ese hombre, capitán Allende?

—No se lo puedo decir todavía hasta que haya hablado con él primero. No es bueno planear en voz alta porque Dios escucha y luego nos cambia de cuadro en el tablero de la vida.

—Sarcástico pero real, capitán. ¡Esperemos que Dios esté con la Nueva España!

—Esperemos que sí, doña Josefa.

Al día siguiente, por cuestiones de trabajo, el corregidor tuvo que viajar a la capital. Su amada esposa se quedaría sola por unos días. Esa inolvidable oportunidad fue aprovechada por el oportunista capitán Allende. El capitán de Dragones invitó a la corregidora a conocer a aquella persona que el capitán juraba, sería el gran líder del movimiento independentista.

Allende abrió la puerta de la casa con su llave. La corregidora inmediatamente notó que eso no era normal. Con mariposas volándole en el estómago aceptó deliciosamente resignada su destino. Allende la haría suya, y nada le importaba más en ese momento, que eso, en lo que venía soñando desde días atrás.

—Sabía que lo de venir a buscar a tu líder era una patraña para hacer de las tuyas, Nachito. Sabía que como corderito caminando hacia el lobo, solita venía a este sacrificio, pero no me importa. ¡Hazme tuya! ¡Toda tuya, Nacho!

Ignacio, con toda la calma del mundo, despojo a la corregidora una a una de su prendas, hasta dejarla completamente desnuda. Hasta sus joyas y cadenas terminaron sobre un fino buró de caoba. Comenzando con los pies, el ardiente capitán de Dragones fue besando lentamente las piernas de la bella señora, hasta llegar al sitio, que hizo que la corregidora tomara fuertemente su ensortijado cabello con las manos, como si fuera el único lugar de donde prenderse para evitar ser levantada por un potente tornado. Allende hundió su cabeza entre las piernas de la intelectual dama. Aquello era algo que nunca había experimentado en su vida, y hasta pensó que era un pecado mortal con infierno inmediato, pero aun así, nada le importó. Si un rayo celestial la partiera en ese momento por pecadora, adultera e infiel no le importaba en lo más mínimo. Josefa moriría ahí, inmolada como una virgen del Teocali, si era preciso, pero no renunciaría a esa extraña sensación que poco a poco la orilló a lo que pensaba en verdad era su muerte. Por primera vez en su vida la corregidora sintió el clímax del que nadie le había hablado. Una sensación explosiva y de locura que la hizo gritar como loca, clavando las uñas en la hercúlea espalda de su castigador. Si esto era hacer el amor, lo que había ocurrido tantas veces con don Miguel, era nada: un simple acostón de un minuto en el que quedaba preñada sin sentir absolutamente nada. Sabía que había vivido engañada por ignorancias y prejuicios. Esto existía, era real, y se lo había enseñado el capitán Allende.

«No dejaré a este hombre jamás. Lo juro», pensó entrecerrando los ojos, cuando el capitán hundió su descomunal miembro entre su intimidad… «He encontrado el cielo con él. Jamás lo dejaré. Jamás».

La reunión de los dos grandes amigos se dio en la casa de Hidalgo en Dolores. Hidalgo recibió con un fuerte abrazo a su fraternal amigo José María Morelos. El cura de Dolores lo condujo al amplio jardín de la casa, donde bajo la fresca sombra de una buganvilia, ambos comenzaron su histórico diálogo.

— José María, me uno a tu gran dolor y duelo, por la pronta y repentina partida de tu amada Brígida, al lado del Señor. Como en su momento te lo hice saber por carta, ahora te lo externo en persona: mi más sentido y profundo pésame, amigo.

Morelos con ojos llorosos por las profundas palabras de su amigo, contestó tomando a Hidalgo del hombro:

—Muchas gracias, Miguel. Fue un golpe muy duro para mí. Aun todavía pienso que pudo haber sido un castigo divino por pecador. Soy un ministro del señor y terminé haciéndole dos hijos a esa inocente muchacha, Miguel. ¡Eso no se vale! Dios bien pudo haberme mandado ese castigo divino por transgresor.

Hidalgo partió en dos una madura granada con la que había estado jugando desde el inicio del diálogo. Llevando un poco del carmesí fruto a su boca contestó:

—Esas son tonterías, José María. Antes que todo, Dios primero nos hizo hombres, que curas. No se puede cambiar la naturaleza humana solo porque un libro escrito por los hombres, así lo dice. El mismo Cristo escogió doce hombres normales para seguirlo. Algunos de ellos casados y sinvergüenzas como nosotros. Varones con varios hijos a cuestas. En ningún momento les dijo o les prohibió tener contacto carnal con mujeres. Bien sabes que eso es una patraña para evitar que acumulemos riquezas y las heredemos a nuestros hijos. ¡Todo es de la iglesia y nada de los hombres! Estos van de paso.

—¿De veras lo crees así?

—Tan lo creo y comulgo con ello, que tengo más hijos que tú, Chema.

—¡Calla, cura desvergonzado!

Hidalgo estalló en una sonora carcajada por el buen sentido del humor de su amigo.

—Si en verdad hay un infierno, de ése no nos escapamos, Chema.

—¿A propósito, que noticias tienes de Martiniano?

Una veloz abeja voló sobre la brillante calva del cura de Dolores. Éste no se inmuto, y hasta dejó que se posase sobre ella. La abeja pronto se cansó de la aridez del terreno y emprendió de nuevo el vuelo en su exhaustiva búsqueda de frescas flores en el jardín.

—Se encuentra preso en Chihuahua, acusado de haber ayudado al explorador Zebulon Pike a adentrarse sin permiso en territorio nuestro.

Morelos se despojó del paliacate que llevaba puesto. Su ensortijado cabello negro quedó libre por unos minutos de la prisión de la roja tela. Los rasgos africanos del cura resaltaban más sin ese protector que usaba para evitar los dolores de cabeza que constantemente lo aquejaban.

—¿Preso de nuevo?

—Ese chamaco me ha robado infinidad de noches sin sueño, Chema.

—¿Y qué de su esposa? Supe que se la robó del altar al tal Evaristo Obregón y tuvo que huir con ella. Luego tú los casaste.

El cura terminó de comer la granada y aventó la cáscara a la hierba del jardín. Un pájaro color tomate se acercó a la cascara abierta. Todavía había mucho que comerle. Con tranquilidad Hidalgo sacó otra granada y prosiguió a partirla.

—Ella se encuentra en San Luis Misuri en compañía de su hijo Miguelito y de su hermano Gonzalo Larrañeta.

—¿El que renunció a la empresa de su padre?

—El mismo, Chema. Ese es un hombre diferente a muchos. Un hombre especial que no ambiciona riquezas ni ser un explotador, como lo es su padre. En si ya ha quedado desheredado de la fortuna de los Larrañeta.

—¿Él y Elena desheredados? ¡Qué ironía! Una por irse con un plebeyo, y el otro, por rehusarse a explotar indígenas. ¡Cosas de la vida!

Hidalgo sacó una vistosa caja de habanos de la tabacalera de su entrañable amigo, Crisanto Giresse. La llevó a su nariz para deleitarse con el aroma del delicioso tabaco antes de tomar uno. Pasó la caja a su entrañable amigo Morelos, quien también se hizo de uno.

—¿Qué piensas hacer para sacarlo de ahí, Miguel?

—Envié a un abogado de mi gran amigo Juan Antonio Riaño en su defensa. Martiniano saldrá este mismo mes de la cárcel. Sé que irá a San Luis Misuri por su familia. Lo que no sé todavía es si regresan acá o se quedan un tiempo más en los Estados Unidos.

—Qué buena noticia, Miguel. Ojalá regresen pronto.

Miguel Hidalgo sonrió afable. Sus ojos verdes reflejaron una mirada agradecida en su gran amigo de tiempos de San Nicolás. Dio una profunda fumada a su habano para entrar de lleno a otro tema importante para ellos.

—¿Sigues en lo nuestro sobre la conjura de independencia?

—¡Desde luego, amigo! Esto ya no tiene marcha atrás. Estoy harto de que los gachupines se lleven todo y se crean superiores a nosotros. Por mi parte puedo informarte que tengo en la bodega del curato suficientes armas, municiones y pólvora como para iniciar el estallido en cuanto me lo indiques. Carácuaro está contra los malditos franceses que oprimen a nuestros reyes.

—Como Giresse me ha dicho. Pronunciarnos porque no nos gobierne Francia, pero que lo siga haciendo España, es simplemente cambiar de capataz. Seguir resignadamente en lo mismo.

—Es como estar en cuatro y que te la saquen un poquito, nada más un poquito, pero no toda, Miguel.

Hidalgo estalló en una sonora carcajada por la soez ocurrencia de su amigo, que a pesar de ser un culto sacerdote, a momentos mostraba que también era un vulgar arriero y su léxico se adaptaba a ambos personajes: el presbítero y el mulero.

—Tú y tus ocurrencias, José María. No niegas que eres un brillante cura y también un lépero mozo de mulas.

—Es la puritita verdad, Miguel.

—Lo que necesitamos hacer es crear un gobierno autónomo de España, o Francoespaña, si es que los gachupines no logran expulsar a Napoleón de la península. Ahora es el momento de romper definitivamente con Fernando VII y desconocer a Napoleón. Si podemos directamente prescindir de los dos, sería mucho mejor.

—Que sea de los dos, de una vez por todas, Miguel. Rompamos con ellos como hicieron las Trece Colonias con Inglaterra. Seamos libres e

independientes de una vez por todas. O es ahora, o no será nunca.

—Cada vez toma más forma tu conjura, Miguel. La llevas maquinando desde hace un par de años y cada vez la veo más seria y robusta. Siento que solo te hace falta el apoyo de un grupo de militares criollos con más influencia. Algún militar de prestigio que quiera unirse a nuestra causa y jalar otros de su clase. Eso sería lo máximo.

—Acertaste bien al indicar que debe ser un militar criollo. Un gachupín jamás disparará un cañón contra España. Él mismo se cree España. ¿Cómo diablos se va a levantar contra sus padres?

—A diferencia de un criollo como nosotros, que es nacido aquí y lleva en la sangre la tierra de América.

—Como la santa virgen de Guadalupe, que a diferencia de la de Los Remedios, esta sí es mexicana, y morena como sus hijos.

—Los indios la veneran como una diosa y son capaces de matar por ella, si se lo pedimos.

—Muy cierto José María. Lo tengo bien presente y lo usaré como un arma secreta, llegado el momento.

—¿Pero cuándo llegará ese momento?

—Esta semana me reúno en San Miguel con el principal líder militar de la región. El capitán de Dragones de la Reina, Ignacio Allende. Él es precisamente aquel líder militar criollo que necesitamos para darle forma completa al levantamiento. La idea es que yo comande a los indios del Bajío, y quizá, por qué no, a todo el levantamiento armado contra el virrey.

—Siendo él militar, lo veo difícil que le entregue el mando a un cura que solo sabe poner ostias en los labios.

—Buscaremos la mejor opción para lograrlo. Lo importante aquí es crear una nueva nación, libre y autónoma de Europa. Un nuevo país con gente distinta y con otra visión de todas aquellas de la Europa monárquica. Un modelo parecido al de los Estados Unidos. Si ellos pudieron hacerlo, ¿por qué nosotros no?

—Si me necesitas después de tu reunión, cuenta conmigo, Miguel.

—Gracias José María. Lo tendré en cuenta y te avisaré a su debido tiempo.

El comandante Félix María Calleja, desde antes de los lamentables sucesos del verano de 1808, había siempre mostrado su incondicional lealtad a la corona de España. Al tener conocimiento cierto de las abdicaciones de Bayona, mostró su fidelidad al depuesto rey Fernando VII, formando una fuerza de voluntarios en San Luis Potosí para combatir posibles ataques franceses. Partió rumbo a Veracruz para encargarse de su defensa. Nunca alcanzó el cantón de Jalapa, pero su decidida actuación tras el arresto del virrey Iturrigaray y posteriormente encargarse de imponer el orden en la ciudad protegiendo a Garibay, le valió el ascenso a brigadier. Sin comprometerse en ningún complot, se limitó a cumplir las órdenes de los virreyes Iturrigaray y Garibay, consiguiendo así su ansiado ascenso y el encaminamiento directo a convertirse en el futuro azote de los insurgentes.

Rodolfo Montoya, fraternal amigo de don Félix, fue nombrado comandante de una de las milicias recién formadas. Calleja contrajo nupcias con la potosina doña María Francisca de la Gándara, el 26 de enero de 1807. Las esposas de ambos se habían hecho buenas amigas. En pocos años el brigadier se había hecho de muchas tierras y haciendas. Muchas de ellas a precios muy bajos por pleitos legales, otras, por ser tierra de nadie en espera de un dueño. Don Félix era muy rico y la vida le sonreía a diario.

Reunido con dos amigos en el jardín principal de su hacienda de Bledos, don Félix disfrutaba de alegre momento de relajamiento. —La situación se está poniendo difícil en el gobierno, señores —exclamó Calleja mientras entregaba una copa de vino a cada uno de sus amigos presentes—. La invasión francesa a España ha desencadenado en la Nueva España una crisis política que no tarda en desembocar en un movimiento armado orquestado por los criollos. El sólo hecho de pensar que nuestro nuevo rey es el borracho del hermano de Napoleón, me pone los pelos de punta. Iturrigaray, todo un visionario, reclamó mediante un polémico golpe de estado, la soberanía de la Nueva España, en ausencia del rey legítimo. La reacción de los gachupines fue tajante, deponiendo al virrey y

llevando a la cárcel a los cabecillas del movimiento.

—¿No le gustaría que fuéramos autónomos de España, don Félix? Aquí podríamos formar un nuevo gobierno que sólo reconociera al rey de España, y así prevenir cualquier incursión francesa en América. Napoleón bien podría poner sus ojos en la Nueva España y también reclamarla como suya —comentó don Evaristo Obregón. Un hombre extraño, elegantemente vestido, con la mitad de la cara cubierta con

parte de su larga cabellera, para disimular las horribles cicatrices de una severa quemada.

Don Evaristo acababa de comprarle una hermosa hacienda al brigadier, quien aumentaba así sus ganancias al haber hecho un negocio redondo con el minero. En esta operación, sin mover las manos, había ganado el doble. Calleja era un hombre con suerte y con una gran estrella sobre él.

—En algunas charlas, que he tenido con personajes importantes de sociedad, en mis viajes al Bajío, he escuchado con atención las interesantes propuestas libertarias de militares como el capitán Ignacio Allende. Un buen amigo mío que formó parte de mi regimiento hace poco. Hay otro cura en Dolores, un hombre culto e interesante, que cerca ha estado de que lo aprese la Inquisición por sus ideas incendiarias. Son gente valiosa para el futuro de la Nueva España. Las tertulias congregan a gente muy preparada y con grandes ideas para mejorar esta Colonia. La cuestión es, que verdaderamente no siento a la Nueva España madura para romper con la madre patria y levantarse sólida por sí misma. ¿Quién me garantiza a mí, que al día siguiente de ser independientes, yo conserve mi nivel jerárquico en el ejército, y lo más importante de todo, mi patrimonio, que tanto esfuerzo me ha costado juntar?

—¿El cura que menciona, don Félix, es Miguel Hidalgo, verdad? —preguntó Rodolfo, sirviéndose un poco de más vino de la polvosa botella. Una mocita muy bella, con piel color tamarindo, se acercó sonriente para poner un platón repleto de jamón serrano y quesos frescos. Al retirarse, Rodolfo escrutó discretamente su juncal figura.

—Sí, Rodolfo. Don Miguel Hidalgo y Costilla, el famoso cura de Dolores.

Las cejas de don Evaristo se arquearon con sorpresa. La sola mención de ese nombre lo enfurecía, pero como un mal artista, intentó disimular su coraje. Calleja notó el gesto con curiosidad.

—Es un gran camarada, de un amigo mío. Es por eso que sé mucho de él, aunque todavía no he tenido el gusto de conocerlo en persona.

—¿Tú lo conoces Evaristo? Noté que casi se te botaron los ojos al escuchar su nombre —preguntó curioso don Félix.

—Al que casi se le botan es a Rodolfo, al ver a la muchacha que nos trajo los quesos —intentó distraerlos don Evaristo.

—¡Muy bella la chiquilla! Una auténtica representante de la belleza autóctona de esta región, don Félix —contestó Rodolfo, no negando el comentario bromista de don Evaristo.

—¿Conoces al cura Hidalgo, Evaristo? —Insistió don Félix.

—¿Cómo negarlo? Ese cura es el padrastro del hombre que me robó en el altar a mi prometida.

—¿En serio? —preguntó Rodolfo, deteniendo el viaje de su copa. Él conocía bien a Martiniano. Juntos participaron en la truncada rebelión de los machetes en 1799, donde Martiniano escapó de milagro.

—Mi prometida y ese tipo huyeron a los Estados Unidos. No he vuelto a saber de ellos.

—No creo que hayas sufrido tanto, Evaristo, puesto que te casaste con otra, y muy bella por cierto —recalcó don Félix, acercando su copa para chocarla con la de su amigo, en un gesto conciliatorio.

El gesto de Evaristo regaló una sonrisa, quizá fingida. Un hombre de sus recursos no batallaba en nada para conseguir mujeres.

—Hombres como nosotros no podemos perder el tiempo en frivolidades, Félix. Esa traición es solo una cuestión de honor. Nada más. Si alguna vez me cruzo con ese desgraciado de nuevo, lo retaré a duelo y le partiré el corazón con mi espada.

El rostro de don Evaristo se tornó demoniaco y grotesco. Su media cara quemada lo hacía lucir como un espectro de la noche.

—¿Alguna noticia sobre los hombres que te asaltaron en el Bajío? —preguntó don Félix, aprovechando ese esporádico lapso de apertura de su cliente y amigo. El asalto y ataque a don Evaristo había sido un escándalo, del que todo mundo se había enterado.

Don Evaristo miró a los dos amigos tomándose un tiempo para responder. Era como si algo le presionara el pecho y necesitara aire para continuar.

—Es una bandida del camino la que me atacó. Me gustaría espetarles en el rostro que fue un hombre valiente, grande y bien armado para justificarme, pero no, la jefa de esa banda que me asaltó y casi me mata quemándome vivo al dejarme amarrado a la rueda de la carreta en llamas, es una mujer. Una bella mujer, joven, encantadora, que si te la encuentras en una tertulia, harías todo el esfuerzo posible por

conquistarla. Una encantadora mujer que te arranca el aliento. Una belleza peligrosa como una viuda negra o una cobra. La maldita perra comanda un grupo armado de asaltantes. Se hace acompañar de un pelón asesino, que parece un pirata árabe. Su segundo en el mando.

—No se ha sabido de más ataques —agregó Rodolfo, bien enterado sobre lo acecido al famoso minero.

—Esa hija de la chingada me robó cuatro costales repletos con monedas de oro. Meses de ganancias de la mina de la Valenciana. Suficiente dinero como para que se dé un buen tiempo en volver a atacar de nuevo.

—¿No crees que pudo haber sido algo personal? ¿Un asalto quirúrgico con un motivo de venganza? Lo de haberte amarrado a la rueda se me hace muy extraño —preguntó Rodolfo, llevándose una deliciosa rebanada de jamón serrano a la boca y atisbando a la mocita en el fondo de la cocina.

—Podría ser, amigo. Para hacerte rico, primero hay que hacerte de enemigos.

—Sería interesante conocer a esa mujer. Una belleza que te hechiza y luego te mata —agregó don Félix, encendiendo un habano. Su rostro gatuno se había llenado de arrugas en la última década. Sus ojillos verdes escrutaban todo como un peligroso felino.

—Podríamos ponerle una trampa para atraparla. Inventar un traslado de joyas u oro por el Bajío y así echarle el guante encima —sugirió Rodolfo, mientras jugueteaba con la copa de vino.

Qué lejos estaba Rodolfo de imaginarse, que aquella bella bandida de la que hablaban, no era otra más que su gran amigo Crisanto Giresse, en su otra siniestra faceta de mujer. Extraña faceta que solo dos personas en el mundo conocían y jamás abrirían la boca para contarlo. Una era la cubana Otilia García, socia tabacalera de Crisanto, que sabía de la condición hermafrodita de su socio, pero nada sobre Amparo. La otra, que sí sabía sobre Amparo y Crisanto, era la Güera Rodríguez, apasionada enamorada de ambas personalidades.

—Muy buena idea, Rodolfo. Creo que lo haré. No descansaré hasta vengarme de esa desgraciada.

—Cuenta con nosotros para tu macabro plan —repuso don Félix, siempre entusiasmado por atrapar bandidos y rebeldes, que ofendan al gobierno y su ejército.

El reencuentro entre Martiniano y Elena fue muy emotivo. Tras un año dos meses de no saber en detalle nada el uno del otro, todo era celebración y fiesta al reencontrarse con su esposa, su hijo Miguelito y su cuñado Gonzalo, recién casado con una bella francesa de nombre Emily Feraud.

La familia se encontraba reunida en el recibidor de la casa, cuando en la puerta apareció Martiniano, dejando a todos boquiabiertos.

—¡Hola familia!

—¡Martin! Mi amor. ¿Cuándo saliste de la cárcel de Chihuahua? —preguntó Elena, abrazando a su marido con la voz descompuesta por la emoción.

—Hace unos días. Me sacó un abogado enviado por mi padre. Todo lo demás ha sido viajar hasta acá para verlos.

Martiniano cargó a Miguelito con sus fuertes brazos. El niño le correspondió con una sonrisa que fue como regalo de Dios para él. —Bienvenido de nuevo cuñado —le dijo Gonzalo estrechando su mano —. No sabes cuánto te echamos de menos. Me dejaste una gran responsabilidad encima.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco, cuñado.

Martiniano miró con atención a la linda dama que se encontraba entre ellos. Gonzalo lo entendió todo y orgullosamente se la presentó.

—Ella es mi esposa Emily. Como verás, el amor nos pegó duro en San Luis.

—Mucho gusto, señorita Emily.

—El gusto es mío, *Magtiniano*. Tendrá mucho de que hablagnos sobre su gran viaje al oeste.

—Si tienen algo de comer, les contaré todo con lujo de detalle.

—Eres muy afortunado, Martin. Preparé un delicioso estofado —dijo Elena, corriendo a la mesa para poner un plato más.

—Espero dejarles algo. Tengo un año sin comer algo decente.

(1) La conquista de la montaña Rosa por Pike, se convirtió en la primera ascensión exitosa de exploradores europeos de una montaña de las Rocosas. Por falta de equipo apropiado para el invierno, no les fue posible alcanzar la cima del Pikes, como en su honor años después la montaña sería nombrada.

(2) Aaron Burr, Jr. (1756-1836), militar y político estadounidense, miembro fundacional del partido Demócrata-Republicano en el Estado de Nueva York. Apoyó al gobernador George Clinton. Se convirtió en el tercer vicepresidente de los Estados Unidos, durante la presidencia de Thomas Jefferson de 1801 a 1805. Se hizo famoso por su duelo con Alexander Hamilton, a quien liquidó sin piedad. Fue acusado por el gobierno de los Estados Unidos de conspiraciones secesionistas.

(3) Algunos historiadores discrepan entre las fechas de nacimiento en 1768, 1771 y 1774.

12 · Se descubre la conjura

¡Viva la religión católica! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la Patria y reine por siempre en este Continente Americano nuestra sagrada patrona, la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines! ¡Muera el mal gobierno!

–Grito de Dolores por Miguel Hidalgo y Costilla.

La conjura de Valladolid, preámbulo a la definitiva del 15 de septiembre de 1810, fue oportunamente abortada por el gobierno local en diciembre de 1809. Entre sus miembros importantes se encontraban José María García Obeso, quien ponía su hacienda para las flamígeras reuniones convocadas por José Mariano Michelena, junto con oficiales de discreto rango e importantes miembros de la Iglesia. Los conjurados de Valladolid pretendían el establecimiento de un congreso soberano, a partir del 21 de diciembre de 1809, conformado por importantes representantes de las villas de Nueva España, para formar un Junta y gobernar en nombre del rey Fernando VII de España, cuyo trono había sido usurpado por Napoleón un año antes. La discreta justificación, era la de preservar a la Nueva España para la monarquía española, una vez que esta recobrara su independencia de Francia de algún modo. La conjura fue descubierta en diciembre de 1809 y sus miembros procesados por conspiración. Todos ellos puestos en libertad por la benévola intervención del virrey Lizana.

A partir de este evento, los conjurados de Querétaro tuvieron que tomar diferentes medidas para llevar a exitoso puerto su rebelión. Entre algunos de los conjurados de Valladolid, que no fueron aprehendidos, se encontraban el capitán de dragones Ignacio Allende

y Mariano Abasolo, quienes cambiaron su nueva sede a Querétaro, para formar parte de la nueva Conspiración de Querétaro, cuyo objetivo en primera instancia, era la destitución de los españoles en puestos de gobierno, apoyados por un levantamiento que iniciaría el 1 de octubre de 1810. Las reuniones se realizaban de manera clandestina en casa del corregidor Miguel Domínguez. Ignacio Allende estaba al frente de los conjurados, entre quienes se encontraban el propio corregidor, su esposa Josefa Ortiz y Juan Aldama.

El capitán de Dragones de la Reina, Ignacio Allende Unzaga, decidido de una vez por todas en convencer al famoso cura de Dolores para que se uniera a la conjura de Querétaro, finalmente se reunió con él, en una clandestina cita en Dolores, Guanajuato.

—Me honra usted con su visita, capitán Allende —dijo Hidalgo, mientras caminaba con él por los andadores del jardín de su casa. El cura vestía con una levita negra, botas negras a la altura de la rodilla y un sombrero de fieltro del mismo color, para proteger su cráneo de los ardientes soles del Bajío.

—No nos veíamos desde aquella novillada en San Luis Potosí, padre, hace, si no me equivoco, diez años.

—Así es, capitán. Recuerdo que nos presentó el brigadier Félix María Calleja en ese entonces.

Allende lucía un elegante traje de caporal color gris con chaqueta negra. Sus fuliginosas botas reflejaban el sol como si fueran dos obsidianas. Su encrespado cabello negro y largas patillas del mismo color, le daban un toque juvenil y vigoroso.

—Muchas cosas relevantes han ocurrido desde aquel día, padre.

—Muy cierto. La invasión francesa a España y la creciente inconformidad de la Colonia por buscar su propia identidad y gobierno, independiente del nefasto Pepe Botella y el recluso Fernando Séptimo.

Hidalgo, al final del jardín mostró a Allende un montículo donde había cientos de arcos y flechas, fabricados por él mismo en su ansiado plan de rebelión. Una lona color verde los cubría de la humedad y sol de aquel huerto.

—¿Sabe disparar con arco, capitán?

Hidalgo extendió un arco con su respectiva flecha al centro. El capitán

frunció el ceño en sorpresa. Allende era un experto tirador con pistola y rifle, pero en su vida había disparado una flecha. Con detenimiento reviso el detallado trabajo en madera en el arco. Su admiración por el cura creció aún más: Qué mayor prueba de su adhesión a la conjura que la fabricación masiva de estos artilugios.

—Me doy cuenta que con esto usted busca armar adecuadamente a sus hordas de indios. Una pistola o rifle es algo ajeno para ellos, más no ésta ancestral arma, que ellos manejan con precisión increíble desde tiempos lejanos.

—Tengo almacenado también un arsenal de hondas, machetes, cuchillos, lanzas y flechas, capitán. Además de algunos cañones que yo mismo he fundido. ¿Cómo anda usted de preparado, capitán?

Allende esbozó una sonrisa de confianza y triunfo al escuchar aquella confesión y apertura del cura de Dolores.

—Es usted muy famoso, padre. Sus ideas libertarias coinciden con los intereses de la Conjura de Querétaro, la cual yo orgullosamente encabezo. Contestando a su pregunta, tengo a mi lado el apoyo de un grupo de agudos letrados. Acaudalados comerciantes como los Queretanos Epigmenio y Emeterio González,(1) dispuestos a invertir en la causa. Militares de alto rango, amigos míos, como los capitanes Juan Aldama y Mariano Abasolo, todos ellos miembros del ejército colonial. Cuento con la lealtad y apoyo del corregidor de la ciudad de Querétaro, don José Miguel Domínguez, junto con su bella e intelectual esposa Josefa Ortiz de Domínguez. El presbítero José María Sánchez, los abogados Parra, Laso y Juan Nepomuceno Mier y Altamirano, Francisco Araujo, Antonio Téllez, Ignacio Gutiérrez, el regidor José Ignacio de Villaseñor y Cervantes, la valiente Leona Vicario, Mariana Rodríguez del Toro, con su esposo Manuel Lazarín; el capitán Joaquín Arias y los tenientes Francisco Lanzagorta y Justo de la Cruz Baca.

—¡Asombroso capitán! Vayámonos sin más rodeos. Por sus cartas y presencia aquí, sé lo que quiere de mí, y puede contar con mi incondicional ayuda en la conjura. Si le hice saber en una de mis últimas misivas, que no lo apoyaría hasta no verle una estructura completa y sólida a su alzamiento. Ahora si la vislumbro. Después del fracaso de la pasada conjura de Valladolid, usted ha hecho los arreglos pertinentes para no incurrir en el mismo error que ellos. No nos podemos dar el lujo de fracasar.

—No fracasaremos porque cuento con usted como el líder moral e

intelectual de la conjura, padre.

—¿Líder moral e intelectual?

Allende disparó el arco sin ni siquiera tocar el bulto de paja donde descansaba la diana. Hidalgo sonrió burlón ante la falla del capitán.

—La cuestión es sencilla, padre. Usted dirija a todos los indígenas y pueblo en general, yo me encargo de la parte militar con mis colegas. Con su invaluable ayuda lograremos nuestro cometido.

—Hay algo que le anticipo, capitán. Usted planea expulsar a los gachupines a la península. Tomar todas sus propiedades aquí, para luego repartirlas entre nosotros y el pueblo, en sí, entre todos los que nos secunden en la rebelión.

La siguiente flecha por fin tocó el bulto de paja. Hidalgo tomó su arco y disparó la suya, acertando en el centro de la diana. El capitán abrió los ojos en gesto de sorpresa.

—¡Admirable! ¡Un cura sagitario!

Hidalgo clavó sus sutiles ojos verdes sobre el capitán, como si estuviera sobre el púlpito en uno de sus sermones dominicales.

—Yo sólo le anticipo que ningún gachupín se embarcará voluntariamente a España, dejando aquí lo suyo, salvo que sea tieso y dentro de una caja de pino.

—Esperemos que no sea así, padre. De lo contrario será una rebelión muy sangrienta que arrebatará muchas vidas.

—Nadie entrega el poder por la buena, capitán. El poder se arrebata, no se pide.

Los dos hombres que marcarían la historia de México, se miraron fijamente, estrechando sus diestras en señal de alianza y confianza.

—No sabe cuánto me alegra contar con su invaluable apoyo, padre.

—Tiene el apoyo de mis miles de indios y de mi sapiencia para lograr este cometido, capitán Allende. Manténgame al tanto de los detalles y la fecha exacta de la insurrección. Estaré listo para incendiar la Colonia con mi chispa libertaria.

—Así lo haré, padre Hidalgo. Muchas gracias por ser de los nuestros.

Esta vez la fecha de Allende dio en el blanco, insertándose junto a la del cura.

Doña Josefa Ortiz, feliz por la incorporación de Hidalgo como líder de la causa, visitó al cura de Dolores para conocer su casa y ultimar en detalle las últimas pinceladas del audaz plan de insurrección. El celoso Corregidor, por más que intentó evitarlo, no pudo frenar a su mujer en su empecinamiento por ir a ver al cura libertario. Su conducta había cambiado notoriamente en los últimos meses. Doña Josefa no ponía la misma atención a sus doce hijos, ni al hogar, como años atrás eficientemente lo hacía. La conjura y Allende, y más Allende día y noche, llenaban su cerebro al tope. El cornudo corregidor, como todos los hombres engañados, sabía que detrás de ese cambio de conducta se encontraba un hombre: el capitán Ignacio Allende Unzaga.

Desvergonzadamente la corregidora y Allende se encerraron en la habitación del hotel en Dolores, ante la complicidad y beneplácito del padre Hidalgo, que sabía que cerrar las puertas al amor era como poner puertas al campo. Lo que era, era, y él no podría ni intentaría cambiarlo. Allende y Josefa eran sus aliados en la conjura y, lo que hicieran a solas, no era de su incumbencia.

Producto de estas candentes noches de julio de 1810, sería el nacimiento de María Magdalena, al año siguiente, 14 de marzo de 1811, para ser más precisos.

La conjura de Querétaro estaba planeada para dar inicio en San Juan de los Lagos, el 1 de octubre de 1810. Todos los integrantes del grupo de Hidalgo y Allende hacían su parte para cumplir a tiempo lo pactado. Sin embargo, la conjura no era un secreto tan hermético como se creía. Hubo algunos, que sabiendo de ella, por temor o conveniencia, lo comunicaron a las autoridades virreinales, quienes rápido procedieron a la aprehensión de los cabecillas involucrados.

Allende le había encomendado a Joaquín Arias, capitán al frente del batallón segundo de Celaya, que el día acordado para la conjura, él iniciara el ataque en Querétaro.

El 9 de septiembre de 1810, en San Miguel el Grande, se presentó al gobierno una denuncia formal sobre la insurrección. Al día siguiente Joaquín Arias se sintió perdido y se auto denunció para salvar su pellejo. Mencionó en detalle a todos sus cómplices y lo que tramaban los jefes de la conjura.

El 13 de septiembre Garrido se auto denunciaba con el intendente de

Guanajuato José Antonio Riaño. El intendente sin titubear, a pesar de ser Hidalgo su gran amigo, manda la orden de aprehensión de Hidalgo y Allende, al subdelegado de San Miguel.

Esta orden de aprehensión sería oportunamente interceptada por el mismo Allende. El audaz capitán sabía que inevitablemente había otras órdenes en camino de México, Valladolid y Querétaro. Sin perder un segundo más viaja a Dolores la madrugada del 14 de septiembre. Había que informar a Hidalgo que habían sido descubiertos y era menester adelantar la fecha de la insurrección.

El 14 de septiembre de 1810, el recio comandante militar de Querétaro, Ignacio García Rebollo ordenó al nervioso Corregidor Miguel Domínguez la inmediata inspección de los domicilios de los conjurados, entre ellos los hermanos Epigmenio y Emeterio González. En sus tiendas de abarrotes se encontraron lanzas, pólvora y municiones, evidencias contundentes para su inmediata aprehensión por traición a la corona.

El Corregidor, muerto de miedo de sentirse descubierto, renunció a la causa y encerró a su esposa en la hermética casa, que como parte del segundo piso de una cárcel, funcionaba a la perfección como una buena casa de seguridad. Ahora su misma casa encerraba a la libertaria de México, sin poder hacer nada para avisar a su amado Allende, de que en breve irían por él a San Miguel y luego por el cura Hidalgo a Dolores.

La Corregidora se encontraba desesperada. El tiempo apremiaba y debía hacer algo contundente para llamar la atención del alcalde de cárceles Ignacio Pérez, aliado de la conjura que residía en la parte baja de la casa. Tomando un pesado florero de fierro, doña Josefa comenzó a golpear rítmicamente la pared de su cuarto. Los golpes eran muy violentos y hacían volar polvo de ladrillo con cada impacto. Dos veces corrió a la puerta de la calle para saber si el alcalde estaba ahí, como prueba que había entendido su desesperado llamado. En el tercer intento se encontró con la voz del Ignacio Pérez, a quien a través de la cerradura del zaguán le hizo saber lo que ocurría y ordenó viajar de inmediato hacia San Miguel y Dolores, para advertir a Allende e Hidalgo de lo acontecido. El alcalde corrió a buscar un transporte veloz. Sin medir las consecuencias desató a un joven y musculoso caballo que descansaba en una barbería de un conocido suyo. Don Ignacio huyó bajo el amparo de la noche, camino rumbo a la cita, que sería el chispazo que encendería la llama de la pradera seca de la independencia.

Ignacio Pérez llegó en la madrugada del 15 de septiembre a San Miguel el Grande, informando de lo ocurrido a Juan Aldama, quien a su vez partió para Dolores para informar a Hidalgo y Allende, quienes ahí se encontraban.

Juan Aldama entró a la habitación donde se reunían Hidalgo, Allende y Crisanto Giresse. Eran las cuatro de la mañana del día 16 de septiembre de 1810. Aldama venía vestido como un simple comerciante para evitar ser reconocido en el camino. Con el rostro cubierto del polvo del camino les dijo:

—Doña Josefa y el Corregidor han sido delatados. Doña Josefa fue encerrada en su casa por su marido. Ingeniándoselas como pudo mando a Ignacio Pérez a que me avisara lo ocurrido. La conjura ha sido descubierta y vienen a apresarnos, padre. Debemos hacer algo antes de que nos agarren.

Desde el día anterior el cura de Dolores había llamado a Giresse, su entrañable amigo de años para juntos tomar una decisión inteligente. Allende les informó sobre la traición de Garrido y la orden de aprehensión del intendente Riaño. La llegada de AldAma era el detonador para esa misma noche iniciar el movimiento libertario.

—Viéndolo de ese modo, no nos queda otro remedio más que salir a matar gachupines, amigos —les dijo Hidalgo, ofreciendo una silla a su amigo Aldama. Hidalgo le sirvió una taza de chocolate caliente y le arrimó el canasto de los sabrosos bizcochos.

—Estamos perdidos, padre. Como bien dice, tenemos que adelantar la rebelión para esta misma semana y escondernos mientras tanto para reorganizarnos.

—¿Esconderse Ignacio? ¿Reorganizarnos? ¿Dime dónde podríamos ocultarnos y a la vez comandar la rebelión? —preguntó Giresse, quien había invertido gran cantidad de dinero en la conjura. Su interés por una Nueva España libre, separada de España y Francia, su segunda patria, estaba más que demostrado. Giresse odiaba a Napoleón, a Fernando VII y a los gachupines, y no le importaba quedarse en la miseria, con tal de lograr independizarla de Europa.

Allende arqueó las cejas con sorpresa y respeto. Sabía que Giresse no quería formar parte de los líderes de la revuelta, pero lo consideraba como tal, por la gran cantidad de armas, municiones y otros insumos que había proveído para la causa.

—¡Ya lo dije, señores! —Dijo Hidalgo, hablando en voz alta y

golpeando la mesa con un sonoro puñetazo que casi hizo volar los bizcochos de la mesa—. No nos queda otra más que al amanecer, es decir, en un par de horas, salir a matar gachupines.

—No tenemos a nuestra tropa completa aquí para secundarnos, padre. Nos tomará por la menos todo el día de mañana en hacerlos venir de San Miguel, Querétaro y Valladolid.

—Empezaremos con los que tenemos aquí en Dolores, Ignacio, más los miles de indios que reuniré aquí por la mañana al hacerlos venir con mis campanadas. No tenemos otra opción más que hoy mismo iniciar la revuelta: ¡O es ahora, o no será nunca! Si nos tardamos un día más seremos arrestados.

—¡Adelante padre! ¡Hagámoslo así! —repuso Allende convencido.

—Hoy mismo hago traer a una hueste de rebeldes que nos apoyara en la revuelta —apoyó Giresse, levantándose de la mesa y dando un abrazo a Hidalgo, Allende y Aldama.

La orden de iniciar la revuelta había sido dada. Dos horas después de esta histórica reunión, el padre Hidalgo tocaba la campana de su iglesia de Dolores para llamar la atención de sus feligreses. En cuestión de minutos se fueron juntando poco a poco decenas de indígenas, que no sabían el motivo del llamado, pero sabían que debía ser importante, por ser llamado directo de su padrecito Hidalgo. Frente a ellos, como si fuera un profeta bíblico sobre una roca, les hizo saber la razón de su llamado:

—Los he reunido aquí, hijos míos, para que tomen las armas y me acompañen a acabar con los malditos gachupines que nos mal gobiernan. No podemos permitir que los españoles, ahora esclavos de los franceses, sigan siendo nuestros gobernantes. Ustedes son los verdaderos dueños de estas tierras. Tienen derecho a una vida mejor y yo se las daré, una vez que acabemos con este mal gobierno y gobierne alguien nacido aquí, en América. A los que me sigan con su caballo les pagaré un peso diario, y cuatro reales a los que lo hagan a pie. ¡Muera el mal gobierno! ¡Mueran los gachupines!

El gesto del cura de Dolores tenía un toque demoniaco. Sus ojillos verdes parecían destellar como los de un gato.

—¡Mueran! —contestaron las decenas indios entusiasmados, levantando los brazos y brincando exaltados.

—¡Viva la santísima virgen de Guadalupe, que siempre está con

nosotros! —añadió con un potente grito Crisanto Giresse, captando la atención de la muchedumbre.

—¡Viva! —contestaron los indios, encendiendo sus cohetones para la virgen.

—¡Viva la Nueva España libre de españoles! —gritó el cura de Dolores, levantando el puño en alto.

—¡Viva! —gritaron los cientos de indios de Hidalgo, amontonándose como hormigas arrieras que defienden a un amenazado hormiguero.

Rápidamente iban llegando más, y más indígenas, ante los asombrados ojos de Giresse, Aldama y Allende. El capitán de dragones sonría satisfecho para sí mismo. Sabía que el haber convencido a Hidalgo para que se le uniera, había sido uno de sus más grandes contribuciones a la lucha que apenas iniciaba.

Hidalgo ordenó a su hermano Mariano que junto con los indios liberaran a todos los presos de Dolores, los cuales sin pensarlo dos veces, en ferviente agradecimiento se incorporaron a sus huestes rebeldes. Las celdas fueron ocupadas por españoles que fueron sacados a golpes de sus casas. Algunos de ellos ante la mirada ajena de Allende y Aldama fueron masacrados por sus mismos peones, quienes se regocijaban de la placentera venganza que el cura libertario les había proveído.

Algunos de los indios, antes de quemar las casas de los españoles, se robaron lo más que pudieron. Ningún español alcanzó las celdas con alguna joya encima. Hidalgo, con gritos desaforados, no permitió que se lastimara a ninguna mujer ni niño. Sus vidas eran sagradas para el cura redentor.

Hidalgo, un poco incomodado por estos desmanes en el pueblo donde tenía su iglesia, ordenó partir hacia San Miguel el Grande. Antes de partir todo el arsenal de armas del cura lo repartió ese mismo día entre sus huestes salvajes de Dolores.

Ocho kilómetros al sureste de Dolores se topó con la Hacienda de la Erre, en la cual aprehendió al español encargado y envió de regreso a la cárcel de Dolores. La hacienda fue saqueada de todos los instrumentos de trabajo y arado, los cuales se convertirían en armas letales para desgarrar carnes de españoles. En el enorme comedor de la hacienda, después de tomar un refrigerio, convocó a una junta donde Hidalgo formó el Primer Estado Mayor del Ejército Insurgente.

En el patio central de la hacienda, el cura de Dolores ofició una emotiva misa, donde bendijo a todos los insurgentes y pidió a la virgen de Guadalupe por su triunfo. Después partió seguido de su gente rumbo a Atotonilco, donde del Santuario de Jesús Nazareno tomó la imagen de la virgen de Guadalupe y colocándola sobre el asta de una lanza creó un estandarte. Este lábaro se convirtió en la bandera sagrada de la causa insurgente. Todos sus seguidores, buscando protección divina, optaron por buscar estampitas de la virgen y pegarlas en sus sombreros. Al grito sonoro de viva la virgen y mueran los gachupines, continuaron su camino rumbo a San Miguel el Grande, donde pasarían tres días organizando los siguientes ataques en el Bajío.

En San Miguel el Grande, como ocurrió en Dolores, los dos líderes del movimiento insurgente moderaron a su gente y evitaron hasta lo posible los saqueos. Allende contuvo el saqueo de una tienda de abarrotes de un conocido suyo con fuertes cintarazos a los indios. Hidalgo y él discutieron este bochornoso evento, en el que los dos acordaron contener en lo posible los saqueos, que tanto a Hidalgo como a Allende, quien era oriundo de ahí, tanto los desprestigiaba. Los dragones de la Reina de San Miguel se unieron incondicionalmente a Ignacio Allende. El capitán no descansó las dos noches que pasó ahí, tratando de afectar en lo mínimo a sus vecinos y amigos. Deseaba hacer entender a sus amigos que sus huestes eran compuestas por militares entrenados como sus dragones, pero saltaba a la vista la mayoría indígena que había reunido el poder de convocatoria de Hidalgo, más los miles más que se le unieron ahí.

La mayoría de las iglesias estaban cerradas por temor a desfachateces, pero algunas abrieron por instancias de Allende. Mariano Hidalgo, hermano del cura Miguel, es nombrado tesorero del movimiento, a cargo de lo captado por el fisco real, así como del dinero incautado a los peninsulares, ya se cuenta con ochenta mil pesos, que se irán principalmente en el pago de la tropa. Se les une Mariano Abasolo, quien desea quedarse, pero Hidalgo le advierte: “Vuestra merced está tan perdido como nosotros, y así no hay más que seguir, porque no se encuentra seguridad sino en medio de las armas.”(2)

Antes de dejar San Miguel, Hidalgo visita la parroquia cerca del altar mayor, donde está sepultado su hermano José Joaquín, fallecido exactamente siete años atrás.

Allende, Aldama e Hidalgo se encontraban en el comedor de la casa de Allende en San Miguel. La gente de Allende había interceptado una misiva de Riaño que era discutida entre los tres.

—Señor cura, esta carta habla sobre un punto que no hemos discutido debidamente. Riaño le previene al subdelegado que nos aprehenda lo más rápido posible a Aldama y a mí, y que si es posible también a usted. Admite sobre su talento, carácter y nombradía, que puestos al servicio de los rebeldes causarían terrible mella a la corona. Riaño sabe de sus capacidades y les teme. Lo considera como un posible y extraordinario enemigo.

Hidalgo dio una profunda fumada a uno de los puros de Giresse. Entrecerrando los ojos por el humo preguntó:

—¿Y qué sugiere con esto, capitán?

Allende puso su mejor cara de gran amigo y colega de la causa para musitarle:

—Sugiero que usted sea el líder máximo de esta revuelta, padre. Su inteligencia, experiencia y dotes religiosos lo hacen una figura de respeto que nos iluminará el camino.

—Me honra usted con sus palabras, capitán. Aceptó guiarlos en el camino hacia la libertad, pero eso sólo será con usted como mi primera espada. Nos hemos moderado en Dolores y San Miguel, porque hay nos conoce todo el mundo. Ahí nos estiman y admiran. Tenemos familias viviendo ahí, y no nos podemos comportar como unos vulgares Atilas o Gengis kanes. La situación cambiará radicalmente en los siguientes pueblos que arrasemos. Será inevitable el saqueo y el reguero de sangre. Ninguna revolución se gana con susurros y pellizcos. La reacción del gobierno está por alcanzarnos y tenderemos que ser implacables. Usted y Aldama serán los héroes en estas batallas.

—No le fallaremos, padre. La libertad de la Nueva España está en nuestro alcance, ahora más que nunca.

—Y yo no les fallaré porque Dios está con nosotros.

Alrededor de mil quinientos hombres salen de San Miguel el Grande en la madrugada del miércoles 19 de septiembre, dirigiéndose a Chamacuero (Comonfort). En el trayecto Allende redacta una de las primeras proclamas insurgentes. Al mediodía arriban a ese pueblo, cuyo cura, por ser europeo y haberse mostrado enemigo del movimiento, es aprehendido.

En este poblado Indalecio Allende pasa una noche inolvidable en compañía de una criolla de muy buen ver. El ejército insurgente se

encontraba de paso en esta ciudad, donde Hidalgo recibió una fuerte cantidad de dinero de parte de los aliados para mantener al día las actividades del levantamiento libertador.

La bella criolla era una mujer de escasos treinta años. El marido, peninsular de Madrid, al enterarse del avance de las tropas de Hidalgo, huyó a Guanajuato, dejando a su esposa y su niño de tres años, solos, encerrados en su enorme casa de Chamacuero. El rápido idilio sucedió al encontrársela Indalecio en la iglesia del pueblo. Muchacho encantador como su padre, no tardó más que unas horas en enamorarla. El odio y rencor muchas veces son combustible para las mujeres para pagar a los hombres sus infidelidades y traiciones. La noche que pasaron en la casa de doña Elpidia sería un recuerdo imborrable en la pareja.

Al abandonar la casa y dirigirse a donde se hospedaba su padre, fue interceptado por un tipo que lo golpeó por sorpresa en la cabeza. Cuando se disponía a rematarlo en el suelo, dos hombres surgieron del callejón para detenerlo con una brutal golpiza, que dejó inconsciente al solitario atacante, que no era otro más que un hombre enviado por el marido de Elpidia.

Caminando de regreso a la casa de Allende, los dos muchachos se presentaron con Indalecio:

—Somos como tus hermanos, Indalecio. Tu padre, es padre de nuestra hermana Amalia. Somos Jacinto y Cruz Iturbe.

Los ojos de Indalecio se abrieron con sorpresa. Sabía de ellos y de su hermana Amalia, pero no había tenido el gusto de frecuentarlos. Con agradecimiento sincero les respondió:

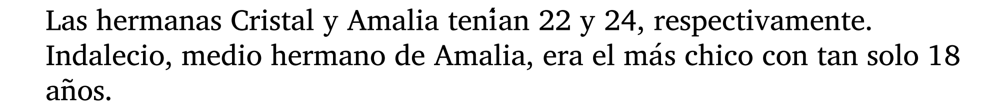
—Les debo todo hermanos. Gracias por salvarme de ese cobarde ataque que sufrí.

—No tienes por qué darlas. Somos hermanos y le pediremos a tu padre que nos meta a su ejército libertador. En esto estamos todos, y desde que supimos del estallido de Dolores salimos a buscarlo.

—¿Cómo está Amalia? —preguntó Indalecio sobándose la cabeza por el golpe propinado.

—Bien Indalecio. Ella, mi madre y Cristal están a salvo en San Miguel —contestó Cruz, sonriendo amistosamente a Indalecio.

Los hermanos Iturbe tenían 28 y 26 años, siendo Cruz el más joven.


Las hermanas Cristal y Amalia tenían 22 y 24, respectivamente. Indalecio, medio hermano de Amalia, era el más chico con tan solo 18 años.

—Pues luchemos mano a mano por la libertad, hermanos — dijo Indalecio lleno de entusiasmo.

—¡Viva Allende! —gritó Jacinto.

—¡Viva Hidalgo! —respondió Cruz.

—¡Vivan los Iturbe! —terció Indalecio abrazándolos.

(1) Epigmenio González y su hermano estando en la cárcel, se comprometieron con otra nueva conspiración. Fueron descubiertos y desterrados a Filipinas, de donde regresó Epigmenio después de la independencia y se le premió con un grado militar y una pensión de cien pesos mensuales. Su hermano murió en Filipinas.

(2) Herrejón, Testigos, p. 28

13 · Arde el Bajío

Ningún hombre es tan tonto como para desear la guerra y no la paz; pues en la paz los hijos llevan a sus padres a la tumba, en la guerra son los padres quienes llevan a los hijos a la tumba.
Heródoto de Halicarnaso

Hidalgo y sus huestes llegan a las afueras de Celaya el 19 de septiembre de 1810. Contemplando la ciudad desde la distancia, Hidalgo decide mandar una misiva(1) de advertencia de que matará a los 68 españoles que lleva presos en una larga fila, si el gobierno de la ciudad no se rinde y acepta sus condiciones. El coronel del regimiento provincial de infantería, Manuel Fernández Solano, ordena la retirada, o más bien huida a Querétaro de las compañías de su regimiento, junto con los aterrados europeos, que no desean correr la misma suerte de los peninsulares de Dolores y San Miguel.

El jueves 20 de septiembre, al romper el alba, Hidalgo hace su entrada triunfal en un imponente desfile, donde él es el primero en marchar con el estandarte de la virgen de Atotonilco en su mano en alto. A un lado vienen sonrientes y saludando a la gente Allende y Aldama, junto con los otros insurgentes por detrás; cien dragones de la reina, portando un estandarte con la imagen de Fernando VII, acompañados con su banda de guerra tocando música del regimiento de la reina. Una interminable fila de rancheros a caballo y masas de indios a pie, sin orden alguno, gritando como locos, con machetes, arcos, hondas, cuchillos y palos, estremeciendo a los valientes que se han quedado en la ciudad.

Un hombre desde una azotea de la plaza, donde se observaba de cerca el desfile, dispara hacia donde marchaba Hidalgo, fallando el tiro. Los

rebeldes, encendidos en ira ante tremendo desafío, disparan contra aquel insensato, dejándolo muerto sobre el tejado. El incidente es la chispa para iniciar el saqueo, que como una llama en un seco pastizal, corre sin control por doquier quemando todo a su paso. La turba enardecida, como un monstruo de cien cabezas, se lanza sobre todas las casas cercanas, golpeando gente, rompiendo puertas y destrozando todo a su paso. Allende discute con Hidalgo sobre hacer algo para detener ese pandemónium, a lo que el cura, con gesto sereno sobre su montura, responde que ese es el único pago y motivador para que esta gentuza lo siga. Lo que sí advierte con gritos estentóreos, es que pagará con su vida todo aquel que se atreva a agredir a una mujer, niño o anciano.

Entre ese enorme grupo de nuevos seguidores sin control se encontraba un indio lipán, un apache fuerte y joven, un líder apache con mirada de odio hacia todo lo que fuera español y civilizado. Era Guacho, y venía con veinte lipanes más, que se habían unido a su causa para vengar lo hecho por los hombres de Calleja a su gente, meses atrás. Qué mejor oportunidad le brindaba Hidalgo a este hombre, que ahora tenía licencia para matar gachupines, violar españolas y saquear cuanto pudiera de los pueblos arrasados. Su dios era grande y le brindaba la oportunidad de la vida para vengarse de la sociedad que ultimó a su familia.

Guacho al escuchar que había oro en el panteón, corrió con su gente al cementerio carmelita. Al llegar observó a una gentuza sacando bolsas de monedas y joyas de unas criptas. Los españoles al huir de Celaya optaron por esconder su dinero en un sitio improbable de buscar por los saqueadores. El panteón municipal fue su peor opción. Los frailes ahí reunidos intentaron detener el saqueo pero fueron golpeados por la turba enloquecida.

Abriéndose paso con certeros golpes de tomahawk y flechazos, los lipanes despojan del botín a un grupo de cinco saqueadores, apoderándose de todas sus bolsas. Los lipanes huyen del lugar, dejando medio muertos a estos salteadores, que no habían dejado ni huesos dentro de los ataúdes pillados.

Guacho se olvida de saquear casas en ese momento. Sabe que lo conseguido es mucho y teme perderlo. Astutamente ordena a su gente adelantarse hacia Salamanca, siguiente ciudad por arrasar en el camino de Hidalgo. Los lipanes tienen el dinero que ni naciendo tres veces otra vez, podrían reunir de nuevo. Todo es fiesta y celebración entre ellos. Los veinte jinetes apaches se pierden en el polvoriento sendero hacia Salamanca.

Esa noche Hidalgo se hospeda en el mesón de Guadalupe, frente a la plaza central. Desde el balcón del mesón, como un padre clemente arroja monedas a la multitud que lo vitorea como si fuera un nuevo mecías. A la mañana siguiente, viernes 21 de septiembre, junto a la iglesia de San Antonio, se reúne la multitud insurgente para observar el evento donde los tres principales jefes del movimiento libertador son proclamados como jefes de la insurrección. Miguel Hidalgo y Costilla es nombrado capitán general; Ignacio Allende Unzaga, teniente general y Juan Aldama como mariscal. El evento se convierte en una verdadera fiesta, ya que representa la legitimación pública del caudillaje. El reconocimiento es convalidado por el ayuntamiento de Celaya,(2) donde se lleva a cabo un desfile e Hidalgo dirige un flamígero discurso que consigue más seguidores para la causa libertadora.

El sábado 22 de septiembre, algunos insurgentes se adelantan camino a Salamanca. Es preciso saber a detalle la movilización que pudiera tener el ejército del rey para evitar sorpresas. Hidalgo se pasa el día mandando enviados y misivas a las ciudades cercanas. Allende intenta disciplinar a las huestes de Hidalgo y prepararlas para los futuros combates que se avecinan.

Reunido con Juan Aldama en el patio de una hacienda, Allende observa a los indios como empuñan los machetes. Allende trata de enseñarles lo básico en un combate cuerpo a cuerpo con espadas.

—No sé cómo le voy a hacer para dirigir a estos indios ignorantes que no entienden ni español —dijo Allende a Aldama—. Temo que a la hora de que nos enfrente un ejército disciplinado todos van a morir como conejos.

—Espero que la multitud marque la diferencia, Ignacio. La verdad es que la turba al avanzar enchina la piel. Son miles de indios ruidosos y todos están dispuestos a todo por el cura.

—Son muchos, Juan. Pero una buena descarga de fusilería los puede hacer caer como patos. Son capaces de asomarse a la boca de un cañón para ver que hay en su interior.

Por la puerta del salón entraron tres muchachos que hicieron a Allende fruncir el ceño en sorpresa.

—¡Indalecio!

Los ojos de Allende se concentraron en los dos muchachos que acompañaban a su hijo.

—¡Jacinto y Cruz Iturbe! ¡Vaya sorpresa! —les dijo, estrechando su diestra en gesto amistoso—. ¿Qué los trae por acá?

—Venimos a unirnos a la causa, don Ignacio. Considérenos como dos soldados más por la libertad.

El domingo del 23 de septiembre en Celaya, después de una emotiva misa, los insurgentes salen rumbo a occidente con el sol a retaguardia. La conquista de la siguiente ciudad se inicia. Luego de pasar por El Guaje, actual Villagrán, y el molino de Sarabia, entran victoriosos a Salamanca al atardecer.

Apenas Hidalgo está desempacando sus cosas en la posada donde pernoctará, cuando recibe la amarga noticia de que el obispo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo lo ha declarado excomulgado.(3)

El cura de Dolores se entera también de que el virrey Venegas, recién desembarcado en Veracruz y ya instalado en el Palacio de los Virreyes, en una proclama en que da parte del levantamiento de Dolores, ofrece diez mil pesos a cualquiera que aprehenda a Hidalgo, Allende o Aldama, vivo o muerto. Como medida para debilitar a los insurgentes, como los bautiza por así llamar a los españoles que pelean contra Napoleón en la península, ofrece el indulto a todo aquel que abandone la causa de la independencia.

Hidalgo despotrica de ese gobierno virreinal asesino, que para sostener el orden público paga y autoriza el asesinato de sus ciudadanos inconformes, al igual que lo hace con ellos en la península Napoleón Bonaparte.

Hidalgo designa comisionados especiales para que mantengan encendida la flama del movimiento en Salamanca y lo extiendan en todo el Bajío. Con gusto y celebración acepta la adhesión de nuevos importantes seguidores como don Lucas Flores, don Albino García, don Andrés Delgado "El Giro", don Cleto Camacho y principalmente María Tomasa Estévez, la "*Friné Mexicana*".

—Deseo unirme a su causa, padre. Acépteme en sus filas como una aguerrida soldada dispuesta a morir por la libertad de la Nueva España —le dijo Tomasa a Hidalgo, cautivándolo con su singular belleza.

Tomasa Estévez era una hermosa viuda de treinta y dos años. Acababa de enterrar a su marido, muerto en los recientes combates de San Miguel, y solo una cosa giraba en su obnubilado cerebro: la venganza contra los españoles. Su cuerpo era delgado, con generosas

proporciones, con una carita fina, con ojos color miel de mirada inteligente y larga cabellera café oscuro. Su determinación por unirse a la causa era tan grande que Hidalgo no dudó en aceptarla en sus filas.

—¡Adelante, hija! Haz todo lo que puedas aquí en Salamanca y donde vayas por libertar a tus hermanos de las manos opresoras de los malditos gachupines.

Los dos se unieron en un emotivo abrazo. De ahí en adelante, aquella bella mujer afectaría los pensamientos del cura de la patria, que siempre estaba listo y abierto al amor. Como capitán general de los ejércitos insurgentes, había ciertas cosas que se podía permitir, e intentar seducir a esa bella viuda insurgente era una de ellas.

—¡Toma hija! Llevarás este sable contigo a todos lados. Sólo úsalo en defensa propia. No te dejes sorprender por ningún soldado realista.

Tomasa contempló azorada el brillante y fino sable. El cura de la patria la había aceptado en sus filas y le entregaba una espada para hacer frente a los españoles. ¿Qué más podía pedir a la vida en ese momento?

—Acompáñame a comer, hija. Ando cayéndome de hambre. —Gracias padre.

Minutos más tarde, en el gran banquete que se daba Hidalgo,

sorpresivamente se les unió Ignacio Allende. Lo mucho que llevaba aventajado en su conquista Hidalgo, se vino abajo al conocer al galante capitán de San Miguel el Grande. Tomasa comparaba a sus dos cortesanos jefes y definitivamente se desbordaba más por Allende, mucho más joven, fuerte y hábil en el enamoramiento que el parco cura, que no podía dejar atrás su estampa de severo párroco de pueblo.

—Necesito que tengas todo listo para mañana mismo partir hacia Irapuato, Ignacio. Guanajuato será nuestra siguiente ciudad por conquistar.

Allende sintió claramente como el cura trataba de alejarlo de la mesa para dejarlo en intimidad con la bella dama. Hábil al igual que el cura, Allende movió una pieza adelante en el tablero del ajedrez mental que ambos jugaban.

—Acompáñame Tomasa. Quiero que conozcas a mis principales

hombres y nos ayudes con el plan de ataque a Irapuato.

Tomasa sonrió halagada y sin pensarlo dos veces contestó: —Encantada capitán. ¡Vamos!

Hidalgo se quedó con un palmo de narices. La división entre los dos líderes del movimiento libertario comenzaba con una pequeña grieta, que se convertiría en un cañón con el correr de los últimos diez meses de vida que a ambos les quedaba.

A la mañana siguiente, martes 25 de septiembre, Hidalgo y sus huestes parten para Irapuato, pasando por la Hacienda de Temascatío, la cual es saqueada, como botín de guerra que exalta los ánimos de la gente que sigue incondicionalmente a los libertadores de México.

A la mañana siguiente, miércoles, la dirigencia envía una columna a Silao, la cual es recibida con gran fiesta y apoyo. Aparentemente los pueblos se entregan incondicionalmente a los insurgentes. Dentro del grupo de saqueadores llama la atención un grupo numeroso de guerreros, uniformados y bien armados, todos ellos liderados por una bella y extraña mujer. Este grupo ataca una importante hacienda de Silao, donde el dueño, un español pedante y famoso por lastimar a los peones, es ahorcado por la arrojada mujer, cuyo nombre llega a oídos de Hidalgo, dejándolo perplejo. La dama es conocida ya como Paloma Fentanes y sus hienas asesinas.

El miércoles 26 de septiembre, Irapuato los recibe con un imponente repique de campanas. Las huestes libertarias de Hidalgo son recibidas con las puertas abiertas. Los pobladores ofrecen ramos de olivo y de flores a los tres principales jefes del movimiento. Se aprovecha ese lapso para improvisar los primeros cañones de la insurgencia, hechos de madera y cinchados con refuerzos de fierro. El ejército del cura asciende ya a casi diez mil hombres, poniendo pánico al objetivo siguiente: la gloriosa y minera Guanajuato.

Al alba siguiente, jueves 27 de septiembre, la gavilla insurgente sale con rumbo al norte; suman ya como quince mil guerreros; pasan por Calera y Jaripitío, hasta llegar a la hacienda de Burras a eso de las dos de la tarde, a la sagrada hora de la comida.

Hidalgo y sus hombres se toman la tarde y noche como descanso preparatorio para el ataque al día siguiente a la rica ciudad de la plata. Saben que el intendente Riaño se ha atrincherado en la ciudad y un plan eficaz de ataque debe ser organizado.

Hidalgo estalla en furia contenida al saber que Allende se encuentra a

solas en un cuarto con María Estévez. Su copa de vino sale volando para estrellarse contra la pared en mil pedazos. El apuesto teniente le ha ganado a la dama por la que el cura suspiraba y eso le ocasiona un incómodo desvelo. «Maldito Allende, hijo de puta», piensa para sí, mirando como un demonio el patio desde su ventana. Lleva semanas sin la compañía de una dama y algo debía improvisar para sentirse hombre y todo un conquistador de nuevo.

El dueño de la hacienda, amigo de su confianza le hace llegar a su cuarto una mujer de muy buen ver, que como agua fresca apaga el fuego incendiario de pasión que consumía al cura libertario.

La morena de carnes firmes monta al cura como si estuviera sobre un caballo bronco. El cura teme que la muchacha le troce el pene con tanto brincoteo. Afortunadamente la morena no troza el pene libertario del cura de la patria. El sueño por fin vence al cura haciéndolo dormir como un bebé que ha bebido su leche caliente. Le espigada moza abandona el cuarto con unos buenos reales en la mano y la paz interna de haber estado con un hombre de Dios. La bella Celina se siente como confesada y ya tiene algo nuevo que presumirles a sus amigas.

Al día siguiente, viernes 28 de septiembre, un espléndido desayuno fue preparado para los valientes insurgentes. Hidalgo, Allende y Aldama son tratados a cuerpo de rey por los dueños de la hacienda, criollos fieles a la causa.

El cura Hidalgo envía a Mariano Abasolo e Ignacio Camargo con una carta de rendición al intendente Riaño. Nadie mejor que Hidalgo sabe cuál será la respuesta de su entrañable amigo.

Cuartel General de la Hacienda de Burras, 28 de septiembre de 1810

Sr. D. Juan Antonio Riaño.

El numeroso ejército que comando, me eligió por Capitán General y Protector de la Nación en los campos de Celaya. La misma Ciudad a presencia de cincuenta mil hombres ratificó esta elección, que han hecho todos los lugares por donde he pasado: lo que dará a conocer a usted que estoy legítimamente autorizado por mi Nación para los proyectos benéficos, que me han parecido necesarios a su favor. Estos son igualmente útiles y favorables a los americanos, y a los europeos que se han hecho ánimo de residir en este Reino, y se reducen a proclamar la independencia y libertad de la Nación; de consiguiente yo no veo a los europeos como enemigos, sino solamente como a un obstáculo, que embaraza el buen éxito de

nuestra empresa. Usted se servirá manifestar estas ideas a los europeos, que se han reunido en esa Alhóndiga, para que resuelvan si se declaran por enemigos, o convienen en quedar en la calidad de prisioneros, recibiendo un trato humano y benigno, como lo están experimentando los que traemos en nuestra compañía, hasta que se consiga la insinuada libertad e independencia, en cuyo caso entrarán en la clase de Ciudadanos, quedando con derecho, a que se les restituyan los bienes de que por ahora, para las urgencias de la Nación, nos serviremos. Si por el contrario no accedieren a esta solicitud, aplicaré todas las fuerzas, y ardides para destruirlos, sin que les quede esperanza de Cuartel. Dios guarde a usted muchos años, como desea su atento servidor(4)

Miguel Hidalgo y Costilla,
Capitán General de América

Entre los tacos de barbacoa, tepache y buen pulque se presentaron con ellos los ingenieros de las minas de Guanajuato, Mariano Jiménez,(5) Casimiro Chowell(6) y Rafael Dávalos,(7) así como José María Liceaga,(8) pidiendo a Hidalgo que los aceptara como fieles soldados en su histórico movimiento libertario.

Hidalgo, al igual que Aldama y Allende, saludó de mano a cada uno de los ingenieros. La figura fuerte del cura dejó impresionados a los cuatro invitados que imaginaban ver a un endeble anciano sostenido sobre un bastón, comandando desde lejos a los insurgentes. Hidalgo a sus 53 años lucía fuerte, joven y muy lúcido. Su rostro lucía quemado por el sol del Bajío.

—Señores, en verdad que me honran con su interés en unirse a nuestra gloriosa causa, que es también la causa de los mineros de Guanajuato, que por décadas han sido explotados como animales de carga. Ahora es el momento de luchar por ellos y buscar un mejor mañana para todos los guanajuatenses. No podemos seguir permitiendo que los malditos españoles los exploten como animales de arrastre hasta la muerte.

—Gracias padre. Cuente con nosotros en todo lo que se necesite para lograr romper definitivamente con España —repuso Mariano Jiménez, adelantándose un paso hacia el cura, el cual lo recibió con un fraternal abrazo.

Mariano era de estatura mediana, de complexión delgada, piel blanca y cabellos rizado con grandes entradas en la frente.

Por la puerta de la hacienda apareció Crisanto Giresse, quien sin interrumpir, puso mucha atención al evento. Uno a uno los mineros abrazaron al cura, jurando lealtad y entrega a la causa insurgente.

Al final, Hidalgo les presentó a Crisanto Giresse, quien con una seguridad que helaba las venas les dijo:

—Yo me encargaré de algunos de los gachupines dueños de minas en Guanajuato, muchachos. Tengo una cuenta pendiente con esos hijos de puta.

Los mineros guardaron silencio. Sabían quiénes eran los opulentos dueños de las minas y lo que implicaba su amenaza. Hidalgo, pensando en su amigo Riaño y otros allegados, se quedó sin palabras. Sabía muy bien lo que significaba una amenaza de Crisanto Giresse.

El intendente Juan Antonio Riaño, bajo la sombra que proyectaba uno de los muros de la Alhóndiga de Granaditas, leyó por cuarta vez la carta amistosa que la había enviado su entrañable amigo Miguel Hidalgo. Ésta, a diferencia de la otra en la que le pedía la rendición total de la plaza, era más directa y amistosa. Una misiva entre unos amigos que se conocían de años atrás. La mente de Riaño se transportó una década atrás, a aquella comida que tuvo con el cura, cuando la alhóndiga estaba en construcción. Una lágrima emergió de su ojo izquierdo. Los recuerdos y aquella carta(9) lo atormentaban. Sabía que estaba a unas horas de enfrentarse a su amigo y quizá ahí alguno de los dos moriría. La primera carta, donde Hidalgo le pedía la capitulación, Riaño le contestó contundente:

> *El intendente de Guanajuato y su gente, no reconocen otro capitán general que al virrey de Nueva España, ni más modificaciones en el gobierno que las que acordaren las cortes reunidas en la península.*

La segunda la mantuvo para sí sin contestarle. Hidalgo, como un gran amigo le manifestaba su preocupación por su querida esposa, y se ofrecía a darle un asilo seguro. Hidalgo tocaba con esto una fibra muy sensible que dejaba sin palabras al valiente y testarudo intendente.

El intendente hizo oídos sordos a sus compañeros, quienes le aconsejaban que marchara de Guanajuato y cayera en sorpresa sobre Hidalgo en la hacienda de Burras. Riaño se frenó por desconocer el número de gente que había ahí, y los que pudiera haber cerca para auxiliarlo, además de que temía dejar solos los caudales públicos en manos de saqueadores del momento.

Dispuesto a mejor enfrentar a los rebeldes en la ciudad, mandó cavar

fosos y puso parapetos de madera y cualquier basura que sirviera de freno para contener a las oleadas de indígenas que entrarían por las calles camino hacia los muros de la alhóndiga.

Temiendo lo peor, pidió auxilio a los escuadrones del regimiento de caballería del Príncipe de los pueblos inmediatos, mandó misivas con jinetes veloces al Virrey, al presidente de Guadalajara y al comandante de la brigada de San Luis, coronel Félix María Calleja, explicando su desesperada situación y emergencia.

Era apenas el medio día, cuando las huestes insurgentes se asomaron amenazantes por las lomas que rodeaban a Guanajuato. Eran miles de indios, acompañados con los obreros de las minas, a quienes había invitado a unirse don Casimiro Chowell, administrador de la Valenciana, formando una muchedumbre incontenible que causaba terror a los guanajuatenses.

Las huestes de salvajes se distribuyeron estratégicamente en torno a la alhóndiga, la tropa del regimiento de Celaya ocupando las casas vecinas a la Alhóndiga y la multitud repartida sobre los cerros de San Miguel y el Cuarto. Los de Celaya iniciaron un fuego terrible y certero, acompañado por los hombres de los cerros, con una lluvia continua de pedruscos sobre la azotea de la alhóndiga, siendo auxiliados por más gentuza, que de último momento los proveía con piedras y guijarros del rio Cata.

Los refugiados en la alhóndiga luchaban desesperadamente para intentar frenar el avance de las columnas insurgentes; con el azogue de las minas improvisaban granadas de mano que lanzaban sobre las columnas que atacaban las trincheras aledañas a la Alhóndiga, causando pánico en la multitud atacante.

El intendente Riaño, temiendo lo peor en la calle de Pocitos, cometió el error de salir de la Alhóndiga para intentar reforzar una trinchera que era estratégica en la defensa del castillo. Riaño, en compañía de veinte infantes, logró su cometido, pero al regresar a la puerta de la alhóndiga, subiendo la escalinata fue muerto de un certero tiro que le entró por el ojo izquierdo, matándolo al instante. El sargento del regimiento de Celaya que acertó el tiro, lo festejó con brincos y gritos de triunfo, como si hubiera matado al Virrey o al mismísimo Napoleón.

Dos cosas ocurrieron al ver los defensores de la alhóndiga a su jefe muerto: unos entraron en pánico queriendo rendirse. El asesor de la provincia, al ya no haber un jefe inmediato, levantó una bandera

blanca invitando a la claudicación; otros, como su hijo Gilberto Riaño, cargaron con más furia y odio sobre los asaltantes a la alhóndiga. Desde la azotea del edificio arrojaron más proyectiles e insultos, amenazando con matar a todos los rebeldes.

Al mirar en la distancia lo ocurrido, los insurgentes cargaron con más furia sobre las calles aledañas pasando sobre las trincheras. La defensa sobre las azoteas se redujo, por falta de valientes y más proyectiles. Los rebeldes de la independencia sabían que la caída del Castillo de Granaditas estaba más cerca que nunca. Las calles que conducían a la alhóndiga se llenaron de tantos atacantes y defensores realistas a la vez, que la caballería quedó atrapada entre la marisma de carne que no podía moverse para ningún lado. El empuje de los atacantes comenzó a vencer hasta ponerse contra las paredes y puerta de la monumental bodega de granos. El principio del fin había comenzado. Caballos y jinetes fueron ejecutados cruelmente entre la muchedumbre que los rodeaba. De los pobres hombres a pie que defendían las puertas del castillo no quedaba nada, al ser aplastados y atravesados por las armas de los atacantes. Pedazos de uniforme, mechones sanguinolentos y trozos de carne quedaban en las manos de los atacantes que los rodeaban con furia inaudita.

Como un milagro celestial, los rebeldes abrieron una brecha entre carne humana, así como Moisés separó el Mar Rojo, para que el cura libertario con pistola en la diestra y riendas en la siniestra, avanzara hasta la puerta de la alhóndiga. Sus seguidores le gritaban vivas y lo miraban como si fuera un ser ultraterreno.

—Hay que derribar la puerta de algún modo, Ignacio —dijo Hidalgo mirando a Allende con preocupación.

Allende entendió la urgencia del asunto y gritó a uno de sus hombres que improvisaran un ariete con unas barras de acero.

Un muchacho de veinte años llamado Mariano, operario de la mina Mellado, se acercó para decir al cura que él quemaría la puerta, protegido como una tortuga con una plancha de metal de las minas. De ese modo al estar frente a la puerta no le harían daño las balas disparadas desde la azotea al intentar el derribo del portón.

El *Pípila* como lo apodaban en la mina, se arrastró con la lámina sobre su espalda hasta alcanzar la puerta. Las balas disparadas desde la azotea del castillo rebotaban en la lámina, sonando clank, clank, una y otra vez. El Pípila con aceite y ocote logró encender la parte inferior de la puerta, que como si fuera cómplice de los asaltantes ardió en

segundos como una pira fúnebre. En cuestión de minutos los tablones carbonizados cedieron al empuje y golpeteo de los asaltantes, derribándola y dejando paso franco a la masacre.

El mayor Berzabal, junto con su pelotón alineado en posición de tiro, recibió a los primeros asaltantes con una descarga cerrada que mató e hirió a varios. El empuje de la oleada insurgente fue incontenible, pasando a través del humo de la última descarga y sobre sus compañeros caídos y defensores del castillo. La melé incontenible, avanzó como agua que invade un recinto, comenzando a masacrar a todos los que defendían sus puestos. El mayor Berzabal y sus hombres, en una acción heroica abrazaron las banderas de su batallón, muriendo con ellas en sus manos, ante el embate asesino de una plebe incontenible que los atravesaba furiosamente con lanzas, espadas y cuchillos.

Un indio lipán que parecía moverse con su propia gente, se ensañó golpeando con una roca el cráneo de uno de los caídos. Lo golpeó tantas veces que sólo dejó una pulpa carnosa embadurnada en el piso del patio. En su rostro asesino se reflejaba la posesión satánica de un hombre fuera de sí, que liberaba su instinto asesino haciendo lo que ni en sueños alguna vez pensó: el poder matar con sus manos a un intocable gachupín.

La plebe asesina recorría todos los pasillos y escaleras del recinto, no dejando a un solo defensor en pie. El hijo de Riaño cayó inconsciente de una pedrada y fue tomado por muerto. Sobreviviría a este ataque para morir días después por las mismas heridas infligidas.

El mismo Hidalgo no daba crédito a lo que veía y se sentía impotente para contener esta oleada asesina, que como una marabunta arrasaba con todo a su paso. Un terrible cargo de consciencia lo abordó al sentirse culpable de desatar inconscientemente este genocidio.

Allende casi se desmaya al encontrarse con un indio repugnante, violando el cadáver de una mujer que yacía desnuda bocabajo. El indio, contrahecho y desdentado, pujaba sobre su cuerpo inerte con los ojos en blanco. Un machete vengador de un insurgente le partió la cabeza en dos al hundirse el acero desde arriba hasta el cogote, separando las dos mitades como una flor que se abre al sol.

La alhóndiga se convirtió en un rico botín para la indiada asesina, al encontrarse con comida, ropa, joyas, monedas, barras de plata, cuadros y obras de arte que la plebe tomó en sus manos para llevarla a sus casas como trofeos. Hidalgo lo permitió porque sintió que esa era

la única manera de pagarles y a la vez evitar que se volvieran contra él mismo, si no cobraban algo por ayudarle.

Del otro lado de Guanajuato, en una de las haciendas de uno de los mineros españoles, una hueste salvaje entraba con todo en los patios del recinto. El grupo de cincuenta salvajes, fuertemente armados y uniformados, era comandado por una bella mujer que vestía como hombre, pero sin perder ese toque femenino que la distinguía. Se hacía acompañar de su segundo, un hombre de gesto duro, con pañoleta roja cubriendo su rasurado cráneo.

Tras un duro enfrentamiento de varios minutos, la resistencia de la hacienda fue poco a poco cediendo. Los certeros atacantes, muy bien entrenados, a diferencia de la indiada sin control que comandaba Allende, acabaron con los soldados defensores de la casona. Una vez controlada la situación Amparo Salvatierra se preparó para el saqueo y toma de rehenes.

—Encuentren todo el oro y la plata. Lo sacaremos de aquí en las carretas —dijo la lideresa soltando un tiro al aire.

—¿Qué hacemos con el encargado de la hacienda, patrona? —preguntó su segundo, alineando su caballo junto al de ella.

—Tráemelo aquí, Cipriano. Ese cabrón nos dirá dónde está el dueño. Ese cerdo es un hecho que está escondido aquí por algún sitio.

El encargado, un español enjuto como si hubiera sido sacado de una cripta del camposanto, fue llevado a empujones frente a Amparo. La bella dama se apeó de su caballo para interrogarlo.

—¿Dónde está escondido tu patrón, flaquito?

—No lo sé, marimacha hija de puta. Te aseguro que ni loco anda por aquí.

Amparo se le acercó, soltándole un puntapié en los testículos. El caporal se dobló del dolor. Tirado en el suelo, le jaló los cabellos para levantarle el rostro y preguntarle:

—Una vez más te pregunto enjuto de mierda: ¿dónde está tu patrón escondido? Si no me lo dices te meto un tiro en la sien.

Amparo le puso cañón en el cráneo, hundiéndolo levemente en la sien.

—¡Vete al diablo, puta de mierda!

Amparo soltó una risa burlona. Se incorporó y ordenó a su segundo:

—Amárralo colgando del caballo. Que su cabeza apenas toque el suelo y busca al patrón por toda la hacienda.

—En seguida, patroncita —respondió Cipriano siguiendo las órdenes de la diabólica hembra.

El caporal gritó aterrado al sentir como su cráneo calvo rozaba contra el rocoso suelo. Cipriano comenzó a andar, internándose en los largos patios de la hacienda buscando al patrón. Con cada metro avanzado, el caporal iba dejando pedazos de piel y sangre en el empedrado de la casona. Sus gritos hacían sonreír a la diabólica mujer, que no perdía detalle del tormento.

—Está escondido... en una cripta... del panteón familiar —dijo el gachupín resoplando.

—Así se hace, cabroncito —dijo Amparo satisfecha.

Cipriano cortó la cuerda que sostenía al español y este quedó de bruces sobre el patio. Estaba con la cara tinta en sangre, pero vivo. Había salvado la vida de milagro al delatar a su patrón.

Cipriano y cuatro de sus jinetes cabalgaron hacia el panteón de la hacienda y en cuestión de minutos regresaron con el obeso dueño, jalado por una cuerda de las manos.

Amparo lo recibió con una mirada triunfante. Un cigarrillo en un costado de sus labios le daba un toque siniestro. El español dueño de la hacienda la miraba asombrado.

—¡Don Anselmo Larrañeta! —dijo Amparo mirándolo de cerca—. Eres un estúpido por no haber huido, cuando sabías que Hidalgo arrasaría Guanajuato, poniendo presos y matando a todos los de tu ralea.

Don Anselmo miraba confundido a aquella extraña mujer. Había algo en ella que se le hacía conocido, pero no sabía precisamente qué.

—¡Maldita mi suerte! Mira que haber sido atrapado por un maricón.

—No por un maricón, don Anselmo. Fuiste capturado por la bella Amparo Salvatierra. Una mujer valiente, con huevos, como esas que

ya no hay.

—Encadénenlo a ese poste. Le sacaremos la información sobre el oro y plata que este malnacido tiene escondido aquí.

—No hay ningún oro y plata, mujerzuela. Todo me lo llevé desde que atacaron Dolores.

—Si fuera cierto eso, no estarías aquí, Anselmito. Te quedaste para evitar lo inevitable. Si quieres vivir y llegar a viejo tendrás que llenar de oro y plata esas carretas que ves ahí.

—¡Necia! Te digo que no hay tal plata. Todo se fue desde que supe que Hidalgo venía para acá.

Cipriano trajo leña y ramas secas que fueron puestas alrededor del opulento minero. Su mirada denotaba un terrible miedo de ser quemado vivo.

—¿Qué piensas hacer? Te digo que ya no hay nada.

El mofletudo rostro de don Anselmo dibujaba una expresión de pánico. Sentía miedo hacia aquella siniestra mujer.

—¿Y bien, mi puerquito español, dónde tienes escondido tu oro? —Se lo ruego señora. Créame. Ya no hay nada.

Don Anselmo temblaba de miedo. Sentía que aquella perversa mujer en cualquier momento le acercaría la tea encendida para asarlo vivo.

—Última vez que te lo pregunto, costal de manteca. ¿Dónde está el oro?

Don Anselmo miró aterrado el rostro maléfico de aquella mujer y sin titubear contestó:

—Está debajo de los chiqueros.

Amparo le hizo una seña a Cipriano para que se encaminara hacia los chiqueros.

—Confirmame si es cierto, Cipriano.

Diez minutos pasaron como si fueran una hora. Don Anselmo miraba el reguero de cadáveres que yacían en el suelo de la hacienda. Un grupo de puercos paso corriendo por un rincón de la hacienda huyendo hacia el campo. Don Anselmo dio gracias a Dios por su

prudencia al haber mandado la familia a Querétaro. Toda su guardia había sido liquidada por una astuta y sanguinaria mujer. Las voces de otros españoles que le dijeron huye Anselmo, que ahora es tiempo, resonaban en su cabeza como una tortura que sonaba como eco dentro de su cabeza.

—¿Qué se siente matar esclavos en tu mina, cabrón? —le interrumpió Amparo, dando una profunda fumada a su cigarrillo Giresse— ¿Qué sientes al ver a esos pobres hombres desnudos, cadáveres vivientes, entrando y saliendo de las minas hasta morir? ¿Por qué nunca tuviste un poco de humanidad e hiciste algo por mejorar sus vidas? ¿No te retuerce tu consciencia al ver a tantas viudas y niños huérfanos? Tú también tienes hijos. ¿Te gustaría una vida así para ellos? ¿No te acuerdas que llegaste, digamos pobre a este lugar y por mamársela a los Obregón te hiciste rico?

—Perdóname mujer. Sé que hice mal, pero así se hacen las cosas en la Nueva España. Yo no inventé este sistema de trabajo y explotación.

—No lo inventaste pero lo apoyaste y no hiciste nada por cambiarlo. ¡Es tu culpa cabrón! ¿No te duele el haber condenado al exilio a tu hija Elena por intentar casarla con el cerdo de Evaristo Obregón?

La confusión en don Anselmo creció más. ¿Cómo es que sabía tanto de su vida aquella siniestra mujer?

—¿Cómo es que sabes tanto de mi vida? ¿Quién eres mujer?

Amparo se distrajo al ver llegar a Cipriano. El feroz soldado jadeaba por la carrera hecha por la buena noticia que le traía a su patrona. Amparo se echó hacia tras por la peste a chiquero ya impregnada en sus ropas.

—¡Sí está el oro ahí, Amparo! Varios sacos repletos de monedas de oro y plata. Este cerdo gachupín no nos mintió Amparo sonrió malévola. Se acercó a don Anselmo para por último decirle:

—Y con esto aparte pagarás lo hecho a Elena y Martiniano. Encuérenlos a él y al caporal y llévenlos jalados por una cuerda hasta la cárcel donde Hidalgo está encerrando a los gachupines.

El cuerpo desnudo de don Anselmo junto con el del famélico don Severo Ventura causaban la risa entre la soldadesca de Amparo. Esto era el comienzo de su anhelada venganza, sin llegar al extremo de matarlos. Su aversión hacia el obeso gachupín no llegaba a tanto.

—¡Santo Dios! Parecen un cerdo caminando hacia el matadero junto con un perro de tianguis.

Todos celebraron la broma de Amparo, mientras dos lágrimas de impotencia y tristeza escurrían de sus ojos. Lo peor le esperaría con las victoriosas y vengativas chusmas de Hidalgo.

Para la defensa de la Nueva España, pensando en invasiones estadounidenses y francesas, solo existían los regimientos de dragones de España y México, muy bien entrenados y con gran fuerza de ataque. Toda esta tropa era estratégica y pronta a marchar a la primera orden del virrey. Lo demás, del ejército virreinal, se componía de las milicias de infantería y caballería de Querétaro, Tulancingo y Cuautitlán; fieles al gobierno, pudiéndose contar con ellas para defensa del reino en cualquier necesidad. Estas fuerzas se encontraban distribuidas en brigadas, constando cada una de tres o más regimientos. Por consecuencia, sus respectivos jefes generales estaban investidos con grandes facultades, y podían, si se presentase un caso extraordinario, mover a su arbitrio estas tropas, sin consultarlo al gobierno.

Entre los comandantes de brigada más brillantes y capaces, se contaba en la décima con el brigadier Félix María Calleja del Rey, encargado de la de San Luis Potosí, hombre con una gran popularidad por su experiencia militar y grandes contactos en política.

El día 19 de septiembre a las diez y media de la mañana, don Félix María Calleja tuvo la primera noticia de la asonada del pueblo de Dolores. Se trasladó de inmediato al valle de San Francisco, distante a doce leguas de San Luis Potosí, donde confirmó la gravedad de los hechos desatados por Hidalgo.

Había muy pocos hombres tan afortunados como don Félix María Calleja, a quien la situación se le presentaba como enviada por los dioses, para convertirse en el hombre destinado para ser el azote más terrible de los insurgentes.

Los líderes de la región respetaban e idolatraban a Calleja, como si fuera el mismo virrey. Su experiencia como perseguidor de apaches y filibusteros lo precedía. Se le recordaba por haber perseguido y removido de su empleo al teniente letrado D. Vicente Bernabéu, durante el gobierno del virrey Marquina. En aquella época también persiguió al famoso aventurero y contrabandista del sur de los Estados Unidos, Felipe Noland.

El virrey Marquina por precaución y recomendación de don Félix María, situó un estratégico cantón de tropas, formado de varias compañías de diversos cuerpos del ejército, entre las que marchó con la suya don Ignacio Allende. En aquellos días la única preocupación de los Dragones de la Reina eran los indios y los norteamericanos, jamás se pensó en una revuelta interior que echara a andar a las brigadas contra el pueblo.

Apenas puso pies Calleja en San Luis Potosí, comenzó a expedir órdenes para reunir su brigada, y además las expidió a las haciendas y pueblos de todo su distrito. La respuesta fue positiva e inmediata, de modo que Salinas, Ramos, Ojocaliente, el Venado, Bocas, Espíritu Santo, valle del Maíz, San Francisco y el Jaral, no solo le suministraron la gente que necesitaba, sino mucha más, ya que tuvo después que despedir a muchos de ellos, por no tener el armamento para equiparlos.

> *Soldados de mis tropas: os han reunido en esta capital los objetos mas sagrados del hombre, religión, ley y patria. Todos hemos hecho el juramento de defenderlos y de conservarnos fieles a nuestro legîtimo y justificado gobierno. El que falta a cualquiera de estos juramentos no puede dejar de ser perjuro, y de hacerse reo delante de Dios y los hombres. No tenemos mas que una religión que es la católica, un soberano que es el amado y desgraciado FERNANDO VII, y una patria que es el país que habitamos, y a cuya prosperidad contribuimos todos con nuestros sudores, con nuestra industria y con nuestras fuerzas. No puede haber pues motivó de división entre los hijos de una propia madre. Lejos de nosotros semejantes ideas que abriga la ignorancia y la malicia. Solo Bonaparte y sus satélites han podido introducir la desconfianza en un pueblo de hermanos. Sabed que no es otro su fin que dividirnos, y hacerse después dueños de estos ricos países que son tanto tiempo el objeto de su ambición. No podéis dudarlo: sabéis los emisarios que ha despachado, las intrigas de que se ha valido, y los medios que emplea para llevar al cabo este proyecto.*
>
> *¿Y permitiremos nosotros que logre sus fines? ¿Que venga a dominarnos un tirano, y que nuestros altares, esposas, hijos, y cuantos bienes poseemos caigan en manos de aquel monstruo por el medio que se ha propuesto de introducir la discordia en nuestro suelo? A esto conspira la sedición que ha promovido el cura de Dolores y sus secuaces: no hay otro camino de evitarlo que destruyendo antes esas cuadrillas de rebeldes que trabajan en favor de Bonaparte, y que con la máscara de la religión y de la independencia solo tratan de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos, cometiendo toda clase de robos, de asesinatos y extorciones que reprueba la religión como lo*

han hecho en Dolores, S. Miguel el Grande, Celaya y otros lugares donde han llegado. No lo dudéis soldados: del mismo modo veréis robar y saquear la casa del europeo que la del americano: la aniquilación de los primeros es solo un pretexto para principiar sus atrocidades, y el peligro en que suponen la patria por parte de aquellos que tantas pruebas tienen dadas de su religiosidad y patriotismo, es un artificio de que se valen para engañarnos, y hacernos caer en el lazo que nos ha preparado el tirano. Vamos pues a disipar esa porción de bandidos que como una nube destructora asolan nuestro país, porque no han encontrado oposición. Si ha habido por desgracia en este reino gentes alucinadas y perdidas que de acuerdo con las ideas de Bonaparte se hayan atrevido a levantar el estandarte de la rebelión, y que al mismo tiempo que protestan reconocer a nuestro legítimo y adorado Monarca, niegan la obediencia a las autoridades que nos gobiernan en su nombre; seamos nosotros los primeros que a imitación de nuestros hermanos de la Península defendamos y conservemos los derechos del trono, y limpiemos el país de estos perturbadores del orden público que procuran derramar en él los horrores de la anarquía.

El superior gobierno quiere que tengáis parte en esta empresa, y usando de los grandes medios que están a su disposición, os invita a castigar y sujetar a los rebeldes con el ejército que ha salido ya de México y marcha para su exterminio. Yo estaré a vuestra cabeza, y partiré con vosotros la fatiga y los trabajos: solo exijo de vosotros unión, confianza y hermandad. Contentos y gloriosos con haber restituido a nuestra patria la paz y el sosiego, volveremos a nuestros hogares a disfrutar el honor que solo está reservado a los valientes y leales.

S. Luis Potosí 2 de octubre de 1810.
Félix Calleja

Don Félix María Calleja y Rodolfo Montoya, se encontraban reunidos con el marqués de Moncada, gran aliado de Calleja, en la hacienda de la Pila en San Luis Potosí. Calleja llevaba días trabajando en entrenar a sus tropas y en reunir el mayor arsenal posible para hacer un letal frente a los insurgentes del Bajío. A pesar de que el virrey Venegas lo había llamado para defender Querétaro, Calleja lo había convencido que le sería más útil en San Luis, ya que tenía un plan definitivo para liquidar a toda la insurgencia.

—No podemos permitir que esa bola de pelafustanes lleguen a San Luis a hacer daño a los pobladores y saqueen todo lo que encuentren a su paso —dijo enérgico el marqués de Moncada, al terminar de leer la

misiva que Calleja había entregado al pueblo y autoridades de San Luis Potosí—. Reúna a todo su ejército y aplástelos, coronel. Cuente conmigo en lo que le falte. Esos indios son como una plaga de langostas que hay que detener a toda costa.

Calleja con su rostro felino marcado en arrugas dio un sorbo a su copa de vino para responder tranquilamente al mofletudo marqués:

—Le aseguro, señor marqués, que ninguno de ellos llegara a San Luis. Saldré en breve, una vez que tenga todo listo y la ciudad bien resguardada a coparlos en Guanajuato. Me veré obligado a enfrentarme a Allende, amigo mío, y uno de mis mejores hombres. No habrá de otra más que fusilarlo. No es otro más que un maldito traidor resentido.

—Dicen que el padre Hidalgo también los lidera. Algo extraño tratándose de un cura —comentó Montoya, poniéndole mucha salsa verde a su taco de cecina. Con leves resoplidos trataba de espantar la picazón que lo abordaba.

El mocito que atendía la mesa sirvió más vino en sus copas. El marqués tomó una pierna de pollo asado y la llevó glotonamente a su boca, demorando su comentario por unos segundos. Su rostro lucia diminuto entre tantos cachetes, barbilla y frente.

—Ese cura es peligroso. Estos pinches indios ignorantes son capaces de violar a su madre, si su padrecito así se los ordena. Dicen que son miles los indios que siguen al cura, más que a Allende. El mismo Allende se le cuadra el cura.

—Eso complica la situación, marqués. Un indio que está dispuesto a pelear por la virgen, sólo se le detiene con una bala en la frente —comentó atinadamente don Félix, poniendo atención en la distancia a los ejercicios de infantería, practicados en los amplios jardines de la hacienda.

—Pues cargue con muchas balas sus rifles y cañones, para no dejar a ninguno vivo, si es preciso.

Calleja fijó la mirada en tres hermosas indígenas que aguardaban en la entrada del quiosco del jardín. Con un ademán las llamó, ante las miradas complacientes del marqués y Montoya. El recientemente nombrado coronel por el virrey Venegas, no escatimaba en nada por mantener contento a su gran proveedor de hombres y armas. Qué mejor manera de demostrar su agradecimiento que consiguiéndole indias hermosas e insaciables.

—A estas sí déjelas vivas, coronel. ¡No sea tan extremista, don Félix!

—Estoy de acuerdo con el marqués, don Félix. A estas y todas las parecidas, sí déjelas vivir. ¡Esto es mestizaje obligado!

Los tres chocaron sus copas, sentando a cada una de las indias en sus piernas.

(1) *Nos hemos acercado a esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los europeos: si se entregasen a discreción, serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contraria, se hiciese resistencia por su parte y se mandare dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponde a su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder. Dios guarde a ustedes muchos años. Campo de batalla, Setiembre 19 de 1810. Miguel Hidalgo—Ignacio Allende. P. D. En el momento en que se mande dar fuego contra nosotros serán degollados sesenta y ocho europeos que traemos a nuestra disposición. Hidalgo—Allende. Señores del Ayuntamiento de Celaya.*

(2) El Ayuntamiento de Celaya fungía como una autoridad legítima a todas luces, y sin duda tenía la capacidad para legitimar y reconocer nombramientos de semejante categoría dentro de la tropa insurgente.

(3) *Las armas de la iglesia se empleaban también con el mayor empeño para reprimir la revolución. Luego que el obispo electo de Michoacan, Abad y Queipo tuvo conocimiento de ella, publicó en 24 de Septiembre en un edicto, en el que calificando a Hidalgo y sus compañeros de perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos y perjuros, declaró que habían incurrido en la excomunión mayor del canon:* ***Si quis suadente diabolo****, por haber atentado contra la persona y libertad del sacristán de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del convento del Carmen de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados; prohibió, bajo la misma pena de excomunión mayor,* ***ipso facto incurrenda****, que se les diese socorro, auxilio y favor, y exhortaba y requería, bajo la misma pena, al pueblo que había sido seducido y seguía al cura con título de soldado y compañeros de armas, a que lo desamparasen y se restituyesen a sus hogares, dentro de tercero día desde el que tuviesen noticia de aquel edicto (19), y por otro posterior de 8 de Octubre confirmó y amplió lo prevenido en este.* Lucas Alamán, Revolución del Cura Miguel Hidalgo.

(4) *Hombres ilustres mexicanos: biografías de los personajes notables desde de la conquista hasta nuestros días / por I. M. Altamirano... (et al); ed.*

Eduardo L. Gallo. Vol. III. pp. 281 Colección de documentos de J. E. Hernández y Dávalos, t. II, pp. 116 y 117.

(5) Don Mariano Jiménez, oriundo de San Luis Potosí, empleado de la mina de Rayas, egresado del Colegio de Minas en la capital, llamado a realizar un papel prominente en la revolución de independencia. Fue nombrado coronel del ejército insurgente.

(6) Hidalgo nombró a Chowell, coronel y Jefe del Regimiento de Infantería. A iniciativa de Chowell, se barrenaron los cerros de la Cañada de Marfil con el fin de que el deslave acabara con el los realistas, además, ordenó levantar trincheras en diversos puntos que fueron estratégicos para la defensa. Gracias a los espías con los que contaba en el ejército de Calleja, evitó la resistencia y se internó por Jalapita, hacia las minas de Santa Ana, con dirección a la Valenciana, donde pernoctó con sus fuerzas el 24 de noviembre. Chowell, confiado en su defensa, fue aprehendido el 25 de noviembre de 1810, y tres días después fue ahorcado junto con su cuñado Nacho Ayala, frente a la puerta principal de la Alhóndiga de Granaditas.

(7) Hidalgo improvisó una fábrica de cañones a cargo de Rafael Dávalos, al que le dio el grado de coronel. Los cañones fueron hechos con el cobre de las capellinas de las haciendas de beneficio minero, propiedad de los españoles, no tocando las pertenecientes a los criollos

(8) Ingresó al ejército realista, logrando alcanzar el cargo de teniente en el cuerpo de Dragones. En 1810, al iniciar la guerra de independencia, se unió a Hidalgo como capitán, posteriormente ascendió a teniente coronel. Fue asesinado en 1818 por el capitán Juan Ríos bajo las órdenes del comandante insurgente Miguel Borja, quien constantemente se inmiscuía en cosas ilegales. Semanas antes, Miguel Borja había recibido un préstamo de Liceaga por mil pesos, y para evitar pagarlo decidió mejor asesinarlo.

(9) *Señor Don Juan Antonio Riaño.—Cuartel de Burras, Setiembre 28 de 1810.-Muy señor mío:—La estimación que siempre he manifestado á usted es sincera, y la creo debida á las grandes cualidades que le adornan. La diferencia en el modo de pensar, no la debe disminuir. Usted seguirá lo que le parezca más justo y prudente, sin que esto acarreé perjuicio á su familia. Nos batiremos como enemigos si así se determinare; pero desde luego ofrezco á la señora intendenta un asilo y protección decidida en cualquier lugar que elija para BU residencia, en atención á las enfermedades que padece. Esta oferta no nace de temor sino de una sensibilidad, de que no puedo desprenderme. Dios guarde á usted muchos años, como desea su*

atento servidor Q. S. M. B.—Miguel Hidalgo y Costilla.—En la hacienda de Burras, á 28 de Setiembre de 1810. Miguel Hidalgo y Costilla, Ensayo Histórico, Gustavo Baz, Biblioteca de la patria.

14 · Guanajuato en llamas

Siendo contra los clamores de la naturaleza vender a los hombres, quedan abolidas las leyes de la esclavitud.
Miguel Hidalgo y Costilla

Las noches del viernes y sábado, del 28 y 29 de septiembre de 1810, serían recordadas en Guanajuato como los días en que el diablo se apoderó de la ciudad y las vidas de los guanajuatenses. Después de la toma de la alhóndiga, cuando ya pardeaba la tarde, se desató un saqueo y pillaje incontrolable para Hidalgo y sus hombres de confianza. Las huestes salvajes repartidas por toda la ciudad, hicieron lo inimaginable, en esos dos días donde Guanajuato se convirtió en una sucursal del infierno.

Por una de las calles de la ciudad los hombres de Amparo entregaron a don Anselmo y al caporal a la turba enardecida, que al verlos encuerados, como prueba inequívoca de que eran gachupines, se lanzaron sobre ellos para lincharlos a golpes. Cipriano, acostumbrado a la violencia y la sangre, se quedó pasmado al ver como la indiada sangrienta de venganza despedazaba a cuchilladas, golpes, palos y puntapiés a los ocho españoles que formaban la línea, junto con don Anselmo y el famélico caporal, que para su fortuna cayó muerto al primer garrotazo recibido en su frágil cráneo. Don Anselmo quedó desperdigado sobre la calle, como un cerdo sacado de la destripadora. Su rostro, quedó irreconocible al ser aplastada su cabeza con una enorme roca de cantera, quedando adherido al piso como un pegajoso tapete de sesos, pelos y grasa.

Por una de las escalinatas que conducía a la casa donde se encontraba Hidalgo, Crisanto Giresse miró por última vez al desdichado don

Anselmo. Actuaba como si en verdad fuera otra persona. Amparo y Crisanto eran dos personalidades distintas, atrapadas en un mismo cuerpo. Cuando una asumía su puesto, eclipsaba por completo a la anterior. Giresse miraba sorprendido el saqueo de la ciudad, como si él fuera un inocente hombre que no había ayudado en nada a que esto ocurriera.

—No hay manera de controlar a esos indios del infierno, don Miguel. Tendríamos que matarlos a todos —le dijo Giresse al cura, quien con una copa en la mano celebraba su triunfo como si fuera esa noche su coronación como rey de México.

—Esto es lo que se ganaron los gachupines por tanto abusar de los indios y los criollos por siglos, Crisanto. Escrito estaba que algún día esto sucedería, y a mí me tocó hacerlo realidad.

Crisanto se sirvió una copa del sabroso vino que Hidalgo le convidaba.

—Están saqueando casa por casa y matando a cualquier español que encuentren escondido o huyendo.

—Mañana pondré un hasta aquí, Crisanto. Por lo pronto que esta noche arda Guanajuato y sálvese quien pueda. No tengo dinero para pagarles. Que se cobren con el pillaje.

—Mi gente ya se cobró, don Miguel. Le aseguro que les fue muy bien.

—Gracias por tu ayuda Crisanto. Sé que con tus hombres tomaste varias haciendas y pusiste a varios gachupines en el cadalso.

—Hice lo que acordamos, don Miguel. Esto apenas empieza.

—Supe que una mujer llamada Amparo tomó la hacienda de don Anselmo Larrañeta.

Crisanto rio para sí mismo. Le encantaba escuchar sobre Amparo como si fuera alguien ajena e inalcanzable para él, pero de la que inexplicablemente admiraba y sabía mucho.

—Esa vieja desgraciada no se tienta el corazón con ningún gachupín, don Miguel.

Hidalgo se acercó a él mirándolo profundamente. Como cura que era, a momentos sentía ganas de exorcizarlo y acabar así con la mujer diabólica que anidaba en sus entrañas. Su amistad y cariño por Giresse era inconmensurable.

—Espero que esa mujer no cometa ningún error y caiga en manos de los realistas. Lo lamentaría muchísimo. Ojala siempre se cuide, como hasta ahora.

—No lo cometerá, don Miguel. ¡Pierda cuidado! Esa hija de la chingada es más lista que el mismo diablo.

Esa noche de terror y pánico para los guanajuatenses, también tuvo momentos de paz y tranquilidad para unos cuantos, como Ignacio Allende, que evitando que se enterara Hidalgo, se encerró con Tomasa Estévez en uno de los cuartos de las casonas tomadas por los insurgentes. Allende, como Pompeyo después de la batalla por Sicilia, gozaba del placentero momento con la candente viuda salamantina que, a pesar de ya llevar dos horas con el teniente general, no encontraba como apagar esa llama de deseo que ardía entre sus piernas. Aquella deliciosa humedad entre sus piernas le quitaba el sueño. Quería más placer, pero su Pompeyo no tenía para más. El teniente Allende quedó rendido en un plácido sueño, mientras Tomasa se incorporó desnuda a asomarse desnuda por el balcón. Desde la ventana del jardín se contemplaba los desmanes en la calle. Unas boreales naranjas señalaban las casas en llamas, arrebatadas a los gachupines y criollos que inteligentemente huyeron antes de la hecatombe. El ruido de los saqueos, los gritos de muerte de los ejecutados y de los asesinos, era una canción macabra de toda la noche.

Crisanto Giresse, quien fumaba sentado en una banca de piedra en el jardín de la casona de Pocitos, con sorpresa contempló a la musa desnuda que fumaba tranquilamente en la terraza. Giresse inmediatamente la reconoció como la salamanquesa de Allende, *La Friné* salamantina que hechizaba a los jefes insurgentes.

Sus ojos se abrieron asombrados al contemplar las curvas de tan bella mujer. Tomasa, consciente de que el gallardo capitán Giresse la contemplaba de todo a todo, le lanzó un beso y coquetamente regresó a su cuarto, donde dormía plácidamente el Pompeyo de San Miguel.

«Cosas de la vida, mientras en este momento esta viudita coge con Allende por placer, otras viudas como ellas cogen, pero porque son violadas y asesinadas por los indios de Hidalgo, sin que él o nosotros hagamos algo por evitarlo» —se dijo Giresse para sí mismo, mientras lanzaba una dona de humo sobre su cabeza—. «Malditas guerras que cobran vidas de justos y pecadores por igual, como el fuego que cada invierno consume pastizales enteros para en primavera engendrar nueva y fresca hierba».

A la mañana siguiente, sábado, los saqueos continuaron descaradamente a plena luz del día. Escenas terribles entre saqueadores y guanajuatenses se dieron en casas, parques, mercados, tiendas y cualquier recinto que pudiera albergar riqueza y algún español tratando de defenderla.

Jacinto, Cruz e Indalecio escucharon los gritos angustiosos de una mujer en una de las calles de la ciudad. Dirigidos por Jacinto, los tres corrieron hacia la casona de donde provenían los lamentos. Al entrar se encontraron con una mujer acostada en el suelo con un indio sin calzones encima de ella tratando de violarla. Otros dos indios esperaban su turno como si fuera un entretenimiento que implicaba esperar turno. Sus dos niños pequeños lloraban de terror junto al cadáver del español que fue su padre.

—¡Déjala desgraciado! —gritó Jacinto encarando al indio violador.

Sin decir más el agresor se abalanzó sobre Jacinto para matarlo. Los otros dos hicieron su parte encarando a Indalecio y Cruz.

Los muchachos repelieron fácilmente el ataque, haciendo huir a los indios hacia la calle. El que enfrentaba a Jacinto estaba a punto de matarlo cuando su espada atravesó el corazón del sorprendido atacante. El indio violador cayó muerto sobre Jacinto ante la sorpresa de sus compañeros.

Jacinto Iturbe se estrenaba en la revolución de independencia con una vida. Dos días de depresión lo perseguirían, hasta asimilar bien el evento y darse cuenta que no estaba para vacilar. Había que aprovecharse de la situación y beneficiarse del saqueo. En cualquier momento podían perder la vida, ya sea por algún indio salvaje o por una ofensiva realista. Cuidar su vida a lo máximo era la nueva prioridad.

Miguel Hidalgo, harto de la presión de su misma gente y de los excesos ocurridos en los últimos dos días por su indiada incontrolable, se vio obligado a publicar un bando para hacer cesar el saqueo. El caudillo insurgente mostraba su cara enérgica y estaba dispuesto a castigar los excesos y también premiar los grandes logros de su gente en bien de la contienda libertaria.

El astuto cura, mostrando su apego a la causa, mandó poner en libertad a todos los criollos que habían sido hechos prisioneros en la alhóndiga. Perdonó la vida a varios españoles y dejó que recibieran ayuda médica los heridos sin distinción de bando.

Preso por el remordimiento de la muerte de su entrañable amigo Juan Antonio Riaño, Hidalgo visitó a la viuda del intendente para disculparse, darle el pésame y entregarle los objetos personales de su esposo, tomados de la alhóndiga. Considerando esto poco, también le obsequió una barra de plata. A su hijo Gilberto le ofreció un alto rango en el ejército insurgente, pero éste casi lo corre de su casa, rechazando con insultos su oferta. Gilberto moriría pocos días después por complicaciones de salud por las heridas sufridas en la alhóndiga.

Horas más tarde, el cura Hidalgo recibió en el Cuartel del Príncipe a une elegante señora de abolengo, junto con un adolescente de cabello ensortijado y lentes de aros redondos de alambre, de nombre Lucas Alamán.(1) La señora se hinca y llorosa pide a Hidalgo que por nada del mundo saqueen su casa. Hidalgo ordena a su capitán Nacho Centeno que escolte a la señora y ponga orden en su casa.

El problema que había en la calle, era que nadie había hecho caso al anuncio de Hidalgo de detener los saqueos. El desorden continuaba como si nada hubiera ocurrido. En la planta baja de la casa de los Alamán había una tienda de abarrotes perteneciente a José Posadas, muerto en la trifulca del viernes, que ya había sido saqueada desde el día anterior, pero por palabras de un cargador del dueño de la tienda, se decía que había oro y plata enterrados bajo el piso de la tienda. La muchedumbre exaltada se lanzó con todo a intentar encontrar ese valioso tesoro. Como ganado derribando una débil cerca de madera, los rebeldes entraron a la tienda. Centeno, temiendo lo peor pidió refuerzos, llegando los mismos jefes insurgentes a poner un hasta aquí a aquel asalto.

Allende paró su caballo en dos patas lanzando un tiro al aire. Avanzó lanzado insultos hacia la muchedumbre saqueadora, cuando su caballo resbalo en la inclinación de la loza que daba acceso a la casa. Hecho un demonio hizo que su caballo se incorporara de nuevo y comenzó a tirar sablazos a diestra y siniestra, hiriendo y matando a cuanto indio se le cruzaba en su camino. Los saqueadores huyeron atemorizados. Hidalgo quedó asombrado del temple y valentía de su teniente, reconociendo que esa era la única manera de actuar y poner orden en el caos. La Señora de Alamán agradece el apoyo recibido y se le deja a Nacho Centeno con una pequeña escolta para evitar el regreso de la plebe.

Hidalgo con su estandarte en la mano y un indio tocando un tamborcillo, se dedicó a recorrer la plaza y sus alrededores. En su avanzar disparó a unos indios que arrancaban los balcones de una casa. Otro grupo de indios fue copado y despojado de todo lo que

había pillado de una casa. Haciéndose de la vista gorda permitió que la plebe vendiera en la plaza el botín incautado. De una manera era el reinicio informal del comercio, en una ciudad herida de muerte.

En la casa de don Bernabé Bustamante, otro buen amigo del cura, se incautó toda la plata y el oro que había sido escondido en el aljibe. Los hijos gritaban al cura que era una injusticia, a lo que Hidalgo respondió que ese dinero lo tomaría prestado para su guerra y que lo pagaría al conseguir el triunfo. Mariano Jiménez les previene no abusar de la amistad del cura, porque ellos podrían terminar fácilmente en el fondo del aljibe por no cooperar con el cura libertador. Los Bustamante temerosos por la advertencia, se retractan y no hacen más por ofender a los insurgentes.

Con el correr de los días la ciudad comenzó a tener algo de orden. Hidalgo intentando ser reconocido en Guanajuato, como lo fue en Celaya, convocó al Ayuntamiento para arreglar el gobierno de la provincia. Respetando a los habitantes de la ciudad ofreció la intendencia al alférez real Juan Pérez Marañón, quien la rechazó por temor a traicionar al rey. Nombró intendente a don Francisco Gómez y asesor al Lic. Carlos Montes de Oca, dándole la libertad al Ayuntamiento de nombrar alcaldes, sin que hubiera represalia alguna contra los que le habían rehusado su cooperación con la causa insurgente. Así procedía el hombre que años después sería acusado de no haber tenido ni la menor noción de orden, y a quien se acusaría de cruel y sanguinario con sus enemigos políticos. Era cierto que Hidalgo desconocía todas las autoridades emanadas del rey, pero respetaba aquellas que representaban el poder popular como la de los Ayuntamientos de entonces, y así se le vio entregarse a la tarea de reorganizar los gobiernos de Celaya y Guanajuato.

Aprovechando la enorme cantidad de plata que había en la ciudad minera, Hidalgo decidió fundar una nueva Casa de Moneda en la hacienda de San Pedro. Para su cometido echó mano de don Francisco Robles y unos singulares presos, expertos en falsificación y acuñación, con lo que conseguiría superar en calidad a las monedas hechas por el mismo gobierno virreinal.

Para la fundición de cañones, Hidalgo utilizó a Rafael Dávalos, alumno del Colegio de Minería en México, haciendo sus prácticas en la mina de la Valenciana. Los cañones resultarían de mala calidad, sobre todo uno gigante llamado *Defensor de América*, que resultaría un fiasco. Dávalos se reivindicaría por su ferocidad y valentía al hacer frente a los realistas de Félix María Calleja.

Para reforzar su ejército libertador, Hidalgo formó varios nuevos cuerpos de ejército. Encabezados por jóvenes distinguidos por su educación y sus relaciones como don Casimiro Chowell, eficiente administrador de la mina la Valenciana; Don Mariano Jiménez, alumno de la escuela de Minería de México; don José María Liceaga, presidente más tarde del primer Congreso Mexicano y don José María Chico, miembro de una de las familias más distinguidas y reconocidas de Guanajuato.

Hidalgo se bañaba en una tina de mármol en una de las haciendas incautadas a los españoles. Su cansada espalda era masajeada por una mujer de no mal ver. La bella masajista restregaba sus aceitados senos del tamaño de dos melones, sobre la adolorida espalda del cura redentor. Los desplantes victoriosos de los jefes insurgentes eran sus premios por arriesgar a diario sus vidas en una empresa en la que ninguno de ellos confiaba salir vivo.

El ejército de Calleja se alistaba en San Luis y los vigías insurgentes no informaban ninguna novedad cercana, por lo que disfrutar la vida, que en cualquier momento se podía perder, era la mejor opción en ese momento.

—Nunca pensé que un cura tan viejito pudiera ser tan fogoso y cabrón. Usted es un hombre de Dios.

La cabellera risada de la muchacha caía empapada sobre sus hombros como una enorme esponja que amenazaba con absorber toda el agua de la tina.

—Ahora no soy ningún hombre de Dios, hija. Soy un hombre, nada más, y aprovéchalo.

—Te voy a comer todito, padrecito de Dios.

La muchacha gemía de placer al sentir la hombría del cura, al subir y bajar rítmicamente dentro de las tibias aguas de la tina. Enormes olas con espuma se desbordaban por las orillas de la tina, mientras la dama gritaba como una amazona, siendo escuchada por los soldados del cura en los jardines de la casona. Ellos reían cómicamente al saber de las capacidades sexuales del cura.

—El pinche padrecito lleva horas metido ahí con la China. A ver si no se nos muere de tanto coger el cabrón.

—Déjalo, que es una dicha que todavía pueda el cabrón. Se lo tiene bien ganado.

Los dos guardias continuaron su vigilancia, mientras jugaban cartas bajo la sombra de una jacaranda.

Tomasa Estévez sintió la mirada de Crisanto Giresse como si alguien le apuntara con un arco a la cara. Sin andarse con rodeos espetó sin miramientos a Crisanto:

—¿Qué tanto me ves cabrón?

Crisanto se abrió paso entre los indios que descargaban una carreta repleta de sacos de maíz en el patio de la casa que ocupaba Hidalgo. En el interior de la casona, Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez hacía planes ante el inminente ataque de Calleja.

—Admiro tu belleza, mujer. Simplemente eso.

La *Friné Mexicana* se le acercó sonriendo. Su rostro era otro en comparación con el de segundos atrás, cuando se sintió intimidada por el apuesto francés.

—¿Por qué no está en la junta de jefes, francesito?

—Porque yo no soy jefe, salamantina hermosa. Yo solo acato órdenes y punto. Planear no es mi asunto.

—Eres muy galante. ¿Cómo te llamas?

—Crisanto Giresse.

—Te llamas como la marca de puros que fumaba mi marido. —Esa fábrica es mía, mujer.

María Tomasa se puso muy cerca de él. El interés por un hombre tan diferente había acaparado su atención. Tomasa encontraba a Giresse guapo y muy diferente al apuesto teniente Ignacio Allende. —¿Qué hace un hombre tan guapo y rico, arriesgando la vida entre estos desarrapados? ¿No deberías estar escondido en un sótano de estas casas? Muerto de miedo ante la llegada de los insurgentes. ¿Qué diablos haces aquí matando gachupines?

—Estoy harto de la opresión de los gachupines y franceses en las colonias de América, *Friné*. Deseo un México nuevo y libre de esos hijos de puta. Eso es posible y pronto lo conseguiremos.

—Qué honor ha de ser para Hidalgo tenerte entre sus hombres.

—Lo mismo digo de ti. Allende ha de sentirse muy feliz de tenerte

entre sus piernas.

Tomasa sonrió divertida. Podría insultar a Giresse por decirle eso, pero era tan evidente y conocido entre sus compañeros su desliz con Allende que mejor lo tomó con gracia.

—El con quién cojo es mi problema, francesito. ¿A ti qué chingaos te importa a quien le abro la patas?

—Es cierto, *Friné*. Solo lo digo porque a mí también me gustas. Eres toda una soldada cabrona.

—Hay otra más cabronas que yo, francesito. Dicen que una tal Amparo Salvatierra viene para acá para unirse con Hidalgo. Que trae un ejército de miles de indios con arcos y flechas, y que es bien cabrona y no tiene piedad de ningún gachupín. Otros dicen que ya anda por aquí, atacando, y que tomó a sangre y fuego la hacienda de Anselmo Larrañeta y que se lo chingó crucificándolo en su misma casa.

Giresse sonrió sorprendido de cómo los chismes se iban distorsionando a niveles alarmantes. Ni siquiera sabían que el verdadero Larrañeta había sido linchado en plena calle

—Sus razones para ser así debe tener la tal Amparo, *Friné*. No hay que criticarla, y ojalá de veras se una al cura para juntos tomar la capital del país.

—Tenemos un ratote para hacer de las nuestras, francesito. Déjate ya de pendejadas de cortejos ridículos y hagamos lo que los dos deseamos. Allende no tiene por qué enterarse, y aunque así fuera, ni que fuera mi viejo o mi patrón. ¡A coger y coger que el mundo pronto se va acabar y el diablo también nos va coger! ¡Vamos!

La diligencia en la que viajaban Martiniano López y Gonzalo Larrañeta, llegó a San Luis Potosí en los primeros días de octubre de 1810. Decididos en regresar a la Nueva España, las dos familias dejaron todo en el otro San Luis americano, para iniciar una nueva vida en el Bajío.

—Hace mucho calor, mamá —dijo Miguelito López, quien a sus cinco años era el vivo retrato de su madre, Elena Larrañeta.

—Te voy a comprar un agua fresca, Miguelito. Ya casi llegamos.

La diligencia estaba estacionada bajo la fresca sombra de un grupo de

árboles a un costado de la plaza central de la ciudad. La vida en la alameda se desarrollaba como si nada ocurriera en la Nueva España. Había gente caminando, enamorados charlando en la intimidad, niños jugando y familias compartiendo refrigerios en las bancas y sombras del jardín público.

—Hasta ahorita no he visto algo de la guerra que dicen que azota a la Nueva España —comentó Emily Feraud, arrullando a la pequeña Mirelle.

Después de preguntar en un puesto militar, Martiniano regresó para informar los más recientes hechos acaecidos:

—Dicen que la rebelión está ahora en Guanajuato. De aquí y de Querétaro saldrán tropas a enfrentar a mi padre —repuso Martiniano.

—Espero que mi padre haya escapado a tiempo —comentó Gonzalo, secando el sudor de su frente con un pañuelo, que si se exprimiera, podría casi llenar una taza cafetera.

—No lo creo, hermano. Conocemos bien a papá y sabes que en situaciones así nunca se amilana. Estoy seguro que sacó a la familia a tiempo y él se quedó a cuidar su hacienda.

—Dicen que el coronel Félix Calleja está por partir hacia Guanajuato para hacer frente a los rebeldes —agregó Martiniano—. Uno de sus hombres de confianza es Rodolfo Montoya. Conocido mío de mis tiempos en la capital cuando hui de Guanajuato.

—Será muy tu amigo, Martín, pero si enfrenta a Hidalgo, al final no será tan amigo tuyo —comentó atinadamente Gonzalo.

—Muy cierto, cuñado. Es mejor para mí mantenerme al margen. Por nada del mundo pienso enfrentarme a mi padre.

—Y yo estoy dispuesto a defender a mi padre, si la hordas de Hidalgo amenazan con quitarle todo.

Las dos mujeres se miraron entre sí, dimensionando la problemática que sus hombres estaban por enfrentar en el Bajío.

—Ya veremos que nos depara el destino, cuñado. Lo único que te aseguro, es que pase lo que pase, tú eres mi hermano y tu familia es mi familia.

Gonzalo presa de le emoción dio un fuerte abrazo a su cuñado. —

Pienso lo mismo, cuñado. Juntos con Dios hasta el final.

La aparente lentitud de respuesta de Calleja, inquietaba a los asaltantes de Guanajuato. Hidalgo, una vez convencido de que ningún ejército rival partiría en breve de San Luis para enfrentarlo, partió con sus huestes de Guanajuato, el lunes 8 de octubre con dirección a Valladolid. Le aventajaba el coronel Mariano Jiménez con un cuerpo de tres mil valientes rebeldes. El ejército libertario era engrosado en su avance por cientos de voluntarios que querían sentir una probadita de poder, como la que maliciaban los indios de Hidalgo en su engreído avanzar hacia la siguiente ciudad por asaltar. El rumor del rico botín arrancado de la perla minera, era un aliciente para las nuevas huestes, que pensaban que con un ataque a Valladolid se harían ricas para siempre.

El primero en huir de Valladolid con su gente fue el obispo Abad y Queipo, quien imaginaba una Valladolid en llamas, como las bíblicas Sodoma y Gomorra. En ningún momento pensó en enfrentar a Hidalgo y espetarle en pleno rostro las razones de peso para haberlo excomulgado.

Cuando las huestes de Hidalgo casi pisaban Valladolid, en el vecino pueblo de Indaparapeo, una comisión especial de Valladolid compuesta por el canónigo Betancourt, el regidor don Isidro Huarte y el capitán don José María Arancibia, se adelantaron para verificar la pacífica entrega de la ciudad al cura libertario. Por nada del mundo querían un escenario igual al vivido en la fatídica Guanajuato. Frente a ellos se presentaba Hidalgo con ochenta mil hombres sedientos de sangre y pillaje.

Hidalgo acepta los términos y evita una masacre como la de Guanajuato. Sus huestes se encuentran tranquilas, como si fuera un felino asesino ronroneando satisfecho después de haber devorado una buena presa.

Hidalgo muestra su repudio hacia el clero de Valladolid por la excomunión fulminada por el obispo de Michoacán. Se niega a recibir a los canónigos y no asiste a la misa de gracias que le oficia el canónigo conde Sierra Gorda, quien le levanta la excomunión. Las campanas de la catedral repican anunciando la entrada del distinguido cura, quien según Abad y Queipo, unos días atrás, era el mismísimo diablo y ahora por temor, prefieren tratarlo como un enviado de Dios.

Las nuevas huestes, ansiosas de botín y aprovechando la ausencia del padre Hidalgo en la misa de gracias en la catedral, aprovechan para

iniciar el rápido ataque a las casas circundantes. Los indios se lanzan en tumulto sobre las ostentosas casas de algunos españoles, especialmente las del asesor Terán, del canónigo Bárcena, las de Aguilera, Olarte, Losal y Aguirre, extrayendo todo lo acarreable que en ellas había. Como posesos del infierno rompen y destruyen los adornos y pinturas que no son posible cargar en un costal, en sus espaldas o monturas.

Ignacio Allende sabía que no podía permitir que esa ola de saqueos creciera. Sin pensarlo dos veces toma uno de los cañones, lo carga y lo hace explotar sobre la indiada incontenible. El estallido y la matanza es tan impresionante que como por arte de magia cesan los saqueos. Horas después los indios amenazan con empezar otra revuelta por haber muerto uno de ellos envenenado con un aguardiente sacado de la tienda de don Isidro Huarte. Allende, valiente e imprevisible como siempre, bebe frente a ellos del aguardiente sin que le pase absolutamente nada. Hidalgo se siente orgulloso y satisfecho por el acertado proceder de su teniente y lo felicita directamente.

La exitosa toma de Valladolid significó para Hidalgo un aumento muy importante de fuerzas y recursos. Se le unió el Regimiento de infantería provincial, compuesto de dos entrenados batallones; las campañas de infantería y todo el regimiento de dragones de Michoacán, mejor conocido como el de Pátzcuaro, por provenir de esta ciudad. Del dinero que había en los fondos de la catedral, toma cuatrocientos mil pesos, dejando doce mil para los gastos de la iglesia.

Hidalgo y Allende comían plácidamente con su nuevo coronel Manuel Gallegos, a quien el cura acababa de invitar a unirse a sus fuerzas conquistadoras. El coronel, antes de la llegada de Hidalgo, se desempeñaba como sargento mayor del regimiento provincial de infantería. Entusiasmado con el plan libertario del cura, lo invitó a comer una deliciosas carnitas con pulque en un fresco jardín en una casa cercana al Palacio de Gobierno.

—Agradezco con todo mi corazón el nombramiento de coronel, padre. En verdad me honra con ello.

Hidalgo bebió de su tazón de pulque, limpiándose la baba con una servilleta color verde. Sus ojos, del mismo color del trapo, se clavaron amistosos en el coronel, un hombre de estatura mediana de piel colorada como un jitomate.

—Haremos un gran equipo en las siguientes conquistas, don Manuel. Me honra usted con su apoyo incondicional.

—El honrado soy yo, padre. Pelear codo con codo con el teniente Allende es algo que platicaré con mis nietos en un futuro cercano.

Allende sonríe por el halago, chocando su tazón de pulque con el del coronel.

—El honor es mío, don Manuel. Nos conocemos de tiempo atrás y sé de sobra de su capacidad como militar.

Don Manuel se sirvió un taco de pura nana con mucha salsa roja de molcajete, aclarando que no le gustaba la maciza por insípida. Entrado más en confianza al alcanzar el postre de ate de membrillo con queso, se atrevió a sincerarse con sus compañeros. —Después de todo lo visto hasta aquí desde su llegada a Valladolid, señores, debo sincerarme con ustedes en lo que pienso de su ejército.

Hidalgo detuvo el viaje de su jarrito de pulque para prestar mayor atención a su recién nombrado coronel.

—Créanme que de no creer en su causa y saber que venían con toda esa indiada descarriada sin control, yo mismo, con doscientos de mis hombres, los hubiera acabado en Indaparapeo.

Allende arqueo las cejas a la defensiva, aunque en el fondo estaba de acuerdo con don Manuel.

—¿Tan seguro está de su capacidad, coronel?

Don Manuel encendió un cigarrillo, pasando la caja a sus compañeros. Por un momento su colorado rostro se nubló ante el humo arrojado.

—Ochenta mil indios, asomándose por las orillas de una ciudad, en verdad asustan a cualquiera. A cualquiera que no sea militar. Esos indios cargando hondas, palos, picas y piedras van a caer como palomas cuando se enfrenten a Calleja. Son tantos, y sin entrenamiento alguno, que entre ellos se estorban. Son como una marea de carne que puedes hacer pedazos con un solo cañonazo. Yo les aconsejo tomar diez mil de esos desarrapados y llevármelos unos días. Le daría un entrenamiento básico y efectivo en la sierra de Pátzcuaro, luego regresaría con ellos a apoyarlos y seguir adelante hasta tomar el Palacio de los Virreyes en la capital.

—Estoy de acuerdo con usted don Manuel. Es una urgencia hacerlo —respondió Allende dando todo su apoyo.

—Suena interesante, coronel. Muy interesante, si tuviéramos el tiempo, pero eso es lo que menos tenemos. Esa indiada incontrolable que me dice, hizo estragos en Guanajuato y San Miguel. Créame que todavía no hay ejército que nos pueda hacer frente, y si así fuera, ellos serían los primeros en lanzarse sobre los realistas, dejando el camino libre para que entonces, entre usted con toda su estrategia militar y los acabe. Si los mando a entrenarse al monte, se me van a perder en la sierra o se van a largar de regreso a sus rancherías perdidas en la sierra. No sea ingenuo usted, coronel. Esa indiada está aquí por el saqueo y por la Virgen de Guadalupe. A ella hacen mucho más caso que a un general mal encarado, gritándoles estrategias Napoleónicas, en un español que ni entienden ni hablan.

El coronel Gallegos no dijo más. Allende ya estaba cansado de discutir lo mismo con el cura todos los días. Sabiamente mejor cambiaron de tema y siguieron disfrutando la cálida tarde. Tres lindas damas, traídas por Allende, se encargaron de hacerles el día mágico a los valientes insurgentes.

José María Morelos finalmente se reencuentra con Miguel Hidalgo. No habiéndolo encontrado en Valladolid, el aferrado cura de Carácuaro, emprendió el camino hasta alcanzarlo en Charo.

Los dos grandes amigos se abrazaron afectuosamente. Hidalgo compartió con Morelos una botella de vino, regalada por un amigo suyo en Valladolid. Un improvisado techo de tela con dos silla de tijera entre una arboleda les sirvió de fresco punto de reunión para platicar sobre el nombramiento que marcaría la historia de México.

—Así que no me encontraste en Valladolid y el conde de Sierra Gorda te dijo hacia dónde iba.

Hidalgo extendió su copa a Morelos. Ambos las chocaron en un alegre brindis campirano.

—No solo eso don Miguel. También trató de disuadirme en venir aquí. Me advirtió del peligro que corría al enlistarme en sus filas como capellán. En menos palabras, me dio a entender que usted es el mismísimo diablo.

Hidalgo soltó una carcajada que hizo que saltaran algunas gotas fuera de su copa,

—Sé que ese viejo cínico me dio por mi lado, por el temor que le tiene a mi gente. Si se hubiera declarado en mi contra, mis indios hubieran arrasado con toda Valladolid.

—Lo que usted ha hecho ya no tiene remedio, padre. Ha encendido la chasca seca de la inconformidad y le explotación. Esta llamarada será imposible de apagar.

Hidalgo cambió su gesto alegre por uno severo. Sus ojillos verdes se clavaron sobre el hombre del paliacate rojo y gestos negroides para cuestionarle:

—¿José María, estás aquí para fungir como mi capellán o para convertirte como otra extensión de mi movimiento libertario en el suroeste de la Nueva España?

Morelos sentía sofocarse con su paliacate y en gesto nervioso se lo quitó, dejando libre una cabellera risada y negra como el carbón. Su pétreo gesto, semejante a las cabezas olmecas de Veracruz se clavó en su mentor para responder:

—Si usted me honra nombrándome como su mano derecha en el sur de la Nueva España, le juro que no descansaré hasta sacar al último gachupín de mi territorio y ver nacer una nueva nación totalmente independiente en América.

—Te nombro coronel,2 José María. Me siento dichoso de contar con mi gran amigo en ese extenso territorio, que tanto te necesita y que me sería imposible cubrir. Esta sencilla carta da fe de lo que hemos platicado.

Morelos se sorprendió de que Hidalgo ya tuviera escrita la carta.(3)

—¿Cómo sabía que le pediría esto?

—Te conozco amigo. Un hombre de tu nivel jamás abandonaría Carácuaro y viajaría hasta acá para dar misas a mis indios rebeldes.

—Michas gracias, padre. Le juro que no lo defraudaré. —Lo sé, amigo. ¡Salud!

—¡Salud!

Nadie mejor que Miguel Hidalgo sabía de la importancia de aprovechar el momento a favor que vivían para ocupar la capital de la Nueva España lo más rápido posible, antes que se lo impidiese Félix Calleja o Manuel de Flon.

Antes de abandonar Valladolid, para mantener su unidad y fuerza insurgente en esta ciudad ya tomada, Hidalgo nombró intendente a

don José Mariano Anzorena, conocido suyo de una familia respetable de Valladolid. Le ordenó sustituir los empleos vacantes de los españoles por gente de su entera confianza y tomar las medidas correctas para el adecuado gobierno de esta provincia.

Los insurgentes llegan a Acámbaro el 19 de octubre. Allende hace una revista general de su ejército, el cual ascendía a más de ochenta mil hombres. Siguiendo los consejos de su amigo Gallegos, divide el ejército en regimientos de a millar.

En una sencilla misa de gracias, *Te Deum* y salvas, Hidalgo es proclamado Generalísimo; Allende Capitán general; Abasolo Mariscal de campo y Tenientes generales, Aldama y Jiménez.

Hidalgo luce imponente con su nuevo traje azul marino con casaca con bordes encarnados en hilos de oro y plata, un tahalí de fino terciopelo negro en el pecho, junto con una imagen de la virgen de Guadalupe bordada también en oro. Los indios que contemplan al cura se arrodillan persignándose ante aquella figura celestial.

Una vez instalado en esta ciudad, Hidalgo expidió por primera vez los decretos que abolían la esclavitud y los estancos. Era evidente que Hidalgo intentaba organizar su revolución, según lo iban permitiendo los sucesos y su avance hacia la capital.

Hidalgo recibe noticias del desplazamiento de Calleja hacia Dolores. También sabe que hacia allá sale a encontrarlo el conde de la Cadena,4 sospechosamente descuidando Querétaro. Hidalgo

4 Queretanos: “Vuestro proceder durante la residencia de mi ejército en esta ciudad; vuestra sumisión a las legítimas autoridades; vuestro empeño y eficacia en defender la ciudad y la buena causa, me han llenado de satisfacción y exigen que os corresponda, noticiándolos que salgo mañana a convertir en polvo esa despreciable cuadrilla de malvados. Es de mi obligación, y la cumpliré, el instruir al superior gobierno de vuestra fidelidad; pero algunos genios suspicaces quieren atribuir vuestra docilidad a las fuerzas que tengo en esta; no pienso no se la traga y lo supone una trampa para que se abalance sobre la ciudad cuna de la independencia y sea mortalmente emboscado.

Manuel de Flon, al pasar por San Miguel ordena a sus hombres que saqueen las casas de Allende y Aldama. Los soldados realistas se dan vuelo destrozando todo a su paso.

Félix Calleja abandona su campamento de la hacienda de la Pila el 24 de octubre. Para no descuidar San Luis, pone presos en el convento del

Carmen a varios individuos que sospechaba coqueteaban con la causa de Hidalgo. Para proceder con más autoridad en su guerra, pide al Virrey que le conceda la facultad para castigar hasta con la pena de muerte.

Su improvisado ejército, levantado en menos de un mes, sin contar con la guarnición a cargo del cuidado de San Luis, era de tres mil jinetes, seiscientos infantes y cuatro cañones.

El 28 de octubre, se reunió con Manuel de Flon en Dolores. Por su rango y experiencia tomó el control total del ejército, quedando Flon en calidad de su segundo. Calleja, como ocurrió en San Miguel el Grande, permitió en Dolores a su ejército saquear la casa de Hidalgo.

Gonzalo Larrañeta no podía creer lo que sus ojos contemplaban. Delante de él se encontraba el patrimonio de la familia Larrañeta. La razón por la que don Anselmo había venido a partirse el lomo a la Nueva España. De aquella fastuosa hacienda que recordaba antes de partir para el norte, no quedaba más que las ruinas de una casona saqueada e incendiada por la plebe. Todo el oro y plata, robados de los chiqueros. Uno de los afortunados sobrevivientes, le

yo de esta manera y en prueba de ello, dejo la ciudad confiada a vosotros y a la guarnición valiente que os queda. Vosotros habéis de ser también los defensores; pero si contra mi modo de pensar sucediese lo contrario, volveré como un rayo sobre ella, quintaré a sus individuos, y haré correr arroyos de sangre por las calles. Querétaro, a 21 de octubre de 1810, El Conde de la Cadena narró nítidamente a Ubaldo los últimos momentos de don Anselmo. Ubaldo hizo otro tanto con su hermano mayor, recién llegado de los Estados Unidos.

—¿Dices que una mujer fue la que asesinó a nuestro padre, Ubaldo? —preguntó Gonzalo, los dos sentados sobre una banca de piedra, de donde se contemplaba la tragedia de la hacienda con la cúpula de la casona totalmente carbonizada.

—Una hija de puta que lo entregó a la chusma para que lo linchara camino al pueblo. Eso justo después de que mi padre le revelara el escondite del oro en los chiqueros.

Los ojos de Gonzalo se llenaron de lágrimas. Apretando los puños con desesperación, le espetó:

—¡Fue un error que lo dejaras solo, Ubaldo!

Ubaldo, miró con coraje a su hermano. Sus negras cejas, en ese rostro

redondo como un melón, se arquearon en un gesto belicoso. No le agradaba en lo más mínimo que su hermano lo culpara por lo acaecido.

—¿Qué fácil es para ti echarme la culpa, no cabrón? Llevas años de haberte largado al norte alcahueteando a Elena en su traición a la familia.

—Ya déjate de estupideces con lo de la traición de Elena. Ella no quería a ese mequetrefe de Evaristo. Mi padre la quería casar a la fuerza. Sin importarle en lo más mínimo su opinión. Negociando con ella como si fuera una mercancía. Además ella está legalmente casada con Martiniano López. ¿Se te ha olvidado que tienes un precioso sobrino de cinco años llamado Miguel López Larrañeta? La tragedia de haber perdido a nuestro padre en esta rebelión, es mucho mayor a cualquiera de tus tontas quejas sobre el proceder, ya añejo de Elena. Ella está aquí en Guanajuato. Deseosa de verte a ti y a nuestra madre. Anhelando un nuevo comienzo en esta guerra que no sabemos adónde nos lleve. Si no vino aquí, es porque estaba segura que te comportarías así de cerrado.

—Perdóname Gonzalo. No ha sido fácil para mí afrontar esta situación. Muerto nuestro padre ya no tiene sentido pelear por lo de Elena. De un modo u otro, siempre estuve tranquilo de que tú estuvieras con ellos en el norte.

—Miguelito es el niño más increíble que te puedas imaginar. Conócelo y abraza a Elena. Quiero que también conozcas a mi esposa Emily y a tu sobrina Mirelle.

—Reunámonos todos como familia este sábado aquí en la hacienda. Mamá ya viene para acá.

Los dos se incorporaron de la banca y caminaron hacia la entrada del jardín.

—Gracias por ese cambio, Ubaldo. Hagamos familia de nuevo. —Hay cosas que no cambiarán, hermano.

—¿A qué te refieres?

—Seguimos en guerra, y estamos aquí en la devastada Guana-

juato, sólo porque la indiada de Hidalgo va para la capital. Después de las misas de mi padre y un buen momento en familia, partiré a buscar hasta encontrar a la tal Amparo y la mataré con mis propias manos.

No será fácil platicar estos asuntos con Martiniano. Bien sabemos que el responsable de esto es su padrastro, y es obvio que lo defenderá. Tendremos que irnos con cuidado con lo que decimos para no afectar a Elena. Hidalgo es el enemigo a vencer en esta contienda.

—Para mí Calleja, pero eso ya lo discutiremos después. No arruinemos esos chilaquiles que te voy a invitar en el pueblo.

Guanajuato, la perla minera del Bajío, era otra ya desde la invasión de Hidalgo y sus huestes el 28 de septiembre de 1810. Los mineros de la mina de la Valenciana, eran por fin libres. Hombres con una nueva visión de su apreciada libertad. Los viejos y fieles jefes mineros, Cata, Mellado y Rayas, habían sido excitados a unirse a la revolución por Casimiro Chowell, Rafael Dávalos, Ramón Fabié y José Mariano Jiménez, quienes también laboraban en esas minas.

Hidalgo les dejó la iniciativa de formar dos nuevos regimientos de infantería, uno en el Mineral de Valenciana, a cargo del administrador de la mina del mismo lugar, Casimiro Chowell, quien se ganó el grado de coronel; como teniente coronel fue designado Ramón Fabié, el otro talentoso egresado del Colegio de Minería. El otro regimiento, bajo el mando del coronel criollo Bernardo Chico Linares; como teniente coronel del mismo cuerpo fue designado José María Liceaga, confidente y amigo de Ignacio Allende. Se creó una improvisada fábrica de cañones, a cargo del joven Rafael Dávalos, al que se le dio el grado de coronel. Los cañones fueron hechos con el cobre tomado de las capellinas de las haciendas mineras, propiedad de los españoles, excluyendo las de los criollos fieles a la causa libertaria. Producto del talento de Rafael Dávalos fue el cañón de gran tamaño bautizado como *Defensor de América*. Don Mariano Jiménez, destinado a ser un hombre clave de este movimiento insurgente, fue nombrado coronel del ejército insurgente. Convencidos de que por el momento Félix Calleja no atacaría Guanajuato, el lunes 8 de octubre de 1810, Mariano Jiménez con tres mil hombres sedientos de más triunfos partió rumbo a Valladolid. Ese leve remanso de una Guanajuato insurgente en paz, fue aprovechado por los hombres de Hidalgo para reorganizarse, armarse y preparase para el inminente ataque realista, que bien sabían, llegaría tarde o temprano.

Crisanto Giresse, disfrutando las mieles del triunfo insurgente en Guanajuato, aprovechaba el momento para disfrutar su ostentosa casa, a la cual curiosamente los insurgentes no le habían tocado absolutamente nada. Afuera de su casa cuatro indios con sendos machetes y pistola al cinto la vigilaban con cuidado.

En su interior Crisanto y Tomasa disfrutaban el momento que ambos encontraron, una vez que Allende partió para Valladolid.

—Espero que tu capitancito no se moleste por disfrutar de su hembra, Tomasita.

Ambos se encontraban recostados bocarriba, completamente desnudos cubiertos con una fina sabana de seda. Crisanto la abrazaba con el brazo derecho mientras que con la otra mano fumaba uno de sus cigarrillos.

—Yo no soy de Allende, ni tuya ni de nadie, francesito cabrón. Yo soy de quien mis nalgas quieran, ¿entendido?

—No, pues sí, Tomasita. Al buen entendedor pocas palabras.

Tomasa se volteó para acariciar su virilidad e intentar hacerla crecer de nuevo. Crisanto disfrutaba y a la vez vigilaba que no intentara ir más atrás de su miembro. Tomasa podría descubrir su doble sexualidad y eso le incomodaba sobremanera. La salmantina se perdía en placer al gozar la intimidad del sensual francés, del que tanto se hablaba en todos lados por donde pasaba. Fue ahí cuando su mano se fue hacia atrás de su escroto para sentir esa extraña y húmeda vulva que se confundía con el perineo.

Sorprendida dejó de hacer lo que hacía para exclamar: —¿Eres hombre y vieja al mismo tiempo? ¿Cómo es eso posible? Giresse cambió su gesto de placer por uno de asesino. Tomó una filosa daga de su buró, al lado de la cama y le puso la punta en la garganta.

—¡Ahora lo sabes! Si llegas a decírselo a alguien, te juro que te mato donde te encuentres.

La bella viuda se quedó petrificada. No dudaba que aquel hombre mujer o mujer hombre cumpliera su palabra, si cometía una indiscreción.

—Descuida amor. ¡Jamás diré nada!

La astuta mujer besó en los labios a Giresse y continuó haciéndole el amor; esta vez dispuesta a explotar al máximo los centros de placer de aquel extraño personaje, al que temía, admiraba y amaba al mismo tiempo.

(1) Lucas Alamán (1792-1853). Oriundo de Guanajuato. Años después, don Lucas, transformado ya en un importante político, se encargaría de denigrar a más no poder la memoria del padre de la patria. Lucas Alamán estudió Química y Mineralogía en España, y también en Alemania y París. Diputado en las Cortes de Cádiz, ministro de Relaciones Exteriores, fundador del Archivo General de la Nación, políglota e historiador de prosa fina y alta calidad literaria. Figura intelectualmente muy importante en las tendencias conservadoras de México.

(2) El grado de coronel significaba una muy alta distinción, ya que sólo se confería a aquellos líderes que presentaban a su cargo por lo menos mil hombres armados.

(3) *"Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Br. D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado."* Charo-Indaparapeo, Michoacán, octubre 20 de 1810, Historia de México, Lucas Alamán.

15 · Monte de la Cruces

¿Es posible, americanos, que habéis de tomar las armas contra vuestros hermanos, que están empeñados con riesgo de su vida en libertarnos de la tiranía de los europeos, y en que dejéis de ser esclavos suyos? ¿No conocéis que esta guerra es solamente contra ellos y que por tanto sería una guerra sin enemigos, que estaría concluida en un día si vosotros no la ayudaseis a pelear?

Miguel Hidalgo y Costilla.

La esperada reunión de los Larrañeta finalmente se dio en casa de doña Elvia Durán, madre de Crisanto Giresse y gran amiga de doña Viridiana Godoy, viuda de don Anselmo Larrañeta. Crisanto era un amigo de toda la vida de la familia Larrañeta. Las condiciones en la casa de doña Viridiana por los recientes saqueos, no se prestaba todavía para llevar a cabo un evento familiar. Tomaría un tiempo aun poder rehabilitarla de nuevo.

En la casa de la madre de Crisanto, sólo habitaban ella y su criada Agustina, fiel compañera desde la muerte de don Aquiles Giresse, allá por 1785. Crisanto le pagaba a un eficiente guardia para que viviera ahí y cuidara de las señoras. Doña Elvia tenía setenta años cumplidos y lucía aun fuerte y saludable, como si tuviera sesenta.

A pesar de que todas las casas alrededor habían sido saqueadas y algunas incendiadas por la turba insurgente, a la de doña Elvia ni las palomas la habían siquiera defecado. Eso daba mucho de qué hablar sobre el poder e influencia que ejercía Crisanto en la ciudad. Se decía entre el populacho que quien se la hacía al franchute, lo pagaba con la vida. Muy pocos se atrevían a probar si aquello era verdad.

En la amplia y elegante sala de la casa, se encontraban cómodamente

sentadas doña Elvia, doña Viridiana y doña Agustina. Frente a ellas, los hermanos Ubaldo y Gonzalo, junto con Emily y la nena Mirelle, familia de Gonzalo.

Esperaban que de un momento a otro llegara Elena con Martiniano y Miguelito. Crisanto se encontraba en la parte alta de la casa revisando unos papeles. Apenas estuvieran todos abajo se presentaría con ellos a acompañarlos.

El momento del reencuentro finalmente llegó. Por la puerta de la sala, en compañía del guardián Gualberto, aparecieron Martiniano y Elena, con el pequeño Miguel parado en medio de ellos. Por la escalera de la casa también apareció Crisanto, atento a todo lo acaecía.

Elena y doña Viridiana se abrazaron sin poder contener las lágrimas. Martiniano estrechó la diestra de Ubaldo, quien sonrió afectuoso.

—Bienvenido a Guanajuato, cuñado. Todos los echamos de menos.

—Gracias, Ubaldo. No sabes cuánto lamento la pérdida de don Anselmo. Qué Dios lo tenga en su santa gloria.

—Gracias, Martín.

Martiniano abrazó afectuosamente a su suegra. Los dos se contuvieron mucho de lo que tenían que decirse. Doña Viridiana, llena de emoción miró cariñosamente a su nieto, acarició su negra cabellera y externó con una franca y sincera sonrisa a su yerno:

—Bienvenido, hijo. Gracias por traer de vuelta a mi hija y a mi nieto, sanos y salvos.

Doña Viridiana se agachó para saludar a su nieto. Las lágrimas de emoción empaparon su rostro ante el «hola abuelita», dicho por Miguelito.

Crisanto tomó su botella coñaquera y sirvió copas para todos. El momento ameritaba un inolvidable brindis.

—Este brindis es por el recuerdo de mi gran amigo don Anselmo Larrañeta, y el gusto de tener a su familia reunida de nuevo aquí, conmigo, en esta, su humilde casa.

Todos chocaron sus copas. Una deliciosa comida los esperaba en la mesa. Una comida de este nivel, después de la hecatombe vivida en Guanajuato, era todo un lujo.

—No sé qué tan bueno es que sigamos en Guanajuato. La ciudad está tomada por los insurgentes y es un hecho que Calleja intentará recuperarla —comentó Ubaldo, mientras cortaba un pedazo de pierna de cerdo en mole negro.

Ubaldo había ganado peso en los últimos años. Era un hombre fornido que fácilmente alcanzaba los 90 kilos de peso, a diferencia de Gonzalo que era delgado y con el rostro más afilado. Los dos eran hombres de barba cerrada y cejas pobladas.

—Guanajuato es la ciudad más hermosa de la Nueva España. Aquí lo tienen todo. No veo razón para que le busquen por otro lado —respondió Crisanto, llevándose la nívea servilleta a los labios.

—Hemos perdido nuestros intereses en las minas. Las minas de la Valenciana, Rayas, Cata y Mellado han sido tomadas por los insurgentes, y nadie las trabaja —agregó doña Viridiana, contemplando la estampa señorial de Crisanto. Si años atrás anduvo loca por él, ahora que era viuda no tardaría en lanzarse de nuevo sobre el franco azteca.

—Yo les recomiendo que se olviden de la mina. Los mineros han tomado todas las minas y luchan codo a codo con los insurgentes. Casimiro Chowell, a quien ustedes conocieron como el fiel administrador de la Valenciana, ahora es un temible coronel rebelde bajo las órdenes de Hidalgo. Lo mismo ocurrió con don Mariano Jiménez y Rafael Dávalos. Como ven no hay más mina para ustedes, señores. Es más seguro que compren animales y los engorden. También podrían incursionar en la agricultura o el comercio—dijo Crisanto, encendiendo uno de sus famosos cigarrillos GIRESSE.

El rostro de Ubaldo se descompuso en molestia. Era evidente que no le gustaba la sugerencia de Crisanto.

—Pero la mina es de lo que los Larrañeta han vivido por años. Todo lo hecho por mi padre proviene de la Valenciana —respondió Ubaldo, exaltándose un poco por el sincero comentario de Giresse.

Crisanto vestía una elegante chaqueta negra con botonadura de oro, haciendo conjunto con un pantalón ajustado de seda color blanco con botas negras. Su cabello largo, a momentos cubriendo la mitad de su cara, caía libre hasta sus hombros. Llevando la copa a sus labios, después de arrojar el humo del cigarrillo hacia el techo, exclamó:

—Amigo Ubaldo, sinceramente creo que no has dimensionado la magnitud de tu pérdida, y lo afortunados que son los Larrañeta. Si

bien nada más perdieron su negocio en la mina, ustedes podrían haber seguido la misma suerte de don Anselmo y los españoles presos en las cárceles de Dolores, San Miguel o Guanajuato. Otros no tuvieron la misma suerte que ustedes, amigo, y ya están muertos.

Ubaldo estaba encendido en ira. Parecía que de un momento a otro se lanzaría sobre Crisanto.

—No se han metido con nosotros porque saben que somos los Larrañeta. Hemos regresado y la situación es diferente. La gente nos teme y nos respeta.

Una sonrisa sarcástica se dibujó en el rostro de Crisanto. Para su siguiente comentario contuvo el humo en su garganta por un largo rato para comentar:

—No, Ubaldo. No te confundas. Los han respetado simplemente porque son mis amigos. Me temen a mí, no a ustedes. Hidalgo y sus huestes no se meterán con ustedes por ser mis amigos.

Un silencio incomodo se sintió en la mesa. Crisanto sólo intentaba concientizar a los Larrañeta del peligro que implicaba ser enemigo de los insurgentes.

¿Es usted insurgente, Crisanto? —preguntó doña Viridiana con gesto de preocupación. El abanico en su mano intentaba regularizar su temperatura. Sus bellos ojos negros miraban con inquietud y amor al francés

—Apoyo la causa insurgente, doña Viridiana. Apoyo financieramente a Hidalgo y Allende. Quiero una Nueva España independiente y libre del yugo europeo. Quiero un país nuevo y libre como lo son los Estados Unidos.

—Yo estoy de acuerdo con las ideas de Crisanto. Desde que era niño repudié la esclavitud de los mineros. Sabía que papá lo sabía y nunca hacía nada para ayudarlos. Años después lo entendí todo, y por eso nunca me involucré con sus negocios.

—Y como un cobarde, preferiste huir con mi hermana a los Estados Unidos —externó Ubaldo exaltado.

—Ese tema ya lo sabemos Ubaldo. Mejor evitémoslo, que Elena y Martín no están aquí para pelearse con nosotros. Esta es una comida de reconciliación —respondió Gonzalo conciliatoriamente.

—¡Las minas están heridas de muerte señores! —Arremetió de nuevo Crisanto, dando un puñetazo a la mesa— Avóquense por salvar a su familia y a disfrutar lo que tienen. Me ofrezco a ser su socio en la compra de ganado. Olvídense de las minas o correrán la misma suerte que su padre. La minería en Guanajuato es la principal causante de tanta miseria en el Bajío. ¿Qué trabajador de las minas conocen que haya llegado a anciano y tome el sol en las tardes disfrutando a sus nietos? Ninguno señores porque todos muere antes de los cuarenta años. El más grande logro del cura Hidalgo es haber clavado una estaca en el corazón de esta institución malévola que nos ha mantenido en la miseria y la desdicha por tres siglos. ¡Basta de más explotación!

—Lo siento Crisanto, pero jamás apoyaré a los que asesinaron a mi padre. Si tuviera un ejército a mi cargo asesinaría a todos eso pinches indios, sin contemplación alguna. No estoy con la causa de Hidalgo, ni con la tuya. Con su permiso, no tengo más que hacer aquí.

Un silencio incomodo se sintió en la sala. Ubaldo se incorporó de la mesa arrojando la servilleta y retirándose sin despedirse. Crisanto sólo lo siguió con la mirada. Gualberto lo acompañó a la puerta y vio partir sobre su montura.

—Le ruego que lo disculpe, Crisanto. La muerte de mi esposo lo ha afectado mucho. Le ruego lo comprenda.

—Pierda cuidado doña Viridiana. Lo entiendo todo. Cuente conmigo para todo lo que necesite.

—Gracias Crisanto. Gracias doña Elvia. Qué fortuna contar con ustedes en momentos así de difíciles.

—No hay por qué darlas —respondió doña Elvia.

Gonzalo tomó afectuosamente del hombro a Crisanto, expresando su agradecimiento al gran amigo de la familia. Los dos chocaron de nuevo sus copas.

El ejército libertador del cura Hidalgo, dividido estratégicamente en regimientos de a mil hombres cada uno, muy limitados en armamento y parque, avanzó sin problemas con dirección a Toluca, pasando por Maravatío, Tepetongo, la Jornada e Ixtlahuaca. En su paso por estos pueblos no hubo saqueos ni enfrentamientos con los realistas. Los pobladores aclamaban a los insurgentes con gritos de apoyo, hospedaje, hombres, agua y comida. El cura Hidalgo con su estandarte de la virgen, era como un Hernán Cortés avanzando con ochenta mil

indios tlaxcaltecas hacia la Tenochtitlán gobernada por el gran Moctezuma II. Al cruzar por pueblos y rancherías la columna de hombres parecía interminable. Los indios con una sola idea en mente inducida por el cura libertario, avanzaban hacia su destino. La gente corría a saludarlos y vitorearlos. La gente, los gobernantes y los curas abrían paso franco a la oleada incontenible, que bien sabían, llevarle la contra podría convertirla en una ola incontenible de muerte y destrucción.

Mientras esto ocurría, Calleja y Flon pasaban algunos días en Dolores, reorganizando su siguiente ataque. El Virrey Venegas, previendo una sangrienta ofensiva sobre la capital, mandó a su amigo, el teniente coronel Torcuato Trujillo para que a como diera lugar detuviera a Hidalgo.(1) Trujillo era conocido del virrey por haber venido con él de España. Venegas puso a sus órdenes el regimiento de infantería provincial de Tres Villas, dos batallones con ochocientos hombres al mando de su mayor, el veracruzano José de Mendívil, con algunos dragones de España. También se le unió Agustín de Iturbide, quien había rechazado la sincera invitación de Hidalgo en Valladolid de unirse a los insurgentes como su teniente.

El día 29 de octubre, Trujillo divisa una columna de Hidalgo enfilándose hacia Toluca. El teniente sospecha que ese movimiento es un engaño y que el verdadero avance se dará en el puente de Atenco. Ocurre de este modo, y Trujillo llega tarde a defender el avance. Las tropas de Hidalgo van camino al Monte de las Cruces,(2) punto alpino (3180 msnm) a escasos veinte kilómetros de la capital y, la puerta del triunfo total, si nadie los detiene.

El 30 de abril, muy temprano por la mañana, Trujillo recibió noticias confiables de que Hidalgo se enfrentaría con él en el camino a Toluca, por la zona de Monte de la Cruces. Trujillo arengó a su gente para que pelara con honor y denuedo. Ofreció recompensas atractivas para su gente, a lo que ellos contestaron que no deseaban nada, sólo pelear hasta el fin por el Rey y por su patria.

Como caído del cielo recibió Trujillo el oportuno refuerzo que el Virrey Venegas le enviaba: dos cañones, dirigidos por el teniente de navío D. Juan Bautista de Ustariz; cincuenta voluntarios comandados por el capitán D. Antonio Bringas, y decenas de criados armados con cuchillos y lanzas, provenientes de las haciendas de don Gabriel Yermo y José María Manzano.

Trujillo, entre pinos y un espectacular paisaje de montaña, esperaba decidido para liquidar a Hidalgo con este valeroso ejército de mil

infantes, cuatrocientos jinetes y dos cañones de corto calibre. Era un ejército compuesto por puros mexicanos, exceptuando a Trujillo, Ustariz y Antonio Bringas, que eran peninsulares. Esta era la prueba definitiva de si en verdad podrían defender la Ciudad de México o esta caería irremediablemente bajo el azote de los insurgentes.

Eran las once de la mañana en el sitio de la batalla más gloriosa que presentarían los insurgentes del cura redentor. A la cabeza de su columna de ataque se encontraba el regimiento de infantería de Valladolid, parte del de Celaya y del batallón de Guanajuato. Por los flancos y retaguardia los regimientos de caballería de la Reina, Príncipe y Pátzcuaro. En esto doblaban en número a los de Trujillo y, por haber estado juntos alguna vez en el cantón de Jalapa, eran igual de efectivos que aquellos con las que en unos minutos se medirían. Ahora su nuevo jefe era Ignacio Allende. Como artillería traían los cañones hechos por Rafael Dávalos en Guanajuato, dos de ellos de madera, disparados por mineros guanajuatenses. Allende sabía que no sería fácil atravesar las compactas líneas de Trujillo, y por eso planeó envolverlo con una partida que ocupase la Venta de Cuajimalpa, situada en el camino de México. Abasolo por estrategia se encontraba en lo más alto del bosque, donde en cualquier momento podría fungir como refuerzo envolvente sobre la línea exterior de los realistas.

La batalla se agudizó cuando las avanzadas de Trujillo se vieron acosadas por un flanco, al que hicieron frente con certeros cañonazos, que hacían volar en cachitos a los ingenuos indios que intentaban tapar las bocas de los cañones con piedras y trapos.

Agustín de Iturbide se encontró con los insurgentes en la zona del cerro que le tocaba defender. Sin titubear abrió fuego y los rechazó, pero viendo a su compañero Bringas herido,(3) tuvo que reconcentrarse en un pequeño llano que hay sobre el camino real, donde tenía colocado su cañón. Con el otro obús Mendivil defendía la avenida principal, que sostuvo hasta acabarse las municiones de artillería que tenía, haciendo él mismo fuego a pesar de haber sido herido por los artilleros.

La avanzada indígena era simplemente incontenible. Los indios que caían bajo los cañones, eran pisados y saltados por otros nuevos que caían sobre los realistas, sin darles más tiempo para recargar o sacar sus sables. Los jefes españoles desfallecían heridos, el parque se agotaba y la oficialidad y tropa instaban a Trujillo para que prestase oído a las proposiciones de paz que le hacían los mismos jefes insurgentes al atacarlos.

Torcuato Trujillo hizo un alto al fuego. Invito a los insurgentes parlamentarios a que se acercaran a dialogar la paz, y cuando los tuvo a su alcance, abrió fuego cobardemente, cometiendo una de las traiciones más deshonrosas en la guerra. Bajeza por la que fue criticado en Francia y España y juzgado por su gente y críticos del honor castrense insurgente y realista.

Los insurgentes ofendidos por semejante bajeza arremetieron con más fuerza, dispuestos a acabar hasta con el último soldado del rey que se les topase.

A eso de las cinco de la tarde, cuando el acorralado Trujillo se vio casi sin gente en todas sus posiciones, emprendió la pusilánime fuga a México, abandonando sus cañones y siendo perseguido por los jinetes insurgentes. Agustín de Iturbide, vistiéndose de héroe entre su gente, sacó a Mendívil en su caballo, salvándole la vida. Esta heroica acción fue descrita por Trujillo en su reporte al virrey Venegas. Con esto Iturbide, quien era un casi desconocido antes de la contienda, fue ascendido a capitán, dando un paso importante a la consolidación y fama dentro del ejército realista.

Trujillo, derrotado y cabizbajo, con apenas cincuenta hombres, vistiendo ropas desgarradas y manchadas, de Cuajimalpa pasó a Santa Fe, y después a Chapultepec, donde dio su arreglada versión de los hechos al virrey, para quedar como un victorioso general que había frenado a los insurgentes. El hecho, de que inexplicablemente Hidalgo se regresara y no tomara la Ciudad de México, favoreció a Trujillo en su triunfante versión de los hechos.

—¡Los tenemos acabados, padre! La siguiente batalla, ya sea en Chapultepec o Tacubaya, no será muy diferente a esta, y entonces la ciudad será totalmente nuestra —dijo Allende a Hidalgo, los dos sentados en un tronco de un pino caído. La mirada de Hidalgo reflejaba un pesar extraño. No festejaba como su capitán y sus otros hombres de confianza la victoria en el monte de la Cruces. Los insurgentes sentían el triunfo total a su alcance, y Allende, como su estratega militar, lo celebraba en grande.

—Es un gran triunfo, Ignacio, pero no debemos confundirnos con eso de que la siguiente batalla será con estos mismos inútiles de Trujillo. Calleja viene en camino y sólo es cuestión de horas para que llegue a reforzar la ciudad. El virrey le contestó a Jiménez en Chapultepec el pliego de rendición que emití. Dijo que no aceptaba la rendición y que si no se regresaba inmediatamente con los tres parlamentarios que lo acompañaban, los tomaría presos y los fusilaría ahí mismo. Todo esto

a pesar de la bandera blanca, Ignacio. Como ves, siendo así la disposición de Venegas, no habría de otra más que tomar la ciudad a sangre y fuego, como hicimos en Guanajuato.

—Por eso mismo hay que aprovechar este momento en el que no han llegado los refuerzos para tomarla, padre.

Hidalgo lo miró con un gesto de duda y tristeza. Allende se incorporó del tronco preocupado. La manga derecha de su uniforme estaba desgarrada. El rostro del capitán manchado de tierra. Su ojo izquierdo irritado por la pólvora.

—No atacaremos, Ignacio. Nos regresaremos al Bajío para fortalecernos y hacernos de más hombres, armamento y municiones. No tenemos parque más que para una tarde de batalla.(4) Es demasiado el riesgo si nos rodea Calleja. Podríamos morir todos ahí si nos sitian. La seguridad de mi gente es primero.

—Si entramos más gente se nos unirá. Calleja no podría pelear contra toda una ciudad en armas. Todos están con nosotros. Este es nuestro momento padre.

El rostro de Hidalgo mostraba dos ojeras de insepulto. Llevaba noches sin dormir. Sabía que el momento de decidir el destino del levantamiento había llegado.

—¿Cómo crees tú que se nos va a unir más gente? Nos temen y nos odian. Acaso no ves a todos los indios que nos acompañan. No hacen otra cosa más que platicar de como saquearan la ciudad, igual que hicieron en Guanajuato. Algunos de ellos hasta bolsas traen para sacarse el botín incautado. Sueñan con hacerse ricos en el botín de la ciudad más grande de América. Otros hablan de decapitar a los maridos, violar a las españolitas y traerse sus cabezas de recuerdo. Esto es un pandemónium Ignacio, y no lo voy a permitir. Al menos si hubiera enfrentamiento con Calleja estarían ocupados peleando por sus vidas, pero tomar una ciudad sin defensa alguna, es una atrocidad con la que no pienso cargar.

—Eso es la guerra, padre. Yo soy el líder militar del levantamiento y bien puedo adelantarme e ignorarlo.

Hidalgo se acercó a encararlo. Los dos hombres se disputaban el poder abiertamente. El viento del valle mecía la cabellera canosa, que como cascada de plata caía sobre la nuca del cura.

—Yo soy el Generalísimo de los ejércitos americanos, Ignacio, y se

hará como yo digo.

Los dos estaban tan cerca, que casi sus narices chocaban al gritarse. Allende pensó por un momento en abofetear al cura, pero su ética militar lo frenó. Ante todos era un militar y hombre de honor y palabra. Golpear a un anciano, a un cura y a su jefe inmediato, iba contra toda su ética y moral. Hecho un energúmeno se alejó del lugar ante la vista de todos los demás jefes, que de cerca observaban el pleito entre los dos más altos dirigentes del levantamiento insurgente.

Hidalgo respiró agitado. Un dolor en el pecho lo hizo sentarse de nuevo sobre el tronco del pino. Habían sido demasiadas emociones en un solo día. La edad comenzaba a pasarle factura al cura libertario.

Corría el 1o de noviembre de 1810 en la capital de la Nueva España. Se celebraba con toda pompa la fiesta de Todos los Santos dentro de la aterrorizada metrópoli. Hidalgo, enfiestado e indeciso entre atacar o retirarse, permaneció en las inmediaciones de Cuajimalpa, sin hacer ofensiva alguna los días 31 de Octubre y 1° de Noviembre, aunque sus partidas merodearon por los pueblos cercanos de Coyoacán, San Ángel y San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), donde fueron aprehendidos algunos de sus hombres, que por borracheras o descuidos se pusieron al alcance de los vengativos realistas. Entre estos fue aprehendido en Coyoacán el desgraciado Ignacio Centeno, a manos del gobernador de los indios de aquel pueblo, que resultó ser más realista que Trujillo. Nacho Centeno fue quien cuidó en Guanajuato la casa de Lucas Alamán. Centeno fue encarcelado y ahorcado tres meses después.

Rodolfo Montoya, enviado por Calleja, hizo un viaje relámpago de Querétaro para preparar la defensa de la capital contra el inminente ataque de Hidalgo y sus huestes. Detrás de él venía Calleja con el grueso de su ejército para apoyarlo contra la invasión insurgente.

Rodolfo acampó a toda la tropa que pudo reunir en el paseo nuevo de Bucareli y en la calzada de la Piedad. Colocó cañones en Chapultepec y mandó espías a que observasen los movimientos de los insurgentes. El opulento hacendado don Gabriel de Yermo, puso a su disposición cuatrocientos sirvientes y cien más, de parte de su también comprometido hermano. Fueron conocidos como los temidos negros de Yermo, quien les pagó muy bien por defender a su patria; parte de ellos ya habían peleado días atrás en la batalla de las Cruces. En las inmediaciones de la ciudad colocó estratégicamente al Regimiento del Comercio, al Escuadrón Urbano, y a los recién reunidos voluntarios, de los que era prudente no confiar demasiado por su nula experiencia en el manejo de las armas. Buscando gente más profesional, mandó

traer a la capital al Regimiento de Infantería de Toluca, que estaba en Puebla.

Agotado por tanta actividad, Rodolfo tomó un par de horas para comer y disfrutar de la compañía de la Güera Rodríguez en su casa en el centro de la capital. La paz de su jardín lo tranquilizaba y por momentos lo hacía olvidarse de la gran amenaza que se cernía sobre esta zona de la ciudad.

—No sabes el gusto que me da que estés aquí con nosotros, Rodolfo. La gente está aterrada por la invasión que se nos viene y que mejor compañía para afrontarla que contigo y tu gente.

—Huye con tu familia ahorita que puedes, Güera. No hay gavillas insurgentes en las salidas a Puebla y Querétaro. Si Hidalgo entra hoy mismo, no veo como lo vamos a detener. Son casi cien mil indios armados con palos, cuchillos, hondas y piedras, y todos vienen a saquear las casas de la ciudad. Bien sabes que cualquier indio apestoso de esos podría vivir el resto de su vida sin trabajar, si te arrebatara ese precioso collar que llevas puesto.

—Que me lo arrebate es lo de menos. El hecho es que lo haría después de violarme a mí y a todas mis hijas.

—No quiero ni pensar en eso, María Ignacia. No sabes lo que esa gentuza hizo con las mujeres en San Miguel y Guanajuato.

—Pero aun así no me moveré de aquí, Rodolfo. Por precaución mis hijas salieron para Querétaro hoy mismo por la mañana. Confió en tu ejército y estaré con el virrey hasta el final, si es preciso.

La Güera sonrió para sí misma. Como proveedora de dinero para la causa de Hidalgo, sabía bien que el cura y Allende jamás permitirían que le rompieran una maceta de su patio. Por cautela y sigilo jamás se lo diría a Montoya. En ese momento álgido, lo mejor para ella era hacerse pasar como una devota realista del virrey Venegas.

—Gracias por la confianza y espero no defraudarte, Güera. Se nos viene el infierno encima.

—¿Si Hidalgo entra hoy a la ciudad, en verdad crees que será nuestro fin?

Montoya dio un sorbo a su copa de vino. La detuvo por unos segundos en el aire, contemplando el cristal, luego la puso sobre la mesa metálica de color verde, que asemejaba un entrelazado de ramas y

hojas, una verdadera obra de arte hecha por un herrero desconocido.

—Sí, María Ignacia. Si el cura entra hoy, será el fin de la Colonia y el virrey será ahorcado afuera del Palacio de los Virreyes. ¡Es un hecho!

—¿Y si es mañana?

—Entre más se tarde, más tiempo nos da para que llegue Calleja y su gente a auxiliarnos, y entonces sí las cosas serían diferentes. Nuestro destino como Colonia se decide esta tarde y noche. De mañana en adelante puede ser diferente.

La Güera bebió de su copa, dilatando el sorbo como si intentara extraer toda la esencia del preciado vino que degustaba. Sus ojos verdes se clavaron pensativos sobre su amigo de muchos años. Notaba que Rodolfo a sus cuarenta años se veía más acabado. La calvicie lo había dejado sin cabello en su amplia frente, como emulando al cura que perseguía. Una panza de casado sobresalía en el uniforme de aquel hombre, que años atrás era atlético y espigado.

—¿Y cómo te va en tu matrimonio?

Rodolfo sonrió ante el cambio intempestivo de tema. La belleza de María Ignacia lo perturbaba, aunque siempre la había visto como algo lejano e imposible. Sabía bien de sus deslices con Crisanto y de otros tantos que se rumoraba.

—Bien Güera, no me puedo quejar. Tengo cuatro años de casado y un niño de dos años, de nombre Servando. La vida me ha premiado bien. Lina es una gran mujer.

—¿Le has sido infiel?

Rodolfo se sonrojó ante el acecho de aquella hermosa mujer, que secretamente siempre había deseado, pero con la que nunca había tenido la más mínima oportunidad.

El vuelo de un atrevido colibrí lo distrajo por unos segundos. Mirándola intensamente a su bello rostro contestó:

—Todavía no me he encontrado con una mujer lo suficientemente hermosa como para llegar a eso, Güera.

—Puede que ni tú ni yo veamos el sol del día siguiente, Rodolfo. Hagamos lo que nuestro deseo nos pide.

La Güera se incorporó de su silla, tomó de la mano a Rodolfo, y como si fuera un chiquillo lo condujo a una de las habitaciones de la casa. La casa estaba vacía, ya que la Güera había mandado por precaución a toda su familia a Querétaro. Rodolfo aceptó felizmente su destino. Sabía bien que la Güera tenía razón y ambos podrían morir ese mismo día. Había que aprovechar todo lo que Dios les pusiera en su camino, y gozar de ese increíble momento era un regalo divino.

El día 2 de noviembre por la mañana, el ejército de Hidalgo se reunió en las inmediaciones de Cuajimalpa. Los ciudadanos entraron en pánico, de tan sólo pensar que Hidalgo avanzaría incontenible hasta Chapultepec. La señoras se arrodillaban implorando perdón al cielo. La gente en el vecino camino hacia Tacubaya, colocó trabas en sus puertas y se armó con cualquier cosa que pudiera ofender a los salteadores insurgentes que estaban por avanzar. Otras optaron por huir hacia Xochimilco y norte de la ciudad. El día en que ardería la capital, parecía finalmente haber llegado.

En la distancia, con su miralejos, Rodolfo Montoya quedó perplejo al ver que el temido ejército insurgente daba la espalda a la capital y se retiraba para Toluca. La providencia existía, y ello era una prueba de esto.

—¿Qué pasa? —preguntó Eric Ortega, joven de veinticinco años y cuñado de Montoya.

Montoya se encontraba en un cerro cercano a Santa Fe, con su cuñado y diez de sus hombres. Desde ese punto, se divisaba bien el ejército insurgente en la distancia.

—Increíble pero cierto, Eric. Hidalgo se repliega a Toluca. ¡No entrará a la ciudad!

—¡Qué coraje, don Rodolfo! Esta era mi oportunidad de pelear contra él y defender mi ciudad.

—Lo harás, cuñado, pero será en el camino hacia Valladolid. No en esta sagrada ciudad. No cabe duda que la Generala(5) está con los realistas.

Hidalgo y Allende avanzaban al frente del ejército rumbo a Ixtlahuaca. La molestia de Allende era más que evidente y procuraba dirigirle la palabra lo menos que se pudiera, al bribón del cura, como comenzó a llamarlo entre sus allegados de confianza como los hermanos Aldama y Abasolo.

La mitad de indiada que los acompañaba, se iba perdiendo poco a poco en el camino hacia Toluca. Hidalgo no lo podía tomar como deserción, más bien como un alivio, porque no sabía qué hacer con tanta gente sin poderles pagar con el saqueo de la capital, que era lo que ellos buscaban.

Muchos de estos indios regresaron a sus rancherías, otros se organizaron en pequeña bandas asalta caminos, en lo que se unían a otros nuevos jefes locales que surgían poco a poco. Otros se incorporaron a las ciudades de donde habían salido. Nadia sabía de ellos y no habría represalia alguna.

Guacho, el lipán, seguía fiel a la causa de Hidalgo. Necesitaba saquear más, y una vez terminada la guerra irse al norte, de donde venían él y sus hombres. Para un apache, quedarse en la capital o en Toluca era como una invitación a apresarlo. Nunca habían vivido en una ciudad o poblado grande. Ante la vista de todos resaltaba que era un indio serrano, inadaptado para la sociedad. El monte solitario era su mundo, y ahí regresaría una vez que juntara todo el oro que se pudiera. El deseo de venganza lo motivaba. Lo hecho a su familia por los soldados de Calleja era una cicatriz incurable. Sólo matando gachupines y robándoles su dinero se tranquilizaba. El levantamiento de Hidalgo había sido como un sueño para sus planes. Ahora podía vengarse y nadie le decía nada. Sabía que el sacerdote de los ojos verdes necesitaba muchos como él para cumplir sus planes.

En una parte del camino en el que la caravana insurgente descansaba, Guacho se acercó curioso al sitio donde el cura descansaba bajo la fresca sombra de un árbol. Cuando se encontraba a unos pasos de él, fue frenado por Cruz Iturbe, uno de los hombres de confianza en la seguridad del cura.

—¿Adónde crees que vas, indio cabrón? —preguntó Cruz atravesándose en el camino de Guacho. El lipán miró sorprendido al muchacho que le frenaba el paso.

—Querer ver cerca, padrecito —repuso Guacho.

—Velo desde aquí. Está descansando. ¿No ves?

—Déjalo pasar, Cruz. No hay problema —gritó el cura percatándose de lo que ocurría.

Cruz antes de dejarlo pasar le quitó el cuchillo que llevaba al cinto. La seguridad del cura era su trabajo, y por nada del mundo se confiaría.

—¿Qué necesitas, hijo? —le preguntó Hidalgo, ofreciéndole una sillita de tijera para sentarse junto a él.

Guacho no podía creer lo que veía. La impactante figura del cura de la patria lo tenía pasmado.

—Yo ser Guacho, indio jefe lipán, padrecito. Pelear por tú y no conocer tú.

Hidalgo sonrió satisfecho por la curiosidad de aquel indio que peleaba por su causa y ni siquiera lo había visto de cerca alguna vez. ¿Cuántos indígenas lo seguían sin ni siquiera poder verlo de cerca alguna vez?

—¡Eres un jefe apache! ¿Santo Dios y qué haces aquí, hijo?

—Pelear por matar gachupitos, padrecito. Gustar monedas también.

Hidalgo observaba admirado la vestimenta de Guacho. El apache vestía con una polvorienta piel de búfalo y su cabello negro como la obsidiana caía libre hasta sus hombros. Su rojizo rostro, arrugado por los intensos soles del norte, denotaba un gesto noble y temerario a la vez. Era como si fuera un puma amaestrado caminado entre los hombres. Guacho representaba a un indio libre que peleaba por su causa, sin jamás haber sido un esclavo de los españoles.

—¿Por qué odias a los gachupines, Guacho?

—Gachupitos malos, padrecito. Hombres de Calleja matar mi familia.

Los ojos rasgados de Guacho mostraban una terrible tristeza al mirar.

—¿Dónde?

—San Luis.

—Ahora lo entiendo todo, Guacho. Eres el eterno apache perseguido por los españoles, sin nunca encontrar donde asentarte.

—¿Asen...?

—Lugar tuyo para vivir con tu gente.

—Sí, padrecito. Siempre ser atacados como animales. Cada vez ir más lejos, donde no hay gachupitos. Hace años, yo salvar gachupitos para no ahogarse en río Salado en Azanza. Años luego, ellos olvidar y matar a los míos, padrecito. ¡Yo odiar! ¡Yo querer matar!

Hidalgo recordó la inundación de la Huasteca Potosina, ocho años atrás. El caso de Guacho era diferente y sin embargo aquí estaba junto a él peleando por algo que no entendía y por una religión que no profesaba.

—¿Quién es tu dios, Guacho?

—Mi dios ser sol y luna, padrecito.

—¿Quieres que te proteja mi diosa, Guacho?

Guacho miró con ojos incrédulos el estandarte que yacía junto al caballo de Hidalgo. Más preocupado por agradar al cura que por creer en la diosecita accedió a la petición.

—Sí, padrecito.

Hidalgo tomó del hombro al salvaje de las planicies, dándole la bendición. Guacho le daba otro sentido a su lucha. Había hombres que peleaban por él, sin ni siquiera ser devotos a la virgen. Ahora sabía que la venganza indígena era otra dínamo para su pelea por la libertad.

—Ya está, hijo. La virgen cuida de ti ahora. Si quieres volver al norte con tu gente, hazlo ya. Yo seguiré peleando por tu venganza. —No, padrecito. Guacho morir contigo. No irme. ¡Nunca! Yo morir contigo.

(1) *Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene sus ojos fijos sobre nosotros; el mundo entero va a juzgarnos; la España, esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Vencer o morir es nuestra divisa. Si a Vd. le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado a mí de pocas horas en consumar tan grato holocausto; yo no podré sobrevivir a la mengua de ser vencido por gente vil y fementida*. Carta de Venegas a Trujillo, Torrente, Tomo 1, fol. 153.

(2) Durante el virreinato un grupo de salteadores de caminos asesinaron a varias personas en esta zona. A la memoria de estos muertos fueron colocadas varias cruces. El 30 de octubre de 1979, el presidente José López Portillo inauguró los monumentos ecuestres dedicados a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y José Mariano Jiménez. El escudo del Estado de México tiene en su segundo cuartel una clara alusión al monte de las Cruces, cuyo significado es la libertad. En este

sitio también fueron asesinados los liberales Leandro Valle y Santos Degollado, a manos del conservador Leonardo Márquez en junio de 1861.

(3) Murió a los cinco días por la terrible herida en el vientre. Por ser español, su funeral fue en la catedral, en misa oficiada por el canónigo Beristaín. Otro oficial mexicano, de rango equivalente, murió el mismo día y fue enterrado en el panteón del pueblo, sin que a nadie le importara.

(4) *El vivo fuego que por largo tiempo mantuvimos en el choque de las Cruces, debilitó nuestras municiones, en términos que convidándonos la entrada a México las circunstancias en que se hallaba, por este motivo no resolvimos su ataque, y sí el retroceder para habilitar nuestra artillería. De regreso encontramos el ejército de Calleja y Flon, con quien no pudiendo entrar en combate por lo desproveído de la artillería, solo se entretuvo un fuego lento y a mucha distancia. Entre tanto se daba lugar á que se retirara la gente sin experimentar quebranto, como lo verifico. Esta retirada, necesaria por las circunstancias, tengo noticia se ha interpretado por una total derrota cosa que tal vez puede desalentar a los pusilánimes, por que he tenido a bien exponer a usted esto, para que imponga á los habitantes de esa ciudad, en que de la retirada mencionada no resulta mas gravamen que la perdida de algunos cañones y unos seis ú ocho hombres que se han regulado perecieron ó se perdieron; pero que esta no nos debe ser sensible así porque en el día está reunida nuestra tropa, como porque tengo montados y en toda disposición, cuarenta y tantos cañones reforzados, de a doce, diez y seis y de otros calibres y en diversos puntos, por lo que concluidos los mas que se están vaciando y proveídos de abundante bala y metralla, no dilataré en acercarme a esa capital de México, con fuerzas mas respetables y temibles a nuestros enemigos. Me dirá usted en contestación como se hallan esos ánimos, que noticias corren con alguna probabilidad, que se dice de México, Tlascala, etc., y últimamente cuanto ocurra. Es regular se hallan reunido los bienes de los europeos y el que se hayan vendido algunos, el dinero existente de estos, de rentas, y lo mas que pueda realizarse de acuerdo con el corregidor, me lo remitirá para la conclusión de mis disposiciones. Dios guarde a usted muchos años. Cuartel general de Celaya, Noviembre 13 de 1810. Miguel Hidalgo, generalísimo de América*. Miguel Hidalgo y Costilla, Gustavo Baz, BIBLIOTECA DE LA PATRIA

(5) Temeroso el virrey de que Hidalgo se apoderase de la virgen del santuario de Los Remedios, considerada española por haber sido traída por los conquistadores, la hizo trasladar a la Catedral en la tarde del mismo día 31 de octubre. Le puso a sus pies un bastón militar, declarándola Generala de las tropas realistas, y lista para

luchar contra la de Guadalupe de Hidalgo. Un duelo cerrado de poderosas vírgenes para decidir el destino de América.

16 · Calleja recupera Guanajuato

En la guerra como en el amor,
para acabar es necesario verse de cerca.
Napoleón Bonaparte

En la mañana del 6 de noviembre de 1810, las tropas de Hidalgo se encontraban descansando en las inmediaciones de Arroyo Zarco, cuando fueron sorprendidas por las tropas de Félix María Calleja, en su camino de Querétaro a la capital. Hidalgo y Allende se encontraban en el pueblo de San Gerónimo de Aculco, a unos cuantos kilómetros de ahí, cuando fueron avisados del sorpresivo ataque. Hacia allá se dirigió la tropa en fuga para unirse al resto del ejército insurgente y buscar hacer frente a los de Calleja en campo abierto.

Calleja no podía desperdiciar la oportunidad de vencer y atrapar a Hidalgo y Allende en su primer encuentro directo con los insurgentes. El evitado encuentro en la capital, se daba en el campo, en otras circunstancias nada favorables para los insurgentes, que iban en plan de fuga hacia el Bajío. Calleja envió por delante al coronel Emparan con mil doscientos caballos y dos potentes cañones.

Hidalgo y Allende esperaron a los atacantes sobre un loma de curiosa forma rectangular. Calleja entró por el pueblo sin que nadie le ofreciera resistencia alguna. Frente a los realistas, a unos cuantos metros fuera del pueblo, se alzaba esta loma con los rebeldes amenazando desde las alturas. Calleja, conocedor de artillería nulifico los cañones de Hidalgo al acercarse más de lo previsto por los insurgentes. Al abrir fuego, los cañonazos rebeldes pasaban por arriba de la tropa amenazante, sin causar daño alguno. De este modo, la artillería de Hidalgo quedó nulificada, ya no representando amenaza

alguna para Calleja.

Los rebeldes corrieron despavoridos al sentir los certeros cañonazos que Calleja sí acertaba al disparar. Aterrados, al ver como la caballería se desprendía por la izquierda con la intensión de envolverlos por la retaguardia, Allende ordenó la inmediata huida. Cuando el coronel José María Jalon alcanzó lo alto de la loma, ya no encontró enemigo ninguno a quien combatir. Al no presentar batalla los insurgentes, los de Calleja se lanzaron a perseguirlos, causándoles muchas bajas en la retaguardia. Por lo agreste del terreno en ascenso, terminó ahí la persecución. Calleja, hinchado en orgullo y presunción, reportó al virrey miles de rebeldes muertos, cuando en verdad sólo fueron 85, y 5 del lado realista.

Calleja recuperó en esta jornada los cañones quitados a Trujillo en las Cruces, cientos de reses y pavorreales que servirían de alimento a las tropas rebeldes, las banderas, ciento veinte cajones de pólvora, tres cajas de municiones, un carruaje con ocho mujeres que servían de amantes de los insurgentes, papeles y otros objetos que cayeron en manos realistas porque fueron abandonados como basura por los insurgentes en fuga. El gran vencedor de Aculco, como pomposamente Calleja se hizo llamar, no hizo más que recoger los desechos de un ejército enemigo en desesperada retirada.

Hidalgo y Allende, divididos por sus diferencias desde la fuerte desavenencia de las Cruces, cada cual jaló para su lado. Hidalgo, acompañado de diez hombres de confianza se dirigió hacia Valladolid, y Allende, con más gente hizo su camino hacia Guanajuato, argumentando que era la ciudad insurgente más importante en los triunfos rebeldes y había que defenderla con todo para no perderla. Calleja cambió su dirección hacia Querétaro. Su siguiente misión era recuperar Guanajuato a cualquier precio.

Aparentemente los realistas pensaban que la revolución de Hidalgo había muerto en Aculco. El ejército de cuarenta mil hombres, entre ellos quince mil jinetes se había esfumado entre las colinas. Ahora sólo tenían que recuperar Guanajuato y comenzar de nuevo. La recompensa tentadora de diez mil pesos por las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Jiménez haría que su propia gente los entregara en cualquier pueblo cercano.

Muy al contrario, el cura libertario había nombrado varios jefes talentosos e inteligentes como Morelos, que en sus respectivos territorios continuarían la lucha libertaria hasta conseguir la ansiada independencia. Solo era cuestión de tiempo para que se notara. En ese

mismo camino de Querétaro a México, en la zona de Huichapan, el cacique Villagrán, apodado el dueño de Huichapan, interceptó el convoy de las municiones que Calleja mandaba a México, dando cruel muerte al realista José Ignacio Vélez.

La insurrección contra el virrey, en tan solo dos meses se había robustecido notablemente, propagándose por todo el reino de la Nueva España. El saqueo permitido por Hidalgo era un estímulo muy poderoso para los desposeídos. La promesa de una nueva mejor vida para todos los indígenas era como un vigoroso corazón que nutría el cuerpo del monstruo de la insurrección. Hidalgo era considerado como un dios viviente que los haría dueños de cosas jamás soñadas. La igualdad entre el indio y el gachupín sería una realidad con la ayuda de la Virgen de Guadalupe y el liderazgo del cura libertario, San Miguel Hidalgo.

El día 13 de noviembre, Allende y su contingente entraron a Guanajuato, siendo recibidos como héroes por el intendente Gómez, el ayuntamiento y otras autoridades civiles y religiosas, fieles a la causa insurgente. Por las calles de Guanajuato, comandados por Allende, lo seguían Aldama, Abasolo, Jiménez, Arias y Balleza, desfilando con dos mil hombres de caballería, la mayoría sin armas y algunos cuantos de infantería, también desarmados. Hubo repique de campanas y potentes salvas de artillería. Allende fue recibido por su gente como un héroe, que tan solo había perdido una batalla, pero estaba destinado a ganar la guerra.

Su tropa solo contaba con once fusiles. Allende no tenía otra opción más que hacerse de artillería, fabricándola por medio del ingeniero Rafael Dávalos. Era cuestión de días para que Calleja se les viniera encima y había que estar preparados para recibirlo, ¿y por qué no? Ahí mismo acabarlo.

Ignacio Allende Unzaga ocupó una de las mejores casas de Guanajuato. Sus dueños la habían abandonado y Allende la disfrutaba como si fuera Julio César tras derrotar a Pompeyo en la batalla de Farsalia.

—¿Cómo le haremos para combatir a Calleja sin rifles, Mariano? —preguntó Allende a Jiménez, extendiéndole una copa llena de brandy, tomado de las licoreras de la fastuosa mansión. Hizo otro tanto con los hermanos Aldama, Abasolo y Giresse, quien fue el último en llegar a la reunión, por venir con unas mujeres especiales.

—No tenemos tiempo ni capacidad para fabricar fusiles, Ignacio. Es

cuestión de una semana en lo que nos cae por aquí Calleja y su gente, y ellos sí vienen armados con ellos —contestó Jiménez, después de beber el preciado líquido ámbar, carraspeando por el ardor en su garganta.

Jiménez lucía impecable con su traje militar. Su cuerpo alto y delgado lo hacía parecer un torero saltando a la arena para enfrentar a un astado.

—El padre Hidalgo previó esto y desde que tomamos Guanajuato puso a Rafael Dávalos a fabricar cañones. Esta semana tendremos veintidós obuses listos. No son muchos, pero la idea es explotarlos todos al mismo tiempo en la cañada de Marfil. Una garganta angosta por donde entrará Calleja con su gente. Una vez adentro, Rafita los sepultará entre rocas y lodo.

—¿Es posible eso?

—Palabra de sincero minero, capitán. A eso nos dedicábamos antes de ser brillantes militares.

Allende soltó una risotada que fue acompañada por la de los otros ahí reunidos.

—Prefiero los fusiles, pero no estoy en condiciones de escoger. Hagamos todo lo posible porque esa emboscada resulte.

—Resultará capitán. Chowell y Dávalos llevan días sin dormir para que esto sea un éxito.

Por la puerta apareció el grupo de bellas guanajuatenses que venían a engalanar la noche con los capitanes. Todos sonrieron gustosos al ver a las distinguidas damas que harían agradable la estancia a los capitanes que eran los dueños de la ciudad. Giresse sabía cómo mantener contentos a los jefes.

Después de saludos y arreglos de quién se quedaría con quién, Crisanto Giresse se despidió amablemente excusándose que tenía otro asunto importante que atender.

—Señores, los dejó en su casa. Otro asunto importante me llama.

—¿Y qué tan grandes tiene las tetas ese asunto, Crisanto? — preguntó José Mariano Abasolo risueño. Su seriedad extrema le permitía explayarse así, muy de vez en cuando.

—Del tamaño correcto, Mariano. Las cubro bien con mis dos manos.

—Adelante amigo. No la hagas esperar —dijo Allende.

Una vez fuera del salón y mandadas a las mujeres a las habitaciones de la casa, Allende preguntó a sus compañeros:

—¿Quién será la vieja que trae loco al franchute?

—Tomasa, la salamantina —repuso Jiménez.

El gesto de Allende se encendió en furia. Como pudo trató de disimular, pero todos se percataron de su alteración. Nadie dijo más sobre el asunto, cambiando el tema abruptamente.

—¿Cuándo nos alcanza el padre Hidalgo? —preguntó Ignacio Aldama intencionadamente.

Allende, encendido por celos, desfogó su coraje con su animadversión contra el cura libertario.

—Ese pinche cura cabrón se fue a Valladolid a hacerse pendejo. Espero nos alcance en breve aquí, que es la ciudad a la que se dirige Calleja.

—Es un hecho que nos alcanzará con más gente que reclute en el camino —repuso su tocayo Nacho Aldama, ambos nacidos en san Miguel el Grande, el mismo año de 1769.

—Yo no estaría tan seguro, Nacho. Últimamente me ha decepcionado mucho ese bellaco del cura. Siento que busca más su protagonismo y fama, que en verdad aplastar a los gachupines. Desde que ordenó no atacar la Ciudad de México cayó de mi agrado. A la siguiente pendejada que cometa lo destituiremos de su cargo. No podemos seguir cometiendo error tras error. Eso nos conduciría irremediablemente a la muerte. Ese Calleja no se anda con pendejadas. A la primera que nos pesque del cuello, no nos soltará. Se los juro por esta. Conozco bien a ese farolero cabrón cara de gato.

—Yo creo que el cura tomó la decisión correcta en Cuajimalpa, Nacho. Hasta la fecha seguimos sin parque y fusiles. ¿Cómo diablos íbamos a ganar la guerra en la capital, si dudo que así como estamos, no perdamos Guanajuato? —comentó su entrañable amigo Juan Aldama, de manera imparcial, no buscando quedar bien ni con el capitán ni con el generalísimo.

—De todas maneras espero que en verdad pronto esté aquí para platicar más a fondo sobre este tema. En verdad me preocupa mucho.

—Que así sea pronto —repuso Nacho Aldama.

La familia Iturbe por seguridad abandonó San Miguel el Grande desde semanas atrás. Quedarse ahí con la llegada de los realistas era muy riesgoso. Allende se cercioró de que doña Marina y sus hijas tuvieran una buena casa donde vivir en Guanajuato. En esos álgidos momentos, Guanajuato era el mejor lugar para resguardarse de la tormenta independentista.

Ubaldo Larrañeta, desde adolescente fue un muchacho dedicado al trabajo. Su padre siempre le dio un trato diferente, pensando en él como heredero de todos sus negocios. Como mano derecha de don Anselmo, por la huida de Gonzalo con Elena a los Estados Unidos, Ubaldo había prestado poca atención a los asuntos del amor. Desde el reciente levantamiento insurgente, con la subsecuente pérdida de la mina, su situación había cambiado radicalmente en varios aspectos. Desde el día que conoció a Amalia Iturbe en la enfermería de uno de los improvisados hospitales de Guanajuato, su vida dio un giro inesperado.

Amalia Iturbe tenía veinticuatro años y Ubaldo veintiséis. Amalia era la hija de Ignacio Allende, producto de sus deslices con doña Marina López. Doña Marina, después de la muerte de don Jacinto Iturbe, les dijo la verdad a sus hijos sobre el padre de su hermana más chica. Los hermanos Iturbe querían a Amalia por igual, sin hacer distinción alguna. Al final de todo, ellos eran hermanos y eso era lo importante. Los asuntos de amor de doña Marina se quedaban con ella. Doña Marina jamás comentaba al respecto con sus hijos.

—Buenos días, Ubaldo. ¿Qué nos traes hoy? —preguntó Amalia, la hermosa enfermera, bajo la puerta en arco del improvisado hospital, dentro de una enorme casa incautada a un español muerto en la alhóndiga.

En el heroico sanatorio, tres doctores y veinte voluntarios hacían su trabajo de la mejor manera posible. La casa estaba saturada de pacientes. El hospitalito recibía apoyo del nuevo gobierno insurgente y de donaciones de temerosos criollos y peninsulares, que aportando ayuda sentían ganarse el agrado de los insurgentes.

—Vendas y alcohol, Amalia. A ver si en la tarde traigo algo de comida.

Amalia era una mujer alta, delgada, de largo cabello negro encrespado, sujetado con una liga. Su piel era blanca; su cara, como calcada de la de su padre, con su respectivo toque femenino, era muy hermosa. Su blanco vestido de enfermera se encontraba un poco manchado. Cambiar de uniforme todos los días, era un lujo difícil de darse en esas circunstancias.

—Muchas gracias, amor. Solo con la ayuda de gente como tú, es posible que esto funcione.

—Tú padre ha vuelto. Dicen que es cuestión de días para que Calleja lo enfrente aquí en la ciudad.

Los ojos negros de Amalia se clavaron pensativos en los de Ubaldo. Su cara redonda, como una luna llena, mostraba una sonrisa empática a la bella sanitaria.

—¿Y qué partido tomarás, cariño? Calleja intentará matar a mi padre. ¿Serás realista o insurgente?

Ubaldo pensó su respuesta por unos segundos. Su robusta figura imponía miedo a los que no lo conocían. Ubaldo era alto y fornido como un luchador de carpa.

Abrazándola románticamente, le plantó un tierno beso en los labios. Acarició su larga cabellera para responderle:

—Lo decidiré cuando Calleja pise la entrada a la ciudad. Tengo sentimientos encontrados con ambos contendientes. Odio a Hidalgo por haber matado a mi padre y haberme dejado sin nada. Lo estimo también por ser el suegro de mi hermana Elena y representar por todo por lo que luchan tú y mi suegro. Odio a los realistas por haber tenido a este país sumido en la pobreza por tres siglos. Quiero a los realistas por haberme dado una buena vida con la mina de mi padre. Tú representas para mí, mi amor a los insurgentes y mi madre el amor a España.

—Hidalgo no mató a tu padre, Ubaldo. Fue una bandida insurgente que ha sembrado el terror entre los gachupines. Hidalgo conocía a tu padre. Jamás lo hubiera lastimado. Si vieras cuánto lo sintió cuando murió el intendente Riaño en la toma de la alhóndiga.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Me lo contaron mis hermanos. Ellos están con Allende desde que inició el levantamiento.

Frente a la casa se detuvo un carromato conducido por dos hombres. Uno de ellos parecía ser un hombre recio, tipo capataz. Cubría su cabeza con un paliacate rojo y tenía una barba de candado recién arreglada con un barbero. El otro era un sexagenario, con barriga prominente y cabello canoso. Su mirada era dulce, como si fuera un hombre tranquilo del campo.

—Buenas tardes. Mi nombre es Cipriano. Les traigo este carro como ayuda para el hospital —saludó el hombre rudo del paliacate a Amalia y Ubaldo.

—Muchas gracias buen hombre. ¿Esta donación es suya?

—No, señorita. Todo esto se los envía la señorita Paloma Fentanes, la dueña de la hacienda de Comanjilla. Ella apoya la causa insurgente y desea una mejor Nueva España para todos. Es por ello que apoya a Hidalgo en su levantamiento.

Amalia no salía del asombro ante la gran ayuda que les enviaba aquella desconocida. En el carromato había vendas, ropa limpia, alcohol, batas nuevas y zapatos en general. En otro compartimiento había sacos con maíz y miel.

—Esto es para afrontar algunos gastos elementales para el funcionamiento de esta noble casa.

Cipriano le entregó una bolsa de cuero con monedas de plata.

Amalia dio un abrazo de agradecimiento al enviado. Cipriano y don Melesio, sonrieron afables.

—¿Gustan pasar a ver el hospital?

—No, señorita. En otra ocasión. Otros deberes nos llaman. Con su permiso.

Cipriano y don Melesio se retiraron a pie, ante la mirada de agradecimiento y admiración de Amalia y Ubaldo. Don Melesio prometió volver otro día por la carreta.

—Tengo que conocer a la tal Paloma, amor. Debe ser una mujer excepcional.

—¡Tú no estás para conocer a nadie, cabroncito! Mucho menos a una señorita rica. Mucho cuidadito, Ubaldo Iturbe. No me hagas convertirte en un eunuco insurgente.

Ubaldo sonrió divertido con los evidentes celos de la enfermera rebelde.

José María Morelos no había descansado un solo momento, desde el día en el que su maestro Hidalgo lo comisionó para continuar la guerra de independencia en los territorios del sur. Su antorcha libertaria estaba destinada a incendiar muchas praderas realistas en el suroeste de la Colonia.

El cura de Carácuaro, en su camino costero hacia Acapulco, fue recibido con honores en el poblado de Tecpan por don Hermenegildo Galeana, rico hacendado criollo de tierra caliente que simpatizaba con la causa insurgente.

Don Hermenegildo era hijo de un inglés y una mestiza. Su piel era muy blanca, medía uno setenta y cinco centímetros de altura, pero por lo delgado y bien estirado en su espalda, lucía mucho más alto. Dos largas patillas pelirrojas casi llegaban a las comisuras de su larga boca. Como dueño de la hacienda y sus tierras, su personalidad desplegaba seguridad y aplomo.

Juntos, en un acogedor comedor en una terraza al aire libre que miraba hacia las montañas de la Sierra madre, los dos dialogaban sobre el levantamiento del cura Hidalgo.

—Un honor en verdad que nos visite, padre. Mis hermanos y yo nos unimos a la rebelión desde hace un año, con la primera conspiración en contra del gobierno virreinal que encabezó José María Izazaga, ocurrida en Valladolid. Los tecpanenses somos hombres de Hidalgo. En sí, la hacienda de Chema Izazaga, el Rosario, es territorio cien por ciento insurgente. Puede usted contar con todos nosotros.

Morelos, despojado de su paliacate lucía más joven. Su cabello ensortijado color carbón, rostro regordete moreno con gruesos labios y nariz ancha aplastada, lo asemejaba a una de las cabezas olmecas,(1) por descubrirse cincuenta y nueve años más adelante en Veracruz.

—El honor es todo mío, don Hermenegildo. Usted es muy querido y respetado por aquí. Que mejor aliado podría tener para la causa que me asignó don Miguel Hidalgo, que contar con los tres aguerridos hermanos Galeana a mi lado.

—Juan y José Antonio, al igual que yo, estaremos con usted hasta el final, padre. Estamos hartos de los malditos gachupines que nos ven como hombres inferiores. Nos desprecian y humillan en toda ocasión, además de ser dueños de las mejores tierras y haciendas de la región,

sin jamás mancharse las manos con su bendita tierra. Son unos haraganes que no trabajan y todo lo consiguen explotando a los trabajadores.

Morelos dio un sorbo a su jarrito de café con piloncillo. Nada mejor que una bebida caliente para combatir los abrasadores calores costeños.

—Honor que me hace, don Hermenegildo. Referente a Hidalgo, sé por mis fuentes que no pudo tomar la capital y que anda de nuevo por el Bajío. Desde que me asignó como su hombre del sur, no he recibido carta de él. La acabó de escribir una, informándole de mi progreso por estas tierras.2 Espero pronto recibir respuesta suya.

—Por lo que resta de este año, yo no podré acompañarlo, padre. Tengo unos asuntos importantes que atender. Desde hoy puede contar con la ayuda de mis sobrinos Antonio y Pablo Galeana de los Ríos, además de Ignacio Ayala, poniendo también a sus órdenes el potente obús “El Niño”.(3)

—Muchas gracias por tan valiosa ayuda, don Hermenegildo. Usted pone a mi servicio lo más valioso que hay: la familia; y la primera pieza de artillería del Ejército del Sur. Con ese cañón le juro que haré milagros.

—¿Cómo se ha sentido como jefe insurgente, padre?

—Un poco confundido, don Hermenegildo. No sabe lo difícil que es para mí como cura el asesinar gente. Sé que es necesario que mueran unos cuantos para beneficiar a muchos. Es terrible que con una sola orden tuya muera gente sin que tú tengas que disparar o hundir una espada en el corazón del enemigo. Matan más lo generales con sus órdenes que un soldado con su sable. Me es difícil todavía comulgar con esto. Usted entenderá que soy un sacerdote activo y mi vida cambió radicalmente de la noche a la mañana.

Don Hermenegildo miró tras de Morelos un grupo de hombres que ensillaba unos caballos. Miró de nuevo al cura al que tanto admiraba para musitarle:

—Eso demuestra que sigue siendo un hombre de Dios, padre. Humano y divino al mismo tiempo. Dos personalidades antagónicas, luchando todo el tiempo dentro de su cerebro, siempre ganando una y la otra indistintamente, según la situación que se le presente con el correr del día y los acontecimientos.

—Gracias por su comprensión, don Hermenegildo. No sabe cómo me ayuda externar esto. Es como liberarme de un lastre que me frena.

—Lo invito a dar un paseo a caballo, padre. Venga, le va a tranquiliza bañarse en el mar.

—Gracias. Me encanta la idea.

El cura Hidalgo aprovechaba a lo máximo su tranquila estancia en Valladolid. Sin la presencia de Allende para incomodarlo con sus comentarios lacerantes sobre la retirada de la Cruces y la batalla de Aculco, don Miguel se relajaba con mejores compañías, en lo que se decidía en partir hacia Guadalajara. El Generalísimo de América no tenía el más mínimo interés en apoyar a Allende(4) en su batalla contra Calleja en Guanajuato.

Sumergido hasta el cuello en una tina de mármol, el candente clérigo se dejaba bañar por dos hermosas mujeres que daban todo por hacer placentero e inolvidable el momento al sacrificado cura.

Mientras una de ellas pasaba una esponja por su molida espalda, otra jugueteaba con su miembro para conseguir la dureza necesaria para que ambas fueran inmoladas por el presbítero redentor.

—Nunca pensé que un padrecito hiciera estas cosas —dijo la que masajeaba su espalda con sus enormes senos. El peinado de aquella mujer, como una corona de faraón, era una obra de arte que hábilmente evitaba a toda costa que se mojara.

—Dios tiene sus misterios, hija. No trates de juzgar sus acciones.

—A mí no me interesa pensar en eso, Chiva. Yo con esto me siento cada vez más cerca de Él —Respondió la otra, que dándole la espalda al cura subía y bajaba rítmicamente, deleitándose con el falo celestial del cura de Dolores. El agua de la tina a momentos se desbordaba por las orillas. Hidalgo, con el rostro congestionado, sólo miraba al candelabro que colgaba de la bóveda del salón. Se concentraba a lo máximo para aguantar a las dos mujeres, que le pedirían lo mismo para quedar satisfechas.

Dos horas más tarde, cuando el cura se encontraba descansando en la biblioteca de la casa, cubierto con su bata roja, mientras leía su correspondencia, el intendente Anzorena entró agitadamente al cuarto para consultarle un asunto de extrema importancia:

—Padre Hidalgo, ya tengo listos a los primeros gachupines.

¿Qué hacemos con ellos?

Hidalgo, sin voltear a verlo por no apartar su vista de la carta que leía, contestó fríamente:

—La tropa de indios debe seguirnos a Guadalajara. Los necesito a todos. No puedo flaquear en estos momentos, mostrándome débil. ¡Lleva a los malditos gachupines al Cerro Pelón y ajustícialos!(5)

—¡Así se hará señor!

El domingo 18 de noviembre de 1810, Ignacio Allende, resignado a que Hidalgo no lo alcanzaría en Guanajuato, se dispuso a copiar su efectiva estrategia de convocar al pueblo mediante la virgen de Guanajuato. Justo aquel día, que se llevaba a cabo la festividad del patrocinio de la Virgen, sacó la sagrada imagen a pasear por las calles de la ciudad, junto con la historia consagrada, llevando las andas Juan Aldama, Joaquín Arias, Mariano Abasolo y Mariano Jiménez, mientras el mismo Ignacio Allende cargaba con la cauda del manto de la Virgen.

La estrategia funcionó y cientos de indios fieles se les unieron entusiasmados por las calles de Guanajuato, dispuestos a pelear codo a codo con ellos contra las huestes de Calleja.

El sábado 24 de noviembre, arribaron los realistas a las goteras de la ciudad de Guanajuato, comandados por el altivo Félix María Calleja del Rey, con el afán de liquidar hasta el último rebelde y rescatar a la virgen de las indignas manos que la habían secuestrado. Allende recibió la noticia de que Calleja se dirigía a la cañada de Marfil, donde estaba lista la trampa de los cañones; por lo que ordenó que inmediatamente se desplazaran hacia allá las fuerzas que estaban al mando de don Mariano Jiménez, que era el que debía dirigir la defensa en la que perecería el grueso del ejército realista.

Al acercarse al inicio de la cañada, los insurgentes sonrieron de ver que el enemigo entraría a su mortal trampa. De pronto, como si ya lo supiera,(6) Calleja dividió su ejército en dos fracciones y cada una caminó por la periferia de la ciudad, evitando el mortal paso por la cañada de la muerte, barrenada con mil quinientos dispositivos cargados con pólvora y unidos por una sola mecha, para que cuando los realistas pasaran por el fondo, donde corría el río de la ciudad, se abriera fuego y todos los barrenos estallaran al unísono, sepultando bajo rocas, lodo y tierra al ejercito realista.

Calleja se dirigió hacia la Valenciana y Flon hacia los cerros de San

Miguel y las Carreras, después tomar violentamente varios sitios que ofrecían resistencia con los cañones hechos por Rafael Dávalos.

Cuando el pueblo guanajuatense se enteró de que los insurgentes habían sido incapaces de detener a los a los realistas en la cañada y que venían indetenibles hacia el pueblo bayoneta en mano destripando insurgentes, comenzaron a juntarse en grupos de defensas alrededor de la alhóndiga de Granaditas, donde estaban presos cientos de españoles y criollos contrarios a la revolución. Toda esta gente se decía que era arengada por un violento platero negro de nombre Lino; quien recorría las calles con voz estentórea invitando al pueblo para salir a degollar a los malditos gachupines que estaban presos en la Alhóndiga. La matanza fue incontrolable, pereciendo dentro del castillo gente inocente que solo ponía sus palmas de las manos para defenderse de tan atroz ataque. El piso de la alhóndiga de nuevo fue empapado en sangre española, en un lamentable evento que parecía arrancado de una escena del infierno.

Ignacio Allende, desesperado de que su plan hubiera fallado, decide abandonar la ciudad, dejando su defensa al valiente Mariano Jiménez, mientras los insurgentes escapaban con rumbo a San Felipe, tomando el camino de la sierra de Santa Rosa por la mina de Mellado, para evitar encontrarse con Calleja que iba a la mina de Valenciana.

Manuel de Flon y su gente, extenuados por la batalla, pasan la noche en el cerro de las Carreras, mientras que Félix Calleja hace otro tanto en el mineral de Valenciana, donde emite un indulto a favor de todo aquel insurgente que se muestre arrepentido y entregue las armas. El documento es enviado al pueblo ante la sorpresa de los rebeldes.

Casimiro Chowell, oculto dentro de la mina de la Valenciana y culpable de la ofensiva insurgente junto con Rafael Dávalos y otros capellanes de ese mineral, leen el indulto y detienen su fuga, esperanzados en ser perdonados por Calleja.

Al amanecer del día 25, Calleja recibe de primera fuente los detalles sobre la espantosa matanza de los españoles en la alhóndiga de Granaditas, por lo que sin titubeo alguno, se olvida del indulto y manda aprehender a los cabecillas insurgentes.

Cuando el sol está en lo más alto del cielo del Bajío, Calleja entra a Guanajuato y Mariano Jiménez, incapaz de enfrentarlo, la abandona, huyendo con rumbo a San Felipe para alcanzar a Allende.

Calleja, lleno de odio por la cobarde matanza de sus paisanos, ordena

la inmediata detención de todo aquel insurgente que ostentara un puesto de mando asignado por Allende e Hidalgo a favor de la independencia, entre ellos los desafortunados Casimiro Chowell, Rafael Dávalos y Ramón Fabié.

Rafael Dávalos es aprendido y atado a un poste. El ingeniero reclama su inocencia en el levantamiento insurgente. Calleja le cree y ordena que sea desatado, pero al hacerlo, uno de los realistas encuentra en su saco las hojas que contienen los diseños de los cañones y un mapa de la ubicación de los barrenos de la cañada de Marfil. Calleja, fuera de sí ante semejante traición, lo abofetea, ordenando que se amarrado de nuevo y fusilado al día siguiente junto con otros rebeldes, en la puerta de la alhóndiga, sin clemencia alguna.

—¿Así es como le pagas a tu gobierno y a tu patrón lo mucho que hicieron por ti, desgraciado traidor? —le pregunta a Rafael Davalos un hombre vestido elegantemente como militar. Una horrible cicatriz en su rostro le permite reconocerlo al instante.

—¡Evaristo Obregón!

—Así es, cabrón. Aquí me tienes para yo mismo ser uno de los que jale el gatillo para mandarte al otro mundo por traidor.

—Esto tenía que ocurrir tarde o temprano. Años y años de abuso con los mineros, tenía que desembocar en esta tragedia.

Rafael Dávalos lucía deplorable. La golpiza propinada después de encontrarle las pruebas incriminatorias de su complicidad había deformado su rostro haciéndolo irreconocible.

—Lo que más gusto me da es que su hermano el conde se ha quedado sin mina. No hay hombres para trabajarla y muchos de sus túneles fueron volados. Triste final para un explotador de su calaña.

—Triste final para ti hijo de la gran puta. Serás fusilado de rodillas y de espalda. ¿Ves cómo el que ríe al último ríe mejor?

—No me arrepiento de nada, monstruo. Valió la pena y sé que el levantamiento será incontrolable y pronto seremos un nuevo país, con ustedes bajo tierra o del otro lado del océano. El pueblo acabó con tu mina y alguien del pueblo también se quedó con tu mujer. ¡Eres un perdedor Evaristo Obregón!

—¡Púdrete Rafael Dávalos!

Evaristo calló las últimas palabras de Rafael con un brutal puñetazo que lo dejó sin sentido.

Horas más tarde, Rafael Dávalos, sin escuchar sus argumentos de defensa, fue fusilado por la espalda en un morboso espectáculo público frente a la puerta de la alhóndiga.

Recargado sobre un muro, fumando tranquilamente un cigarrillo, contemplaba satisfecho la cruel escena Evaristo Obregón. En su perturbada mente maquinaba su siguiente venganza contra Martiniano y Elena, quienes afortunadamente huyeron antes de la llegada de Calleja a Guanajuato.

Al día siguiente, 28 de noviembre de 1810, frente a la misma alhóndiga fueron ahorcados Casimiro Chowell y Ramón Fabié, dejando con esto un mensaje contundente a todos aquellos que atentaron contra el gobierno virreinal.

Por una de las solitarias calles de Guanajuato, tres soldados de Calleja celebraban el triunfo ante los insurgentes. Después de varias copas en una cantina, los realistas decidieron continuar su fiesta en otro lado donde hubiera bellas mujeres. Al pasar por un oscuro callejón donde los balcones vecinos casi se juntaban, tres flechas se clavaron en sus espaldas. Detrás de un muro apareció un apache con cuatro compañeros. El soldado realista que iba en medio, permaneció de pie unos segundos más, como jalando un poco de vida para retardar su muerte, mientras sus compañeros agonizaban en el suelo, hasta que finalmente cayó de rodillas.

—*Saber que encontrar tú algún día. ¡Muere perro!*

Guacho tomó su cuchillo y de varios cortes profundos cercenó por completo en vida la cabeza del teniente Cutberto Sotolín. La venganza era dulce y Guacho la paladeaba lentamente.

Minutos después, los violentos lipanes se perdían en el camino montañoso hacia San Felipe.

(1) La primera de ellas anunciada en 1869 por José Melgar en el Seminario Ilustrado, relatando el descubrimiento de una cabeza colosal esculpida en roca en el estado de Veracruz. Por los rasgos negroides que presentaba, lo consideró como prueba de que la raza negra o etíope estaba presente en México, ya antes de la llegada de los

españoles.

(2) *Noticio a usted cómo he corrido toda la costa del sur, que son como doscientas leguas, con la mayor felicidad, y no he encontrado en todos los gachupines que he cogido ningunos reales, pues se infiere que éstos los han ocultado con anticipación. En el día tengo solicitado el puerto de Acapulco con ochocientos hombres y me hallo sin pólvora ni balas, por un ataque que hemos tenido, aunque sin ningún mal herido; y de los contrarios un mal herido, pues se conoce que D. Antonio Carreño, que es el gobernador, y los demás europeos, han seducido a estas gentes. Y así, mándeme V. E. cañones y pólvora, que según noticia tengo, toda la artillería del castillo. esta apuntada a tierra; y así, espero de V.E. el refuerzo que le pido con la mayor brevedad que se pueda, pues considero que estas tropas están en camino, pues no desisto del cerco hasta nueva orden de S.E. diciéndome el rumbo que debo tomar, si para la Mixteca o Chilpancingo, porque desde el día 20 del pasado que tuve el honor de comer con V.E. y nos separamos, no he tenido la menor noticia, por lo que dígame del ejército de México."* Ernesto Lemoine Vilcaña, Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de su época, UNAM.

(3) Este cañoncito estuvo presente en muchas batallas de los insurgentes. Fue disparado en la toma de Acapulco y en el sitio de Cuautla, donde fue abandonado por Morelos y recuperado por los realistas en el rompimiento del sitio, en la madrugada del 2 de mayo de 1812.

(4) *Mi apreciable compañero:*
V. se ha desentendido de todo nuestro comprometimiento, y lo que es mas, que trata V. de declararme cándido, incluyendo en ello el mas negro desprecio hacia mi amistad. Desde Salvatierra contesté a V. diciendo, que mi parecer era el de que fuese V. a Valladolid y yo a Guanajuato, para que levantando tropas y cañones, pudiésemos auxiliarnos mutuamente según que se presentase el enemigo; puse a V. tres oficios con distintos mozos, pidiendo que en vista de dirigirse a esta el ejército de Calleja, fuese V. poniendo en camino la tropa y artillería que tuviese, que a Iriarte le comunicaba lo mismo, para que a tres fuegos desbaratásemos la única espina que nos molesta; ¿qué resultó de todo esto? Que tomase V. el partido de desentenderse de mis oficios y solo tratase de su seguridad personal, dejando tantas familias comprometidas, ahora que podíamos hacerlas felices; no hallo como un corazón humano en quien quepa tanto egoísmo, mas lo veo en V. y veo que pasa a otro extremo; ya leo su corazón y hallo la resolución de hacerse en Guadalajara de caudal, y a pretexto de tomar el puerto de S. Blas, hacerse de un barco y dejarnos sumergidos en el desorden causado por V. y ¿qué motivo ha dado Allende para no merecer estas confianzas?

No puedo menos que agriarme demasiado, cuando me dice V. que el dar orden en Guadalajara lo violenta; ¿de cuando acá V. así? Tenga presente lo que en todos los países conquistados me ha respondido V. cuando yo decía: es necesario un día mas para dar alguna orden etc.
Que V. no tuviera noticia (como me dice) del enemigo ni de Querétaro, es una quimera, cuando de Acámbaro, de Salvatierra y Valle de Santiago, desde la semana pasada me están dando partes, y lo que es mas, con los dos primeros oficios que mandé a V., acompañé dos cartas y ellas llegaron a Valladolid y se me contestaron; pero a V. no llegan mis letras, según que se desentiende en su carta. Espero que V. a la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones, o la declaración verdadera de su corazón, en inteligencia que si es como sospecho, el que V. trata de solo su seguridad y burlarse hasta de mí, juro a V. por quien soy, que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal.
Por el contrario, vuelvo a jurar, que si V. procede conforme a nuestros deberes, seré inseparable y siempre consecuente amigo de V. Ignacio de Allende."
Guanajuato, 20 de Noviembre de 1810.
Revolución del cura Miguel Hidalgo, capítulo V, Lucas Alamán

(5)*Todas las circunstancias que concurrieron en estas atroces matanzas, contribuyen a hacerlas mas horrorosas; hacíanse por orden de un eclesiástico, el cura Hidalgo, como él mismo lo confesó en su proceso, aunque reduciendo el número de los muertos a sesenta; disponía la salida de las partidas y todo lo concerniente a la ejecución el intendente Anzorena, que hacia profesión de hombre piadoso y usaba el hábito exterior de beato de S. Francisco, y las listas de las víctimas se dijo que las formaba otro eclesiástico, que estaba encargado del cuidado de las prisiones, al que le quedó el sobrenombre del P. Chocolate, porque formando las funestas listas de los desgraciados que habían de perecer, decía que eran de los que habían de beber chocolate aquella noche.*
Revolución del cura Miguel Hidalgo, capítulo V, Lucas Alamán.

(6) Calleja fue informado sobre dichos barrenos, hechos por Chowell, Dávalos y Fabié, por información secreta que le pasaba, tanto a él, como al virrey, el regidor alférez real Fernando Pérez Marañón.

17 · Hidalgo se rehace en Guadalajara

Para servir a la Patria nunca sobra el que llega ni hace falta el que se va.
Venustiano Carranza

La situación en Guanajuato, una vez recobrada la ciudad por los realistas, era de gran temor para todos aquellos que se sospechaba habían simpatizado con los insurgentes.

El pueblo guanajuatense, aterrado por las continuas ejecuciones de insurgentes y sospechosos, salió a festejar el indulto dado por Calleja, para poner fin a los ajusticiamientos y dar más tranquilidad a la vida en la Perla de la Plata.

El pueblo desbocado en festejos, se dirigió en tropel a la plaza, presentándose frente a la Casas Reales en donde se alojaba don Félix María Calleja, el cual con porte triunfante salió al balcón a dar un discurso conciliatorio, explicando sus razones de peso por haber ahorcado a casi una centena de guanajuatenses por probada complicidad con los insurgentes; el pueblo prorrumpió en aclamaciones al Rey y al mismo general Calleja. Guanajuato por terror volvía a ser más realista que Madrid.

Don Félix María Calleja se encontraba de fiesta en Guanajuato, celebrando su espectacular triunfo sobre los insurgentes. Qué mejor manera de celebrarlo que invitar a sus conocidos y allegados de los últimos años a brindar con él en la Casa Real, la fastuosa residencia donde se hospedaba. En la mesa de honor lo acompañaban Rodolfo Montoya, Manuel de Flon, Evaristo Obregón, Crisanto Giresse, Ubaldo Larrañeta y el intendente de Guanajuato, Fernando Pérez Marañón, entre otros importantes vecinos de la ciudad.

Los militares vestían sus elegantes uniformes, mientras que Giresse y los otros sus refinada levitas para honrar la ocasión.

El general Calleja se puso de pie para dar unas palabras de agradecimiento a sus amigos. Su rostro gatuno reflejaba una gran felicidad. La luz de las velas, destellaba en su botonadura de oro:

—Un gusto que estén aquí conmigo, amigos. Hemos recuperado Guanajuato de manos de esos matreros —su puño derecho golpeó contundente la fina mesa de caoba, haciéndolos parpadear—. Guanajuato es realista de nuevo, y que mejor forma de festejarlo que aquí, con ustedes, que en ningún momento flaquearon y abandonaron la ciudad.

—Estamos muy agradecidos con usted, general. Sólo con mano dura se puede poner orden de nuevo —repuso el intendente Pérez Marañón, el que semanas atrás le rechazo a Hidalgo el puesto de intendente insurgente de Guanajuato.

—Aun así la violencia sigue siendo una amenaza dentro de las calles, señores. Ayer asesinaron a tres de mis hombres, uno de ellos fue cruelmente decapitado y la cabeza no aparece por ningún lado.

—¿Tres militares sorprendidos por rebeldes, general? ¿Cómo es eso posible? —preguntó sorprendido don Evaristo Obregón. Parte de su negro fleco caía como cortina por un lado de su cara, eclipsando la horrible quemadura infligida años atrás por una prodigiosa bandida del camino.

—Hay bandidos mucho mejor entrenados para pelear que algunos supuestos soldados —añadió en tono burlón Crisanto.

—Los estúpidos estaban borrachos. Un terrible descuido de su parte —contestó Manuel de Flon, en defensa de su gente.

—Son venganzas de siglos, general. El ancestral odio del indio hacia el conquistador español no se puede olvidar de la noche a la mañana. Hidalgo utiliza eso como su fuelle para hacer arder el fuego de la libertad —comentó Rodolfo Montoya, indicando al mesero que llenara de nuevo su copa.

—¡Eso y la religión! El infiel utiliza la sagrada imagen de la santísima virgen para hipnotizar a esos indios ignorantes y así lo obedezcan en todo —comentó el obeso padre Bringas, secreto simpatizante de Hidalgo y Calleja, según quien fuera ganando la contienda.

Su enorme vientre, enfundado dentro de la sofocante sotana, amenazaba con reventar el cinturón que lo aprisionaba. Apenas terminó su comentario aprovechó para tomar dos bocadillos del platón de la mesa. Agarró un tercero, no fuera a ser que el siguiente en hablar fuera más breve que él y se lo ganara.

—Tenemos que empezar de nuevo, señores. Muchos como don Ubaldo y yo, desde ceros. La indiada arrasó por completo con nuestras casas —comentó Giresse, luciendo conservado como si el tiempo hubiera hecho una tregua con él.

Don Evaristo, miraba con curiosidad a Crisanto, quien al hablar le recordaba a alguien, pero por más que cavilaba no sabía a quién. Había algo en su voz que lo intranquilizaba y no sabía por qué.

—El saqueo desde la llegada de Hidalgo fue incontenible. Usted perdió su casa Giresse. Yo perdí mi casa y la mina de la Valenciana. No hay quien la trabaje. Todos los trabajadores se unieron a Hidalgo. Sus túneles fueron volados e inundados. Mi situación es más precaria que la suya.

Giresse miró burlón a don Evaristo. Era evidente que no se caían bien.

—No se preocupe, don Evaristo. Estoy seguro que su hermano Antonio, quien perdió mucho más que usted, tendrá un plan para resucitar a su muertito.

—Todos tenemos que recuperar lo perdido, señores. Activar de nuevo la economía es la prioridad de mi alcaldía —agregó el alcalde Marañón, aminorando la evidente tensión entre Giresse y Evaristo.

—Necesitamos combatir el bandidaje en la ciudad y alrededores, señores. Mi padre murió por el asalto a su casa, perpetrado por una bandida y sus hombres. Esa maldita anda suelta y es un hecho que no tarda en atacar de nuevo —comentó Ubaldo Larrañeta.

—Esa debe ser la misma perra que me atacó hace tiempo y me dejó esta cicatriz de recuerdo. Recuerdo que dijo llamarse Paloma Fentanes —respondió don Evaristo con mirada endemoniada.

—¿Paloma Fentanes? —preguntó sorprendido Ubaldo.

—Sí, ¿La conoces? —preguntó don Evaristo inquieto.

—Solo por nombre. Esta semana una mujer con ese nombre mandó con dos hombres un carro repleto de ayuda para el hospital del

pueblo. Dijo ser la dueña de la hacienda de Comanjillla. Hablé con uno de sus hombres llamado Cipriano.

—Lo de Comanjilla es una mentira. Conozco al dueño y no es una mujer. Quizá su nombre también sea inventado —dijo don Félix confundido.

—Quizá lo sea. No creo que sea tan idiota en dar sus verdaderos datos. Lo que sí es un hecho, es que ayuda desinteresadamente a los heridos del hospital —dijo Montoya.

—Un hospital en su mayoría lleno de insurgentes —repuso don Evaristo.

—No es culpa de aquella mujer que de diez heridos, uno sea realista y el resto el pueblo y rebeldes. Ayudar a es ayudar, sin ver a quién —dijo Giresse contundente.

—Reforzaré la vigilancia para atrapar a las gavillas de rebeldes —dijo el intendente, casi arrebatándole al cura el último bocadillo del platón. El cura lo miró furiosos pensando en cómo mandarlo al infierno.

—Por mi parte en breve saldré para Guadalajara. Ese desgraciado de Hidalgo se encuentra allá y no descansaré hasta tenerlo en el patíbulo —agregó don Félix, cambiando su rostro sereno por el de un felino agazapado para saltar sobre su presa—. Estoy seguro de que si lo derroto por completo ahí, será su fin. Cada vez se debilita más. Aquí en Guanajuato no nos causaron ni un rasguño. El triunfo total está muy cerca, señores. ¡Salud por eso!

—¡Salud! —Contestaron todos.

La provincia de Nueva Galicia (Jalisco), era territorio cien por ciento de los insurgentes. Un aguerrido campesino del pueblo de San Pedro Piedra Gorda, don José Antonio Torres, después de unas sorprendentes batallas, se había apoderado de Guadalajara, sin que sus triunfos reportaran excesos sobre los pobladores. José Antonio Torres, por medio del valiente cura Mercado, se apoderó también del estratégico puerto de San Blas, de modo que al llegar Hidalgo a Guadalajara, toda la Nueva Galicia lo apoyaba en su guerra contra la Nueva España.

El camino de Valladolid a Guadalajara, a diferencia de la emergencia que sufría Allende en Guanajuato, fue para Hidalgo un desfile lleno de ovaciones, fiesta y gritos de apoyo.

Al entrar a Guadalajara, se sorprendió de tanta muestra de cariño y apoyo. Las principales autoridades de Nueva Galicia salieron a su encuentro en ese memorable día, junto con los curas locales y los vecinos más famosos y encumbrados de la zona. Todos salieron a saludarlo de mano y algunos a abrazarlo, pidiéndole la bendición. Las huestes de José Antonio Torres y el batallón provincial, le formaron una valla y le hicieron los honores marciales de todo un *Generalísimo de América*. En la catedral tañeron las campanas y se le cantó un solemne *Te Deum*; las corporaciones y los colegios pasaron a felicitarlo y brindarle su apoyo incondicional en el Palacio de Gobierno, donde como un emperador romano, los recibió bajo el dosel, esmerándose en contestar a todos ellos con su acertada y cuidada oratoria.

Consciente de la importancia de su persona y de la situación de su revolución, decide organizar su gobierno con nuevos nombramientos: dos ministros, uno de Gracia y Justicia, para José María Chico, y otro con el carácter de universal, llamado de Estado y del Despacho, para Ignacio López Rayón, quien se había desempeñado hasta ese día como su secretario particular. Por la importancia estratégica de los Estados Unidos como aliado, nombró como ministro plenipotenciario a Pascasio Ortiz de Letona,(1) facultado para celebrar con los norteños, alianzas ofensivas y defensivas.

Hidalgo aprovechó la flamante imprenta(2) que existía en Guadalajara para fundar El *Despertador Americano*, un periódico insurgente que serviría como medio para propagar las flamígeras ideas de la revolución por todo el país. Una de sus primeras publicaciones hizo de nuevo énfasis en la abolición de la esclavitud.

El levantamiento libertario exigía muchos recursos, por lo que Hidalgo se hizo de los fondos del gobierno, de los bienes y propiedades de los españoles y de las valiosas aportaciones de los piadosos, muchos de ellos peninsulares y criollos temerosos de ser pasados por las armas por su probada adhesión a Fernando VII.

A fines de octubre de 1810, Rafael Iriarte, como cabecilla insurgente de San Luis Potosí, tomó la ciudad de Aguascalientes. Iriarte era un criollo oriundo de San Luis Potosí. Su padre fue el cura interino de San Luis, quien tuvo tres hijos con una mujer de apellido Leyton. Intentando emular a su padre estudió en el Seminario de Aguascalientes, pero no concluyó sus estudios. Por unos meses trabajó en la hacienda de Bledos, donde conoció a Félix María Calleja, quien lo invitó a unirse a la Brigada Real de San Luis Potosí con el grado de cabo. Iriarte se desempeñó bien como escribiente de la comandancia militar. Fue aquí cuando comenzaron a apodarlo “Cabo Leyton”. Al

inicio de la revuelta insurgente tenía un poco más de cuarenta años. Se unió a los insurgentes, recibiendo el grado de coronel por parte de Hidalgo. En septiembre de 1810 comenzó a ganar adeptos en León y Lagos, entre ellos al hacendado Pedro de Aranda.(3)

Propagó la rebelión en Zacatecas. Se entrevistó con el doctor José María Cos en Aguascalientes, a quien le explicó las razones de peso del levantamiento insurgente. A partir de ese momento, José María Cos se unió a los insurgentes como uno más, en la candente lucha libertaria.

El coronel Iriarte se convirtió en una de las principales figuras insurgentes entre noviembre de 1810 y enero de 1811. Su ascendente estrella competía ya con la de Allende, segundo en el mando rebelde.

Aprovechando que San Luis se encontraba desprotegido por estar Calleja en el Bajío en persecución de Hidalgo, Iriarte se apoderó de la ciudad.

Como si tuviera una misión especial que cumplir, el coronel insurgente capturó a la señora Francisca de la Gándara, conocida suya por ser oriundo de esa ciudad y alguna vez cabo del ejército de su marido. Días después en Aguascalientes, Iriarte canjeó a la señora de Calleja por su esposa, también atrapada por los realistas. En un trato de caballeros, Rodolfo Montoya le entrega a la señora de Iriarte sin daño físico o emocional alguno, haciendo Iriarte otro tanto con la mujer de Calleja. Esta acción causaría mucha sospecha ente los insurgentes, sobre todo en Ignacio Allende, quien vio el trato como sospechoso, por haber sido Iriarte alguna vez hombre de Calleja.

Después de la desesperada huida de Guanajuato, Ignacio Allende y su gente emprendieron el camino hacia Zacatecas. Su animadversión hacia Hidalgo era terrible.(4) Consideraba que el cura lo había traicionado al abandonarlo en el ataque de Calleja a Guanajuato. Hidalgo hizo caso omiso a sus últimas cartas pidiendo ayuda. Allende inclusive llegó a pensar que Hidalgo huiría hacia San Blas para embarcarse a los Estados Unidos y salvar así su vida, sin importarle la suerte de sus hombres.

—¿Por qué mejor no alcanzamos al cura en Guadalajara? —preguntó Juan Aldama, cabalgando junto a Allende sobre el puente de San Ignacio en Aguascalientes. El majestuoso puente de nueve arcos y 184 metros de largo, tenía doce años de inaugurado, después de 54 años de demorada construcción por parte de la orden de los jesuitas. El puente era un paso estratégico en el camino entre Zacatecas y Aguascalientes.(5) Detrás de ellos venía el grueso de sus hombres.

Descansarían unas horas junto al puente que cruzaba el turbulento río San Pedro.

—Me encuentro entre dos fuegos, Juan. En estos momentos no confió ni en el cura ni en Iriarte. Siento que Rafael se hizo pendejo en San Luis para no alcanzarnos en Guanajuato. También me da muy mala espina que ese cabrón haya entregado a la esposa de Calleja sin ni siquiera despeinarla o despojarla de sus joyas. Con esa mujer en nuestras manos hubiéramos hecho capitular a ese engreído, cara de gato.

—Pero es que Calleja se puso bien vivo, Nacho, y también agarró a la vieja de Iriarte, y pues así se obligaron a cambiar a las viejas. —Aunque está mejor la de Iriarte, Juan. La de Calleja parece bruja.

Aldama soltó una carcajada mientras se apeaba de su caballo amarrándolo a un árbol del camino. A su alrededor el paisaje era muy arbolado con la hierba bastante crecida. El puente sobre el río lucía majestuoso con los insurgentes cabalgando sobre su estructura. Cientos de grillos brincoteaban en la fresca hierba, mientras los caballos se deleitaban devorándola.

—A mí se me hace que ese cabrón se casó con la Gándara por puro interés, Juan. Había mejores hembras cuando pertenecía a su regimiento y nunca vi que hiciera algo por alguna de ellas. Apenas apareció esa bigotuda rica y le nació el amor y se casó con ella.

—El amor a veces es puro interés, Nacho. No todos son tan enamorados como tú.

—Tú ni digas nada, Juan, que esa también es tu debilidad. —¿De quién no?

—Te decía que en estos momentos prefiero ir con Iriarte que

con Hidalgo. El cura se ha convertido en un monstruo que hay que eliminar. Eso de estar degollando gachupines en las afueras de Valladolid y Guadalajara no tiene madres. Desprestigia nuestra lucha.

—Muchos de ellos son enemigos, y si no lo hace, ellos lo harán primero con él, Nacho.

—Bien sabes que hay muchos que no. Son solo ancianos más preocupados donde mear que pelear. El cura es un asesino y desprestigia nuestra lucha.

—Es fácil decirlo, Nacho, pero si no lo hiciera los gachupines no le temerían ni tendrían a un Calleja pisándonos los talones. Sólo con miedo se hacen las revoluciones y vienen los cambios.

—¿Bueno, tú qué chingaos eres, realista o insurgente?

—¡Insurgente Nacho! Insurgente hasta la muerte. Sólo pienso que estas muy encabronado porque el cura te dejó solo y eso te ofusca y te hace ver todo de un mismo color. No vamos a conseguir la independencia de España con ruegos, pellizcos o papelitos firmados. Es necesario que alguna gente muera para crear conciencia y hacer que el enemigo ceda. Esos pinches gachupines de Guanajuato han matado a miles de indios por siglos en la minas, y eso no te conmueve, como te conmueve el ver que Hidalgo ordene que maten a cuarenta cabrones de esos mismos que operaban las minas.

—El cabrón está enfermo de poder.

—Enfermo de poder, pero sigue esperándote en Guadalajara. No ha huido como lo acusaste en tu carta. Le hacemos más falta a él allá que a Iriarte en Zacatecas. Piénsalo bien, Nacho y verás que tengo razón.

—Tienes razón. Nos reuniremos con Iriarte en Zacatecas y de ahí partiremos rumbo a Guadalajara. Sé que Iriarte me recibirá con recelo porque me ve como un general derrotado, no como a un superior. Aun así lo necesito porque si rompo con él y creo mi propio ejército, será evidente que he roto con Hidalgo y eso no nos conviene ante Calleja. Solo mis allegados de confianza saben de mi pleito con Hidalgo. Iriarte no tiene por qué enterarse.

Don Melesio, tal como lo prometió a Amalia y Ubaldo, regresó unos días después por su carreta al hospital de Guanajuato. Ubaldo estuvo muy atento a ese día, y, sin que el viejo se diera cuenta, lo siguió sigilosamente para averiguar donde vivía y quiénes eran Cipriano y la famosa Paloma Fentanes.

La carreta de don Melesio recorrió el solitario camino hacia León y cerca de la hacienda de Comanjilla tomó una desviación hacia otra hacienda de la que nunca había escuchado hablar.

Don Melesio aparentó no darse cuenta de su cercano perseguidor. Ubaldo dejó su caballo escondido entre una arboleda y se acercó sin ser visto a la entrada de la hacienda. Las sombras de la noche lo ayudaban a ocultarse.

Notando que no había perros ni vigilancia alguna, decidió adentrarse

más allá de la puerta y desde un punto oculto entre unos maderos comenzó a espiar quienes eran los que habitaban aquel lugar.

Una hora completa se fue sin que se escuchara alguna voz o se viera a alguien más que no fuera don Melesio.

Pensando que el viejo se había dormido, Ubaldo decidió adentrarse por la entrada principal de la casona. Silencioso como un gato logró adentrarse hasta los primeros cuartos que rodeaban el patio central de la casona. Ubaldo vio que una luz de candil salía del último cuarto del patio.

Dejando el cuarto iluminado para el final se adentró en el cuarto más grande, justo a la entrada del patio. Debía encontrar algo que le informara más sobre el dueño de aquel lugar.

La luz de la luna llena entraba por la amplia puerta y le permitía ver un poco hacia el interior. Caminó unos pasos dentro del cuarto y frente a él apareció un enorme cuadro con el retrato de una bella mujer. La sangre se le heló en las venas al ver a la bella mujer pintada en el lienzo. Era una mujer de escasos cuarenta años con el cabello negro recogido en una larga cola de caballo que caía de lado sobre el hombro derecho. La siniestra mujer lucía un traje de jinete, nada común en una mujer. El montar a caballo era cosa de hombres y las pocas que lo practicaban usaban largas faldas o diseños especiales. La mujer del cuadro llevaba unos pantalones negros de charro con botonaduras a los lados. Ubaldo la miraba detenidamente. Los ojos de aquella mujer le recordaban a alguien pero no sabía a quién.

De pronto sintió que algo tocó su espalda. Volteó sorprendido para encontrarse con un hombre mal encarado que ya conocía.

—¡Cipriano!

—Bien podría abrir fuego y matarlo aquí mismo como a un perro, don Ubaldo. Entrar como usted lo hizo en esta propiedad, me justifica para desaparecerlo como a una alimaña.

—¡Perdóneme don Cipriano! La curiosidad por conocer quién es la mujer que ayuda al hospital es más grande que yo. Soy un idiota. Le ruego me perdone y me deje ir. Le juro que no entré a robar nada.

— Ya sabe que es Paloma Fentanes. ¿No se lo dije en el hospital?

Ubaldo no sabía qué más decirle al temido caporal. Por un momento pensó que moriría asesinado ahí mismo.

—¡Lárguese de aquí! Si en un minuto sigue en esta propiedad lo mato.

Ubaldo abandonó la hacienda rápidamente perdiéndose en la noche. Cipriano lo vio alejarse como gato de callejón por la salida de la hacienda.

Caminando tranquilamente hacia la puerta se sentó sobre la cerca de piedra, encendió un cigarrillo, miró hacia la luna y arrojó el humo contenido en su garganta, en caprichosas figuras que revoloteaban sobre su cabeza entre una nubecilla de mosquitos. Un tecolote pasó volando por su cabeza, señoreando la noche, que sabía era suya.

Ignacio Allende regresó a Guadalajara el 9 de diciembre de 1810. Después de convencerse que con Iriarte no había nada trascendente que hacer en Zacatecas, meditó mejor su situación y decidió unirse de nuevo a Hidalgo. Aunque tenía en mente desconocer al cura desde su llegada, se dio cuenta que ir abiertamente contra Hidalgo era algo peligroso que no le convenía. Nadie en Guadalajara prestaba mayor importancia a Allende, a diferencia de con Hidalgo, al que todos idolatraban y trataban como el *Generalísimo de América*. Los dos fueron discretos en sus encuentros en público. Nadie sabía de sus desavenencias. Eso era algo que solo unos cuantos allegados sabía.

Hidalgo les preparó una gran recepción en Tlaquepaque. Allende, Aldama y los otros jefes fueron agasajados con una gran comida en el pintoresco pueblo, en la fastuosa casa de don Pascasio Ortiz de Letona, el recién nombrado embajador de Hidalgo en los Estados Unidos. Letona nació en Guatemala. En su niñez se mudó con su familia a Guadalajara, donde estudió Ciencias Naturales, especializándose en botánica. Apenas estalló el movimiento insurgente hizo méritos para ser considerado entre las filas rebeldes de Guadalajara como mariscal de campo. Su padrino que lo presentó con Hidalgo fue el oficial real Salvador Batres, quien lo recomendó con el cura por hablar buen inglés y ser muy valiente y audaz.

En las mesas rectangulares del patio central de la casa, había molcajetes sobre brasas con salsa verde y quesos fundidos en su interior, todo esto acompañado con tortillas hechas a mano, birria, tepache y tequila. Hidalgo abrazó a todos sus compañeros con gran emoción y una contagiosa sonrisa. Con Allende se quedó más tiempo explicándole brevemente las razones por las que no pudo contestar sus cartas y mandarle gente a Guanajuato. Resaltó su importancia como *Capitán General* y el gran compromiso que se le venía con la inminente batalla contra Calleja en la Perla Tapatía. Allende sucumbió ante los encantos del cura y dejó por un momento en el olvido su tirria,

refrendándole su lealtad con un abrazo fraternal. Ambos brindaron con un sabroso tequila dorado que todos comentaban era una delicia.

Dentro del selecto grupo reunido en la casona de Tlaquepaque se encontraba Martiniano, quien huyendo con su familia de Guanajuato, alcanzó a su padrastro para pelear codo a codo con él contra los realistas. Martiniano consideraba a Guadalajara como una buena ciudad para ocultar a Elena y al pequeño Miguel del posible acoso de Evaristo Obregón, quien se había unido a las fuerzas de Calleja en Guanajuato.

Martiniano López fue bien acogido por sus parientes, Mariano Hidalgo y Lino Mariano.

Mariano Hidalgo, de 47 años de edad, nueve años más joven que el Cura de la Patria, era como una copia al carbón de su medio hermano, (6) pero con un poco de más cabello. Se desempeñaba como un eficiente tesorero del movimiento insurgente.

Lino Mariano, hijo de Manuela Ramos y el Cura de la Patria, tenía 27 años y fungía como coronel en las filas insurgentes.

Martiniano, con 32 años cumplidos, se entendía más con Lino, ya que ambos eran casi contemporáneos, a diferencia de Mariano que casi les doblaba la edad.

—Avísame cuando ande por aquí ese desgraciado de Evaristo y yo me lo trueno, hermano —dijo Lino a Martiniano, ambos brindando con el cotizado tequila dorado.

En la comida había un grupo de mariachis que amenizaba la reunión. A Hidalgo le encantaba la música y los bailes y no desaprovechaba la oportunidad de llamarlos en cada reunión que hacía.

—Yo me encargo de él, si lo agarro solo, Lino. La cuestión es que nunca anda sin compañía.

—Dices que anda con Calleja. Entonces es un hecho que lo enfrentaremos aquí.

Lino llevaba puesto un sombrero de color negro de ala ancha con una imagen de la virgen de Guadalupe al frente. Un gabán rojo con negro lo protegía del fuerte frío de diciembre. El muchacho era delgado, de estatura mediana con un asombroso parecido a Hidalgo, pero con piel morena y ojos negros. Su carácter era extrovertido como el de su padre.

Martiniano vestía traje de caporal de color gris con pantalón de campana ancha y botas negras de cuero. Su cabello negro rizado lo cubría con una mascada color negro. Le sacaba casi una cabeza a Lino y, con espalda más ancha, parecía mucho más fuerte que él.

—Su odio hacia Hidalgo y los insurgentes se hizo enfermizo, al haberle destruido su minita de plata, Lino. Los mismos jefes y administradores se pasaron de nuestro lado para enfrentar a los realistas.

—Sí, Martin. Ya tuve la oportunidad de platicar con Jiménez. Está inconsolable por el asesinato de sus amigos Chowell y Dávalos. Dice que no descansará hasta ver la cabeza de Calleja en una pica.

—Estaré muy atento a la llegada de Calleja para personalmente tratar de liquidar a Evaristo de una vez por todas.

—¿Dices que te persigue por haberle quitado a su mujer?

—Sí, Lino. Me fui a la capital huyendo de él, luego a los Estados Unidos, y aquí estoy de vuelta de nuevo, y ya anda otra vez tras de mí. Debo acabar de una vez por todas con este suplicio.

—Te digo que déjamelo a mí. Yo me lo trueno con gusto al condesito.

—Si me quieres ayudar, te pido como hermano que veas por Elena y Miguelito, si algo sale mal en esta guerra. Prométeme que si me matan, tú veras por ellos, Lino.

—Te lo prometo hermano. Yo te pido que hagas otro tanto por mi mamá y Agustina. No las desampares, si mi padre y yo morimos en esta maldita guerra.

—Te lo prometo hermano.

Los dos hermanos chocaron sus copas de tequila y se sirvieron otra copa más, antes de que les quitaran la botella.

En ese momento Hidalgo dio unas palabras de reconocimiento a cada uno de sus hombres clave en la insurrección, aliados valiosos como Ignacio Allende, Ignacio López Rayón,(7) Pascasio Ortiz de Letona, Mariano Jiménez, los hermanos Aldama, Mariano Abasolo, el cura Pablo José Calvillo(8) y José María González Hermosillo.(9) A cada uno lo hizo brillar por sus cualidades y recientes logros. Hidalgo demostraba una vez más que, en el arte de ganarse a la gente, el cura era un experto.

Evaristo Obregón se sentía poderoso para iniciar su anhelada venganza. Calleja lo había aceptado dentro de sus filas realistas con un alto rango. El conde de la Valenciana, caído en desgracia por la tragedia de la mina, ardía en deseos de cobrar el agravio a los insurgentes.

En su lista de enemigos se encontraban Martiniano y Elena, junto con Gonzalo Larrañeta quien desde el inicio apoyó a su hermana en su huida al norte. El Cura de la Patria, suegro de Elena Larrañeta, también era su enemigo y no descansaría hasta verlo colgando de una rama.

Gonzalo, pecando de crédulo de que no tenía enemigos, se quedó en Guanajuato después de la intempestiva salida de Allende y Jiménez ante el triunfo de Félix María Calleja. Gonzalo, hombre de paz, no estaba dispuesto a acompañar a los insurgentes por todas las ciudades del Bajío con una mujer y una niña de un año en brazos. Dispuesto a iniciar de ceros, tomó una de las tres casas que don Anselmo les heredó en Guanajuato. La principal la ocupaba su hermano Ubaldo junto con doña Viridiana; otra en las afueras de la ciudad, Gonzalo con su familia; y quedaba otra vacía, que atinadamente no fue ocupada por su hermana Elena.

Era el medio día de un frío lunes de diciembre, cuando el capitán Evaristo Obregón irrumpió en la casona de Gonzalo Larrañeta en el camino hacia el cerro del Cubilete.

El conde detuvo su caballo frente a la entrada de la casa. Amarró las riendas del corcel en la gruesa rama de un huizache. Por la entrada de la casa apareció Gonzalo Larrañeta, con las manos en alto, en señal de paz hacia el capitán realista.

—¡Buenas tardes señores! —Gonzalo personalizó más el saludo al ver que el líder de la gavilla era Evaristo Obregón—. Mejor dicho, buenas tardes don Evaristo.

—¡Capitán Evaristo Obregón!

Gonzalo notó inmediatamente la mirada y tono hostil del que alguna vez intentó ser su cuñado.

—¿En qué puedo ayudarle, capitán Evaristo Obregón?

—Vamos a revisar su casa, don Gonzalo. Recibimos una acusación muy grave contra usted de apoyar a Hidalgo y Allende en su guerra contra el virrey. Eso es alta traición al gobierno.

—No veo por qué tenga que hacerlo, capitán. Soy neutral en esto. Ni apoyo a Hidalgo ni a Calleja. Estoy más preocupado por echar a andar esta hacienda en ruinas que en pelear contra mis congéneres.

—¡A un lado traidor!

Don Evaristo empujó a Gonzalo y entró con cuatro de sus hombres a la casa. Al ingresar se encontró con Emily, la mujer de Gonzalo, quien asustada cargó a su hija Mirelle. Obregón la miró de arriba abajo, como advirtiéndole que pronto seguiría ella.

—¿Qué quieren aquí? Mi marido no se mete con nadie. —Cállese franchuta, que eso ahorita lo averiguaremos.

Los hombres del conde se dirigieron al estudio y recamara de la casona.

Mientras los hombres esculcaban la casa y aventaban todo para encontrar una prueba incriminatoria, Evaristo observaba lascivamente a la bella mujer de Gonzalo. Emily Feraud, muerta de nervios, no aguantó aquella mirada perversa y decidió salir al patio donde su marido había sido sometido por los realistas.

—¡Miré lo que encontré, mi capitán! —dijo uno de los hombres del conde, un cabo con nariz de tucán.

Obregón recibió un legajo de cartas comprometedoras. Sus ojos brillaron con fulgores de triunfo. Tenía justo lo que quería para hundir al hombre que había apoyado a su prometida en su fuga con el infeliz hijastro de Hidalgo.

—Correspondencia entre este infeliz y el cura Hidalgo. ¡Justo lo que pensé!

El capitán mostró a Gonzalo las cartas de Hidalgo. Aunque la mayoría de ellas sólo hablaban de cómo se encontraban Martiniano y Elena, eso no le importó al vengativo conde. Tener correspondencia con el enemigo del virrey, el hombre más odiado del momento por los realistas era prueba suficiente para enjuiciarlo.

—En ninguna de esas cartas se menciona que Elena y yo estemos involucrados en el levantamiento.

—¡Calla infeliz!

Un fuerte puñetazo puso en el suelo al pacífico Gonzalo. Otras patadas

en las costillas y en la cara lo dejaron sin sentido. Emily gritó como loca que por favor lo dejaran en paz.

—¡Llévenselo a la prisión de Guanajuato! Mañana mismo lo enjuiciaremos.

Evaristo se encaminó hacia Emily, diciéndole con sonrisa burlona:

—Pasemos a unos de los cuartos, hermosa francesita. En ti está el evitar que lo cuelguen mañana. Sé sensata y sálvale la vida, a este cobarde infeliz. La niña necesita a su padre.

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas. Sabía que aquel demonio no amenazaba en vano. Con resignación dejó encargada la niña por unos momentos a uno de los guardias. Salvar la vida de su hija, y su marido, era la prioridad.

Esa fría noche del 12 de diciembre de 1810 en Guadalajara, Agustín Marroquín,(10) mediocre torero y hombre de confianza de Hidalgo, cumpliría por encargo del cura, su venganza personal contra los españoles que tanto odiaba y que ahora el destino los ponía en sus manos para que les hiciera lo que le viniera en gana.

El denso grupo de cincuenta y dos españoles avanzaba en fila. Todos iban amarrados de las manos y una cuerda común unía grupos de diez en diez, entre los que se encontraban en su mayoría hombres de distintas edades. Marroquín y Vicente Laya vigilaban la vanguardia y un tal coronel Alatorre, junto con un hombre de baja estatura y cuerpo muy ancho de apellido Muñiz, la retaguardia de la larga hilera de desdichados que pensaban serían movidos a otro lugar más cómodo, donde se les trataría como distinguidos peninsulares de abolengo.

La fila de condenados se detuvo en el borde de la barranca de Oblatos. Sin juicio alguno o palabras preventivas, Marroquín y sus compañeros comenzaron a atravesarlos con sus filosas espadas.

—¡No nos matéis, señor! ¡Tened Piedad! —Gritó una señora de cabellera blanca, delgada como un junco, con voz entrecortada por el llanto.

—¡Este es su castigo por andar pidiendo ayuda a Calleja, gachupina de mierda!

La cabeza de la anciana rodo como un coco sobre el piso lodoso. Marroquín levantó la testa del suelo y la aventó al fondo barranco como si fuera una fruta podrida.

La masacre había comenzado. Los gritos de terror y sorpresa de los españoles eran ahogados con los filosos aceros que cortaban gargantas como si fueran barras de mantequilla. Uno a uno, fueron cayendo, hasta que no quedó uno en pie. Marroquín, tinto en sangre como carnicero de un rastro clandestino, atravesaba el corazón de los pocos que aún se movían en el suelo.

—¡Echemos los cuerpos al fondo del barranco! —les ordenó Marroquín a sus compañeros. En cuestión de minutos no quedó ningún cuerpo en la escena del crimen. Cincuenta y dos españoles yacían en el fondo de una inaccesible cañada en la famosa Barranca de Huentitán.

Hidalgo llevaba toda su estancia en Guadalajara en compañía de una bella españolita, cuyo marido el cura había oportunamente despachado con su sicario Marroquín. La señora conocía a Hidalgo de tiempo atrás en sus tertulias en Dolores. El cura libertario no tenía edad para el amor. La española tenía treinta y cinco años, contrastantes con los 57 del ardiente cura de Dolores.

Los dos apasionados se encontraban felices dentro una tina de latón rebosante en agua caliente y esencias florales. El cura hacía maravillas dentro del agua.

—No pensé que se pudiera hacer el amor dentro del agua, don Miguel.

—¡Claro que se puede, mi maja!

—¡Ah! ¡Don Miguel! ¡Ah!...

Afuera del cuarto aguardaba Ignacio Allende. Estaba furioso por los asesinatos de los españoles en la barranca de Oblatos y venía a encarar al cura por la infamia de los hechos.

Importándole un comino lo que dijera el guardia que cuidaba la puerta, el capitán ingresó al recinto privado del candente cura.

—¡No puedo creer que tenga tiempo para esto, después de las atrocidades que ordenó ayer!

Hidalgo ordenó a la dama a salir de la tina. Los ojos de Allende se agrandaron de asombro al ver el buen cuerpo que la española tenía. Esperó a que se enfundara en una bata y saliera del cuarto para continuar su acusación hacia el jefe máximo de la revuelta insurgente.

—No te permito que me vengas a acusar de mis acciones en mis

habitaciones.

—¡Usted es un cura cabrón! Un asesino disfrazado de clérigo. ¿Por qué diablos ordenó que mataran a esos infelices como si fueran animales? Usted mancha nuestro movimiento con esas acciones.

Hidalgo salió de la tina. Allende volteó la mirada para evitar ver desnudo al cura sinvergüenza, como gustaba llamarlo. Hidalgo se cubrió con una bata blanca y camino desafiante hacia él.

—¿Cuándo vas a entender que si no eres duro en la guerra jamás triunfaras? ¿Acaso crees que Calleja se preocuparía por nosotros si respetáramos a todos los gachupines de los pueblos que tomamos? Si no sembramos el terror y el pánico matando españoles nuestra rebelión jamás será tomada en cuenta. ¿A caso crees tú que los esclavos van a recuperar su libertad saliendo de las minas y haciendas con el beneplácito de los dueños? Sólo con sangre se recupera lo que te han quitado por siglos, Ignacio. Como capitán general del movimiento tienes que hacerte de huevos y no voltear a ver a los gachupines con consideración alguna. ¡Hazte de huevos caray!

—Pero usted es un sacerdote. ¿Cómo puede permitir que esos asesinatos se lleven a cabo mientras se mete a coger a una tina con una mujer que podría ser su hija?

—Tú no eres nadie para juzgar mi vida privada. Acaso crees que nos sé que ya te andabas cogiendo a la Tomasa, cuando el cadáver de su marido ni siquiera se ha enfriado en la tumba. No me vengas con sermones estúpidos a esta altura de la revuelta, Sé hombrecito y asume tu cargo con gallardía y entereza. Calleja está a días de llegar aquí. Esos pinches gachupines que dices mandé matar, eran unos conspiradores que estaban en contacto con Calleja, diciendo santo y seña de cuánto tenemos y hacemos en Guadalajara desde que la tomamos. Hasta un cañón andaban fundiendo a escondidas. No me salgas con pendejadas qué pobrecitos gachupines y asume tu rol, que fue bastante patético en Guanajuato. Calleja te arrebató la ciudad sin que siquiera lo despeinaras.

Allende dio un paso al frente dispuesto a golpear a su superior. La prudencia lo frenó y mejor abandonó el cuarto hecho un demonio.

Hidalgo sonrió triunfante. Sabía que lo había apabullado en esa esgrima verbal.

(1) Este nombramiento no llegó a tener efecto, ya que al dirigirse hacia Veracruz en camino hacia los Estados Unidos, fue hecho preso

en el pueblo de Molango en la Huasteca. Sospechoso por viajar solo e intentar cambiar una onza de oro por monedas para el camino, fue revisado exhaustivamente hasta encontrarle el poder oculto en el lomillo de la silla de montar. Fue enviado a la capital a la junta de seguridad, pero previendo lo que se le venía decidió suicidarse antes de llegar a la capital con un veneno que llevaba oculto.

(2) En aquella época no las había más que en México, Puebla, Veracruz y Guadalajara, y todas ellas controladas por el gobierno virreinal, quien había hecho uso ventajoso de ellas para intentar desprestigiar la revolución de Hidalgo con todo género de escritos.

(3) Pedro de Aranda nació en Comanja, Lagos de Moreno, Jalisco. Era dueño de la hacienda Penjamillo el Alto, dedicado a la agricultura cuando estalló la lucha por la independencia. Se unió a la lucha por invitación de Rafael Iriarte, por lo que fue enviado de expedición por San Luis Potosí y Zacatecas, hasta que Ignacio Allende lo destinó a las fuerzas de Mariano Jiménez, participando en la Batalla de Aguanueva y en la Toma de Saltillo.

(4) *Espero que V. á la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones, ó la declaración verdadera de su corazón, en inteligencia que si es como sospecho, el que V. trata de solo su seguridad y burlarse hasta de mí, juro á V. por quien soy, que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal. Por el contrario, vuelvo á jurar, que si V. procede conforme á nuestros deberes, seré inseparable y siempre consecuente amigo de V. Ignacio de Allende.* Alamán, op. cit., v. ii, p. 31 y 32.

(5) Después de 220 años (2018) de inaugurado y 275 de iniciada su construcción, el puente aún sigue en pie, sobre él circulan automóviles en el famoso camino de San Ignacio hacia Jesús María. Toda una reliquia para la historia de Aguascalientes.

(6) Hijo de Rita Toribia Peredo Ramírez y Cristóbal Hidalgo. Don Miguel Hidalgo era hijo de Ana María Gallaga (1713-1763) y don Cristóbal Hidalgo y Costilla.

(7) Se unió a Hidalgo en Maravatío a su tránsito por aquel pueblo; le acompañó al monte de las Cruces en calidad de secretario, y habiéndosele vuelto a unir en Valladolid, le siguió a Guadalajara.

(8) El 17 de enero de 1811, con un improvisado ejército de miles de indios de Colotlán, el cura Aguascalentense, quien ostentaba el título de mariscal de campo, asignado por el mismo Hidalgo, participó en la Batalla del Puente de Calderón, en la cual la suerte le fue adversa.

Debido a esa derrota, perdió a un tercio de su gente. A pesar del posterior apresamiento de Hidalgo en las Norias de Acatita de Baján (el 21 de marzo de 1811), el sacerdote Calvillo siguió manteniendo encendida la llama de la rebelión por varios meses más en Zacatecas y Aguascalientes, hasta que puso en jaque a los realistas. Participó en la toma de la ciudad zacatecana en marzo de 1811 ante la sorpresa y desconcierto del delegado don Felipe Terán, quien prefirió hacerse de la vista gorda y no enfrentarlo. Después, el 12 de agosto de 1811, tras la injusta ejecución de Hidalgo, Aldama, Allende y Jiménez, el religioso hidrocálido, junto con las tropas de García Ramos, tuvo su último triunfo al tomar Aguascalientes. Seguramente hubiera seguido el camino de los insurgentes, si su salud no se hubiera mermado, lo cual lo obligó a pedir el indulto al gobierno virreinal y a la iglesia en octubre de 1811. La historia del padre Calvillo, el insurgente hidrocálido. REVISTA LIDER EMPRESARIAL, Alejandro Basáñez.

(9) Sus conquistas en Sinaloa y Sonora fueron muy exitosas. La capital de Sonora en su honor lleva su apellido.

(10) Agustín Marroquín (1774-1811), fue un torero criollo y un famoso criminal de su tiempo, así como participante en la primera etapa de la Guerra de Independencia de México. Antes de unirse a Hidalgo, fue un capitán de bandoleros capturado en Jalisco y, como castigo a sus fechorías, recibió 200 sangrientos latigazos en Guadalajara. Se le seguía causa y estaba preso en Guadalajara, cuando Torres, habiendo entrado en ella, puso en libertad a todos los presos. Hidalgo a su llegada, no solo le hizo capitán, sino que en junta de oficiales, lo declaró solemnemente libre de todo cargo, le exigió juramento de fidelidad a la causa insurgente. Se hizo famoso por ejecutar españoles por órdenes del padre Hidalgo durante esta etapa. Fiel a Hidalgo, fue apresado, conducido a Chihuahua y fusilado al lado de Hidalgo y Allende y otros jefes insurgentes con quienes compartió su suerte.

18 · Puente de Calderón

Preferiría la paz más injusta a la más justa de las guerras.
Cicerón

Hidalgo, hombre con ideas vanguardistas por los libros prohibidos en los que se documentaba, fue el primero que libertó a los esclavos en América, cuando el tema de la esclavitud estaba todavía en Europa en pleno análisis entre nobles con grotescas pelucas de blancos caireles, con tazas de té y platones repletos con galletas en la mesa de debate. Pasando del dicho al hecho, se adelantó de este modo medio siglo a los países supuestamente más liberales del mundo; siendo también el primero en publicar un periódico independiente, para propagar sus ideas libertarias por medio de la prensa que incautó en la toma de Guadalajara, y en abolir los tributos feudales, que pesaban como lastres sobre los pobres indígenas.

No se puede ser experto en todo y su flaqueza recayó en la pobre organización de sus ejércitos, en no poder refrenar a las masas y darles como pago el saqueo y asesinato de los españoles y criollos que no estaban de acuerdo con sus ideas.

La fiebre del poder también afectó su carácter, haciéndolo soberbio y pretensioso. Por un momento tomó muy en serio en pasar de *Generalísimo de América a Rey de México*. Ordenó remover todos los cuadros de Fernando VII, y evitó mencionarlo en absoluto en sus oratorias y misas.

Ignacio Allende, al tanto de todo esto, y harto de los asesinatos de españoles, ideó un plan para eliminarlo y darle otro curso más coherente a la rebelión. Contando con la bendición y apoyo del gobernador de la mitra, Gómez Villaseñor, y el doctor Francisco

Maldonado, acordaron envenenar al problemático cura. Villaseñor, con la sagrada ostia en la boca, aprobó la idea, y fue Joaquín Arias,(1) el incondicional amigo de Ignacio Allende quien consiguió el mortal veneno. Lo dividieron entre el mismo Allende, Arias e Indalecio Allende, acordando que cualquiera que tuviera la oportunidad al estar cerca del cura en la mesa, se lo derramaría en su bebida o alimentos sin contemplación alguna. El astuto Zorro de San Nicolás se las olió, y evitó a toda costa cualquier brindis o probar alimento alguno, que no probara alguien antes que él.

El brigadier Félix María Calleja, después de pasar unos días de recuperación en León, se movió con el grueso de su *ejército de operaciones del centro* a Santa María de los Lagos.(2) En esta ciudad, el brigadier explotó en cólera porque fue arrancado de los parajes públicos el edicto de la inquisición contra Hidalgo, y porque su ejército no fue recibido con sonoros aplausos y vivas.

Calleja contaba con cinco mil hombres y tuvo que descansar algunos días para curar a los 82 heridos con los que cargaba, restaurar a su exhausta caballería y planear la estrategia siguiente para unir sus fuerzas con las de José de la Cruz, presentes en Valladolid.

El plan era lanzarse juntos sobre Guadalajara, el 15 de enero de 1811 para aplastar a los insurgentes. Calleja apostaba a que Hidalgo se replegaría hacia San Blas, donde sería más fácil para los realistas acorralarlos contra el mar y así acabar con la insurgencia de un solo golpe.

Hidalgo y Allende, basculan la peligrosidad de este movimiento y deciden distraer a Cruz, enviándole al aguerrido Ruperto Mier, antiguo capitán del regimiento de infantería de Valladolid. Evitar la unión entre Cruz y Calleja era la prioridad para quitarle fuerza a los realistas. José de la Cruz partió el 14 de Enero de Tlazazalca para Zamora; y al llegar al puerto de Urepetiro, sorprendió a las fuerzas que mandaba Mier, trabándose un feroz combate en el que fueron derrotados los insurgentes; pero consiguiéndose el objetivo de Allende de distraer a Cruz y vararlo por días sin poder ayudar a Calleja.

Una humilde carreta llegó a la casa de doña Viridiana. En la puerta salió a recibirla la viuda de don Anselmo Larrañeta. La precavida señora llevaba un rifle en las manos apuntando al cochero. La situación en Guanajuato era delicada, y no quería exponerse a otro asalto, como en el que había perdido a su marido meses atrás. El cochero con las manos en alto abrió la puerta y descendieron Emily y Mirelle.

—¿Qué ocurre, Emily? ¿Dónde está Gonzalo? —preguntó doña Viridiana confundida al ver a su nuera llegando sola con la niña.

Emily se mostraba preocupada, pero no mostraba ninguna herida o golpe en el rostro y cuerpo después de su traumático encuentro con Evaristo Obregón. La niña Mirelle se encontraba bien y sonrió alegre a su abuela.

—Evaristo Obregón, como capitán del ejército realista, llegó por sorpresa a la casa y encontró cartas de Gonzalo con Hidalgo. El maldito conde se lo llevó preso a la cárcel de la ciudad.

—Ese infeliz no olvida la humillación sufrida años atrás y busca venganza. No perdona a Gonzalo por haber apoyado a Elena en su huida al norte.

—No sabe cómo odio a ese infeliz.

Doña Viridiana abrazó a su nuera. Con mirada preocupada preguntó a Emily una duda que la asaltaba:

—¿Te hizo algo?

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas. Las palabras se atoraron en su garganta sin poder decir más.

—¡Te juro que voy a matar a ese infeliz! —dijo doña Viridiana dando por hecho lo ocurrido.

—Mi madre y mi cuñada están consternadas, don Evaristo. Por favor ayúdeme a detener el ajusticiamiento de mi hermano Gonzalo. Se lo juro que es inocente.

El conde y Ubaldo caminaban por la calle que llevaba directo a la alhóndiga de Granaditas. La calle mostraba una nueva imagen después de la limpieza severa que emprendieron los habitantes después de la huida de los insurgentes. Los indios con los que se topaban bajaban la mirada temerosos al suelo, al ver que eran españoles armados.

—¡Tu hermano es un imbécil! Mira que entenderse con el maldito cura. Estoy seguro que hasta lo ha financiado con el dinero de la familia.

—Eso jamás, don Evaristo. Le aseguro que son cartas viejas de cuando viajó al norte con mi hermana. Gonzalo no pelea con Hidalgo. El sólo quiere trabajar su hacienda, sin hacerle daño a nadie.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Una bella señora de muy buen ver, pasó junto a ellos saludándolos con una mirada amistosa. Don Evaristo volteó descaradamente para verle el trasero.

—Perdone a mi hermano, don Evaristo. Se lo suplico. Hay gente en verdad mala como la tal Paloma Fentanes que lo asaltó y con ella ni siquiera se mete.

—No me meto, porque no he podido localizar a esa desgraciada. Solo teniéndola en mis manos podré saciar mi anhelada venganza.

Evaristo detuvo el paso. Volteó a ver a Ubaldo con mirada de desquiciado. Levantó el flequillo con el que tapaba su horrenda quemada y se la mostró abiertamente, quitándose el sombrero.

—Por culpa de esa hija de puta, es que estoy así. ¡Mírame Ubaldo! ¡Soy un monstruo!

Ubaldo prestó atención a la horrenda cicatriz. Su odio hacia Paloma podría ser su llave para liberar a su hermano.

—Yo sé dónde puede localizarla, don Evaristo. Ayude a mi hermano y le diré exactamente donde atrapar a esa perra rebelde. Es más, yo le ayudaré con gusto. Pienso que esa maldita es la que asesinó a mi padre.

El gesto del conde cambió radicalmente. Odiaba mucho más a Paloma Fentanes que a Gonzalo, como para olvidarse de él y concentrar su furia y venganza en la famosa bandida.

—Está bien, Ubaldo. Liberaré a Gonzalo. Pagará una pequeña multa al gobierno y asunto resuelto. Es una gran concesión, ya que bien sabes que Calleja ha ordenado cero concesiones con los rebeldes.

—Muchas gracias, don Evaristo. La multa la pagaré yo mismo. Pierda cuidado.

—¿Cuándo nos vemos para ir por esa perra?

—Esta misma semana, don Evaristo. Pierda cuidado. —Excelente.

El 14 de enero de 1811, corrieron los vigías a informar a Hidalgo sobre la peligrosa cercanía de Calleja a Guadalajara. Sin perder más tiempo, parte a su encuentro el numeroso ejército insurgente

encabezado con Hidalgo y Allende, y con el *Jefe Torres* a la retaguardia. Acampan por una noche en las llanuras que se extienden junto al Puente de Guadalajara.(3) A la mañana siguiente se enteran de que Mier había sido derrotado por Cruz, y que solo era cuestión de tiempo para que Cruz se reuniera con Calleja, para juntos cerrar la pinza sobre los insurgentes. Hidalgo, en una acción muy audaz, decide cortar el avance de Calleja, ocupando el otro puente cercano, camino a Guadalajara, conocido como Puente de Calderón, paso obligado de Calleja para enfrentar a los insurgentes.

Diez jinetes fuertemente armados llegaron a las inmediaciones de la hacienda que se presumía pertenecía a Paloma Fentanes. Ubaldo Larrañeta y Evaristo Obregón trabajaban como socios en su anhelada venganza contra la mujer que era el azote del Bajío. Ubaldo no tenía la certeza de que la tal Paloma Fentanes fuera la que invadió la hacienda de su padre causándole la muerte. Una mujer así era algo muy raro de encontrarse dos o más veces en un solo lugar. Las probabilidades de que lo fuera eran muy altas, pero carecía de prueba definitiva alguna. Evaristo Obregón, muy al contrario sí sabía que la tal Paloma era la causante de su desdicha. Ella misma se lo gritó en su cara el día que lo asaltó y casi quemó vivo al amarrarlo a una carreta en llamas.

Ubaldo y Evaristo planearon cuidadosamente el asalto a la hacienda de la famosa bandida. Llegar con más de diez hombres era un escándalo que se hubiera visto a leguas de distancia, previniendo a la víctima. Desde la cima del cerro todo parecía normal, como la última vez que Ubaldo la visitó, descubriendo el famoso cuadro donde aparecía esplendorosa la figura de la bella mujer.

—¡Esa es la hacienda! Como le dije parece no haber gente. No es seguro que ahí se encuentre ahora la rufiana, pero si podremos asaltarla y saquearla, buscando pruebas de su autoría en los asaltos a diligencias y haciendas en el Bajío —dijo Ubaldo a Evaristo desde lo alto de un cerro. Los demás jinetes esperaban a prudente distancia ocultos tras de los árboles.

Las sombras de la noche caían como si un gigante extendiera un manto negro sobre el campo. No se veía un alma cerca por ningún lado. El camino estaba solo y llegar a la hacienda les tomaría solo unos cuantos minutos.

—No se diga más, amigo. Lancémonos sobre la casa y atrapemos a esa perra felona.

La fría noche del 16 de Enero de 1811, se vislumbraron los ejércitos enemigos en ambos lados del río. Calleja, en camino de Lagos a Guadalajara, había llegado primero que Hidalgo al cruce del río y se había apoderado del estratégico Puente de Calderón. El ejército insurgente presa del frío encendió en toda su línea hachones, que fueron minutos después mandados apagar por el frenético mariscal Abasolo. Las antorchas daban una idea muy precisa de la posición del enemigo para los realistas, lo que podría provocar un ataque nocturno sorpresa. De nuevo el manto de la noche ocultó a ambas milicias, y protegidos por la oscuridad, los realistas hicieron inspecciones de reconocimiento para buscar pasos alternativos por el rio para emplearlos a la mañana siguiente.

El brillante sol del 17 de Enero, se asomaba tímido entre las montañas y, con la reveladora luz de las primeras horas de la aurora, se vieron perfectamente las caras los dos ejércitos antagonistas: uno en su temible posición, apoyado en profundas y escarpadas barrancas; y el otro, el de Calleja, conformado en una sola compacta columna, al pie de una loma sobre el camino hacia Valladolid.

El espectáculo era intimidante. Del lado de los insurgentes, desperdigados en varias filas se calculaban unos ochenta mil hombres, a diferencia del pequeño y compacto ejército de Calleja, que no pasaba de seis mil soldados. Esta vez los insurgentes contaban con casi cien cañones enviados por el padre Mercado desde el puerto de San Blas. El haber hecho llegar esos obuses había sido una labor titánica de la que poco se sabía, pero ahí estaban, amenazantes en las alturas con sus bocas de fuego para ofender las carnes de los hombres del rey.

Félix Calleja calculó osadamente las posibilidades de triunfo. Con gallardía desmesurada decidió atacar sin esperar la llegada de apoyo de José de la Cruz. No estaba dispuesto a compartir la gloria con otro, y con esta temeraria decisión, impediría la entrada a la historia del otro general realista con el que contaba el virrey. El ataque lo llevaría a cabo entre dos Manueles, Manuel Empáran por el flanco derecho, y Manuel de Flon por el flanco izquierdo. Por el puente, es decir por el centro, Calleja fungiría como si fuera un poderoso ariete de apoyo.

El ejército insurgente sufrió gran acoso por parte de Manuel de Flon, que dos veces estuvo a punto de llegar a las baterías que ofendían a los realistas. Los artilleros de Hidalgo, a pesar de tener cañones sin cureñas que los sostuvieran sólidamente al suelo, hicieron bien su trabajo, manteniendo a raya a los realistas. Emparán cayó herido y tuvo que replegarse también. Calleja mostrando las ventajas de un ejército capacitado y ordenado, causaba grandes daños en los

rebeldes, pero estos eran tantos que no cambiaba en nada las más de cinco horas que duró el ataque.

—Ya los tenemos padre. Han agotado sus fuerzas y el poco parque que traían —dijo Allende presa de la emoción de ver que el triunfo total estaba en sus manos.

Allende montaba su brioso caballo haciendo cabriolas junto al del Cura de la Patria. Ambos líderes insurgentes mostraban su entusiasmo al sentirse casi ganadores de la gran batalla de Calderón. Desde la loma, como si fuera una maqueta sobre una mesa, divisaban la contienda donde la anhelada victoria se veía ya muy cerca.

—Bien hecho, Ignacio. No flaquees y acábalos de una vez por todas. Quiero comer en Zapotlanejo y cenar en Guadalajara.

De pronto ocurrió lo impensable. Un milagroso cañonazo realista, lanzado a la desesperada, cayó milimétricamente sobre el carro mayor de las municiones y pólvora insurgente. El estallido fue pavoroso haciendo volar a los rebeldes cercanos en pedazos. El sombrero que cubría la calva de Hidalgo salió volando por el estruendo. Allende, como un niño, rompió en llanto al ver como el fuego se extendía sobre los pastizales secos que los rodeaban. El humo envolvió la escena y los rebeldes entraron en pánico al ver que Calleja y sus hombres comenzaban a avanzar libremente para masacrarlos entre la humareda.

Los asustados insurgentes huyeron sin ofrecer más pelea. Calleja(4) los derrotaba una vez más contundentemente, haciéndose de toda la artillería, parque y armas que dejaban desperdigado en las lomas. La derrota era muy dolorosa para Hidalgo, quien huía con Allende y los otros jefes solo pensando en salvar el pellejo, y no en aquella comida magna que se imaginó degustaría en Zapotlanejo.

Los diez jinetes se adentraron en la hacienda. Como la vez anterior, parecía no haber nadie que cuidara de la casona. Por la puerta apareció don Melesio con un rifle en la mano frenándoles el paso.

—¿Adónde creen que van? Esta hacienda es propiedad privada. —¡A un lado vejete miserable!

Don Evaristo avanzó con su caballo atropellando a don Melesio. El anciano cayó al suelo siendo lastimado en la cabeza por uno de los cascos del caballo.

Se escucharon los primeros disparos. Los hombres del conde se

sorprendieron al sentir los disparos venir de varios puntos y ver que estaban rodeados. Uno a uno, fueron cayendo, hasta no quedar ninguno en pie. Ubaldo y don Evaristo se quedaron petrificados al escuchar la carcajada de una siniestra mujer que reía burlona. Voltearon al lugar donde surgía la risotada. De las sombras emergió la figura de una bella mujer, enfundada en un elegante traje de charro. En sus manos llevaba un rifle NAPOLEÓN,(5) la máxima maravilla de 1807 en la invasión Napoleónica a España.

Los ojos de don Evaristo parecían quererse botar de sus cuencas al contemplar a la mujer que lo amenazaba. Era la misma mujer que lo había asaltado años atrás. Esa era la mujer que casi lo mata, aquella proterva que le desfiguró el rostro y robó su oro.

—¡Paloma Fentanes! —gritó don Evaristo levantando su pistola.

—¡Ni lo intente! Solo tengo una bala, pero le aseguro que se la puedo poner justo en medio de los ojos, antes que usted intente siquiera levantar su arma.

—¡Usted es la perra que me asaltó y casi me quema vivo!

Amparo camino hacia él, segura de tener todo bajo control. Evaristo, vencido, arrojó su pistola al suelo.

—Y tú eres el perro que ha matado a cientos de pobres hombres en tus malditas minas. Cientos de familias sin padres, por morir estos en tus cuevas del infierno. Hombres inocentes que trabajaban de sol a sol para poner unos mendrugos de pan en su mesa.

Evaristo y Ubaldo voltearon a ver lo delicada de su situación. Estaban rodeados por veinte hombres. Todos ellos asesinos profesionales con gran práctica en los últimos años. Solo hasta ese momento entendieron que habían caído en una mortal trampa, de la que no había salida posible.

—Eres el maldito perseguidor y torturador de Martiniano y Elena, cuyo único pecado es amarse y tener un hijo. Elena nunca te quiso, mucho menos para casarse contigo. No lo quisiste entender. Creíste que tu dinero lo compraba todo, pero no fue así. Por si no lo sabías, Martiniano es un hombre honorable, un valiente insurgente que en estos momentos pelea codo a codo con el padre Hidalgo y Allende, para liberarnos de los malditos gachupines parásitos como tú. Es una verdadera pena que este idiota que está junto a ti, no tenga un poco de honor y vergüenza para enfrentarte en un duelo a muerte, como lo hace un hombre que defiende el honor de su familia. Vaya sorpresa

mía ver que coopera contigo para perseguirme, a pesar de que intentaste matar a Gonzalo y violaste a su esposa.

Ubaldo, herido en su amor propio por los lacerantes comentarios de Amparo, repuso airadamente:

—Lo ayudé porque estoy seguro que tú eres la bandida que asaltó la casa de mi padre y lo mataste.

—Si la asalte, no lo niego, pero yo no lo maté. Al anciano lo linchó el pueblo por ser un gran hijo de puta que se lo merecía de sobra.
Ubaldo hizo un movimiento involuntario, como de querer levantar su arma, pero se frenó ante el miedo de caer muerto ahí mismo en el intento. Una veintena de hombres les apuntaba.

—¡Debiste haber fusilado a este hijo de puta, que le ha hecho la vida miserable a tu hermana. Pero como sé que eres un cobarde, lo tendré que hacer por ti en un honorable duelo.

Don Evaristo miró sorprendido a Amparo, quien abiertamente lo retaba a duelo.

—¿Tú batirte a duelo conmigo?

—Así es, cobarde hijo de puta. Conmigo pagarás todas las que debes, incluyendo el haber atropellado a ese pobre anciano que solo hacía su trabajo de cuidar la hacienda.

Don Evaristo respiraba nervioso. Su horrible cicatriz lo hacía lucir amenazante.

—Que no quede en mí como cobardía o abuso, el haber matado a una puta en un duelo. Tú fuiste la que lo propuso.

Amparo desenfundó su espada y la extendió amenazante hacia el cicatrizado, que hizo otro tanto, con otra espada que le entregaba unos de los ciprianos.

Los ciprianos, como Amparo llamaba a los hombres de Cipriano, hicieron un círculo rodeando a los duelistas. Ubaldo no salía del asombro ante el aplomo y valentía de aquella siniestra mujer.

Las espadas empezaron a chocar. Don Evaristo se lanzó con todo sobre la aparentemente débil mujer, que en unos segundos repelió el ataque y comenzó a contraatacar, haciendo retroceder al sorprendido español ante el asombro de todos.

—Eres buena con la espada, maldita. ¿Quién iba a imaginar esto? —dijo el conde entre jadeos. El cansancio comenzaba a abrumarlo.

—Acabaré contigo lentamente, como tú has hecho por años con los pobres mineros. En ti vengaré la muerte de Rafael Dávalos, Chowell y Nacho Ayala, que tanto gozaste cuando los asesinaste en frente de la alhóndiga.

Amparo hería hábilmente a su oponente sin dar el estoque final. Poco a poco Evaristo se iba bañando en sangre, sin que su acero pudiera causar daño en la hábil guerrera.

—¡Maldita! Eres muy fuerte. Es como si estuviera enfrentando a un hombre. No tienes errores y mucha fuerza en tus embistes.

—Se acerca tu hora, asesino.

Amparo con un embiste agresivo dejó tuerto a su oponente, quien cayó al suelo presa de un intenso dolor.

—¡Ah, mi ojo!

El segundo embiste acabó con el otro ojo del español. De rodillas, con el rostro empapado en sangre, imploraba a cielo que lo perdonaran.

—No hay perdón para un cerdo como tú, más que la muerte.

De un violento tajo la cabeza del conde rodó al suelo. El rostro de Amparo era el de un demonio irreconocible. Con satisfacción limpio el acero en la camisa de su oponente y lo enfundó satisfecha.

Con mirada de asesina se dirigió hacia donde estaba parado Ubaldo Larrañeta.

—¡Fuera de aquí! Huye antes de que me arrepienta y te mate. —¡Gracias doña Paloma! Nunca olvidaré esto.

Ubaldo aprovechó ese momento de flaqueza o misericordia

de parte de Amparo para montar un caballo y huir de ahí. La providencia le había dado otra oportunidad, y lo último que intentaría desde ese momento en adelante, sería buscar a la tal Paloma Fentanes.

Después de la dolorosa derrota de Puente de Calderón, siguió la persecución realista de los líderes insurgentes de provincia en occidente. Una vez pacificada Guadalajara y Tepic, con la ayuda de José de la Cruz, Calleja emprendió su marcha hacia su terrenal San

Luis, a finales de enero de 1811. Hidalgo y sus huestes se dirigieron a Zacatecas. La terrible derrota del Puente de Calderón, era como la pesada lámina de acero que cargó el Pípila sobre su espalda en la toma de la Alhóndiga de Granaditas. Ignacio López Rayón, comisionado por Hidalgo, cargaba con parte de la tropa y los caudales del ejército. Rayón fungía como otro líder que llevaría la antorcha libertaria al centro norte del país.

En el camino hacia Aguascalientes, Hidalgo y Allende viajaron por separado. No podían arriesgarse a ser capturados juntos en las cercanías de Guadalajara y por precaución acordaron en verse en los dominios de Rafael Iriarte, el que sospechosamente no puso un pie en Puente de Calderón.

—Nos haremos fuertes de nuevo en Aguascalientes, padre. Esto fue solo una batalla perdida —comentó el cura de Jesús María, Aguascalientes, Pablo José Calvillo.

Hidalgo montaba su brioso caballo a galope lento, tranquilamente siguiendo el sendero hacia tierras hidrocálidas. A los lejos se desplegaba imponente el cerro de la mesa en Santa María de los Lagos.

—Me siento muy mal por la pérdida de muchos de tus flecheros de Colotlán, Pablo.

—De cinco mil que eran solo quedan mil quinientos, suficiente para rearmarnos de nuevo en Aguascalientes.

—No sé si podamos recuperarnos, Pablo. Siento que en Calderón se perdió todo. Fue la primera batalla abierta en la que enfrentamos a Calleja y no derrotó terriblemente, además de quedarse con la artillería, armas y parque.

—Tenga fe, padre. Nos recuperaremos.

—Allende me culpa de la tragedia. Según él fue mi culpa que nos derrotaran. Él en Guadalajara claramente sugirió no enfrentar a Calleja con toda la gente. Sugirió dividirnos en varios grupos y hacerle frente al brigadier con guerrillas. Yo aposté todo en Calderón, Pablo. Si no lo vencíamos con cien mil hombres, siendo ellos seis mil, yo no sé cómo diablos ganaríamos esta guerra. Fue una oportunidad única. Siento que el maldito diablo fue el que lanzó esa granada contra el carro de las municiones. Los teníamos vencidos, y después de eso, todo se fue a la mierda. El diablo existe y bien que lo sabes, Pablo.

—Así suele ocurrir, padre. No se achicopale. Levante la frente, que si los que nos quedan lo ven así, desertaran sin remedio. Tenemos que empezar de nuevo. ¡Ánimo!

—Gracias, Pablo. No sabes cómo me anima tenerte como amigo y como colega. Como sacerdotes que somos nos entendemos mejor.

A unos kilómetros de ahí, del otro lado del Cerro de la Mesa en Santa María de los Lagos, con el mismo rumbo hacia Aguascalientes, avanzaba Allende con el grueso de su gente. Sentado con su fiel amigo Juan Aldama, sobre una roca del camino, los dos compartían una liebre asada.

—Todo es culpa del cabrón del cura, Juan. Sabía que Calleja nos derrotaría aunque fuéramos diez veces más gente. Esta bola de pendejos no sabe pelear como una tropa. Al primer disparo todos salen corriendo como conejos. No tienen armas de fuego para matar a un realista. Calleja es un lobo en el campo de batalla. Calleja sabe perfectamente nuestra realidad y por eso nos ha derrotado.

—¿Qué haremos con el padrecito ahora que nos reunamos con él en Aguascalientes? —preguntó Aldama, sorprendido por la voracidad de las hormigas arrieras cuando a los lejos les aventaba al hormiguero pedacitos de carne.

—Por mi parte, yo lo fusilaría por inepto. No puedo creer que un sacerdote se ponga a coger y tomar, mientras ordena que degüellen gachupines. ¿Qué clase de monstruo es ese?

—Es el tipo de hombre que funge como un general. Un militar de alto rango que se ve obligado a tomar decisiones críticas que cuestan vidas. Sin sembrar miedo entre la gente nadie le temería y respetaría, Nacho. Tu problema es verlo como cura y no como un general. Hasta te molesta saber que coge cuando tú estás peor. No has podido separar a los dos hombres de tu cabeza.

Allende con el rostro tiznado y el hombro de la casaca desgarrado, parecía el sobreviviente de un derrumbe. Las ojeras lo hacían lucir demacrado y viejo. La falta de sueño cobraba factura en el capitán insurgente. Aldama lucía mejor. Al menos nadie le había desgarrado el uniforme y aún conservaba su gorra militar.

—Siento que la mejor solución es asesinarlo y punto. Muerto el coyote se acabó el robo de gallinas.

—Si matas al cura los indios se nos voltearan. Ellos están con nosotros

por él. Jamás por ti ni por nosotros. Hidalgo es como su santo patrón. No tienen miedo a morir por pensar que morir por Dios es el cielo inmediato.

—Entonces le pediré que renuncie a su cargo por ineptitud. —¿Y luego?

—Lo correré y que se vaya a la chingada. ¿Qué más? —Tenemos que tenerlo de nuestro lado, Nacho, aunque sea

preso, pero junto a nosotros. Te repito que sin él, la indiada nos abandonará. Que crean los indios que el padrecito sigue de líder, aunque entre nosotros el nuevo jefe seas tú. Eso no tiene por qué saberlo la tropa.

—Lo tendremos vigilado de cerca, Juan. Solo estaremos unos días en Aguascalientes y Zacatecas, No confío en Iriarte. Ese cabrón me da mala espina. Tenemos que llegar a Chihuahua y de ahí jalar para los Estados Unidos. Allá nos haremos de recursos y más gente para regresar a combatir a Calleja.

En el amplio comedor de la casa de los Larrañeta en Guanajuato, se encontraban reunidos doña Viridiana, Ubaldo, Gonzalo, Emily y la pequeña Mirelle, junto con la recién llegada de Guadalajara, Elena Larrañeta y el pequeño Miguel. Martiniano seguía en su lucha con el cura Hidalgo en camino a Zacatecas.

—¿Dices que el conde murió en un duelo contra esa mujer llamada Paloma Fentanes? —preguntó doña Viridiana llena de consternación a su hijo Ubaldo.

—Así es, madre. Un duelo limpio donde la amazona lo hizo trizas delante de todos.

—¿Y por qué te perdonó la vida a ti, si fuiste junto con el conde con la intención de atraparla? —preguntó Gonzalo, mostrando un ojo medio cerrado por una pelea dentro de la cárcel donde fue recientemente liberado.

—No lo sé, Chalo. Se los juro que pensé que aquella mujer y sus hombres me matarían. Yo fui el único que sobrevivió y fue gracias a ella, que al final me dejó ir.

—Triste final para ese hombre, pero para mí significa pleno descanso. Ese desgraciado nos hizo la vida de cuadritos —repuso Elena, mientras le acomodaba la servilleta al pequeño Miguel, que se deleitaba

comiendo churros con chocolate.

Emily no pudo contener dos lágrimas que escaparon de sus ojos. Su odio hacia Evaristo era evidente por el abuso que sufrió el día que el trasgresor entró a su casa. Nadie le preguntó nada. Todos sabían lo que había sufrido y quizá la muerte del violador serviría como bálsamo reparador. Su más grande preocupación era que su periodo no le había llegado y no había tenido ningún contacto con su esposo. La posibilidad de cargar en sus entrañas con un hijo del conde era muy alta.

Un abrazo de parte de Gonzalo la reconfortó. Sabía que contaba con él en todo incondicionalmente.

—Hay algo raro en esa mujer. Es como si la conociera o hubiera visto años atrás en algún lado —comentó Ubaldo con la intención de sacar a Emily y Gonzalo de ese momento difícil.

—¿Cómo es físicamente hermano? —preguntó Elena a Ubaldo.

—Es alta, delgada, con cabello negro lacio, recogido en una cola de caballo. Tiene hermosos ojos color negro. Viste con ropa de hombre de gran calidad con botonadura de oro. Su mirada es inteligente y su vocabulario es selecto, de una mujer que lee libros.

—¿De qué edad se ve? —pregunto Emily, atrapada por la historia. La pequeña Mirelle a su lado también comía el delicioso pan dulce que había comprado la abuelita Viridiana.

—Debe tener unos treinta y cinco años. Se ve muy bien.

La campanita de la puerta de la casa sonó. Alguien más venía a la cena en la casa de los Larrañeta.

Ubaldo corrió para recibir a su novia Amalia. La jovencita se moría de nervios por reunirse con toda la familia.

—Madre, hermanos, cuñada… les presento a Amalia Iturbe, mi prometida.

Todos estrecharon su mano en aprobación por el compromiso.

—He escuchado cosas muy lindas de ti, Amalia. ¡Ubaldo te adora! —dijo doña Viridiana dándole un beso afectuoso en la mejilla.

—Gracias señora. Ubaldo exagera en todo lo que dice. No le crean

todo.

Amalia lucía un vestido entallado de color miel que la hacía lucir espectacular. Su largo cabello lo tenía recogido entre dos finas peinetas de carey. Calzaba zapatillas color café oscuro de tacón ancho y alto con broches dorados.

—Siéntate hija. Llegaste justo en el momento en el que voy a servir la cena.

—Justo cuando llegaste Amalia, estábamos hablando de Paloma Fentanes —comentó Ubaldo.

—¿Ella sabe todo lo que pasó? —cuestionó Elena un poco confundida.

—Amalia sabe todo, Elena. Nos vamos a casar y en la familia no debe haber secretos. La primera vez que escuchó de ella fue cuando la misma Paloma le envió una carreta de ayuda para su hospital. Como ya saben, Amalia es enfermera del hospitalito público que se abrió apenas estallo la rebelión de Hidalgo. Ella es hija del capitán Ignacio Allende.

Todos quedaron sorprendidos por el comentario sin decir nada por segundos. Elena rompió ese silencio comentando:

—Mi marido es Martiniano López y pelea con Hidalgo también.

—Lo sé, Elena. Tu marido es el hijastro de don Miguel Hidalgo y Costilla. Mi padre me ha hablado muy bien de él.

—¿Cuándo es la boda hermano?

—El próximo domingo, Gonzalo. Están todos invitados a las once de la mañana en la iglesia de San Cayetano. Después nos vendremos para acá para comer unas deliciosas carnitas.

—Gracias por la invitación, hermano. Ahí estaremos aunque debo advertirte que esa iglesia me trae muy malos recuerdos.

—Todo eso ya quedó atrás, Elena. Ya hasta el involucrado se ha ido.

—Odio decir esto. No le deseo el mal a nadie, pero créanme que sin él, Martiniano y yo descansaremos tranquilos.

—No nada más tú, Elena. A mí también ese desgraciado me hizo ver mi suerte. Casi muero en la cárcel por su culpa. Ubaldo negoció con él para liberarme.

Emily se contuvo en lo que pensaba decir. Su evidente dolor ahogó sus palabras en su garganta. Ubaldo intervino oportunamente para desviar el tema:

—Señores, dejemos al muertito por la paz y hablemos de otras cosas. Evaristo Obregón ha muerto y que Dios le haga el juicio correspondiente. Nosotros a lo nuestro. El domingo hay bodorrio y ahí los espero a todos.

—Gracias, hijo —repuso doña Viridiana, dando un abrazo a su hijo y a su futura nuera. Los demás hicieron otro tanto, haciendo el momento familiar algo inolvidable.

(1) Joaquín Arias fue un insurgente criollo, capitán del Regimiento de Celaya en 1810. Fue un gran amigo de Allende. Participó en las batallas de las Cruces, Aculco y Guanajuato, para luego ir con Allende a Guadalajara. Fue de la idea de que no se librase la batalla de Puente de Calderón. En la Hacienda de Pabellón se mostró a favor de la dimisión de mando de Hidalgo, al que vigiló junto con Mariano Abasolo y Rafael Iriarte. Se negó a seguir a Ignacio López Rayón, prefiriendo unirse a Allende en su intento por alcanzar los Estados Unidos. Fue capturado en Actita de Baján, y en un intento por defender a Allende y a su hijo Indalecio, quedó muy malherido por los soldados de Ignacio Elizondo, muriendo minutos después en un miserable jacal, el 21 de marzo de 1811.

(2) Lagos de Moreno desde el 9 de abril de 1829, en honor del insurgente jalisciense Pedro Moreno.

(3) Construido hacia 1716 para cruzar el río Santiago, ramal que emerge a decenas de kilómetros del lago de Chapala. En este sitio existió una garita, de la cual aún existen vestigios. Cruza por El Salto para luego pasar por la comunidad de Puente Grande, donde se ubica un penal de alta seguridad. Era el acceso que comunicaba a Guadalajara con Valladolid y de ahí a Toluca y ciudad de México. Hidalgo y Calleja iban a enfrentarse aquí, pero Hidalgo decide madrugarlo en otro puente similar, a unos kilómetros de ahí, conocido como Puente de Calderón.

(4) *Debiendo hablar a V. E. con la ingenuidad inseparable de mi carácter, no puedo menos de manifestarle que estas tropas se componen en lo general de gente bisoña, poco ó nada instruida en los principios del honor y entusiasmo militar; y que solo en fuerza de la impericia, cobardía y desorden de los rebeldes, ha podido presentarse en batalla del modo que lo ha hecho en las acciones anteriores, confiada siempre en que era poco ó*

nada lo que arriesgaba; pero ahora que el enemigo con mayores fuerzas y más experiencia, ha puesto mayor resistencia, la he visto titubear, y a muchos cuerpos emprender una fuga precipitada, qué habría comprometido el honor de las armas, si no hubiese yo ocurrido con tanta prontitud al paraje en que se había introducido el desaliento y desorden. Carta de Calleja al virrey, MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, Gustavo Baz. Biblioteca de la Patria.

(5) El rifle Napoleón tenía la insignia en un costado del arma, una corona con una letra N encima. Un soldado diestro en la carga podía hacer dos o tres disparos por minuto. Los rifles de chispa utilizaban una piedra de sílex o de pedernal, que al accionar el martillo producía la chispa que encendía la pólvora. Este tipo de rifles requería la carga manual de su munición después de cada disparo. La munición, que se introducía por la boca del cañón, consistía en pólvora, proyectil y taco de papel, que servía de tapón para mantener comprimidos los dos anteriores dentro del cañón.

19 · Allende depone a Hidalgo

El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria.
Miguel Hidalgo y Costilla.

Una vez pacificada Guadalajara por Calleja, el brigadier entregó el mando al general Cruz, y éste ofreció el indulto a los caudillos derrotados. Los orgullosos caudillos insurgentes le muestran en el siguiente oficio, el espíritu liberal que llevaban en su corazón y su fiel seguimiento a la causa de la Patria:

> *Don Miguel Hidalgo y Don Ignacio Allende, jefes nombrados por la Nación americana para defender sus derechos, en respuesta al indulto mandado a extender por el Señor Don Francisco Javier Venegas, y del que se pide contestación, dicen: que en desempeño de su nombramiento y de la obligación que como a patriotas americanos les estrecha, no dejarán las armas de la mano hasta no haber arrancado de las de los opresores la inestimable alhaja de su libertad. Están resueltos a no entrar en composición alguna, si no es que se ponga por base la libertad de la nación, y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió a todos los hombres, derechos verdaderamente inalienables, y que deben sostenerse con ríos de sangre si fuese preciso. Han perecido muchos europeos, y seguiremos hasta el exterminio del último, si no se trata con seriedad de una racional composición. El indulto, Señor Exmo., es para los criminales, no para los defensores de la patria, y menos para los que son superiores en fuerza. No se deje V. E. alucinar de las efímeras glorias de Calleja: estos son unos relámpagos que más ciegan que iluminan: hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros. Nuestras fuerzas en el día son verdaderamente tales, y no caeremos en los errores de las campañas anteriores: crea V. E. firmemente que en el primer reencuentro con*

Calleja, quedará derrotado para siempre. Toda la Nación está en fermento: estos movimientos han despertado a los que yacían en el letargo. Los cortesanos que aseguran a V. E, que uno ú otro solo piensa en la libertad, le engañan. La conmoción es general, y no tardará México en desengañarse, si con oportunidad no previenen los males. Por nuestra parte, suspenderemos las hostilidades, y no se le quitará la vida a ninguno de los muchos europeos que están a nuestra disposición, hasta tanto V. E. se sirva comunicarnos su última resolución.
Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general del Saltillo.(1)

José María Morelos sufría en la costa del pacífico su propia guerra. El cura de Carácuaro estaba obsesionado por tomar el Fuerte de San Diego en Acapulco. Sabía bien que el control de este importante puerto le daría entrada a los productos del *Galeón de Manila*, nave que cada año llegaba a puerto cargada de riquezas que nutrirían la causa de la independencia. Morelos necesitaba urgentemente armamento y dinero para pagar a su reducida tropa. Saquear la *Nao de China* y la aduana de Acapulco era su prioridad.

Julián de Ávila, al mando de un grupo de insurgentes en la madrugada del 4 de enero de 1811, tomó por sorpresa la laguna de Tres Palos, haciendo prisionero al Capitán realista Mariano Tabares, quien sorpresivamente se pasa del lado de Morelos con todos sus hombres. Tabares le informa todos los pormenores para lanzar un ataque mejor organizado al Fuerte de San Diego. Morelos lleva a cabo el ataque la madrugada del 8 de febrero. Desafortunadamente, la certera artillería realista, la falta de hombres y mejores armas por parte de los insurgentes, hace que sufran otra derrota en el inexpugnable castillo, que se convertiría durante dos años en la obsesión de Morelos, en su feroz lucha contra los realistas.

—Necesito mejores armas para poder tomar este maldito fuerte, señores. Los realistas nos repelen muy fácil. Sigo en espera del apoyo del padre Hidalgo, pero no sé nada de él.(2) No me ha contestado mi última carta y eso me preocupa mucho —les dijo Morelos a sus nuevos aliados, Mariano Tabares y el estadounidense David Faro, ex prisionero del capitán realista Francisco Paris por copiar mapas de la bahía de Acapulco.

Los tres se encontraban descansando en una hermosa bahía (Puerto Marquez), a un costado de la principal de Acapulco. El ataque de la noche anterior había terminado en fracaso, y ahora los hombres de Morelos recuperaban fuerza en esta paradisiaca playa. Los realistas se mantenían resguardados en el fuerte sin intentar perseguirlos.

—El cura Hidalgo está sumido en su propia guerra, mi general. No creo que nos pueda ayudar en algo —comentó Mariano Tabares—. Lo único que sé, por pláticas entre mis ex jefes, es que Hidalgo fue vencido en Guadalajara. Calleja es dueño de Guadalajara y Tepic. Debemos buscar hombres y recursos en otro lado.

Morelos era un psicólogo natural y sabía leer las miradas de los hombres con poco margen de equivocación. Desde que Juan de Ávila le explicó el sorpresivo cambio de bando de Tabares, Morelos lo tomó con precaución. Quien traiciona una vez a un amo, lo puede hacer dos veces. No confiaba plenamente en él, y mucho menos en el norteamericano, que era un borracho enamorado que le encantaba andar embarazando a las nativas. Matando dos pájaros de un tiró maquinó un plan para deshacerse de los dos.

—Usted señor Faro es estadounidense. Podría fácilmente, junto con Mariano Tabares, fungir como mi embajador en los Estados Unidos, conseguir reconocimiento diplomático y buscar ayuda con ellos para nuestra causa.

Tabares y Faro se miraron entre si sorprendidos. El plan de Morelos no les desagradaba en lo más mínimo.

—¿Y bien, que les parece que no dicen nada?

—Es un honor inmerecido que aceptamos gustosos, general —respondió Mariano Tabares en nombre de David Faro, que era como su socio o protegido.

—Excelente. Nada más asentamos bien el sitio al fuerte y arreglaré su viaje lo más pronto posible.

—Muchas gracias, general —contestaron ambos al mismo tiempo.

Al mediodía del sábado 19 de enero, el cura Hidalgo, junto con el padre Pablo José Calvillo y el grupo de insurgentes que los acompañaban, llegaron al pueblo de Valle de Huajúcar,(3) en las cercanías de la ciudad de Aguascalientes. Son recibidos por don Dionisio Velasco, quien amablemente les ofrece su casa para pasar la noche.

Hidalgo, acalorado por el camino, prefiere comer en el jardín de la casa(4) bajo las ramas de un frondoso fresno. La mujer de don Dionisio le sirve una deliciosa taza(5) de chocolate caliente que el cura agradece enormemente repitiendo otra.

—Muchas gracias por su hospitalidad don Dionisio, en verdad usted es un gran aliado insurgente.

Don Dionisio, un hombre alto y flaco con un grueso bigote que se extendía hasta las mejillas, mostraba una enorme sonrisa al hablar. Su apoyo a la causa insurgente era franco y abierto. Aunque Huajúcar no podía aportar más hombres a la causa, al menos alimentando y tratando bien al cura redentor y su gente lo hacía sentir bien.

—No sabe cómo me gustaría apoyarlo con más gente don Miguel, pero los que teníamos se unieron a Iriarte.

—Con eso me sobra y me basta, don Dionisio. Me veré con Iriarte esta semana en Aguascalientes. Como ve, su gran apoyo seguirá con nosotros.

—¿Y luego que harán?

—Nos iremos para Zacatecas y ahí nos reorganizaremos de nuevo para contraatacar a Calleja.

—Váyanse más *pal* norte, don Miguel. Calleja es un peligro y está muy fuerte en San Luis. Entre más al norte, *mucho más mejor*.

—Muchas gracias, don Dionisio. Una bendición tener amigos así.

Esa noche Hidalgo la pasó muy tranquilo. Fue una noche como pocas, en la que sí pudo conciliar el sueño y olvidarse de todos sus temores. Hidalgo pasó un anoche en la que la soberbia con la que se había embrutecido semanas atrás quedaba en el olvido. El cura durmió en una cama sencilla sin ningún lujo. Lo único en lo que pensaba era llenarse de energía para al día siguiente reencontrarse con Iriarte y reforzar así su desmembrado ejército.

A la mañana siguiente estuvo presente en una misa oficiada en pro de la victoria insurgente. Los habitantes de Valle de Huajúcar le brindaron de nuevo su apoyo incondicional y lo despidieron con gran entusiasmo. Al medio día partió junto con su gente rumbo a San José de Gracia,(6) donde su gran amigo Simón de Lara, fiel insurgente oriundo de esta villa y conocido desde Dolores, le daría un hospedaje de cinco días a cuerpo de rey.

En este pequeño poblado fiel a su causa, Hidalgo pasaría unos días de tranquilidad y meditación. Serían unos días que recordaría con nostalgia, ya que menos de una semana después viajaría a la Hacienda de San Blas Pabellón, donde radicalmente su vida cambiaría hasta el

final de sus días.

Don Félix María Calleja, convencido de la urgente necesidad de aprovechar su buena estrella y sacar la mayor ventaja posible del triunfo obtenido en Puente de Calderón, organizó su salida rumbo a Zacatecas, evitando de este modo dar más tiempo a los insurgentes para volver a reunir más fuerzas en el norte. Sabía por buenas fuentes que Hidalgo y Allende en Zacatecas contaban con treinta y dos cañones y muchos hombres con los que podían contraatacar, además de los muchos recursos que podían sacar de las minas de plata. Después de escribir una desalentadora carta al virrey Venegas, Don Félix partió hacia aquella ciudad sin demorarse más.

> *No puedo menos de decir a V. E., para que le sirva de gobierno, que no advierto en mis tropas aquel aliento que da la victoria, y que ya sea por el cansancio de tan continuadas marchas, o porque han empezado a experimentar alguna pérdida de gente que no se prometían, las veo poco inclinadas a emprender nuevos ataques que puedan serles mas costosos; a que se agrega el justo recelo de la deserción, luego que se acerquen a los parajes donde la mayor parte de este ejército tiene su domicilio, como ya se verificó en las inmediaciones de Aguascalientes.*
> Bustamante, Campañas de Calleja, fol. 102

—Debemos evitar que esos zarrapastrosos se armen de nuevo, Rodolfo. Puente de Calderón fue casi una estocada de muerte para Hidalgo, pero aún sigue vivo y debo alcanzarlo y aprehenderlo, ya sea en Aguascalientes o Zacatecas. La victoria total está cerca y no la dejaré escapar.

Los dos cabalgaban a la vanguardia del ejército. Una larga fila de soldados realistas a caballo y algunos a pie los seguían con carros cargados de pertrechos y municiones. No faltaban las mujeres que divertían a los realistas en sus momentos de soledad y la preparación de los alimentos. Rodolfo Montoya lucía un poco demacrado por las constantes batallas vividas en Guadalajara y Tepic, auxiliando a José de la Cruz para derrotar al Jefe Torres y al cura Mercado.

—¿No temes Félix que los rebeldes puedan recibirnos con todo un ejército mejor organizado en Zacatecas? Mariano Jiménez domina por Saltillo y tiene muchos hombres. Dicen que Rafael Iriarte cuenta con más de dos mil hombres.

—Tú no te preocupes por Iriarte que es gran amigo mío y está en deuda conmigo. ¿Apoco crees que el hecho de que no viniera con su gente a Puente de Calderón fue una coincidencia?

Montoya miró fijamente a su superior. Le causaba gran sorpresa saber del doble papel de Iriarte. El sol de invierno caí inclemente sobre sus cabezas.

—Me sorprendes Félix. Eres todo un ajedrecista en esto de la guerra.

—El cabo Leyton es un gran amigo de años atrás. Le debo mucho por haber cuidado a mi esposa de esos salvajes. A mí no me quedaba otra más que hacer otro tanto con la suya. La amistad a veces lo es todo.

—Un exitoso cambio de esposas.

Calleja soltó una carcajada por el doble sentido que insinuaba su amigo.

—La de él está horrenda. Ni borracho me la tiraría.

—¿Un poco más mayorcita que la señora María Francisca? —Como diez años. Mi Francisca tiene veinticuatro. Hablando

de esposas, Rodolfo, ¿cómo está Lina?

—Bien, gracias a Dios, Félix. Indiscutiblemente la capital es el mejor lugar para tener a la familia en una guerra como esta.

—No pensabas lo mismo cuando Hidalgo iba por la Cruces rumbo a la capital.

—Para que te miento. En ese momento sí pensé que Hidalgo nos destrozaría.

—Fue un error garrafal del viejito haberse replegado. Gracias a su Dios, como tú dices, que se regresó para el Bajío.

—Extraño mucho a mi hijo Servando. Es tan solo un pequeñito de dos años. A lo mejor ni se acuerda de mí.

—Te entiendo, Rodolfo. Yo todavía no tengo hijos(7) y llevo ya tres años de casado. A mi mujer ya le urge tener uno.

—Ahora que andemos por la capital te das una vuelta relámpago y le haces uno.

El rostro gatuno del brigadier se iluminó con otra carcajada. Era raro verlo reír tanto.

—Voy a llegar tirando la puerta con mi polla, como si fuera un ariete.

—Yo igual. Ya parezco naufrago. Se me antojan todas las indias que se me cruzan por el camino.

—Descuida que en menos de dos meses es posible que te des una vuelta por la capital. Vencer a Hidalgo nunca ha estado tan cerca como ahora.

—La insurrección anda por todos lados, Félix. No creo que porque venzamos a Hidalgo, esto se acabe.

—Espero que así sea, de lo contrario esta guerra se puede extender por años y ninguno de los dos bandos estamos preparados para eso, mucho menos ellos.

Don Miguel Hidalgo y José Rafael Iriarte, junto con sus hombres, se reunieron en Rincón de Romos, en las inmediaciones de Aguascalientes para juntos llegar a la Hacienda de Pabellón, cuyo dueño era Bernardo Iriarte, hermano del mismo potosino insurgente. El cabo Leyton iba acompañado de mil quinientos hombres y cargaba con un millón quinientos mil rehabilitadores pesos, producto de sus exitosos saqueos en su natal San Luis Potosí.

Después de un cálido abrazo entre el generalísimo y el jefe de la zona, vino un aplauso acompañado con vivas por parte de los hombres de ambos líderes.

—¿Por dónde anda Allende, Rafael?

—Viene en camino junto con Joaquín Arias. Nos juntaremos todos en la Hacienda de San Blas. Afortunadamente Calleja aun anda lejos y no representa un peligro inmediato.

—¿Está lejos esa hacienda de aquí?

—No, padre. A una cuantas leguas de aquí. El dueño es mi hermano Bernardo y es terreno seguro para todos nosotros. Ahí comeremos y pasaremos una noche agradable, para luego, según entiendo los planes de usted y Allende, continuar hacia Zacatecas.

—Una pregunta Rafael.

—Sí, padre. Adelante.

—¿Por qué no nos alcanzaste en Puente de Calderón?

Iriarte saco una botella de tequila que llevaba en su montura, ofreció

un trago al cura y él se bebió otro. Tomando al cura del hombro le dijo con aparente sinceridad:

—Padre, se dijo tanto que usted tenía cien mil hombres, contra los cinco mil de Calleja, que viéndola tan ganada, no consideré necesario descuidar esta zona ante su inminente triunfo.

Hidalgo todavía saboreando el tequila, carraspeó un poco para añadir:

—La soberbia es un enemigo que te mata por exceso de confianza. Por eso perdimos esa batalla. La soberbia fue la que arrojó esa granada al solitario carro de las municiones.

—Pues de aquí pal real ya no hay que confiarnos, padre.

—Te garantizo que no vuelve a ocurrir.

El grueso de la gente que los rodeaba al ver el brindis entre los líderes gritó con entusiasmo: —¡Viva Hidalgo! ¡Viva Iriarte!

Los jefes insurgentes, Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo, Joaquín Arias, Rafael Iriarte y José Manuel Luévano,(8) junto con otros de menor rango, pero de gran importancia en el levantamiento insurgente, se reunieron en el salón principal de la Hacienda de Pabellón el 24 de enero de 1811. Entre ellos también se encontraba Crisanto Giresse, quien había llegado a la hacienda desde temprano con la compañía de diez hombres fuertemente armados. Después de saludos fraternales y una exquisita comida ofrecida por el generoso anfitrión don Bernardo Iriarte, pasaron a la sala donde tratarían temas referentes al futuro del ejército insurgente.

Al iniciar la junta, Ignacio Allende cambió de actitud, como si fuera un actor puesto en escena. Atrás quedaba el Allende amistoso y amable que comió y echó bromas con Hidalgo minutos antes. Ahora frente a los insurgentes hablaba un hombre decidido, con el gesto fruncido en rictus de furia.

—Esto no puede seguir así, señores. Con este hombre liderando el ejército nos espera la horca o morir destrozados en un campo de batalla. Don Miguel, con el debido respeto, le anuncio que a partir de este momento usted deja de ser el líder de nuestro movimiento.

Hidalgo se mantuvo en calma al escuchar a Allende increparlo. Sin apartar su penetrante mirada de él, se puso de pie y caminó hacia su capitán. El resto de los insurgentes observaba sin perder detalle.

—Usted no puede removerme de mi cargo por un simple capricho de vanidad y envidia. Que voten todos los presentes y entonces asumiré la decisión.

Los reunidos se miraron entre si ante la lógica sugerencia del cura. Allende, presuroso a evitar más distracciones continuó con su proclama:

—Después de las derrotas de las Cruces, Aculco, el dejarme solo en Guanajuato y el fracaso de Puente de Calderón, está más que probado que usted no sirve para dirigir un ejército.

Hidalgo se paró a escasos centímetros de él. Allende tragó saliva nerviosamente. El cura era una figura intimidante.

—Usted, señor Allende, perdió solito en Guanajuato. Fue incapaz de enfrentar a Calleja. Al menos yo perdí en el puente por una desgracia, pero peleé, no huí como un cobarde. Por su culpa murieron los líderes mineros de Guanajuato. Los dejó morir solos, sin intentar siquiera rescatarlos. —Las fosas nasales de Allende resoplaban con furia contenida. Sus ojos inyectados en sangre parecían querer botarse de sus cuencas.

—Usted se ha convertido en un monstruo soberbio que ha asesinado a decenas de españoles injustamente. Los degollados de Dolores, Guanajuato y Guadalajara son una mancha para su envestidura sacerdotal.

—Que yo sepa, cuando usted estuvo solo en Guanajuato también hubo gachupines degollados, ¿Cómo explica usted eso?

—Usted se ha convertido en una bestia deseosa de sangre y sexo. Esa es otra razón por la que lo estamos removiendo del cargo. —Usted es un asesino que intento envenenarme en Guadalajara. ¡Usted es la verdadera bestia! El hecho de que se haya encamado

con Tomasa Estévez es también una mancha a su persona. Allende apretó los puños. Por un momento pareció que iba a golpear al cura. Afortunadamente recapacitó y se dirigió al resto del grupo.

—Señores aquí reunidos. Les pido amablemente que levanten la mano los que voten porque don Miguel sea removido y yo asuma el cargo de líder del levantamiento.

Los jefes insurgentes se miraron entre si fingiendo extrañeza, cuando el quitar a Hidalgo estaba ya decidido por ellos desde que llegaron a

Pabellón. Todos levantaron su mano y la mayoría favoreció a Allende. Crisanto Giresse se abstuvo de levantar su mano, extendiendo su apoyo a Hidalgo.

—Como veo, es evidente que la mayoría ha decidido esto. Solamente les aclaro que toda la indiada dejará de seguirnos en cuanto vea que yo ya no soy su líder y que me tienen en grillos.

Allende tomó del hombro a Hidalgo. Atrás quedaba la violencia y ahora trataba de negociar con él.

—Padre Hidalgo, jamás lo tendremos en grillos. Para los ojos del pueblo usted seguirá siendo el jefe máximo. Entre nosotros ya no. Se hará lo que yo diga y lo mantendremos muy bien vigilado por si intenta escapar o hacer algo estúpido.

—No intentaré escapar. Pierda cuidado que estaré con ustedes hasta que triunfemos, o muramos ejecutados, si usted resulta un fracaso como generalísimo.

Todos se mantuvieron callados mientras Hidalgo se alejaba de la sala hacia los jardines. Desde ese momento comenzaba el principio del fin de todos ellos, y el cura lo sabía bien.

Crisanto se unió con Hidalgo en los jardines de la hacienda. Juntos caminaron hacia el pequeño acueducto que llevaba agua de la presa de San Blas hacia la hacienda. Detrás de ellos, a prudente distancia, Agustín Marroquín y dos esbirros cuidaban de Hidalgo. Del otro lado de la arquería, junto a una frondosa arboleda, seis Allendistas vigilaban cualquier intento de fuga del cura.

—Usted sabe que me opongo rotundamente a esta decisión, padre.

Hidalgo tomó asiento en el borde del acueducto. Crisanto hizo otro tanto, los dos mirando hacia la iglesia de San Blas, cuya torre mayor se asomaba tímidamente entre la arboleda.

—No hay más qué hacer, amigo. Todos están con Allende y no me queda más que aceptar la destitución. Es más importante seguir con la guerra, que preocuparme por ser ahora el segundo líder en esto.

—Podría reunir muchos hombres y juntos crear otra ala revolucionaria donde usted fuera de nuevo el líder.

—Si nos separamos, Calleja sabrá que nos ha vencido, Crisanto. Es importante que mantengamos la unidad, aunque sea en apariencia. No

podemos mostrarnos débiles y divididos ante los ejércitos del virrey.

—¿Hay algo en que pueda ayudarlo, padre?

—Sí, Crisanto. Habla con Martiniano y convéncelo de mantenerse en su puesto y no intentar nada contra Allende y su gente.

Me guste o no, mis errores justifican la decisión tomada por Allende y sus hombres.

—Martiniano anda feliz porque su odiado rival ha muerto, padre.

—¿Evaristo murió? ¿Cómo estuvo eso?

—Una bandida llamada Amparo lo liquidó en un gallardo duelo. El muy perro pagó todas las que debía.

Los ojos de Hidalgo se abrieron de asombro al escuchar esta terrible declaración. Hacía años que sabía que Crisanto tenía dos personalidades, y que la tal Amparo, no era otra más que una peligrosa bandida con varios asesinatos en su conciencia. El decepcionado cura se sentía sin valor moral para corregirlo, ya que sobre su cabeza también había decenas de españoles sangrientamente ajusticiados. Su labor como cura consejero y enmendador de vidas estaba eclipsada desde el levantamiento rebelde secundado por él en los últimos cuatro meses.

—¿Tú lo mataste?

Crisanto volteó a verlo con mirada de desconcierto. Era como si su amigo le preguntara por otra persona de la que Crisanto supiera mucho.

—No fui yo. Fue Amparo, padre. Lo hizo limpiamente ante los ojos de sus hombres. Ella no es una cobarde que mate a traición o con ventaja. Amparo es una guerrera muy bien entrenada en pelea con espada y disparando con pistola y rifle. En un mundo de hombres tiene que estar muy lista para que no abusen de ella y la respeten.

—¡Admiro a esa mujer, Crisanto! Amparo tiene los huevos que a mí me faltan.

Hidalgo miró hacia donde los tres Allendistas fumaban sus cigarrillos mientras lo vigilaban. Por un momento sintió deseos de deshacerse de ellos, como tan fácilmente lo hacía Amparo con sus enemigos. Estar como prisionero de Allende y sus hombres era lo peor que la podía

haber pasado. En ese momento con la ayuda de Crisanto y Marroquín tranquilamente podría escapar hacia Guanajuato y rehacerse de nuevo con otro ejército. Después lo cordura volvía a su cabeza y aceptaba sumiso su destino. Confiaba en que sus indios se darían cuenta de su destitución y dejarían solo a Allende, en una situación angustiosa donde se le devolvería el poder para enfrentar de nuevo a Calleja.

—Usted es un cura y es lógico que encoja el brazo al ver un arma cerca de usted, padre. Usted es un pastor de almas, no un asesino.

—Tengo mis dudas, Crisanto. Ya no sé ni lo que soy.

—Si quiere que Amparo y su gente lo ayude, pídaselo, padre. Ella lo admira tanto que estaría dispuesta a morir por usted.

—Dile que siga luchando por la causa de la independencia. Me enorgullece y ayuda mucho tenerla como aliada. No podemos claudicar. Juntos hasta el fin, hasta vencer a los ejércitos del virrey y ver nacer una nueva nación libre de España y sus españoles.

—Ella lo hará con gusto, padre. Usted pierda cuidado.

(1) Miguel Hidalgo y Costilla, Ensayo Histórico y Biográfico, Gustavo Baz

(2) *Noticio a usted cómo he corrido toda la costa del sur, que son como doscientas leguas, con la mayor felicidad, y no he encontrado en todos los gachupines que he cogido ningunos reales, pues se infiere que éstos los han ocultado con anticipación. En el día tengo solicitado el puerto de Acapulco con ochocientos hombres y me hallo sin pólvora ni balas, por un ataque que hemos tenido, aunque sin ningún mal herido; y de los contrarios un mal herido, pues se conoce que D. Antonio Carreño, que es el gobernador, y los demás europeos, han seducido a estas gentes. Y así, mándeme V. E. cañones y pólvora, que según noticia tengo, toda la artillería del castillo. esta apuntada a tierra; y así, espero de V.E. el refuerzo que le pido con la mayor brevedad que se pueda, pues considero que estas tropas están en camino, pues no desisto del cerco hasta nueva orden de S.E. diciéndome el rumbo que debo tomar, si para la Misteca o Chilpancingo, porque desde el día 20 del pasado que tuve el honor de comer con V.E. y nos separamos, no he tenido la menor noticia, por lo que dígame del ejército de México*” Ernesto Lemoine Vilcaña, Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y otros testimonios de la época, UNAM, M 1965: p. 160-161

(3) Calvillo, villa fundada en 1771 por don José Calvillo, dueño de la hacienda de San Nicolás, pariente en grado colateral del cura Pablo José Calvillo, que cedió el terreno en la zona antes conocida como el Valle de Huajúcar. Fue elevado a categoría de villa en 1848 con el nombre de Calvillo en honor a su benefactor.

(4) La casa aún se encuentra anexa a la Presidencia Municipal de Calvillo.

(5) Se dice en Calvillo que la familia descendiente de don Severino Esqueda aún conservaba hace poco la famosa taza del cura en su paso por Calvillo.

(6) En 1930 el Pueblo Viejo de San José fue cubierto por la aguas de la Presa Plutarco Elías Calles. Los pobladores fundaron un nuevo poblado y con la ayuda de ejidatarios que se disputaron la tierra para encontrar un lugar seguro para vivir, el pueblo resurgió como San José de Gracia, donde actualmente se encuentra el Cristo Roto de Aguascalientes.

(7) Tuvo cinco hijos con María Francisca de la Gándara: María de la Concepción Eligia Francisca de Paula Trinidad Josefa (1814); Félix María José de Guadalupe; Pascual Francisco de Paula (1815-1816); María de Guadalupe (1817-1820); Félix María (1818-1855); María del Carmen (1821-1873).

(8) Criollo de 36 años nacido en Tepezalá. Se unió a Iriarte en Lagos en octubre de 1810. En Aguascalientes se convirtió en un temido bandido mata españoles. Saqueó Real de Asientos. Fue capturado y ejecutado en Aguascalientes el 22 de julio de 1811. Su cabeza fue exhibida en su natal Tepezalá para que sirviera como escarmiento a futuros rebeldes.

20 · Calleja captura a Hidalgo

Lo maravilloso de la guerra es que cada jefe de asesinos hace bendecir sus banderas e invoca solemnemente a Dios antes de lanzarse a exterminar a su prójimo.
Francois Marie Arouet Voltaire

Veinticuatro días le tomó al brigadier Calleja viajar con el grueso de su ejército de Guadalajara a San Luis Potosí. Demasiado tiempo, considerando que el ejército rival estaba casi liquidado después de la batalla de Puente de Calderón.

Don Félix María Calleja, en este largo recorrido se la pasó como si fuera César regresando a Roma después de conquistar Galia. En los descansos del camino, en su cómoda casa de campaña en compañía de sus jefes que fungían como su corte de honor, se les agasajaba con música de los regimientos, bailarinas y bellas mujeres a su lado, atentas todo el tiempo a que no les faltara comida ni vino, mucho menos los placeres prohibidos de la carne.

Calleja argumentaba que la lentitud de su desplazamiento se debía a la escasez de víveres y pasturas, que se agravaba más, por permitir a sus soldados viajar con mujeres, casi igualando el número de soldados con el de ellas, situación delicada pensando en los intempestivos movimientos militares que requiere una desesperada retirada o dispersión en caso de ser atacados.

En estos veinticuatro días, San Luis Potosí fue tierra insurgente a la suerte de los jefes Herrera y un tal Blancas, un asesino con cara de simio que ostentaba el grado de brigadier. Herrera y Blancas, fueron informados que el 11 de Febrero de 1811 habían llegado a Santa

María del Rio los realistas Juan Antonio de los Reyes e Ignacio Iragorri, con ciento cincuenta infantes dirigidos por tres españoles, con treinta caballos, ocho cañones, parque y setenta mil pesos en reales para ser entregados a Calleja.

Herrera y Blancas se dirigieron con su tropa y siete cañones al encuentro de Reyes e Iragorri en la Villa de San Francisco, con el objeto de sorprenderlos en la madrugada del 12 de febrero. Herrera no lograba marcar la diferencia contra los realistas, cuando de pronto, para su fortuna, se le unieron los indios del pueblo, llevándolo al triunfo completo, quedando muertos entre el lodo y piedras Reyes e Iragorri, junto con ochenta realistas. Al día siguiente, en un dantesco espectáculo, Blancas azotó inmisericordemente a los prisioneros, bañándolos en su propia sangre, encarceló a varios vecinos del pueblo para tomarles su declaración, y en la tarde del mismo día, como la cereza del pastel, fueron fusilados los tres europeos realistas que peleaban con Reyes.

En la cárcel de San Luis había once europeos capturados en El Catorce. Al acercarse Calleja el 19 de febrero, Herrera ordenó que fueran sacados de la prisión y como escarmiento, en una ceremonia pública fueran decapitados.

> *En esta fecha tengo decretada la decapitación de once europeos, como miembro de la nación americana; y debiéndose efectuar en la tarde de este día, espero que V. se sirva, para que no les falten los auxilios católicos, de remitirles otros tantos eclesiásticos a la cárcel para que los auxilien hasta el suplicio; lo que espero verifique en cumplimiento de su deber.*

Dios guarde a V. muchos años. Cuartel principal y brigada del Sur en S. Luis Potosí, a 19 de Febrero de 1811. Fr. Luis Herrera Mariscal de campo.

Todos los curas de San Luis, se presentaron ante Luis Herrera implorando el perdón de los europeos, pero fueron rechazados con desprecio y burla por el severo mariscal insurgente. No dándose por vencido; volvieron de nuevo con el *Santísimo Sacramento* que sacaron de la iglesia. Herrera sin conmoverse por esta religiosa acción, se burló de ellos sonándose la nariz con su pañuelo y arrojándolo al suelo les dijo: *el mismo caso hago yo del Sacramento que de este sucio pañuelo*.

Los curas se arrodillaron implorando el perdón en coro. Herrera sonriendo burlonamente cedió al ruego suspendiendo la ejecución.

Los curas agradecieron enormemente el perdón y presumieron con el pueblo en sus misas de que aquellos eran los primeros españoles que escapaban de la espada insurgente, con la que habían muerto muchos en Guanajuato y Guadalajara.

Sintiendo Herrera la cercanía de Calleja, abandonó San Luis el 25 de Febrero, llevando consigo a los mismos once españoles perdonados, montados en lentos borricos, haciéndoles sufrir burlas y malos tratos en el recorrido. Los europeos no protestaban, puesto que entendían que era mucho mejor eso que ser cadáveres en San Luis.

Herrera viajaba con dos mil quinientos hombres a caballo y quinientos a pie con quince cañones, con cuyas fuerzas se retiró a Rio Verde.

Calleja entró a su querido San Luis sin resistencia alguna, justo a la semana de haber partido Herrera y sus huestes. El altivo brigadier fue tratado y agasajado como todo un libertador. San Luis había estado en manos insurgentes por cuatro meses, tiempo en el que los pobladores padecieron todo tipo de sufrimientos. El ver llegar al protector de la ciudad levantaba los ánimos de los Potosinos. La casa del mismo Calleja había sido saqueada tres veces consecutivas. Hombre previsor, desde el secuestro de su mujer por parte de Iriarte, la futura virreina criolla se encontraba sana y salva con parientes en la Ciudad de México.

Don Félix inmediatamente se ocupó, como en las anteriores ciudades retomadas, en destituir el último gobierno. Por haber apoyado a los insurgentes, fusiló a un licenciado Trelles y a sus cuatro compinches. Dio un descanso a sus tropas y comenzó a proveerse de víveres y forrajes para su siguiente ataque.

El animoso brigadier alistó desde la Hacienda de Bledos dos divisiones realistas, una comandada por el teniente coronel Miguel del Campo para contener a los insurgentes en el Bajío y Guanajuato, y la otra compuesta de un batallón del regimiento de infantería de la Corona, el regimiento de dragones de Puebla, dos escuadrones del de San Luis y cuatro cañones, bajo el mando del coronel Diego García Conde, destinada a perseguir y eliminar al lego Luis Herrera.

El 22 de marzo, García Conde emboscó a Herrera y su gente en el Valle del Maíz. Los insurgentes venían de una fiesta y borrachos y desvelados hicieron poca resistencia, huyendo y abandonando su artillería, pertrechos y valijas, entre las cuales se encontraba la ropa y uniformes del lego mariscal, y los vestidos de una guapa manceba que llevaba consigo.

Al momento de huir, Herrera preso de la ira y venganza, ordenó que fuesen degollados los once españoles que conducía presos y que estaban en la cárcel del pueblo. Ingresó en sus celdas el capitán de la guardia que los custodiaba, ordenó que todos se desnudaran y los ató fuertemente con los brazos en la espalda para que así como corderos amarrados de una pata fueran atravesados decenas de veces con cuchillos y lanzas, dejando el piso de la cárcel empapado en vísceras, excremento y sangre.

—No me mate señor, tengo cinco hijos pequeños y me necesitan.

El capitán de un violento machetazo sobre la base del cráneo, hundió su acero hasta los dientes del peninsular, dándole una muerte instantánea.

—Se acabaron tus preocupaciones, gachupín hijo de puta —repuso entre jadeos demoniacos el capitán insurgente.

García Conde indignado por tan horrenda matanza y preso del deseo de venganza, colgó de un árbol a Mariano Calderón, el subdelegado del pueblo nombrado por Herrera.

Herrera y Blancas huyeron por la sierra rumbo a la Villa de Aguayo (Ciudad Victoria) en la provincia de Nuevo Santander, en donde se reunieron con las fuerzas insurgentes regionales del coronel Arredondo, que ascendían a ochocientos hombres bien armados con algunos cañones y parque.

Arredondo intempestivamente se inclinó por el indulto ofrecido por el virrey, traicionando a la causa insurgente. Atacó por la noche junto con cincuenta de sus hombres el cuartel en que lo esperaban Herrera y Blancas. Herrera y Blancas fueron fusilados y sus hombres enviados a San Juan de Ulúa.

Ignacio Allende sabía que no tenía ejército con que vencer a Calleja, quien no tardaría en alcanzarlo en Zacatecas para abatirlo. Las huestes de Mariano Jiménez, encargado de Saltillo y sus alrededores, no eran bastas como para enfrentar al azote de los insurgentes. Lo mejor era hacerse para Texas y ahí reforzar su ejército con dinero, armas y pertrechos de seguidores americanos. La numerosa comitiva con la que Allende planeaba alcanzar Texas, atravesaría zonas desérticas e inhóspitas en su ruta de huida hacia el norte. Para ello requería artillería, parque, equipajes y caudales, necesitaba de provisiones, víveres, forrajes y muchas bestias de carga que por el momento estaban fuera de su alcance.

Desde días antes, Allende había nombrado al licenciado Ignacio Aldama, hermano menor de su entrañable amigo Juan, como embajador de los insurgentes en los Estados Unidos. El embajador Aldama, viajaría hacia San Antonio de Bejar en Texas para conseguir la anhelada ayuda que pudiera marcar la diferencia en ese momento álgido en el que los insurgentes no veían una luz en la oscuridad de la derrota.

Para conseguir estas preciadas bestias de carga, Mariano Jiménez como comandante general de aquellos territorios, mandó cartas a su aliado en Monclova, Pedro de Aranda. Don Pedro residía como gobernador de Coahuila en la villa de Monclova. Sabiendo de la existencia de una fuerza de ciento cincuenta hombres y nueve cañones; Aranda exigió a los habitantes de Monclova que la facilitaran para la causa de Allende, además de doscientas mulas de carga, gran cantidad de víveres y todo lo necesario, para que la procesión rebelde alcanzara con éxito los Estados Unidos.

Don Pedro hizo su máximo esfuerzo por convencerlos de dar todo lo mejor que tenían para el máximo líder de la revuelta por la libertad. En esos momentos Monclova era terruño insurgente.

Aunque los vecinos aparentemente accedieron a la petición, hubo otros, sin que Aranda se enterara, que vieron el lado flaco de tamaño compromiso. Argumentaban con bases razonables que Aranda no tenía con que defenderlos contra la inminente represalia de Calleja. Era dar todo lo que tenían por unos generales derrotados, a salto de mata y a un paso de la horca. Ayudarlos implicaba echarse de enemigo a los ejércitos del virrey por ser aliados del enemigo. Era arriesgar dar todo lo que tenían, por nada.

La ciudad vecina del norte, San Antonio de Bejar, estaba más a disgusto que Monclova. Fue aquí donde el embajador Aldama se encontró con la contrarrevolución, encabezada por el clérigo José Manuel Zambrano.

San Antonio de Bejar era gobernado por el insurgente Casas, quien esperaba a Allende con los brazos abiertos.

Así como el cura Hidalgo encendió la chispa incendiaria de la independencia en Guanajuato, había otro cura antagonista que trabajaba por la contrarrevolución en Texas. Este hombre era José Manuel Zambrano.

El cura Zambrano regresó del exilio a Bejar con un grupo de

seguidores que odiaba al gobernador insurgente Casas. Entre ellos venía Manuel Salcedo, el anterior gobernador realista, entusiasmado por recuperar su gubernatura.

Fue en este ambiente en el que llegó a Bejar Ignacio Allende, en compañía del cura franciscano Salazar y Crisanto Giresse, con un puñado de hombres fieles a la causa.

Aldama, Salazar y Giresse fueron presentados ante el gobernador Casas quien los recibió amablemente y reunió a los hombres más influyentes de Bejar para conseguir la anhelada ayuda para apoyar a Allende en su futura travesía hacia los Estados Unidos.

El reducido grupo se reunió en la sala de juntas de la alcaldía. El calor de ese día era abrasador y lo combatían con jarras de fresca agua en jarrones de barro, colocados al centro de la mesa.

Las cosas parecían ir bien en la presentación de Aldama, hasta que intervino el cura Zambrano para hacerles la vida difícil.

—Sus cartas como embajador son muy pobres, señor Aldama. Su uniforme lo delata como un seguidor y admirador de los franceses. El cardán que como mariscal de campo lleva al hombro izquierdo, lo hace más que evidente. Las cien barras de plata con las que carga su compañero, el dinero y la ascendencia francesa del señor Giresse, los hace sospechosos de querer apoderase de los territorios del norte de la Nueva España para Napoleón.

—La guerra de Hidalgo es contra los españoles, padre. Los franceses están muy ocupados con su propia guerra en Europa. Lo que usted argumenta es absurdo —respondió Giresse en su defensa.

—Toda esa plata con la que cargan los hace parecer una banda de forajidos huyendo de la justicia. Con todo ese dinero podrían comenzar muy bien en los Estados Unidos. ¿Por qué no dejarlo en Zacatecas para que Hidalgo disponga de él en sus gastos de guerra? ¿No será que Allende e Hidalgo planean huir a los Estados Unidos con el numerario del Virrey?

Aldama apretó los puños con enfado. No le gustaba ser cuestionado por un cura realista, cuando se encontraba en territorio insurgente. El gobernador Casas, en vez de intervenir para inclinar la balanza a su favor se mantenía sin decir nada, como paralizado por la personalidad del cura.

—Todo ese numerario es para la manutención de las futuras tropas

con las que regresaremos más fuertes a la Nueva España.

Necesitamos mejor armamento y un ejército bien entrenado para hacer frente a Calleja. Con esta bola de indios que se espantan al primer pedo que se echa un realista no se puede hacer mucho —insistió Aldama.

Zambrano miró a sus compañeros con una mirada que ellos ya conocían y que significaba que la junta había terminado.

—Necesitamos hablar esto entre nosotros y con Casas, señores. Mañana por la mañana nos reuniremos de nuevo para comunicarles nuestra decisión. Mientras tanto disfruten de su estancia aquí en Bejar, señores. ¡Son bienvenidos! —concluyó el padre Zambrano poniéndose de pie. El gobernador Casas, quien se quedaría a dialogar con Zambrano y su gente, solo asintió con la cabeza.

Esa misma noche fueron encarcelados Casas, Aldama y Giresse. La misión de Aldama como embajador terminaba en un rotundo fracaso y en un triunfo contundente para la contrarrevolución que iniciaba en el norte y que pronto, con sus largas manos, alcanzaría la marcha insurgente en Coahuila.

La *Güera* Rodríguez era una ferviente partidaria de la Independencia. El apoyo prestado por ella y su tío a la secreta orden de los Guadalupes era un secreto a voces. El 22 de marzo de 1811 fue citada ante el tribunal de la Santa Inquisición para defenderse de los cargos de conspiración y herejía que pesaban sobre ella. Los jueces que la juzgarían por proveer de dinero y recursos a Hidalgo y sus huestes, eran viejos conocidos suyos. Hombres con los que alguna vez había bebido chocolate, estado en un confesionario o inclusive rechazado insinuaciones amorosas.

Sin temor alguno y luciendo más hermosa que nunca se presentó en “la casa de la esquina chata,” donde la esperaba el arzobispo virrey, señor don Francisco Javier de Lizana y Beaumont junto con otros dos inquisidores vestidos de negro con sendos bonetes de pico, degenerados que soñaban con torturar el desnudo cuerpo de la ninfa, observar en detalle su intimidad y hacerle cosas horribles a su sexo, donde tantos hombres habían gozado momentos inolvidables, haciéndole cosas que ella encontraba excitantes y exquisitas.

La *Güera* tomó asiento en un extremo de la enorme mesa de caoba cubierta por un paño de color rojo damasco sobre el que descansaban dos pesados candelabros con una pesada cruz de oro con pedrería fina.

Tras de la mortecina luz de las velas, como tres cuervos posados sobre una rama, la miraban morbosamente los tres implacables inquisidores.

—¿Y bien señores, para qué me citaron aquí?

Los inquisidores mostraron asombro al ser abordados por la bella mujer sin que mostrara el más mínimo temor hacia ellos. Cualquier otra persona estaría muerta de miedo de solo pensar en las torturas a la que sería sometida para arrancarle la verdad.

—Si de ser directos se trata doña Ignacia, iremos al grano: se le acusa de herejía por conspirar contra el virrey al apoyar al padre Hidalgo en su guerra contra el gobierno —dijo don Francisco Javier de Lizana y Beaumont. Su enorme rostro, aumentado por una papada de pelicano lo hacía ver intimidante.

—Y también de adulterio por haber engañado a varios de sus esposos, algunos de ellos ya descansando en paz junto al Señor —secundó el otro inquisidor con mirada de ave de rapiña. En su sucia mente se imaginaba explorando el vello púbico y rosada vulva de la *Güera* en busca de la delatadora marca del diablo. Una sorpresiva erección levanto la túnica que vestía. Con mano discreta acomodo el tumefacto falo sin levantar sospecha.

—Señores, antes de ir más adelante en este incómodo interrogatorio les advierto que les sé demasiadas cositas a los tres. Cada uno sabe lo que me ha insinuado y sabe lo negro de su proceder y conducta en los últimos años. Todo esto lo escribí en cartas cerradas a gente allegada a mí. Si no salgo de aquí por mi propio pie, estas verdades suyas serán reveladas de inmediato. Como ven, es mejor que dejemos las cosas de este tamaño y nos olvidemos del espinoso asunto. Dejaré que como resolución a esta incomoda cita me destierren de la ciudad. Así se verá que algo salió de esta reunión. Me iré a mi hacienda de Guanajuato y asunto olvidado.

Don Francisco Javier de Lizana y Beaumont aceptó resignadamente la propuesta de la audaz señora. A él más que nadie no le convenía que estas verdades salieran a la luz. Hablando a solas por unos minutos con sus compañeros regresó a la mesa para despedir a la señora, quien podría de ahí en adelante presumir de ser una de las pocas personas que escapó a la mano sangrienta del Santo Oficio, sufriendo sus estertores y desapareciendo con la anhelada independencia de México.

El cura Zambrano, triunfante después de arrestar al embajador insurgente y su comitiva, dio el segundo paso en el tablero de la

contrarrevolución al convocar a los principales sujetos del vecindario, para que nombrasen una junta de gobierno que quedó instalada y compuesta por once vocales bajo la presidencia de Zambrano, jurando defender los derechos de Fernando VII y de la dinastía de Borbón.

La contrarrevolución había formalmente iniciado en el norte de la Nueva España. Se enviaron misivas a los representantes de los pueblos y puntos militares de la provincia, y en todos fue reconocida y obedecida la junta de gobierno realista. Se organizaron tropas, se aseguró la reclusión de Ignacio Aldama y su comitiva en una prisión de alta seguridad; se despojó de sus grados y empleos a los agraciados por Casas, y se reintegró a sus puestos a los realistas antes despojados; se liberó a los europeos y americanos presos, restituyéndoles su patrimonio; se desplegó una fuerza de quinientos hombres para marchar en busca de insurgentes, como la que el mismo Zambrano encabezó el 26 de Marzo en Laredo. Se puso en contacto con gente de Coahuila, en donde planeaba seducir a los jefes insurgentes. Zambrano nombró para este ambicioso objetivo a dos comisionados, los capitanes José Muñoz y Luis Galán, quienes fomentarían la contrarrevolución en Monclova e intentarían derrotar al general Jiménez en Saltillo.

Los comisionados de la junta de Bejar, a su llegada a Monclova, fueron sorpresivamente recibidos por el teniente coronel Ignacio Elizondo, quien en vez de enfrentarlos ferozmente, se pasó de su lado para secretamente enfrentar a los insurgentes.

Elizondo explicó a los comisionados la importancia de aprehender al jefe insurgente Pedro Aranda, para así tomar control total de Monclova y fraguar un plan para recibir a Allende y su comitiva y arrestarlos a todos en un solo asalto.

Don Pedro Aranda, hombre de sesenta y tres años, ojo alegre con una gran debilidad por el vino y las mujeres, fue invitado a una gran fiesta donde él y sus hombres serían sorprendidos por Elizondo. El traidor llegó por sorpresa a la villa al anochecer, con cosa de doscientos hombres y cayó sobre los invitados, apresándolos y haciéndose dueño de la artillería. Todo esto lo logró en el espacio de unos minutos sin disparar un solo tiro. Elizondo, verificada la contrarrevolución, creó una junta de gobierno, la cual regresó el mando de la provincia interinamente a don Ramón Herrera, dejando así maniatado al único hombre que podría avisar a Jiménez de la traición de su hombre de confianza en el norte.

Crisanto abrió lentamente los ojos tratando de saber qué había

ocurrido. Se sentía como si hubiera sido narcotizado. Su cuerpo le dolía como si una estampida de bisontes hubiera pasado sobre él. Se encontraba solo, en una pequeña, fría y maloliente celda, donde la poca luz que entraba, lo hacía a través de una ventana enrejada a dos metros de alto. Un quejido de dolor escapó de su boca. La golpiza propinada por el carcelero había sido bestial. Las costillas le punzaban al intentar respirar profundamente. La cabeza le daba vueltas. No sabía si era por la falta de alimento o por algún golpe recibido.

Crisanto temía por su vida. Sabía que él y Aldama serían ejecutados por traición a la corona. Lo escuchó de labios de ellos al ser transportados como animales de zoológico de Bejar a Monclova. La angustia lo abrumaba. Sabía que de este embrollo difícilmente lo sacaría Hidalgo y su dinero.

—Veo que ya despertaste. Pensé que el Mayor te mataba a golpes. Para tu consuelo no eres el único rebelde preso, pero si el de más rango, solo abajo del embajador Aldama —le dijo el guardia que hablaba con él asomando la cara por la ventanita de la puerta de la celda.

—Ese hombre casi me mata a golpes. Me duele todo el cuerpo.

La cerradura de la pesada puerta se abrió y entró el obeso guardián con pistola en mano. Su rostro se asemejaba mucho al de un sapo. Un batracio humano que fungía como carcelero.

—Te traje un poco de agua de sabor y carne con papas. Ahí hay una cubeta limpia para tu aseo personal. El mayor me acaba de asignar tu cuidado especial. Algo encontró en ti que te hace especial. Claramente me dijo: “Cuídame bien a esa perlita francesa, Otón, que con tu vida me pagas si algo malo le pasa”.

Crisanto sudó frío al escuchar esas palabras. Lo de perlita sonaba a que el Mayor ya sabía sobre su doble sexualidad. Sintió que sus intestinos se aflojaban del miedo. El solo hecho de pensar que aquel transgresor intentara violarlo o tomarlo como su amante, le aterraba sobremanera.

—Muchas gracias, Otón. Muy gentil de tu parte.

El rostro porcino de Otón se iluminó con una sonrisa perversa. Parecía que había un buen entendimiento entre los dos.

Allende y Jiménez tomaron la decisión de abandonar Zacatecas con rumbo a los Estados Unidos. Calleja andaba muy cerca y no querían

exponerse a ser totalmente liquidados por una agresiva ofensiva del talentoso brigadier español. Allende no confiaba en Rafael Iriarte y temía una traición si seguía con su gente en la ciudad minera. La opinión de Hidalgo ya no era tomada en cuenta por ellos. El cura era una figura decorativa para que los indios siguieran creyendo en la guerra insurgente. La decisión de huir hacia los desiertos del norte estaba tomada. El camino sería por Coahuila y contaban con el apoyo conseguido por Ignacio Aldama, sin saber que éste ya estaba preso y que, en una bien tramada traición, todos los jefes insurgentes serían atrapados como pollitos en una caja.

Ignacio Elizondo fraguó la emboscada perfecta para sorprender a Allende y apresar a toda la comitiva insurgente. Conocía bien el itinerario que traían, y que el día 21 de Marzo arribarían a las norias de Acatita de Baján, por ser el único aguaje que existía en toda aquella extensa e inhóspita comarca.

Elizondo montó todo un show para hacer creer a los jefes insurgentes, que tanta tropa esperándolos, era para homenajearlos y reforzarlos en su azaroso andar hacia los Estados Unidos.

Echando el plan en marcha, salió Elizondo de Monclova, el 19 de marzo por la tarde al frente de trescientos cuarenta y dos soldados veteranos, milicianos y vecinos, liderados estos por el administrador de rentas don Tomás Flores y por alcalde de justicia de San Buenaventura, don Antonio Rivas. En una loma de la áridas tierras coahuilenses, Elizondo formó a su ejército en una larga línea para hacer los merecidos honores militares al paso de Allende y los demás jefes, dejando a su retaguardia, en un oculto recodo de una loma a un destacamento de cincuenta hombres y adelantó otro al frente, compuesto de indios y comanches; mezcaleros de la Misión de Peyotes, bien instruidos en lo que debían ejecutar llegado el momento.

Al frente de toda esta gente, en tan estratégica posición, el traidor Nacho Elizondo esperaría pacientemente la llegada de los jefes insurgentes, que se daría a eso de las nueve de la mañana del histórico 21 de marzo de 1811.

Crisanto Giresse no podía creer su suerte al haber caído preso en manos de un desenfrenado sexual. Su vida estaba en manos del español Aquiles Moncada. Peninsular honorable, padre de seis hijos y casado con una abnegada criolla de alta alcurnia en Monclova que se desvivía por la iglesia. El Mayor Moncada era famoso por ser de los que mejores limosnas y diezmos entregaba a la Iglesia. Don Aquiles era quizá uno de los más ejemplares españoles residentes en

Monclova. Una figura intachable con una reputación sin manchas. Con la revuelta insurgente se había convertido en el director de la cárcel de la ciudad y su trato hacia los presos insurgentes era inclemente. «Quien traiciona al virrey merece la horca», decía en todo momento.

Fuertemente amarrado de muñecas y tobillos, recostado bocabajo en una cama, Crisanto sentía como su carcelero lo penetraba indistintamente por las dos entradas naturales con las que contaba su singular naturaleza. Crisanto, con los ojos congestionados en dolor y furia, sentía el peso del obeso carcelero sobre su espalda. El aliento fétido a cerveza y excremento resoplaba sobre su cara. Don Aquiles pujaba como un toro de Lidia para gozar a lo máximo la joya de mujer u hombre que dios le había mandado por sus buenos actos hacia su Iglesia.

—Que bien aprietas por tus dos hoyos, francesito precioso. Nunca te voy a dejar libre. ¿Sabes? ¡Serás mío para siempre! ¿Lo oyes bien, perlita francesa? ¡Mío para siempre! Ahora te voy a poner bocarriba y tú serás el que me empale con tu enorme falo. ¡Anda cabrón precioso que la noche es larga!

—Sé por muy buenas fuentes, que Hidalgo ha sido despojado de su cargo de Generalísimo. El que ahora manda es Ignacio Allende —dijo Rodolfo Montoya a la *Güera* Rodríguez, los dos cómodamente sentados en una banca de fierro forjado pintada de blanco, en el jardín de su nueva casa de Guanajuato. Doña Ignacia había sido desterrada de la Ciudad de México por el sacerdote virrey, don Francisco Javier de Lizana y Beaumont. La hábil *Güera* había sorteado el ser torturada hasta la muerte en el macabro y legendario edificio de la esquina chata. El ser desterrada por la Inquisición, era una victoria histórica, si se le compara con la suerte negra que corrieron otras inocentes mujeres, acusadas de brujas o marranas, muchas décadas atrás. Quizá si ese rápido juicio hubiera ocurrido un siglo antes, la *Güera* no la hubiera librado tan fácil. La Santa Inquisición estaba ya casi de salida a inicios del siglo XIX, viviendo su estertor como la maléfica institución de la muerte que acabó con la vida de cientos de inocentes acusados de infieles.

—¡Es una lástima! La rebelión perderá fuerza, Rodolfo. Allende es muy buen militar pero no tiene el poder de convocatoria que tiene el padre Hidalgo.

—Su situación es difícil, *Güera*. Calleja intentará capturarlos en Zacatecas.

—Espero que no lo logre.

—No hay un plan fijo todavía. Mañana salgo para Coahuila, donde se cree que huirán los rebeldes.

—¿Hasta cuándo vas a aguantar estar en el lado equivocado de la contienda, Rodolfo?

Rodolfo tomó a doña Ignacia tiernamente de la mano. Desde su último candente encuentro se miraban y se sentían de otro modo. La *Güera* lo procuraba y respetaba su vida matrimonial. Montoya hacia otro tanto, no cuestionándole nada sobre sus amores. Era una relación afectiva sin remaches, lo que la hacía cómoda y llevadera para ambos.

—Había estado pensando en unírmeles en la batalla de Calderón. Después del adverso resultado de la contienda, francamente me eché para atrás.

—Entonces hazlo ahora que van para Texas. Necesitan apoyo y recursos. Te aseguro que Hidalgo y Allende te recibirían con los brazos abiertos.

—Buscaré el modo, *Güera*. Lo que si te advierto es que si son atrapados, intentaré liberarlos sin dejarme atrapar. Si los llegan a encarcelar o fusilar, me uniré a otras fuerzas del occidente, pero seguiré la luz de la antorcha incendiaria que prendió nuestro amigo el cura.

—Estoy muy orgulloso de ti, Rodolfo.

La *Güera*, sin pensarlo dos veces, besó apasionadamente al hombre del que se había enamorado. Ambos vivían una relación extraña, donde ambos sabían que lo suyo no tenía futuro. Doña Ignacia no estaba dispuesta a destruir el matrimonio de su gran amigo. Quería mucho a Lina y por nada del mundo le arrebataría a su hombre. Rodolfo no estaba dispuesto a dejar a su familia por Ignacia. Ambos los sabían, lo aceptaban y por lo tanto vivían el momento al máximo. La alcoba de la *Güera* estaría ocupada un par de horas en la que el amor fluiría a cantaros. Después, ambos continuarían con su compartida misión: Rodolfo unirse a los insurgentes y la *Güera* continuar apoyándolos económicamente.

La columna insurgente partió hacia el norte el 17 de marzo de 1811. Una larga nube de tierra anunciaba el lento avance de la procesión. En ella venían mil quinientos hombres, armados con 24 cañones y con medio millón de pesos para hacer frente a los gastos que tamaño

desplazamiento implicaba. La fila era tan grande que era difícil ocultarla y por lo tanto su avance no era tan sigiloso como Allende hubiera querido.

Monclova era de nuevo territorio realista, ya que el traidor Ignacio Elizondo había aprehendido al gobernador insurgente Pedro Aranda, en una alegre fiesta entre suripantas y alcohol.

El 19 de marzo partió un contingente compuesto por rancheros, indios y soldados realistas, al mando de Ignacio Elizondo y Tomás Flores, iban al encuentro de la larga columna insurgente en las norias de Acatita de Baján.

Los rebeldes llegaron el día 20 a Castaños. Hidalgo y su gente habían pernoctado en la hacienda de Santa María. Pasaron el día 18 por la cuesta del cabrito y por Mesillas hasta llegar a la Hacienda de Anelo. Como parte de la segunda jornada, el día 19 llegaron a la Joya, a tan solo veinticuatro kilómetros de Acatita. Ahí tomaron un día de descanso para recuperar fuerzas y esperar a los que venían rezagados. Un enviado de Elizondo, llamado Pedro Bernal, se presentó ante Mariano Jiménez como emisario insurgente de Monclova. Saludó a Jiménez fraternalmente y le hizo saber que el camino a Bajan estaba limpio de realistas y que Elizondo los esperaba para darle un recibimiento acorde a la envestidura que él y Allende tenían. Una gran fiesta de bienvenida estaba esperándolos en Monclova.

Pedro Bernal regresó al lado de Elizondo para informarle que nadie en el campamento insurgente sospechaba de él. Elizondo preparó a su ejército en una loma del desierto de Acatita de Baján, desde donde se contemplaba el camino que culebreaba hacia ellos, sin que los que venían pudieran ver lo que había oculto detrás de la loma, que en este caso era toda la fuerza realista, esperando para apresarlos, carreta por carreta, hombre por hombre.

La caravana insurgente viajó de madrugada para llegar al encuentro de Elizondo. A eso de las 9 de la mañana del 21 de marzo, la diligencia de Allende, a la vanguardia de la larga caravana de carros se presentó ante Elizondo y una valla de honor que impresionó al capitán general de los ejércitos rebeldes. «Ha valido la pena pasar tantas penurias para encontrarse con amigos», pensó Allende al ver la robusta figura de Nacho Elizondo con una sonrisa de oreja a oreja en su mofletudo rostro.

Allende fue el primero en bajar del coche para dar un fraternal abrazo a Elizondo.

—Es usted todo un patriota, capitán Elizondo. Créame que sabré recompensarlo bien por este noble gesto a nuestra causa liberal. Elizondo tragó saliva nerviosamente. Las palabras parecían

atorarse en su rollizo gaznate para apenas musitar:

—Entregue sus armas, capitán Allende. Esta usted detenido a nombre del brigadier Félix Calleja. Todos ustedes son mis prisioneros. No haga ninguna estupidez o serán abatidos a tiros por mis hombres.

—¡Eso no! Yo no me rindo. ¡Primero morir que entregarme!

Allende frunció el ceño en gesto de furia. Sacó su pistola y sin dar tiempo a Elizondo le disparó a la cara sin acertar el tiro. Elizondo corrió hacia sus hombres, que sin pensarlo abrieron fuego contra Indalecio Allende y las ventanas del carruaje, hiriendo en el cuello a Joaquín Arias y matando a Indalecio Allende, quien caía muerto ante los ojos de su padre, al haber intentado defenderlo con su arma. Ignacio Allende cayó sobre el cuerpo ensangrentado de su hijo lanzando un grito ahogado de dolor. Los hombres de Elizondo atraparon a Jiménez, quien se había aventado fuera del coche y se encontraba bocarriba con las manos en alto en señal de rendición, luego tomaron las riendas del coche para hacerlo avanzar hacia el otro lado de la loma para no levantar sospechas en los siguientes carros que se acercaban al encuentro con Elizondo.

—¡Eres un maldito asesino! —dijo Allende a Elizondo, hecho un mar de lágrimas, maniatado por los solados realistas.

—Fue tu culpa, Ignacio. ¡Nunca debiste haberme disparado!

Del mismo modo que con Allende, minutos más tarde Elizondo vio llegar al cura Miguel Hidalgo montando un brioso caballo color blanco, seguido por Marroquín y sus hombres. Elizondo, en un abrazo de Judas le dijo al oído que se rindiese, que todo estaba perdido. Hidalgo, reaccionado con cólera, intentó sacar su pistola pero se frenó al ver que sería abatido en el intento. Con gesto despectivo solo comentó al traidor Elizondo:

—Es usted el ser más despreciable que puede existir. Un traidor, una vergüenza para la causa insurgente. Una mancha indeleble y hedionda en la historia de esta revuelta por la libertad.

—Lo siento, padre. Era mi deber poner un alto a esta locura.

Hidalgo se echó para adelante sin poder hacer nada por estar agarrado

por tres soldados realistas. Su guardaespaldas Marroquín, sangraba profusamente de la nariz al haber sido golpeado con una culata al intentare defender al cura. Minutos después Joaquín Arias moría desangrado por la horrenda herida recibida en el cuello en el arresto de Allende.

Elizondo, dejando perfectamente custodiados a los jefes insurgentes, se adelantó al encuentro de la principal tropa rebelde de Allende, formada con ciento cincuenta hombres y decenas de indios. Se encontró con ellos a un cuarto de hora de camino y después de pedirles que se rindieran no tuvo otra opción que abrir fuego hacia ellos. Elizondo se echó sobre el jefe principal, dándole muerte y llevándose a varios más con la primera ráfaga realista. Los soldados de Elizondo se hicieron de los cañones, matando a lanzadas a los artilleros insurgentes; esto puso en fuga a varios rebeldes y obligó a la mayoría a unirse a Elizondo para salvar el pellejo. Elizondo se apoderó de los veinticuatro cañones de diversos calibres y más de medio millón de pesos en dinero y barras de plata.

El eficiente traidor capturó a ochocientos noventa y tres insurgentes y liquidó a cuarenta; entre los capturados había muchos coroneles, mayores, y oficiales de todas graduaciones. Casualmente, solo Rafael Iriarte pudo escapar y alejarse del peligro sin poder darle alcance.

La noticia de la aprehensión de Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Jiménez llegó al virrey en la tarde del 8 de abril de 1811, lunes santo. Misiva que Calleja envió tres días antes desde San Luis.

El Virrey, lleno de felicidad por tamaño triunfo, hizo repicar las campanas de todas las iglesias y lanzó muchas salvas de artillería. Frente al Palacio de los Virreyes se congregaron los españoles felices de que el levantamiento había terminado. Los seguidores de la insurgencia no lo podían creer y prefirieron esperar a que por otros lados llegaran noticias diferentes. Nadie en la ciudad sabía de las desavenencias entre Allende e Hidalgo, y mucho menos que hubieran sido tan torpes como para viajar juntos en una caravana, cuando todos los realistas seguramente sabían hacia donde se dirigían para ser apresados.

Los jefes insurgentes y demás presos fueron conducidos a Monclova, y a su arribo se encontraron con salvas de artillería, disparadas con los mismos cañones que les fueron arrebatados en Acatita de Baján. Los Monclovenses, ahora volcados con los realistas, gritaban vivas a Fernando VII y pedían la sangre de los traidores. Ignacio Elizondo, como todo un César aclamado por el senado, expandía su ancho pecho

y miraba satisfecho al vociferante pueblo, que le agradecía el haber salvado Monclova y capturado al azote del virreinato. El pueblo los acusaba de ser agentes de Napoleón, sembrando el desorden y la discordia en la Nueva España. Con coros macabros pedían las cabezas de Hidalgo y Allende sobre dos picas. Elizondo lo pensó por un momento. Qué gran triunfo sería el suyo el mandar al virrey en cajas con sal las dos cabezas de estos facinerosos. La cordura volvió de nuevo a él y esperaría las órdenes del brigadier Calleja, sobre el correcto proceder con los prisioneros.

Afortunadamente para la insurgencia, esto no era el fin de la conspiración. La revolución había sufrido un golpe casi mortal y definitivo al apresar a los jefes insurgentes, pero todavía contaba con elementos para continuarla en el Norte con Ignacio López Rayón, quien aún tenía un regular cuerpo de ejército y con don José María Morelos en el Sur, donde empezaba a ser la piedra en el zapato de las columnas españolas de tierra caliente.

21 · Los mártires son ejecutados

Que se le quite la máscara a la independencia,
porque ya todos saben la suerte de Fernando VII.
José María Morelos.

Voy a hablar a V. E. le dice, castellanamente, con toda la franqueza de mi carácter. Este vasto Reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila; sus naturales y aun los mismos europeos, están convencidos de las ventajas que les resultarían de un gobierno independiente, y si la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, según observo, que hubiera sufrido muy poca oposición. Nadie ignora que la falta de numerario la ocasiona la península; que la escasez y alto precio de los efectos, es un resultado preciso de especulaciones mercantiles que pasan por muchas manos, y que los premios y recompensas que tanto se escasean en la colonia, se prodigan en la metrópoli.
Carta de Calleja al virrey Venegas
29 de enero de 1811

De la *Loma del Prendimiento*,(1) los prisioneros fueron llevados a Baján por la tarde. Hidalgo y sus compañeros permanecieron atados en un caserón conocido como la Muralla, y el resto, como animales en un corral a la intemperie. En la exitosa operación de Elizondo murieron 40 insurgentes y 893 fueron apresados.

El 22 de marzo de 1811, fueron trasladados a Monclova. La procesión de prisioneros insurgentes entró por la Calle Real o Camino al Saltillo (hoy calle Zaragoza), llegando al callejón de los Nogales (hoy Abasolo), donde se detuvieron en la fragua del francés Marcos Marchan, para que colocara grilletes a los jefes del movimiento. Los

reos fueron repartidos entre el hospital militar y la Capilla de la Purísima, edificación ubicada al sur del Palacio de Gobierno. A los caudillos, a diferencia del trato al resto de los demás presos, se les permitió recibir visitas. La familia Montemayor se encargó de llevar alimentos, especialmente cocinados para el cura de Dolores.

Después de consultar con el virrey, se decido finalmente que Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y Abasolo, junto con el resto de los 22 jefes insurgentes de menor rango, fueran enviados a la Villa de Chihuahua para enjuiciarlos y liquidarlos por alta traición a la patria. La larga ruta de la independencia, que inició una fría madrugada en Dolores con el tañer de la campanas de la iglesia y un grito de mueran los gachupines, terminaba seis meses después en Monclova, en el Hospital Real de la provincia que serviría como prisión a los hombres que ofrendarían sus vidas para dar nacimiento a una nueva nación independiente en América.

El día del traslado, de los veintiocho prisioneros que formaban la lista de caudillos, finalmente llegó. Entre ellos, como los principales dirigentes: Hidalgo, Allende, Jiménez, Santa María, Lanzagorta y Abasolo. En Monclova permaneció el resto de los rebeldes, que sin un juicio previó fueron fusilados sin ninguna clemencia. Otros más afortunados fueron condenados como esclavos a trabajos forzados en las haciendas de los españoles agraviados por el levantamiento. El 26 de marzo, continuó su viaje la caravana de prisioneros hacia Chihuahua. Eran conducidos entres dos columnas de veinticinco realistas fuertemente armados. Un soldado tiraba de las mulas que montaban los rebeldes y atrás de ellos venían dos apuntándoles con una lanza. Antes de la llegada de la luna, sin probar bocado alguno y tatemados por el abrasador sol, los prisioneros eran colocados en el centro de una valla de monturas para recibir una mísera ración de carne al final de la jornada.

Terminado su magro refrigerio, eran atados de pies entre cuatro prisioneros, con un hombre tras de ellos amenazándolos todo el tiempo con una lanza. Dormían a campo raso, sujetos a las inclemencias del tiempo y de las agresiones de los guardianes que gozaban molestarlos y hasta golpearlos.

Siguieron así su camino hasta llegar a la hacienda de San Lorenzo, muy cercana a Parras, Coahuila, donde Salcedo envió los eclesiásticos a Durango, apartando a Hidalgo por ser el jefe máximo y de trato diferente.

Salcedo continuó el viaje con sus importantes prisioneros, atravesando

el Bolsón de Mapimí y varias rancherías con unas cuantas casuchas insignificantes, hasta que por fin el día 23 de abril, un mes después de la traición de Elizondo, llegaron a Chihuahua.

Don Ignacio López Rayón recibió a Rafael Iriarte en Saltillo. La fortuna parecía siempre estar del lado del insurgente potosino que de todas las batallas se escapaba milagrosamente.

—¡Qué suerte la suya don Rafael! Apenas puedo creerlo. Todos los jefes insurgentes fueron capturados en Acatita de Baján y usted escapó milagrosamente —dijo López Rayón, estrechando su mano en gesto amistoso.

—Cosas de la suerte, mi general. Como prueba de mi lealtad le traigo un prisionero realista de alto rango.

López Rayón invitó a Iriarte a tomar asiento en la mesa. Le sirvió una copa de coñac y ambos brindaron. El comedor del caserón daba a un amplio patio, bordeado de columnas que sostenían los arcos de la hermosa construcción.

—¿Quién es el prisionero?

—Es un hombre de confianza de don Feliz María Calleja. Lo capturé cuando andaba camino a Saltillo indagando por usted.

—¿Ah sí? Hágalo traer aquí para conocerlo.

Unos minutos después entró al comedor el mentado prisionero. Rayón lo recibió con mirada fría y reservada.

—¿Así que usted anda preguntando por mí? ¡Aquí estoy! ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Rodolfo Montoya. Capitán del ejército del brigadier Félix María Calleja. Es cierto que preguntaba por usted, y no fui capturado por Iriarte. Yo me entregué solo porque quiero unirme a los insurgentes, y que mejor manera de hacerlo que pedírselo directamente al jefe máximo del levantamiento insurgente, el general don Ignacio López Rayón.

Rayón sonrió halagado por las palabras del prisionero. Hablaba como un hombre con bases y decisión. Sirvió una copa de coñac y se la estrechó para ambos brindar.

—¿Dígame don Rodolfo, en unas cuantas palabras por qué quiere

dejar un puesto de tan alto nivel con Calleja para unirse conmigo, en lo que es quizá una causa perdida que lo lleve al cadalso?

—Estoy harto de ver los abusos de los peninsulares sobre los criollos e indígenas de la Nueva España. No es justo que ellos se queden con todo y nos exploten como si fuéramos unos ciudadanos de segunda por el hecho de haber nacido en la Nueva España, aunque nuestros padres sean españoles. Los gachupines se sienten una raza divina y privilegiada, cuando no son nada, mucho menos ahora que tienen la bota francesa de Napoleón en el cuello. Este es justo el momento en la historia en el que debemos separarnos de España y formar un nuevo país independiente, como los son los Estados Unidos. No quiero seguir apoyando a los realistas para de nuevo poner grilletes al sueño de Hidalgo. Quiero un nuevo país, y quiero, si es preciso, morir por conseguirlo, a seguir matando y sometiendo a mis hermanos de sangre para sostener a un rey preso, con una bacinica a su lado en una sucia prisión en Madrid.

—Necesito analizar bien su situación, capitán. Regrese a sus habitaciones que lo mantendré al tanto. Primero debo finiquitar un asunto con mi amigo Iriarte y luego pondré ojos al suyo. Puede usted retirarse.

—Gracias, mi general. Muy gentil de su parte.

Iriarte no podía creer lo que le ocurría. De los brazos lo tomaron cuatro hombres de Rayón, que sorpresivamente irrumpieron en el comedor, apenas salió Rodolfo Montoya.

—Esto es un atropello a mi persona. ¿Cómo se atreve a apresarme, miserable?

Rayón camino hacia el prisionero. De su casaca sacó un documento que mostró al frenético potosino.

—No. Eso no es posible.

El documento contenía instrucciones precisas de Allende de fusilar a Iriarte por traidor. El jefe máximo de la insurrección simplemente cumplía las órdenes.

—Lo siento, don Rafael, pero que bueno que es así, porque yo tampoco confiaba nada en usted.

—No. No me puede hacer esto. No, don Ignacio. ¡Ayúdeme por favor!

Desde la ventana de sus habitaciones Rodolfo Montoya contempló como caía muerto ante el pelotón, el hombre que lo había detenido horas antes. La guerra era así e Iriarte moría por haber levantado demasiadas sospechas en los jefes insurgentes.

A la hora fue llamado Montoya de nuevo, para darle la bienvenida Rayón como nuevo miembro de la causa insurgente.

Ignacio Aldama fue el primero de los jefes insurgentes que fue ejecutado. Si darle oportunidad de defenderse, fue juzgado en Monclova y fusilado el 20 de junio de 1811. Dos días antes de su fusilamiento escribió un manifiesto al Virrey Venegas, pidiendo perdón y arrepintiéndose de haber traicionado al rey.

Nuestro gran Dios y Señor de cielos y tierra, que dio a su mismo Hijo por salvarnos, y no omite medio alguno para nuestra salvación y felicidad eterna, por los caminos mas incógnitos a la penetración humana, se ha dignado abrir los ojos del mayor de los pecadores, que soy yo, por medio del prudente y sabio confesor que le destinó su providencia, y por los auxilios y reflexiones que le ha permitido en sus calabozos y prisiones, para confesar a la faz del mundo, que preocupado mi entendimiento del error, obscurecido hasta el grado de no conocerlo, llegó a creer justa la insurrección que ha ocasionado en el Reino tan grandes desgracias, desórdenes y perjuicios al Estado, a nuestros hermanos los europeos, a los mismos criollos y a sus inocentes familias; pero verdaderamente arrepentido de todos sus errores y delitos, y deseoso de dar una pública satisfacción en desagravio de nuestro Redentor Jesucristo, de mi madre María Santísima de Guadalupe, y de todos mis prójimos y hermanos, no puedo menos en el trance de la muerte en que me hallo, que confesarlos, llorarlos, detestarlos y aborrecerlos; suplicando a todos cuantos por mi causa, directa o indirectamente hubieren recibido algún perjuicio espiritual o temporal; a cuantos haya escandalizado y seducido con mi mal ejemplo, con mis persuasiones de palabra, por escrito o en cualquiera otra forma; a cuantos he injuriado y calumniado, tanto europeos como criollos, especialmente a los señores sacerdotes, a los santos y venerables religiosos de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen, a los señores arzobispos y obispos del Señor, a los señores inquisidores, a los rectos y justos tribunales y magistrados, y a todas las clases del Estado, me perdonen por amor de Dios, y que quemen y despedacen cuantos papeles se encuentren míos, y crean que la verdadera felicidad consiste en la paz, y en la obediencia, sumisión y respeto a las legítimas autoridades, y a las justicias establecidas por Dios y por el Rey nuestro señor para mantener el buen orden, quietud y seguridad de sus amados vasallos, y que se desengañen, y en mí tienen el evidente ejemplar o desengaño de pobreza, imbecilidad y miseria del humano entendimiento, y de que para humillar mi soberbia y presunción

de que algo supiese por ser letrado, se ha dignado castigarme con haber caído en tan crasos errores, que apenas se hacen creíbles, y han ocasionado mi ruina y el justo castigo que voy a sufrir, para satisfacer con mi vida los agravios y ofensas hechas al Señor que me crió y redimió, y en cuyas manos pongo mi pobrecita alma, para que por su preciosa sangre y méritos infinitos de su sacratísima vida, pasión y muerte, y los de su Santísima Madre, se digne perdonarme y sacar me de este mundo concediéndome su gracia en la hora de mi muerte.

Ciudad de Monclova, 18 de Junio de 1811.
Lic. Ignacio Aldama(2)

Martiniano López, por ser de los últimos de la larga fila que seguía a Allende en las norias de Acatita de Baján, tuvo oportunidad de milagrosamente huir de la asolada que Elizondo envió por sorpresa para atrapar a las huestes de Allende de un solo golpe. Perdiéndose entre las áridas e infinitas lomas, Martiniano cabalgó toda la mañana por el desolado desierto sin saber adónde dirigirse. A eso del medio día su caballo no pudo dar un paso más. El abrasador sol y la falta de agua lo estaba matando. El coraje por la traición de Elizondo era como un fantasma que lo perseguía por las áridas tierras por donde deambulaba. Sabía que de esa traición no saldrían vivos ni Hidalgo ni su tío Mariano.

A los realistas les urgía liquidar de un solo golpe a todos los jefes insurgentes, para así asustar a Morelos y sus rebeldes del sur y, principalmente a López Rayón en Saltillo, quien aún estaba en pie de guerra.

Descansando bajo la débil sombra de un árbol del desierto, Martiniano empezó a delirar. La falta de agua lo estaba matando. El chupar la savia de una espinosa cactácea le ayudó un poco a calmarle la sed que lo atormentaba. Minutos después regresó la tortura por falta de agua. En su delirio imaginaba a los cadáveres de los gachupines de Guanajuato salir de sus tumbas para cobrar venganza. Uno de esos cadáveres era el descarnado Evaristo Obregón, quien con su huesuda mano apretaba su garganta para estrangularlo.

Una oscuridad y extraño silencio empezaron a reconfortarlo. La muerte empezaba a acariciarlo con sus frías y huesudas manos para llevárselo sin dolor a su reino de sombras y tenebrosidad.

—¡Despierta amigo! —le dijo un hombre vestido con indumentaria de apache, mientras le daba de beber de su cantimplora de piel de venado.

La fresca agua impregnó sus secos labios. El preciado líquido dador de vida, se la regresaba poco a poco, al igual que al pobre caballo, que los otros indios resucitaban lentamente.

—Tranquilo amigo. Yo y mis hermanos ser tus amigos. Tranquilo.

Minutos después Martiniano estaba de vuelta. Los lipanes le ofrecieron carne seca y agua. El insurgente se sentía como Lázaro al volver de la muerte.

—Gracias. Me han salvado la vida.

El jefe lipán y sus compañeros lo miraron sonrientes. El salvar una vida les reconfortaba su espíritu.

—Nosotros también pelear en Guanajuato con padrecito Hidalgo.

—¿En serio? ¿Quién eres tú?

—Soy Guacho, el hijo de Cusazo, jefe de los lipanes de los territorios del norte.

—¡Eres un apache!

—Lipán, amigo.

—Llámame Martiniano, Guacho. ¡Somos amigos!

—Lipanes y apaches provenimos de la misma familia, Martano. —Martiniano.

—Mar... tanio

—¡Martiniano!

—Mart... y ano

—Como puedas decirlo, Guacho. No importa.

—¿Qué hacer tú, apenas estar bien, Martano?

Martiniano sacó un cigarrillo de su bolsa y ofreció otro a Guacho. Lo encendió y dio un larga y deliciosa fumada. Guacho lo contemplaba con admiración. El también dio una profunda fumada sin toser. Si algo hacían bien los apaches, era fumar.

—Volver a la guerra por la independencia, Guacho. No pararé hasta

conseguirlo. Ven conmigo y sigamos luchando juntos.

—Yo conocer padrecito y saludarlo hace meses. Yo quererlo y seguirlo.

—Ese cura es mi padre, Guacho. Es mi familia.

—¡Tu hijo de cura! Yo seguir contigo en pelea, amigo. —Gracias Guacho. Hay que buscar como rescatarlo. Los soldados del rey lo han apresado.

Guacho estrechó su mano en aprobación. Sabía que juntos harían la gran diferencia.

—Guacho contigo buscarlo y salvarlo, Martán.

El juicio a Hidalgo, por ser de carácter doble, causó más demora que el de los demás jefes insurgentes presos en Chihuahua. El 14 de Mayo de 1811, el obispo de Durango, Francisco Olivares, comisionó al cura Francisco Fernández Valentín, para que una vez que Hidalgo fuera juzgado como civil, se procediese a su degradación sacerdotal y excomunión. El juez Ángel Abella tomó a Hidalgo las declaraciones en los días 7, 8 y 9 de mayo. Después se dio paso al juicio eclesiástico, suscitándose una cuestión canónica, sobre si el Doctor Valentín estaba autorizado y tenía la capacidad para llevar a cabo semejante degradación.

> *... y de nuevo le confiero para evitar mayores males: a cuyo fin, asociado de los curas ordinarios y castrense de esa villa, y del guardián de este convento de San Francisco, y por su falta del custodio de esas misiones, proceda usted a la degradación verbal de Don Miguel Hidalgo, cura que fue de Dolores, por una formal sentencia, y después a la real, procurando en lo que le permite su representación, conformarse en cuanto a estos actos y la forma, lugar y hora en que se hayan de ejecutarse con lo dispuesto en el Pontifical Romano en su respectivo lugar.*
>
> *Dios guarde etc. Durango, 18 de Julio de 1811.*
> *Francisco, obispo de Durango.*(3)

Cubierto este requisito se dio paso a la desconsolada degradación, cuya constancia quedó aquí históricamente registrada:

> “En 29 del propio mes y año, estando el señor juez comisionado en el Hospital Real de esta villa con sus asociados y varias personas eclesiásticas y seculares que acudieron a presenciar el

acto, compareció en hábitos clericales el reo Don Miguel Hidalgo y Costilla en el paraje destinado para pronunciar y hacerle saber la precedente sentencia; y después de habérsele quitado las prisiones y quedado libre, los eclesiásticos destinados para el efecto le revistieron de todos los ornamentos de su orden presbiteral de color encarnado, y el señor juez pasó a ocupar la silla que en lugar conveniente le estaba preparada, revestido de amito, alba, cíngulo, estola y capa pluvial, é inclinado al pueblo y acompañándole el juez secular teniente coronel Don Manuel Salcedo, gobernador de Tejas, puesto de rodillas el reo ante el referido comisionado, éste manifestó al pueblo la causa de su degradación, y en seguida pronunció contra él la sentencia anterior, y concluida su lectura procedió a desnudarlo de todos los ornamentos de orden, empezando por el último, y descendiendo gradualmente hasta el primero en la forma que prescribe el Pontifical Romano.... y después de haber intercedido por el reo con la mayor instancia y encarecimiento ante e! juez real para que se le mitigase la pena, no imponiéndole la de muerte, ni mutilación de miembros, los ministros de la curia segral recibieron bajo su custodia al citado reo, ya degradado, llevándolo consigo, y firmaron esta diligencia el señor delegado con sus compañeros, de que doy fe — Francisco Valentín.—José Mateo Sánchez Álvarez.— Fr. José Tarraga, guardián.— Juan Francisco García.—Ante mí, Fr, José María Mojas”

Miguel Hidalgo y Costilla,
Ensayo Histórico y Biográfico, Gustavo Baz

La prisión que ocupaba Hidalgo en Chihuahua, era una austera pieza que estaba en el cubo de la torre de la capilla del Hospital. Los alcaldes a cargo de su férrea vigilancia, eran dos amables peninsulares llamados Miguel Ortega y Melchor Guaspe. Estos generosos caballeros se desvivían por atenderlo y llenarlo detalles y atenciones, hasta el grado de para algunos parecer como unos insurgentes doble cara.

—Le traje un delicioso molito con pollo que preparó mi esposa, señor cura. ¡Ande coma! ¡Le hará bien! —le dijo Ortega, poniendo la cacerola de barro sobre la mesita de madera, junto con un plato y cubiertos. Al lado había una servilleta con tortillas calientes y agua de limón en una jarra de vidrio.

—Eres tan amable, amigo. No encuentro como pagarte tus inmerecidas atenciones.

—Usted tiene que ser una figura que no decline. Una estrella que no

pierda su brillo. Nadie debe verlo triste o derrotado. ¿Sabe la cantidad de seguidores que tiene? Usted es la máxima figura que enarbola la bandera de la libertad en la Nueva España.

—Me levantas el ánimo, Ortega. A veces amanezco pensando que no soy más que un asesino de españoles y un aberrante sacerdote. Bueno, ya ni eso porque he sido degradado. Mis palmas fueron raspadas y ya no son sagradas. Me han vuelto un hombre común y corriente, al que ahora sí pueden matar en cualquier momento.

—¡Mentira! ¡Eso es una patraña! Usted siempre será sacerdote. Ese poder le fue dado de arriba y solo Dios allá arriba se lo puede quitar. Esos tipejos no tienen el poder para degradarlo, y eso usted bien lo sabe.

—El estar tan cerca de la muerte me hace dudar de tantas cosas, Ortega. Toda una vida sacerdotal para terminar balaceado como un simple ladrón de monte. ¿Qué será de mis hijos? Mi hermano Mariano no merece morir por mi culpa. ¿Qué ha sido de mi hijastro Martiniano? ¿Con mi muerte se acabará toda esta revuelta? ¿Habrá vida después de esta vida?

—Mi cerebro es muy pequeño para ayudarle padre. Si usted, que toda la vida ha sido un hombre de libros, duda, qué le puede decir un militar como yo, que solo sabe obedecer y no ha leído un libro en toda su vida. Me declaro un ignorante incapaz de discutir esto con usted.

Hidalgo sonrió alegre. Sus mejillas se abultaban al masticar las tortillas con mole. La punta de su nariz estaba manchada con el delicioso guisado. Sus ojillos verdes expresaban agradecimiento y bondad. Dos grisáceas ojeras marcaban su mirada. El último mes del cura había sido en penuria y las marcas las reflejaba su rostro

—Eres una gran persona, Ortega. No te aflijas por tonterías. Yo soy un cura ignorante sobre cuestiones de Dios. Lo que sé del Creador es un grano de arena, las playas del mundo es lo que desconozco.

Ortega miraba con asombro al cura de Dolores. Su admiración hacia él crecía más con el correr de los días.

—Me retiro padre. Afuera hay una persona que quiere verlo.

Crisanto lanzaba maldiciones y resoplaba como si estuviera a punto de entregar la vida.

—Te juro que si en alguna me zafo, te mataré como a un perro, cerdo

asqueroso.

—¡Calla y goza, preciosa! —repuso el verdugo, soltándole un fuerte latigazo en la espalda.

Crisanto, como en todas las ocasiones anteriores, se encontraba fuertemente amarrado bocabajo, por la cintura, tobillos y muñecas, en un acolchonado camastro, quedando con la espalda y trasero al aire para que el perverso de Moncada hiciera de las suyas con él. La espalda de Crisanto mostraba seis líneas sangrantes, provocadas por los latigazos propinados por el enfermo carcelero que gozaba de su cuerpo varias veces a la semana en un cuarto privado y olvidado, al lado de un caserón que comunicaba por una puerta secreta a la cárcel de Monclova.

El mayor Moncada, con una barriga equiparable a la de un becerro, buscaba la mejor manera de montar a su prisionero. La doble sexualidad de Crisanto era algo que le apasionaba y había traído felicidad a su aburrida vida matrimonial.

—¡Prepárate mi amor que te voy a llenar de placer!

Aquiles Moncada tomó con los dedos una plasta de suave mantequilla de una barra que su esposa le ponía en su refrigerio de todos los días. Suavemente la untó sobre las entradas naturales de Crisanto. Con una dulce mirada de degenerado, se colocó sobre la espalda de su prisionero sexual para vaciarse explosivamente dentro de él.

De pronto alguien irrumpió por sorpresa en el cuarto. Sin darle tiempo de decir algo al Mayor, el sorpresivo visitante lo dejó inconsciente de un brutal garrotazo rompe cráneos. Don Aquiles cayó como fardo sobre el suelo, a un costado del catre del placer.

El visitante desamarró al prisionero. Crisanto abrió los ojos con asombro y sorpresa. No podía creer quien había venido a salvarlo.

—¡Rodolfo Montoya! ¡No puedo creerlo! ¿Pero cómo supiste de esto?

—La *Güera* Rodríguez me informo sobre de ti, o mejor debería decir la prisionera Amparo Salvatierra, y de esta infamia que se rumoraba estabas sufriendo. Sé todo de ti, amigo y no vale la pena que lo comentes o trates de explicar. Eres mi más grande amigo y jamás diré nada de esto. Lo importante es huir de aquí. ¡Vamos! Lávate la cara, péinate y ponte este vestido y zapatos, que debemos salir por la calle como una pareja cualquiera, sin levantar sospechas.

Crisanto tomó la ropa de mujer que Rodolfo había preparado para su fuga. ¡En un segundo lo entendió todo!

—¡Espera! —dijo con un mirada de trastornado que inquietó a Rodolfo.

Sin darle tiempo a su salvador, Crisanto tomó su sable y en un arranque de desquite y de locura dio varios sablazos a Moncada, cercenándole la cabeza. La sangre del carcelero comenzó a expandirse sobre el piso como una voraz mancha escarlata.

—¿No preguntes por qué? Hay cosas que solo viviéndolas las entiendes. Día y noche soñaba con matar a este cabrón y se me concedió.

—Entiendo Crisanto —repuso Rodolfo, tragando saliva, con rostro asombrado.

—En un minuto estoy lista y nos largamos de aquí.

Minutos más tarde los dos huían rumbo a Saltillo, lejos de los realistas y en busca de un lugar seguro entre las fuerzas insurgentes donde pudieran continuar su lucha por la libertad.

—Necesito de su bendición, padre. Me he pasado al bando insurgente y Calleja no tarda en buscarme para fusilarme por traidor. —He sabido tanto de ti desde hace años Rodolfo, y no había tenido el gusto de estrechar tu mano. Sé que ayudaste a Martiniano. Sé que eres uña y mugre con Crisanto Giresse, a quien tanto aprecio también.

—Él también vino a visitarlo, padre.

Montoya miró hacia la puerta donde apareció una bella mujer elegantemente vestida y emperifollada. La cara de Hidalgo casi se le cae de la sorpresa.

—¿Crisanto?

—¡Amparo, padre! Frente a usted tiene a Amparo Salvatierra. —Entiendo... ¿Pero cómo es que se atrevieron a venir hasta aquí? ¡Es muy peligroso!

—Bien vale la pena el riesgo, padre.

—Confiamos en que usted, Allende, Aldama y Jiménez sean perdonados, padre. La mujer de Abasolo, por sus influencias, está por

sacar a su marido de aquí.

Hidalgo clavó su mirada nostálgica en sus amigos. Sabía bien que de esa no saldría jamás con vida, y ni siquiera estaba seguro de merecerlo.

—Mi hermano Mariano fue fusilado en Monclova. Fusilado como a vulgar asesino, sin ni siquiera darle oportunidad de defenderse con un abogado. Nacho Aldama fue también fusilado, hijos. Como verán esto no tiene vuelta para atrás. Moriré con la frente en alto, y espero que mi sangre sirva para nutrir la causa insurgente y sigan en pie de guerra, hasta conseguir la anhelada libertad para todos los hijos de la Nueva España.

—Usted no morirá, padre.

Amparo abrazó efusivamente al padre. Hidalgo no pudo contener las lágrimas.

—Prométanme que no se rendirán y continuaran mi sueño, Crisanto.

—Lo prometo, padre —respondió Amparo.

—Yo ya me uní a las fuerzas de Rayón, padre. ¡No hay vuelta atrás! A lo lejos vieron acercarse a Ortega, quien les informó que la visita había terminado.

Los dos visitantes, frente a Ortega, se despidieron con un abrazo de Hidalgo. Ortega sospechaba de ellos, pero fiero admirador de Hidalgo, se hizo el occiso y los dejó partir sin problemas. La figura del cura Hidalgo atrapaba a los corazones de quienes lo conocían.

Crisanto y Rodolfo abandonaron Chihuahua optimistas. El correr de los días les traería otras noticias adversas sobre la suerte de los cuatro líderes principales.

El día del juicio finalmente llegó para Allende, Aldama y Jiménez. Sin más gestiones que tomar sus declaraciones, y sin darles la oportunidad de que un abogado los representase, el Consejo de Guerra les dictó la mortal sentencia: "ser pasados por las armas del modo más ignominioso, con la confiscación de sus bienes y trascendencia de infamia a sus hijos varones, si los tuvieren, y demás que de ella resulta conforme a las leyes de la materia".

A la salida del sol del día 25 de junio de 1811, el alférez Ángel Abella se presentó en la celda de Allende, y haciéndole que se arrodillase le

leyó la sentencia, hizo entrar a un confesor para que lo preparara a morir, y después repitió el mismo proceder con Aldama, Jiménez y Manuel Santamaría.

A las veinticuatro horas del día siguiente, miércoles 26 de junio, llegó la hora de cumplir la sentencia. Se escuchaba el redoblar de los tambores, clarines, el marchar de tropas, voces de mando dando indicaciones a los soldados y el tañer de las campanas del pueblo, invitando a los chihuahuenses a presenciar el ajusticiamiento de los prisioneros.

Caminando lentamente con grilletes en tobillos y esposas en las muñecas, los condenados a muerte fueron conducidos a la plaza de San Felipe, donde los esperaba el pelotón de fusilamiento, a unos metros de los banquillos donde serían balaceados.

Se les ordenó sentarse en los respectivos banquillos, se les vendaron los ojos y se les giró para dar la espalda al pelotón que los acribillaría. Escuchando la ronca voz de mando del capitán Pedro Armendáriz, los condenados esperaron las detonaciones, con el corazón saltándosele de los pechos. La puntería de los soldados fue certera, atravesando limpiamente los corazones y acabando con ellos de manera instantánea. Manuel Salcedo ordenó que las cabezas de los insurgentes fueran cercenadas y colocadas en cajas con sal.

Los cuerpos, con su respectiva testa al lado, serían exhibidos el resto del día para satisfacción morbosa de los curiosos y para intimidar a los que pensaran continuar esa locura de una Nueva España independiente.

Hidalgo pasó sus últimos días en meditación y soledad. A momentos la depresión parecía acabarlo, y el buen Miguel Ortega, su carcelero y admirador, siempre buscaba cómo reanimarlo. Prueba de esto es el escrito dedicado a él, que con un carboncillo el cura escribió sobre la pared de la celda, la víspera de su ejecución:

“Ortega, tu crianza fina,
Tu índole y estilo amable,
Siempre te harán apreciable
Aun con gente peregrina.
Tiene protección divina La piedad que has ejercido
Con un pobre desvalido
Que mañana va á morir,
Y no puede retribuir
Ningún favor recibido.”

Para Melchor Guaspe,(4) el alcalde de la prisión, que lo colmó de favores como: una cama, buena comida, libros, instrumentos musicales y el permitirle recibir vistas, sin cuestionar en detalle quiénes eran, también le dejó su verso de agradecimiento:

“Melchor, tu buen corazón
ha adunado con pericia
lo que pide la justicia,
[verso perdido]
y exige la compasión;
Das consuelo al desvalido
en cuanto te es permitido,
partes el postre con él
y agradecido Miguel
te da las gracias rendido”(5)

A la mañana siguiente, 30 de julio de 1811, el día fatídico en que sería ejecutado, Hidalgo reclamó airadamente a Miguel Ortega el hecho de que se le diera menos leche y pan que los días anteriores. Ortega pidió disculpas y le sirvió una ración más generosa, mientras a su modo, buscaba disculparse y despedirse del cura:

—Padre Hidalgo, usted es la persona más admirable que he conocido. Nunca lo olvidaré. Estoy seguro que el país entero algún día le reconocerá el haberse sacrificado por darnos un reino libre e independiente de Europa.

—De eso no estoy tan seguro, Ortega. A veces pienso que después de que me maten, nadie jamás se acordará de mí, y todo volverá a la normalidad. De un modo u otro habré muerto en vano.

—Don Melchor dice que el virrey teme, que la llama que usted ha encendido, nadie la pueda apagar. Dice que hay otro cura igual que usted, un tal Morelos, que ya anda alebrestando al sur. Que los hermanos López Rayón siguen en pie de guerra en el norte. Que un capitán amigo de Calleja, un tal Rodolfo Montoya, se le ha volteado y unido a Nacho López Rayón.

El rostro de Hidalgo se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja. Sus labios, llenos de azúcar del pan dulce que comía, le obsequiaron la última sonrisa, que Miguel Ortega recordaría toda su vida.

—No sabes el gusto que me da escuchar eso, Orteguita. Me has hecho mi mañana.

Minutos después los soldados fueron por Hidalgo a su celda. Hidalgo

les obsequió los dulces que en días anteriores otros visitantes le habían traído.

—¡Anden hijos! Endúlcense la boca, para que el trago de matar a un cura no le sea tan amargo.

Los soldados miraron afligidos al cura y llevaron los chocolatitos a sus bocas.

Al descender por la larga escalera que conducía al patio, se despidió de mano y con gestos de todos los presentes. Melchor Guaspe no pudo evitar el derramar lágrimas por lo que se avecinaba. Ortega después de abrazarlo y darle un beso en la frente, se retiró dentro del edificio, para no ver como moriría aquel hombre que tanto admiraba.

Acompañaban al pelotón de fusilamiento los tenientes coroneles Salcedo, Pedro Nicolás Terrazas, José Joaquín Ugarte y Pedro Nolasco Carrasco, el capitán Simón Elías González y el teniente Armendáriz.

Hidalgo venía vestido con holgada camisa blanca, pantalón negro y botas de piel color negro, que lo acompañan desde el grito de Dolores. En su mano derecha cargaba un crucifijo y en la izquierda una biblia, con la que se cubría el pecho al caminar hacia el patíbulo. Al llegar al sitio de la ejecución, entregó la biblia al cura ahí presente. Los dos se despidieron con una mirada, que decía todo lo que sólo entre religiosos entienden.

Hidalgo tomó asiento en una pesada silla de madera, justo enfrente del uniformado pelotón de fusilamiento. Los soldados ataron sus tobillos con correas a las patas delanteras de la silla. Hidalgo miraba intimidante a sus ejecutores con el crucifijo tomado con las dos manos, sujeto en el pecho. Su calva brillosa estaba rodeada de su alborotado cabello blanco que crecía abundante a los lados. Un guardia le vendó los ojos con una pañoleta blanca. Hidalgo lo aceptó. «Es mejor no ver a la huesuda de frente», pensó.

Hidalgo colocó el crucifijo sobre el corazón. Los soldados, aún con los chocolatitos en sus bocas, sabían que ahí debían dirigir la descarga para evitarle sufrimientos. La primera descarga dio en el estómago. Ninguna bala tocó el pecho. Hidalgo lanzó un grito de dolor que heló las venas de los presentes. El crucifijo seguía asido a su mano derecha. Su cabeza intentaba mirar hacia el cielo, pero la venda se lo eclipsaba. Al cargarse hacia su costado derecho, la venda quedo atorada en el poste que sostenía el respaldo de la silla, dejándolo libre para mirar lo que ocurría. Su mano derecha casi tocaba con el crucifijo el suelo

terroso, pero ni así lo soltaba, era como si ese cristo fuera la llave del cielo.

Sacando fuerzas desconocidas, Hidalgo se enderezó de nuevo y, con sus ojillos verdes en agonía, miró serenamente a sus asesinos. Los soldados se intimidaron y hasta dudaron en seguir ahí. El tañer de la campana del pueblo, más el sonido del tambor marcial, y su fuerte estertor era lo único que por segundos se escuchaba.

Los cuatro soldados dispararon por segunda ocasión. Con una saña premeditada repitieron los dispararon en el mismo sitio y en el brazo derecho, haciendo volar el crucifijo. El español a cargo del fusilamiento sonrió burlón para sí. Que el cura sufriera a lo máximo era el objetivo. La tercera descarga solo varió en que una bala entro por el costado derecho del pecho, muy lejos del corazón. La cara de Hidalgo reflejaba el dolor intenso y la agonía.

El teniente Pedro Armendáriz, a cargo del fusilamiento, no aceptó una cuarta descarga ante tan sospechosa mala puntería. Llamó a dos soldados del mismo escuadrón y les ordenó que a escasos centímetros del pecho le volaran el corazón en pedazos. La descarga fue tan cercana que incendió la casaca del cura. Una horrenda horadación escarlata rodeada de un anillo de fuego, por donde salió volando hacia el cielo el alma del cura de la patria.

El cuerpo de Hidalgo fue exhibido durante horas para escarmiento de los rebeldes y para mitigar el morbo de la gente. Un indio insensible, como quien corta una yuca, le cercenó la cabeza ante las miradas consternadas de los curiosos. Esta testa, junto con las de Allende, Aldama y Jiménez, serían enviadas en cajas con sal a Guanajuato para ser colocadas en pequeñas jaulas en las cuatro espectrales esquinas de la Alhóndiga de Granaditas.

Calleja, vanagloriándose de su triunfo, se aseguró de colocar una placa intimidante que leía así:

> *Las cabezas de Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez, insignes facinerosos y primeros caudillos de la revolución; que saquearon y robaron los bienes del culto de Dios y del Real Erario; derramaron con la mayor atrocidad la sangre de sacerdotes fieles y Magistrados justos; y fueron causa de todos los desastres, desgracias y calamidades, que experimentamos, y que afligen y deploran los habitantes todos de esta parte tan integrante de la Nación Española. Aquí clavadas por orden del Señor Brigadier Don Felipe María Calleja del Rey, ilustre vencedor de Aculco, Guanajuato y*

Calderón, y restaurador de la paz en esta América. Guanajuato, 14 de Octubre de 1811.(6)

Martiniano no podía contener las lágrimas ante la espectral visión que tenía frente a él. Dentro de cuatro jaulas de fierro que parecían jaulas de pericos, se encontraban las respectivas cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez. Cada esquina de la Alhóndiga de Granaditas tenía una jaula con un héroe de la patria en su interior.(7) Cada jaula tenía ocho barrotes de fierro, dejando espacio entre cada uno de ellos para que se colara algún curioso cuervo o ave de rapiña para picotear las carnes saladas de los próceres del levantamiento.

Las lágrimas de Martiniano eran de furia, impotencia y deseo de venganza. Estaba dispuesto a continuar la lucha que su padrastro inició meses atrás. En plena comunicación con el padre Morelos, viajaría hacia el sur y continuaría su lucha con su gente. Esta lucha apenas iniciaba. Las ejecuciones de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez eran solo el después, el inicio de esta sangrienta guerra, que no pararía hasta que España aceptara y entregara la libertad a la Nueva España. La muerte de su padrastro no sería en vano. Él la continuaría junto con Rodolfo Montoya, Crisanto Giresse, el indio Guacho, Cruz y Jacinto Iturbe y el apoyo monetario e ideológico de la *Güera* Rodríguez, y muchos, otros, que se irían sumando los años siguientes a la causa independentista que iniciaron los cuatro cerebros, que se pudrían a la intemperie en cuatro lejanas esquinas, que les impedían seguir en comunicación y confabulando contra España y sus opresores.

(1) Conocido también en la historia como Las Norias de Baján; el lugar donde capturaron a Miguel Hidalgo y a aproximadamente mil insurgentes. Actualmente ahí hay una placa conmemorativa donde se lee: “1753 1953. Padre Hidalgo: Hasta este sitio en que caíste prisionero el 21 de marzo de 1811, junto con los que iniciaron contigo la independencia de México, las generaciones coahuilenses vienen a rendirte el testimonio de su imperecedera gratitud. Ilumina nuestro pensamiento con tu ejemplo y fortalece nuestra conducta con el fervor de tu alma, para que seamos dignos del suelo que tú ennobleciste con el sacrificio de tu vida. Loma del prendimiento 21 de marzo de 1953. Año de Hidalgo”.

(2) Revolución del cura Miguel Hidalgo. Hasta la muerte de éste y sus compañeros. Lucas Alamán Manifiesto de Ignacio Aldama antes de ser ejecutado.

(3) Miguel Hidalgo y Costilla, Ensayo Histórico y Biográfico, Gustavo Baz

(4) Tras el fusilamiento de Hidalgo, Melchor Guaspe volvió a su vida normal, y al consumarse la Independencia de México en 1821, fue reconocido por su servicio y comportamiento hacia Miguel Hidalgo. Recibió un homenaje por las nuevas autoridades, y en 1825, al decretarse la expulsión de todos los españoles del país, Melchor Guaspe fue expresamente excluido de él y en reconocimiento a sus servicios le fue confirmada la nacionalidad mexicana, permaneciendo en la ciudad de Chihuahua hasta su fallecimiento a la edad de 74 años. En Chihuahua hay una calle dedicada a su nombre.

(5) Miguel Hidalgo y Costilla, Ensayo Histórico y Biográfico, Gustavo Baz

(6) Miguel Hidalgo y Costilla, Ensayo Histórico y Biográfico, Gustavo Baz

(7) Esto fue a partir de julio de 1812. La idea original de Calleja, era que al año de la toma de Guanajuato, el 28 de septiembre de 1811, colgaría la cabeza de Hidalgo en Dolores, la de Jiménez en Guanajuato y las de Allende y Aldama en San Miguel. Las guerrillas de Albino García en el Bajío impidieron este macabro plan. Las cabezas fueron exhibidas en Guanajuato desde el 14 de octubre de 1811 en vitroleros fuertemente vigilados por los realistas. No sería hasta ocho meses después que serían colgadas en las esquinas de la alhóndiga.

Epílogo

Morir es nada, cuando por la patria se muere.
José María Morelos y Pavón

Trescientos años de dominio español no podían ser eliminados de la noche a la mañana con un intempestivo y desordenado levantamiento, comandado por un singular cura pacífico y enamorado, carente de pericia militar y soportado con un estandarte de la virgen y un ejército de indios con palos y hondas, sin ninguna habilidad castrense. El levantamiento del cura de Dolores tenía como objetivo liberar a la Nueva España de su opresor, en unas cuantas semanas. Cuando quizá todo podría haber acabado al mes y medio del grito de Dolores, cuando Hidalgo llegó a las Cruces, todo se perdió al erróneamente regresarse a Guanajuato. Con su fatal indecisión, Hidalgo pospuso esa anhelada victoria una década más, después de su misma muerte, que le esperaba en Chihuahua diez meses después.

En *Vientos de Libertad* vivimos esa Nueva España decadente e invadida con vientos de libertad, provenientes de Europa y de los Estados Unidos. Una Nueva España hija de una madre mancillada y presa de la Francia de Napoleón. Un país derrotado e intervenido, que no podía seguir siendo la madre de un territorio diferente y con ideas liberarles propias, al otro lado del Océano Atlántico. Una colonia que vivía el temor de cambiar de dueño y seguir con una nueva bota francesa en el cuello. Gente ilustrada como Hidalgo sabía del peligro que esto significaba, y comenzó a agitar las aguas para una rebelión, donde se aspiraba a conseguir la libertad y convertir a la Colonia en un nuevo país independiente, como la ejemplar nación allende la frontera norte, que era un ejemplo de soberanía y libertad.

El asesinato de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, fue como un contundente golpe de muerte a la rebelión. El movimiento independiente se coaguló por algunos meses. Calleja festejó el triunfo como algo definitivo que lo impulsaría a ganar el virreinato. Para sorpresa de los nuevos virreyes, los vientos de libertad continuarían con el cura José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero, Mariano Matamoros; los hermanos Hermenegildo, Juan Pablo y Juan José Galeana, Guadalupe Victoria, Pedro Moreno, fray Servando Teresa de Mier, Francisco Javier Mina, Agustín de Iturbide y, muchos otros próceres más, que conseguirían la victoria soñada por Hidalgo y Allende, diez años después de que sus descarnados cráneos estuvieran expuestos dentro de unas macabras jaulas en Guanajuato.

En *Vientos de Libertad* vivimos el esplendor del virreinato con el fin del siglo XVIII, la culminación de la construcción de la Catedral Metropolitana, la inauguración de la estatua de Carlos IV, el siempre polémico cambio de siglo, donde se respiraba miedo y zozobra. El poderío naval de Inglaterra al destruir a la armada invencible de francos e hispanos, con la estruendosa victoria de Trafalgar, donde quedó hundido el poderío naval de los aliados continentales, a la par en sus negras intenciones de invadir a la inquebrantable Gran Bretaña.

La dolorosa invasión Napoleónica a España, apresando a Fernando VII y poniendo a Pepe Botella como gobernante de España y por ende de las colonias de América también, sería el detonador de la guerrilla de independencia en la Nueva España. Independizarse no hubiera sido algo tan complicado en su inicio, porque los mismos virreyes estaban de acuerdo en que sería sano para la Nueva España romper con un posible sometimiento de Napoleón. El levantamiento o rebelión en su inicio contó con muchos aliados, traidores y desertores, lo que llevó a prisión y la horca a varios peninsulares y criollos. Gente como Hidalgo, Allende y la Corregidora vieron como única salida posible hacer ese cambio de gobierno mediante un levantamiento armado donde se involucrara al cansado y explotado pueblo.

Fue así como el 15 de septiembre de 1810, dio inicio la larga guerra de una década, que dejaría sembrada de cadáveres a la Colonia. En la segunda parte de esta obra, viviremos con intensidad estos diez años de guerra y sufrimiento, hasta ver coronado los esfuerzos patrióticos de estos próceres con el abrazo de Acatempan y la coronación de Agustín I, con el beneplácito y apoyo de la *Güera* Rodríguez.

En *Vientos de Libertad* vivimos intensamente veinticinco años de historia (1786-1811), que era necesario detallarlos para poder entender la gestación de ese sangriento levantamiento que nos llevó al

nacimiento de un nuevo país en América. Vientos de libertad que también alcanzaron a San Martin en Argentina y a Simón Bolívar en Venezuela y Colombia, consiguiendo su anhelada libertad, en una Latinoamérica libre.

Aguascalientes, México, a 27 de diciembre del 2018



La palabra es tu varita mágica

Scovel Shinn, Florence
9781943387328
120 Páginas

La palabra humana es una poderosa varita mágica gracias a la cual podemos obtener cualquier deseo, sanar cualquier enfermedad, transformar cualquier situación. Y si se invoca con absoluta fe y con confianza plena, esta varita mágica tiene el poder de cambiar una situación adversa en favorable. Florence Scovel Shinn nos deja en esta obra sus enseñanzas metafísicas para que adoptemos actitudes positivas y pronunciemos afirmaciones eficaces que nos lleven a ser triunfadores en la vida.



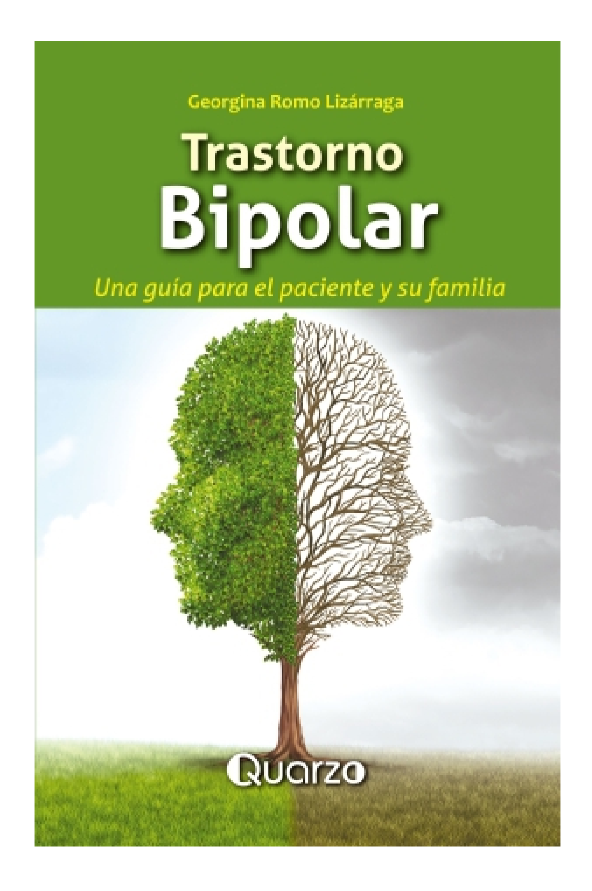
Que hacer para desarrollar la autoestima de los niños de 6 a 12 años

Laporte, Danielle
9781939048028
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El periodo que va de los seis a los doce años comprende una etapa crucial en el desarrollo de la autoestima infantil, es en este lapso que el niño aprende a pensar, a tener buen juicio y a cooperar, de tal forma que su imagen física y emocional se enriquecen junto a la intelectual. Por ello, Danielle Laporte, psicóloga clínica e infantil, y Lise Sévingny, enfermera, y , ambas, especialistas en relaciones entre padres e hijos, proponen a los padres conocer a sus hijos,

reconociendo sus cualidades y capacidades, al tiempo que pretenden que ellos mismos trabajen y consoliden su propia autoestima, de tal forma que tanto en lo familiar y en lo individual, cosechen éxitos.



Trastorno bipolar

Romo, Lizárraga, Georgina
9781939048264
216 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El trastorno bipolar afecta a gran número de personas, independientes del sexo y la edad. El estado de ánimo de quien padece esta enfermedad oscila entre fases depresivas y maniacas, además de sufrir otros trastornos de la psique que hacen más complicada su situación. Ésta guía práctica es dirigida a los pacientes ya sus familiares con el propósito de ayudarles a comprender este padecimiento, identificar sus posibles causas, conocer los tratamientos que existen hoy en día y controlar los síntomas agudos.

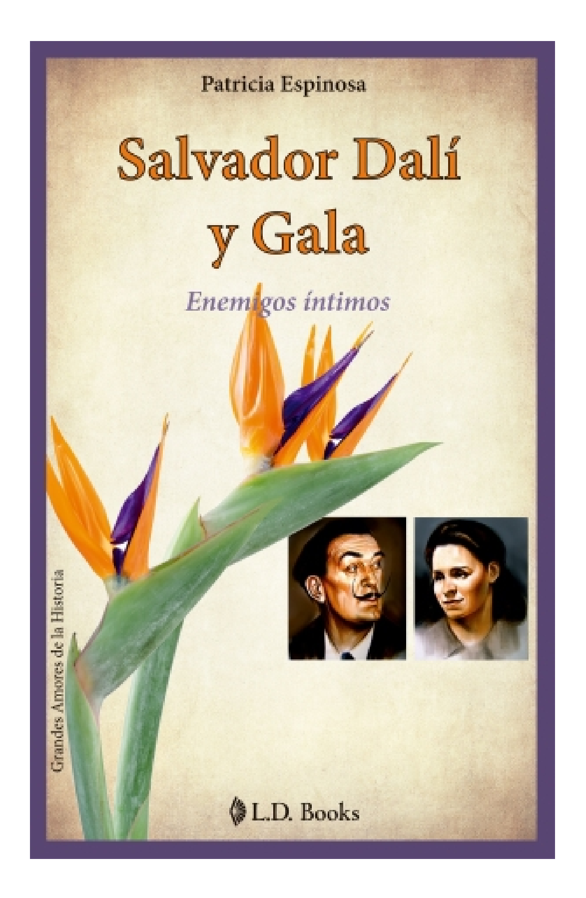


Concierto barroco

Carpentier, Alejo
9781939048295
138 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Concierto Barroco es una novela deliciosa, propositiva, liberadora. En ella, el escritor utiliza recursos propios del barroco: la parodia, el artificio, la hipérbole, la enumeración proliferante, con mayor libertad, rompe con las ataduras de la cronología histórica y adquiere un extraordinario sentido del humor. Novela que da cuenta del gusto de Alejo Carpentier por la música, una segunda vocación que, junto con la arquitectura, subyace vocación que ya se había manifestado con singular vehemencia en "Los pasos perdidos".



Salvador Dali y Gala

Espinosa, Patricia
9781939048585
168 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dalí y Gala estuvieron juntos desde 1929 hasta 1982, año en que ella murio ya octogenaria. Durante esas cinco decadaas, el pintor la retrato sin descanso yexaltó su belleza y sabiduría en libros, ensayos y declaraciones públicas. Se conocieron cuando el apenas era un joven seguro de su talento pero incapaz de valerse por si mismo. Hasta ese momento, Dalí había logrado eludir los embates amorosos de su gran amigo Federico García Lorca, pero el miedo a ser homosexual parecía obsecionarlo. Todo cambio con la aparición de Gala, diez años mayor

que él. Era una mujer misteriosa, que emanaba autoridad, su promiscua vida sexual había contribuido a que los surrealistas se enamoraran de ella.

Alejandro Basañez

Vientos de libertad

